

MAY
McGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY



Edición en
Español

MUCH
ADO
ABOUT

HIGHLANDERS

El Problema de los Highlanders

Much Ado About Highlanders

EL PROBLEMA DE LOS HIGHLANDERS

La Trilogía de la Reliquia Escocesa

Libro 1

May McGoldrick

with
Jan Coffey

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por elegir *El Problema de los Highlanders*. Si disfrutas con este libro, por favor, comparte las buenas palabras dejando una reseña.

EL PROBLEMA DE LOS HIGHLANDERS (MUCH ADO ABOUT HIGHLANDERS). COPYRIGHT © 2022 POR NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 DE NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del Autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Sobre el Autor](#)

Prólogo

La costa norte de Escocia, 1494

EL BARCO CASI HABÍA DESAPARECIDO. Todo lo que quedaba se aferraba a las afiladas rocas del arrecife. Los maderos brillaban al sol como las costillas de un cadáver desollado.

Cairns contemplaba las bajas olas que rompían en la pedregosa orilla. A su alrededor, mástiles, cabos y velas yacían enredados con barriles, cajas y carga.

Y cuerpos. Tantos cuerpos.

Se concentró en los restos de la embarcación que se había hecho pedazos en un instante. En un día claro y con brisa constante.

Quizá sus amigos no se habían ahogado. Quizá murieron cuando el barco se partió como leña seca. El barco se había astillado en cuatro segmentos con un sonido tan terrible que sus oídos aún rugían al recordarlo.

Mojado, frío y agotado, Cairns sacó la bolsa de cuero que colgaba de su cuello. De ella extrajo el trozo roto de tablilla. Sus dedos trazaron las antiguas marcas. Era tan pequeña que podría sostenerla en la palma de la mano, pero contenía un don especial. Juntas, las cuatro tablillas encerraban un poder terrible. Nadie les había advertido de lo terrible que era. No había forma de que lo supieran.

La piedra se calentó en su mano. Su fuerza subió por su brazo como la luz del sol que atraviesa una nube. Se clavó con fuerza en su pecho, y entonces llegó la segunda visión. Su mirada recorrió la orilla cubierta de basura. A lo largo de la playa, los espíritus se levantaban de entre los muertos. No quería que le contaran cómo habían muerto. No quería oír sus confesiones. Volvió a introducir la piedra en la bolsa.

Cairns se preparó para la tarea que tenía por delante. Avanzó por la ensenada, pasando de un cuerpo a otro.

Ninguno de ellos pertenecía a sus tres amigos. Volvió la cara hacia el mar.

Quizá seguían vivos. O tal vez estuvieran muertos en el fondo del océano. No importaba. Hacía mucho tiempo, habían hecho un juramento. Si sobrevivían al viaje, cada uno salvaguardaría un trozo de la tablilla. Si sobrevivían, viajarían hasta los rincones más recónditos de Escocia.

Cairns sabía lo que tenía que hacer. Volviéndose hacia las montañas del sur, inició su viaje.

Capítulo Uno

*"Había una estrella bailando,
y bajo ella nació yo".*

*Costa occidental de Escocia
Cincuenta años después*

EL VIEJO REFRÁN BAILABA en la cabeza de Kenna MacKay. *Cuando un hombre acude a un parto, alguien morirá.*

Y sin embargo, pensó Kenna, si aquel hombre fuera médico, ahora mismo ése era un riesgo que correría con gusto.

Estaba en aguas profundas, y lo sabía. No es que fuera a llegar pronto ningún médico del castillo. No era comadrona. Los santos solían ignorar sus plegarias. Y no le interesaba la brujería. En cualquier caso, tenía que convencer a Dios o a la Naturaleza para que le echaran una mano y cambiaran a este niño.

"Hagamos que se tumbe con los pies apuntando al techo y la cabeza aquí abajo".

El joven aldeano miró con inquietud de la parturienta al artilugio de madera y paja que Kenna había montado en el suelo, y siguió las órdenes.

"Señora, ¿había hecho antes este tipo de parto?".

Kenna miró el rostro asustado de la madre. Tres niños pequeños esperaban fuera con el marido.

"Sí, he ayudado en partos".

Un pozo de fuego en el centro de la gran sala escupía demasiado humo y calor. Kenna se secó el sudor de la frente y se concentró en lo que había que hacer. Fue una lucha, pero los dos consiguieron colocar a la mujer embarazada en posición.

"Nuestro bebé no iba a llegar hasta el mes que viene. La comadrona me prometió que volvería de visitar a su hermana. No tuve problemas con los demás". Una contracción cortó las palabras. A los llantos de la madre siguieron los lamentos de los niños.

Kenna esperaba que su prima Emily fuera capaz de mantener a la familia fuera de la casa de campo. Dar a luz a un bebé no formaba parte de sus planes cuando ambas salieron del castillo de Craignock a primera hora de la mañana. Pero al llegar aquí y oír los gritos de la parturienta, Kenna había saltado del caballo y entrado en la cabaña para ayudar. De eso hacía ya horas.

"He oído decir a la comadrona que las mujeres mueren cuando el niño se pone así".

Sin pensarlo, Kenna levantó la mano y apretó contra su pecho la bolsa que colgaba bajo su vestido. La piedra curativa de la suerte de su madre se sintió cálida contra su corazón.

"La comadrona se equivoca. No ha recibido mi educación. Me han formado las monjas del Priorato de Glosters, en Loch Eil". Un poco de exageración era excusable teniendo en cuenta la angustia de la embarazada. Curar huesos, suturar heridas y atender a los enfermos en el hospital del priorato era la formación de Kenna, pero por el priorato pasaban muchas mujeres. Hablaban. Compartían historias. Algunas tenían mucha experiencia en partos, ya fuera con sus propios hijos o ayudando a otros. Recordó una larga y enrevesada historia que contó una mujer sobre cómo hacer girar a un bebé que venía de nalgas levantando las caderas de la madre por encima de su cabeza. Kenna rezó para que no fuera un cuento chino.

Tocó el vientre de la mujer, palpando, presionando suavemente, hablando en voz baja, animando a madre e hijo a hacer lo correcto el uno por el otro. Si hubiera prestado más atención, pensó Kenna, a lo que había dicho la mujer.

Buscó en su memoria. El artificio sólo ayudaba hasta cierto punto. Tenía que convencer a la cría de que se diera la vuelta. Kenna se concentró en la piel estirada del vientre de la madre. Sus manos se calentaron. Dondequiera que tocaba, sentía que el bebé se movía bajo sus dedos. Masajeó y engatusó al feto, susurrándole palabras tranquilizadoras.

La siguiente contracción dejó a la madre sollozando y aferrándose a la mano de Kenna. "Si muero aquí, mis bebés..."

"No morirás", le dijo Kenna. "Ahora ayúdame. Ayuda a tu niño. Enseñémosle a este pequeñín la luz del día".

Kenna rezaba por estar haciendo lo correcto. Esperaba que su confianza en sí misma no estuviera fuera de lugar. Muchos la consideraban dotada para la curación, como lo había sido su madre. Pero hacía ocho años, Sine MacKay murió al dar a luz a los hermanos gemelos de Kenna. Los dones tenían sus límites. El parto podía ser mortal en las mejores circunstancias.

Sus dedos amasaron el vientre estirado de la mujer hasta que le dolieron. Kenna hizo una última súplica silenciosa. Pequeñas ondulaciones se movieron bajo la piel. Lo que parecía una cabeza empujó su mano, dando a conocer su posición antes de desplazarse en el vientre de la madre.

Kenna contuvo la respiración mientras la mujer gritaba con otra contracción.

"Por la Virgen, veo la cabeza", gritó el joven aldeano.

Momentos después, nació el bebé.

Para cuando la piel rígida que servía de puerta se levantó y su prima entró, la madre estaba de nuevo en el jergón de paja y Kenna le entregaba a la cría.

La vecina recogió afanosamente los trapos sucios, pero se detuvo, ansiosa por compartir la noticia.

"Fue un milagro, milady. Lady Kenna indicó a la cría el camino que debía seguir y la pequeña le hizo caso. Lo vi con mis propios ojos. Dio media vuelta por orden de su señoría y salió por donde el Señor quería. Un milagro".

Emily la tocó en el brazo y cruzó la habitación.

La esposa del granjero besó la mano de Kenna. "Que la Virgen os bendiga y os proteja, mi señora. Que veas a los hijos de tus hijos".

Kenna sacó una moneda de su cinturón y la puso en la mano de la madre. Una oleada de

emoción surgió en ella como una ola oceánica, profunda y poderosa. Su voz tembló al hablar. "No debes ponerte de pie, ¿me oyes? Tu trabajo ha sido duro. Tú y tu bebé necesitáis tiempo para recuperaros".

Ante la mirada consternada de Emily, Kenna bajó la vista. Tenía las mangas remangadas hasta los codos. Su vestido de montar estaba manchado de sangre, sudor y quién sabe qué más. Tenía mechones de pelo sueltos, que se habían escapado de la trenza. Condujo a su prima al aire libre.

Al saludarles, el marido se secó el sudor de la cara y movió a un niño pequeño de una cadera a otra. Otros dos niños, no mucho mayores, se agarraban a las piernas del hombre y miraban boquiabiertos a Kenna.

"¿Me ha dado un hijo?", preguntó.

Las manos de Kenna se cerraron en puños. "Así que oíste el llanto del niño. ¿No te importa preguntar si tu esposa vive o no?".

"¿Vive? Por favor, dígamelo, milady. ¿Vive mi mujer?"

"¿Quieres que viva?"

"Sí, claro. Sus pequeños la necesitan. Yo la necesito".

"Podría haber muerto ahí dentro". Kenna miró los campos que había más allá de la cabaña antes de volverse hacia él. "Vive hoy y vive mañana. Y vivirá para ver la cosecha si te aseguras de que descanse ahora. Su trabajo debe esperar, ¿comprendes? Se lo debes".

El hombre asintió. "Sí, milady".

Cuando la vecina salió cargada con las palanganas y los trapos, el granjero y los niños la empujaron y entraron.

Kenna inspiró profundamente. Dos vidas salvadas. Se sintió aliviada y miró al cielo azul durante un rato antes de volver a mirar a su primo. "No es exactamente el viaje tranquilo que pretendíamos. ¿Eh, primo?"

"¡Qué bendición haber estado cerca!"

"¿Dónde están los hombres que tu padre envió para escoltarnos?"

"Mientras estabas dentro, pensé que estaríamos aquí un rato. Así que los puse a trabajar. Dos están cortando el árbol caído que vimos al borde del huerto. A otro lo envié al pueblo a buscar a la hermana del labrador".

"¿Y el que enviaste de vuelta al castillo?"

"Ahora pienso que debería volver a tiempo para el bautizo". Emily sonrió. "Me asombra que hayas podido arreglártelas".

"Hubo momentos en los que tuve mis dudas".

"¿Pero has hecho esto antes?"

"No solo. Sólo ayudado".

"¿Hay mucha demanda de la habilidad de la comadrona en una comunidad de monjas?"

"Con la incursión de los ingleses hacia el sur, han aparecido más heridos a nuestras puertas. Muchos son campesinos. Como éste". Miró hacia la puerta. "Han estado luchando para evitar que saquearan e incendiaran sus aldeas, pero no pueden combatir contra todo un ejército. Así que vemos a mucha gente pobre que viene hacia el norte. No tienen otro sitio adonde ir. Y entre ellos, hay algunas mujeres con muchos hijos. Y otras que tienen experiencia como comadronas".

La mirada de Emily recorrió las colinas del sur. "Los ingleses se acercan cada vez más".

Kenna había presenciado demasiado sufrimiento en los últimos meses. Apartó la nube de pesimismo.

"Tengo que lavarme". Se miró el vestido. "Arruinado, creo".

"¿Qué más da? Ven conmigo".

Más allá de la cabaña y colina abajo, un arroyo serpenteaba entre una arboleda, ofreciendo protección contra cualquier mirada indiscreta.

"Nunca le dijiste al labrador si tenía un hijo o una hija".

"Tuvo un hijo. Pero esa noticia debería darla su mujer, no yo".

Kenna se agachó al borde del agua y su primo se encaramó a una roca cercana.

"Ayudar en ese nacimiento. Ver venir al mundo una nueva vida. ¿No te dan ganas de sostener a uno de los tuyos algún día?"

Kenna dejó de frotarse el dobladillo de la falda bajo el agua cristalina del arroyo. Se encontró con la mirada de Emily. Las dos habían sido más hermanas que primas mientras crecían. Pero habían perdido algo cuando Kenna se mudó al Priorato de Glosters hacía seis meses. "Intento no pensar en ello".

"¿La idea de tener un hijo no cambia en nada tu opinión sobre el matrimonio?"

"No. El matrimonio es una condena. Una cadena perpetua".

"No todos los matrimonios".

Kenna recordó un tiempo no muy lejano en el que las dos hablaban soñadoramente de los hombres que entrarían en sus vidas y les robarían el corazón.

"¿Ya no crees en el amor?" preguntó Emily.

"¿Amor? Cupido nos *mata* a algunos con esas malditas flechas".

"No lo dices en serio". Emily sacudió la cabeza con incredulidad. "Toda mujer sueña con oír a un hombre profesarle su amor".

"Prefiero que un perro ladre a un cuervo a que un hombre me jure que me quiere".

Emily se echó a reír. "Kenna MacKay, antes no eras tan terca con tus opiniones".

"No soy testaruda", respondió Kenna. "Pero es un tema que no me gusta".

"Recuerdas que me caso dentro de quince días".

"¿Por qué crees que acepté tu invitación y abandoné el priorato para estar aquí? Mi plan es llevarte lejos, lejos de las garras de tu padre y de este ridículo matrimonio concertado con sir Quentin Chamberpot".

"*Chamberlain*", corrigió Emily, deslizándose desde la roca y uniéndose a Kenna en la orilla del agua. "Y no todos los matrimonios concertados tienen por qué ser espantosos. Es cierto que es de las Lowlands y viudo, pero sir Quentin Chamberlain es bastante distinguido".

"¿Se distingue por la posibilidad de que aún le queden dos o tres dientes en la cabeza?". Kenna recogió agua y se la echó en la cara.

"Vamos, primo". Emily sonrió. "No es tan viejo".

"Eso no lo sabes. Ni siquiera te han permitido conocerle, ¿verdad?"

Kenna sacudió lo que quedaba de su trenza y pasó los dedos por ella.

"No tuvimos tiempo de reunirnos. Los arreglos se hicieron cuando el Consejo Privado se reunió en Stirling en primavera. Pero hemos intercambiado cartas".

"¿Así que también sabe leer? Menudo partido!"

Su prima se rió. Kenna se quitó los zapatos y los calcetines y metió los pies en el agua. Tenía grandes manchas en las mangas, el corpiño y la falda.

"Y supongo que te habrán dicho que tiene los músculos de Hércules y el atractivo de Adonis".

"Veamos. Sir Quentin no es demasiado alto, ni demasiado gordo, y en conjunto su aspecto no es desagradable."

"Por favor, para. Puede que me desmaye de envidia".

"Eres el diablo, primo", dijo Emily. "No tiene heredero. Es un miembro destacado del clan Dunbar. Puede proporcionarme una vida cómoda. Imagino que tendré una vida tranquila cuando le haya dado un hijo".

"¿Una vida pacífica? No tendrás paz viviendo en las Fronteras. No mientras el rey inglés siga insistiendo en que nuestra infante reina María se case con su hijo". Se puso en pie, se levantó las faldas y dio otro paso hacia el río.

"Cuidado. La corriente es fuerte. Te arrastrará río abajo".

Kenna volvió la cabeza. "Haz caso a tus propias palabras, Emily", dijo suavemente. "No te dejes atrapar por este torrente al que te están empujando. No te cases con él. Ven conmigo. No le necesitas ni a él ni a este matrimonio".

"Sabes que no puedo. Nunca seré tan libre como tú. Tú y yo somos diferentes".

Emily se levantó y se sacudió las faldas. Estaban tan limpias y ordenadas como cuando habían salido del castillo de Craignock.

"Llevas las Highlands metidas en los huesos. Llevas la independencia de tu herencia MacKay en la sangre. Mi padre y su padre antes que él han sido políticos, no guerreros. Y yo soy hija única. Tengo que cumplir sus deseos".

"¿Y qué gana tu padre con esta unión? ¿Te ha canjeado por una caravana de oro y joyas de ese sodomita de las Lowlands?"

"Me han dicho que Sir Quentin ha accedido a enviar una compañía de guerreros de Dunbar para ayudar a proteger nuestras tierras. Esas tropas inglesas han sido vistas a menos de dos días de camino hacia el sur".

"Un intercambio equitativo para conseguir protección para el clan. Eso no tiene sentido. Tu padre aún debería pedir una caravana de oro".

Emily hizo una pausa. "Me va a entregar con una dote considerable".

Kenna salió del agua. "¿Qué te ofrece?"

"Una nave". Emily asintió lentamente. "Mi dote incluye un barco".

Miró con recelo a su prima. "¿De dónde sacó tu padre un barco?"

"No lo sé. Pero lo tienen escondido en un fiordo en algún lugar de la costa, según me han dicho".

Cuando Kenna se agachó para recoger sus zapatos, un movimiento junto a la línea de árboles llamó su atención. Pero no tuvo tiempo de gritar una advertencia cuando una capucha cayó sobre su cabeza y una gran mano le tapó la boca.

Una mesa de trabajo no era protección. Una fortaleza no era protección. Una legión de guerreros armados no era protección.

El abad se acurrucó en su asiento, feliz de ser olvidado mientras los dos hermanos Macpherson discutían al otro lado de la sala. Pero a cada pausa en la discusión, estaba seguro de que debían de ser capaces de oír los temibles latidos de su pecho.

Si se le paraba el corazón, al menos no tendría que desempeñar su papel en el descabellado plan de los Highlanders. ¿Quién iba a decir cómo reaccionaría el terrateniente MacDougall ante su implicación en esto, por forzada que fuera? Era muy posible que quemara la abadía hasta los cimientos.

El abad miró el tapiz de San Andrés que había en la pared y rezó una rápida oración por el parto, fuera como fuera.

El hermano mayor, Alexander, se acercó a una ventana orientada al norte y miró hacia fuera. El hombre era alto, ancho y poderoso. El abad había visto una vez al león africano que tenían en la casa de fieras del castillo de Stirling, y Alexander Macpherson se movía con la misma gracia ágil que aquel rey de las bestias. Y era igualmente aterrador. Tan bruscamente cortés como había sido hasta entonces, tenía los ojos acerados de un hombre que tomaría lo que quisiera. Y que Dios ayudara a cualquiera que se interpusiera en su camino.

"¿Dónde está?"

El más joven, James, era un palmo más alto y casi igual de musculoso. Con su pelo rojo oscuro y sus penetrantes ojos grises, la sangre real Stewart que corría por las venas de ambos hermanos era más pronunciada en él. Pero había un aura de mando en cada uno de los hombres que obligaba a los mortales menores a atenderlos con atención.

"Ya vienen. Dales tiempo".

"Debería haberlo hecho yo".

"Diarmad perdió el maldito barco", replicó James, uniéndose a su hermano junto a la ventana. "Es justo que sea él quien arrebate la ficha de MacDougall".

Era evidente que aquellos hijos del gran laird Alec Macpherson no temían a nada, pero el viejo sacerdote no podía pretender estar cortado por el mismo patrón. Su abadía, encaramada en un acantilado rocoso, estaba a menos de medio día de camino al sur del castillo de los MacDougall, y los gruesos muros de cortina ya no proporcionaban la defensa que antaño. En esta era moderna de cañones y pólvora, la abadía se parecía más a una ciruela madura en un árbol, que invitaba al pillaje por parte de cualquier merodeador que pasara por allí.

"Tienes que admitir que es un buen plan", insistió James. "Diarmad coge a la muchacha y pedimos un rescate por ella para recuperar la nave. Fácil. Eficaz. Y el buen abad aquí presente ha consentido amablemente en actuar como nuestro intermediario. ¿No es así, abad?"

Sin confiar en su voz, el anciano asintió. Esos montañeses iban a hacer que le mataran, pura y simplemente.

"Sigo diciendo que deberíamos haber navegado con una flota de nuestros barcos, asaltar el castillo de Craignock y estrangular a Graeme MacDougall hasta que nos dijera dónde ha escondido nuestro navío".

"Odias que te dejen fuera de la acción. ¿Verdad?" preguntó James.

El abad miró de un hermano a otro.

Llevaban aquí esperando todo el día, y era probable que estuvieran toda la noche si el capitán de los Macpherson y sus hombres no tenían la oportunidad de llevarse a la hija del hacendado. Al abad le entraron sudores fríos sólo de pensarlo. Secuestrar a Emily MacDougall del mismísimo castillo de Craignock. ¡Que los santos nos protejan!

Alexander fulminó a su hermano con la mirada. "Tienes toda la razón, no me gusta estar aquí sentado con el culo al aire. Ese lenguaraz de MacDougall se ha llevado nuestro barco, ¡por Dios! Lo quiero de vuelta".

"Y lo estamos recuperando".

"No se trata de eso. Nuestros barcos dominan los mares occidentales. ¿Cuándo hemos perdido alguno? Jamás. Eso es cuando!"

El abad miró a ciegas la carta de las tierras de la abadía que tenía sobre la mesa. Desde los tiempos del mismísimo Bruce, el clan Macpherson había sido el terror de los mares occidentales, desde las Orcadas hasta Penzance. Se contaba la disparatada historia de que su padre, junto con su amigo Colin Campbell, habían asaltado en un solo día un arsenal inglés en Carlisle, habían navegado hasta el puerto de Belfast, donde obligaron al Lord Mayor a darles de cenar, y luego

habían hecho la travesía de vuelta a Glasgow a tiempo para cenar con el arzobispo.

Pero Alexander tenía razón. Cuando se corrió la voz de que les habían robado el barco, el honor de los Macpherson sufrió un duro golpe. Y estaba claro que este guerrero de las Highlands pretendía recuperar tanto el barco como la feroz reputación de su clan.

Jaime no se daba por vencido. "Sabes que mientras los ingleses martillean las Fronteras, el Regente ha prohibido que los clanes luchemos entre nosotros. No podemos derramar sangre yendo tras el barco. ¿No es cierto, Abad?"

El abad se aclaró la garganta. "Es cierto, mi señor. Pero, por favor, no me metas más en esto de lo que ya estoy. Si los MacDougall creen que os ayudo voluntariamente, mi cabeza estará adornando una pica en el muro de Craignock antes de que cambie la marea".

"Bueno", resopló Alexander, volviendo sus duros ojos azules hacia el abad. "Sería la primera vez que el viejo cabrón hace algo remotamente decisivo en los últimos veinte años, un hecho que hace aún más molesta la toma de nuestra nave".

Cuando el hermano mayor volvió a darle la espalda, el abad se hundió en su silla. Sus viejos huesos estaban cansados, y el estrés no le estaba rejuveneciendo. No debería estar haciendo esto. Debería estar revisando los informes de las granjas de la abadía, contabilizando el último recuento de ovejas y cabras, y planeando su viaje anual de caza a Falkland.

Esto no iba a salir bien. La muchacha MacDougall iba a casarse en menos de quince días. Él mismo iba a celebrar la ceremonia. El novio llegaría en cualquier momento. Si el plan funcionaba y se evitaba de algún modo la guerra de clanes, aún habría un infierno que pagar. Y el abad tenía una idea aterradora de quién lo pagaría.

Unos gritos procedentes del patio llamaron la atención de los tres hombres, y el abad se arrastró de su silla y siguió a los demás hasta el Gran Salón de la abadía.

Momentos después, la puerta se abrió de golpe y entró el capitán de los Macpherson. Colgada sobre su hombro, una mujer descalza se retorció y pataleaba, a pesar de las cuerdas que la ataban. La capucha y la mordaza hacían poco por detener los violentos sonidos que salían de su boca.

Detrás de él entró otro guerrero, conduciendo a un prisionero mucho más dócil.

"¿Dos mujeres?" preguntó Alexander. "¿Por qué hay dos?"

Diarmad arrojó sin miramientos su retorcida carga sobre el suelo de piedra y miró a los dos hermanos. "Ésta no es una mujer. Es una diablesa".

"Ya lo veo".

"Estaban juntas. No sabíamos cuál era la chica MacDougall".

James se acercó a los dos premios. "Bueno, parece que nuestra posición negociadora ha mejorado un poquito. Veamos qué tenemos aquí".

Cuando le quitó la capucha a la más tranquila de las dos, el pelo rubio le caía sobre los hombros bien formados y unos ojos parecidos a los de una doe le parpadearon.

"Bueno", refunfuñó Alexander. "Al menos, tienes a Emily".

"Sí", dijo James en un tono extraño. "Y me parece que se ha convertido en una chica muy guapa".

"¿Qué hay de ésta, mi señor?". Diarmad sacudió la cabeza hacia la otra mujer, que por primera vez dejó de luchar.

Alexander se agachó junto a ella y le desató la mordaza. Al abad le llamó la atención que el montañés la tratara con más dulzura de la que hubiera esperado.

"Cuidado", advirtió Diarmad. "Te morderá en cuanto te mire. Me ha dejado marcas de garras en los brazos".

De pie, Alexander se quitó la capucha. Su largo cabello castaño se desparramaba en ondas.
"Maldita sea", murmuró.

Unos ojos azul-violeta le miraron con una incredulidad que rápidamente dio paso a una fría furia.

"¡Enclenque huevo de paloma de sangre blanca!", le espetó.

Alexander echó un vistazo a James y luego miró fijamente a Diarmad. "Yo te diré qué hacer con ella".

"Ahora, Alexander...", empezó su hermano.

"Puedes llevar a mi mujer a lo alto de esta torre y arrojarla al mar".

Capítulo Dos

*"No suspiréis más, señoras, no suspiréis más,
Los hombres han sido siempre engañadores-.
Un pie en el mar y otro en la orilla,
A una cosa constante nunca".*

OBVIAMENTE, los pecados de Kenna pesaban más que cualquier buena acción que hubiera realizado en esta vida. Estaba claro que se había saltado el purgatorio y había caído directamente en el infierno.

Era su peor pesadilla hecha realidad. Nunca imaginó que su camino volvería a cruzarse con el de Alexander Macpherson.

Al menos, que no parezca un desastre.

En sus sueños, ella vestía una armadura dorada y empuñaba una espada de fuego, y Alexander era el que estaba hecho jirones, arrastrándose por el suelo.

¿"Arrojarme al mar"? Le cortaré la mano a cualquier hombre antes de que me ponga un dedo encima. Sobre todo la tuya, canalla".

Alexander se agachó ante ella. Sus profundos ojos azules eran tan llamativos como los recordaba. Sus largas pestañas y su rostro cincelado le recordaban por qué las mujeres hacían el ridículo en su presencia. Su pelo rubio oscuro era más largo. Atado por detrás, le llegaba por debajo de los hombros. La mandíbula cuadrada estaba cubierta por un mechón de barba.

Había en él una picardía, una insolencia que había contenido las pocas veces que se habían visto antes. Ahora ni siquiera lo intentaba. La inspeccionó lenta y minuciosamente, empezando por la salvaje masa de rizos que le caían sueltos alrededor de la cara y terminando un eón después en sus pies descalzos. No pudo evitar darse cuenta de que su mirada pasaba rápidamente por el estado de su vestido, pero se detenía demasiado tiempo en su boca y sus pechos.

Kenna no pudo controlar el rubor. La hizo sentir como si estuviera allí sentada sin una puntada de ropa.

"¿Y cómo vas a cortar nada, esposa? ¿Con ese puñal de lengua en la cabeza?".

Kenna intentó darle una patada. Con la agilidad de un gato, esquivó el ataque. Tenía un puñal metido en el cinturón, pero era imposible alcanzarlo con las cuerdas que la confinaban. Se puso en pie.

"Libérame las manos, cobarde, si es que eres hombre. Cosa que dudo".

"¿En qué estabas pensando al traer aquí a esta arpía?" ladró Alexander a sus hombres. "La

visteis en mi boda. Sabías cómo era".

"La cogimos por detrás, mi señor. Y no teníamos ni idea de que estaría allí".

"Ahora ya lo sabes. Llévatela de vuelta".

Kenna dirigió una mirada feroz a los que las habían secuestrado. Los hombres les daban esquinazo. "Ya le habéis oído. Llévanos de vuelta".

"¡Quieres callarte, mujer!" ordenó Alexander. "Nadie te habla".

Esta vez no erró su puntería, y su pie hizo contacto con la bota de él. Un dolor atroz le recorrió la pierna. Se apoyó en un pilar de piedra, esperando a que amainara la agonía. El golpe no pareció afectarle. Miró a su prima. Emily seguía atada. Intentó acercarse a Kenna, pero James Macpherson la retuvo.

"Envíala con el abad", continuó el hermano mayor. "Dile al maldito MacDougall que es una señal de nuestra buena fe en la negociación".

"¿Negociación?" le preguntó Kenna. "¿Sigues intentando buscarte un marido, Alexander?"

"Mantenla atada. Y vuelve a ponerle la mordaza y la capucha. No quisiera tentar a nadie con ahogarla antes de llegar al castillo de Craignock".

"Te he hecho una pregunta, pedazo de imbécil".

La mirada azul giró hacia ella.

"Uno pensaría que la disposición y el carácter de alguien que vive con monjas durante seis meses podrían haber mejorado un poquito. Que algo de su santidad se te podría haber pegado".

"¿Te atreves a hablarme de carácter?"

"Que una mujer que vive con todas esas personas religiosas podría haberse convertido en una persona mejor. Pero tú no. Sólo Kenna MacKay podría acabar pareciendo más maleducada que antes. ¿Y por qué no me sorprende?"

"Porque eres idiota", replicó ella, enderezándose. "Lo único que necesitaba mejorar era aprender a rebajarme a conversar contigo, un maleducado roba-pollos tan engreído que se hace llamar mi marido".

"Así que reconoces que tienes marido. Eso es nuevo".

"Tuve uno durante unas breves horas".

"Aún tienes marido", dijo furioso, elevándose sobre ella.

Ella lo miró con odio. "No, nuestro matrimonio ha sido anulado".

"No, *no* ha sido así. Estamos esperando a que se reúna el tribunal eclesiástico. Y puesto que fui yo quien solicitó la anulación, debería saber cuándo se dictará la decisión".

"Eso es sólo un tecnicismo. He establecido mi hogar en el priorato".

"Quieres decir que te has escapado a ese maldito priorato".

"No fue una huida".

"Llámalo como quieras", interrumpió. "Escapaste en la noche como un ladrón. Rompiste tu voto matrimonial y desapareciste, sin preocuparte por nadie a quien dejaras atrás".

La ira cortante de sus ojos hizo que Kenna se estremeciera. Era una cabeza más alto que ella, peligroso. Pero nunca le había temido. No iba a empezar a hacerlo ahora. Se mantuvo firme, negándose a retroceder.

"¿Así que quieres hablar de votos matrimoniales? Fuiste a la cama de una moza en nuestra noche de bodas. ¿Romper los votos matrimoniales? Los hiciste añicos".

"Fue un malentendido. Una travesura organizada por mi hermano Colin".

"No me interesa oír esto", se enfadó. "No me importa cómo llegaste allí ni cuánto tardaste en darte cuenta de dónde estabas. Y no digas que estabas borracho. Te importaba un bledo en qué cama te metías, igual que te importaba una paja con quién te ibas a casar".

"Se firmaron los contratos".

"Entre tú y mi padre".

"No recuerdo que nadie te arrastrara encadenado hasta la kirk".

"Ya basta, vosotros dos", ordenó James Macpherson, interponiéndose entre ellos. Pasó la mirada de uno a otro.

Kenna se sintió abrasada por el calor de la mirada de Alexander por encima del hombro de su hermano, e hizo todo lo posible por devolverle la mirada. Abrió la boca para decir algo más y luego la cerró de golpe.

"No es el momento ni el lugar para que volváis a hablar de vuestro rosado pasado -dijo James con severidad-.

Kenna se mordió las palabras de rabia no pronunciadas, palabras reprimidas en su interior durante los últimos seis meses. Volviéndoles la espalda, miró más allá de la hilera de mesas de caballete, hacia la gran cruz de piedra tallada en la pared.

"Desata las cuerdas", siseó en voz baja.

Unos pasos se acercaron. Un cuchillo cortó las cuerdas. Ella no sabía si era Alexander o James. Las cuerdas cayeron al suelo junto a sus pies descalzos. Se frotó los brazos y miró el vestido manchado, rasgado en algunas partes por la lucha que había librado cuando se los llevaron. El temerario desprecio de los Macpherson por el peligro superaba hoy incluso su reputación. Eran piratas y corsarios, pero Kenna sabía que no harían daño a una mujer. Emily estaría a salvo hasta que tomaran medidas para liberarla. Pero necesitaba salir de aquí.

Negociación. Cautivos. Dotes extravagantes. La conversación que había mantenido con Emily al principio del día relleno las lagunas de lo que había oído hacía unos momentos. Kenna comprendió por qué se las habían llevado. El laird MacDougall había sido lo bastante tonto como para pensar que podía llevarse un barco Macpherson y convertirlo en parte de la dote de su hija. Pero aquello no tenía ninguna lógica. Kenna se preguntó si Graeme MacDougall lo habría consultado con su padre. Al menos hasta que se concediera la anulación, su matrimonio con Alexander convertía a los clanes MacKay y Macpherson en aliados, y eso también hacía a los MacDougall parientes lejanos.

Enfrentándose de nuevo a los demás, encontró a James cortando las cuerdas de los brazos de Emily. Alexander se cernía sobre el abad, escuchando lo que estuviera susurrando, pero su mirada permanecía fija en ella.

"Envíame de vuelta con el abad", le dijo. "Estoy lista para partir".

La compostura que Emily había mantenido desapareció. "¡No! Por favor. No puedes dejarme aquí". Corrió al lado de Kenna. "Por favor, tienes que quedarte conmigo".

Kenna abrazó a su prima, preocupada al comprobar que temblaba como una hoja.

"Abad", dijo James. "Necesitamos un lugar donde retener a las dos mujeres hasta que tomemos una decisión".

Kenna lanzó una mirada a Alexander, que miraba con el ceño fruncido a su hermano. El abad señaló a un novicio que revoloteaba entre las sombras junto a la puerta.

"Tú, muchacho, enséñales a subir a la cámara de la torre, encima de la mía".

"Diarmad, ve con ellas", ordenó James. "Asegúrate de que las dos damas están a salvo y bien instaladas mientras ultimamos nuestros preparativos aquí. Y Abad, ¿puedes enviar a una monja con una capa y un vestido y zapatos que puedan servirle a Lady Kenna?".

Político nato y pacificador, James Macpherson había desempeñado al parecer un papel activo en la finalización de los preparativos de su matrimonio con Alexander.

"No causarás problemas mientras estés aquí", advirtió Alexander, sus afiladas palabras

dirigidas sólo a ella.

Una docena de réplicas ardían en su lengua, pero optó por el silencio y condujo a Emily tras el joven monje. Diarmad la siguió a una distancia vigilante.

Kenna se sintió aliviada al marcharse. No podía soportar más el escrutinio de Alexander. Él la desquiciaba, y no sólo encendiendo su temperamento. Era su marido. No lo había olvidado. Ni por un instante. Cuando se trataba de Alexander Macpherson, siempre se sentía como una jovencita atrapada en su primer arrebato de enamoramiento.

Antes de su boda, había perdido demasiado tiempo preocupándose por el tipo de esposa que sería. Carecía de las habilidades de la legión de mozas que él había cortejado y acostado infamemente. Y no tenía los refinados modales de las doncellas de la corte que le habían perseguido durante años. Tras la muerte de su madre, había sido criada por los hombres de MacKay. Sabía cazar y montar a caballo y utilizar la lanza, el puñal y la espada corta, pero nunca se preocupó por adquirir los modales cortesanos de las jóvenes nobles.

No era una pareja adecuada para Alexander Macpherson. Había intentado convencer a su padre de que rompiera el contrato. Pero sus hirientes palabras, aún frescas en su mente, sólo afirmaban lo que ella ya sabía:

Eres tan imperfecta en tus modales. Tan carente incluso de los conocimientos básicos necesarios para ser la esposa del próximo laird Macpherson. Y, sin embargo, la fortuna ha sonreído de algún modo a nuestro clan al aceptar pasar por alto tus defectos y aceptarte como esposa. Ahora, para variar, cumplirás con tu deber y dejarás de quejarte.

Y mientras ella salía de su despacho, él la había perseguido:

Si enturbias esta oportunidad, muchacha, ya no tendrás un hogar en el castillo de Varrich. Ya no serás bienvenida en el Clan MacKay.

Así que Kenna tomó su decisión antes de hacer el voto matrimonial.

Huiría porque ya no tenía padre. Huiría porque ya no tenía clan. Se negaba a ser un peón en el juego de Magnus MacKay. Así que huyó.

Emily se aferró a su brazo y siguió llorando suavemente durante todo el camino hasta las escaleras de la torre.

La habitación era pequeña. El escaso mobiliario incluía un pequeño catre y algunas mantas, un taburete de tres patas y una mesa. Kenna esperó a oír el pestillo al otro lado de la puerta antes de mirar las dos ventanas. Tres pisos más arriba, una daba al patio. La otra daba al mar.

"No puedo quedarme aquí. Tengo que alejarme de él".

"Por favor, no podéis dejarme aquí sola con ellos", suplicó Emily. "No podemos dejar que nos separen".

"Pero puedo volver con el abad y arreglar tu libertad para mañana".

"Eso es impensable, Kenna. Mi reputación quedará destruida si me dejan solo en sus garras".

"Escucha, nunca admitiría esto ante ese bribón del Gran Salón, pero los Macpherson no son unos rufianes villanos. Son un clan tan respetable como el que encontrarás en las Highlands, y sólo hacen esto para reclamar lo que les fue arrebatado."

"¿Les estás defendiendo? Nos han secuestrado!"

"No lo estoy. Pero tampoco puedo ignorar que les robaron el barco. ¿Sabías que un barco *Macpherson* formaba parte de tu dote?"

"¿Cómo podría? No se me incluyó en las discusiones sobre el matrimonio. Nadie me dijo de dónde venía exactamente. Todo lo que sé me ha llegado como un rumor".

"¡Tan típico de nuestros padres!"

"Pero debemos permanecer juntas. Ya lo ves", instó Emily. "Puede que James y Alexander no sean villanos, pero tampoco son santos. Los dos lo sabemos. Los demás también lo saben. Cuando empiecen los cuchicheos, mi reputación quedará destruida".

Kenna miró por la habitación. No quería pensar que era de su marido de quien hablaba Emily, pero sabía que era la verdad.

"Sir Quentin me daría la espalda sin pensárselo dos veces si se enterara de que me he quedado sola con estos montañeses. Mi familia necesita que se celebre este matrimonio, Kenna. *Debes esperar conmigo*".

Kenna sacó el puñal de su cinturón y se acercó a la ventana.

"¿Qué haces?"

"Tengo un plan diferente".

Su hermano hablaba, pero Alexander no escuchaba.

Aún la deseaba.

Desde la debacle de la boda del invierno pasado, cada vez que pensaba en Kenna se le revolvía tanto el interior que no sabía qué hacer. Verla hoy no ayudaba en absoluto.

La unión había parecido perfecta. La unión ampliaba la influencia del poderoso clan Macpherson, añadiendo el control de las rutas marítimas del North Minch, y los MacKay obtenían protección frente a los ataques de los clanes vecinos mientras los hijos gemelos de Magnus MacKay crecían y alcanzaban la mayoría de edad.

¿Y *qué* si era un matrimonio concertado? pensó. Él cumplía con su deber como hijo mayor y próximo laird de los Macpherson, y ella tenía una responsabilidad para con su clan. Y había habido chispas entre ellos desde el primer encuentro. Él lo había sentido, y estaba seguro de que ella también.

Y no eran sólo sus ojos llamativos, su boca sensual y su piel impecable lo que había captado su atención. Alexander había conocido a muchas bellezas en sus veintisiete años. Pero ella tenía una intensidad imposible de ocultar. Una pasión que se manifestaba, independientemente de la formalidad de aquellos encuentros. Corrían rumores sobre su intrepidez y su temperamento. Cada vez que se reunían, las mujeres MacKay la escoltaban y le indicaban qué decir, adónde ir y cómo comportarse. Pero era imposible ocultar el espíritu indómito que brillaba en aquellos mágicos ojos azul violáceo.

Sólo la había besado una vez, en la escalinata de la iglesia tras su boda. Pero la oleada de conciencia que lo invadió, haciendo que su corazón se acelerara, le había dicho todo lo que necesitaba saber. O eso creía él.

Y entonces llegó la maldita broma. Gracias a su hermano menor, Colin, había acabado en la cama con la amante de un embajador francés. Hasta el día de hoy estaba seguro de que no había pasado nada entre ellos. Bastante seguro.

Estaba medio desnudo junto a la mujer, profundamente dormido, cuando irrumpieron los

criados de MacKay. La noticia se difundió rápidamente. Alexander estaba avergonzado. Colin había confesado. Le siguieron las disculpas. Los MacKay sabían que era una broma. Todo el mundo sabía que era una broma. Todos menos Kenna.

Eso era porque ya se había ido.

Mil pensamientos contradictorios seguían ardiendo en el cerebro de Alexander. Estaba dispuesto a ir tras ella, encontrarla y traerla de vuelta. Pero entonces había descubierto la verdad sobre su marcha. Kenna había huido *antes de* la vergonzosa broma. Supo que ella había planeado su huida incluso antes de su boda.

"¿Has oído una sola palabra de lo que he dicho?"

Alexander se volvió bruscamente. Todos los demás habían abandonado el Gran Salón. "El abad y Diarmad llevarán a Kenna y a nuestros términos al castillo de Craignock. Mañana recuperaremos nuestro barco en Oban".

"Sabía que no estabas escuchando. Kenna se queda aquí".

"Ella va".

"No es momento de ser testarudos. Aunque los MacDougall empezaron esto, debemos ser sensibles a la posición de Emily".

"Llevaremos con nosotros a un par de monjas para que den fe de que su virtud está intacta".

"No necesitamos monjas. Kenna es pariente de sangre de los MacDougall. Su palabra de que Emily estuvo a salvo pesará más que un convento lleno de monjas".

Durante meses, Alexander luchó contra la locura de estar casado con una novia fugitiva. Al principio, había esperado poder olvidarse de ella, pero se había equivocado. Cuando descubrió dónde estaba, casi se volvió loco pensando en lo que debía hacer. Una parte de él quería cabalgar hasta el Priorato de Glosters y arrastrarla de vuelta al Castillo de Benmore, y otra parte quería quemar el priorato con ella dentro.

"Ella va. El plan siempre fue secuestrar a la fulana de MacDougall. Eso es todo".

"Se llama Emily", replicó James. "Y los planes cambian. Ahora que tenemos a Kenna, tenemos que mantenerlos juntos".

Kenna. Alexander no podía borrar la imagen de ella de pie, descalza, con el pelo alborotado y la ropa desarreglada. Le excitaba de todas las formas imaginables. Pero en aquellos momentos, la idea de sus largos y cremosos miembros enredados con los suyos en una cama le aceleraba el corazón, enviando un ardiente deseo a partes de él que deberían permanecer neutrales. Era inútil. La deseaba, y era su esposa.

Su mujer. Ahora sólo podía pensar en que era suya. Que *debía* ser suya. La frustración brotó de su interior. No se la llevaría contra su voluntad. No aplastaría su espíritu, pero permitir que se quedara en la abadía -que se quedara en la abadía con él- no era una opción. Era como un halcón, indomable. Tendría que acudir a él por su propia voluntad. Era la única manera, aunque le matara. Pero ella le odiaba. Las contradicciones le desgarraban.

"Esto es un error, hermano", gruñó. "Sabes mejor que nadie cómo están las cosas entre nosotros".

"Eso fue hace seis meses. Esto es ahora".

"Nada ha cambiado. No quiere estar cerca de mí. Ni cerca de ninguno de nosotros", se enfadó Alexander. "Sabes lo que pasó cuando le envié aquella maldita carta explicándole las cosas. Se lo conté todo. Le dije lo que sentía por ella, ¡por Dios! ¿Y cuál fue su respuesta?"

Su hermano no dijo nada.

"Lo quemó delante del mensajero y devolvió las cenizas, diciendo que no quería volver a oír el apellido Macpherson".

"Quizá sus sentimientos hayan cambiado".

"¿Te lo ha parecido hoy?"

"Bueno, acepto la posibilidad de que Kenna y tú os matéis el uno al otro en los próximos uno o dos días. Pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr. No me interesa iniciar una guerra de clanes porque hayamos dañado la reputación de una mujer virtuosa".

"Se han llevado nuestro maldito barco".

"Cierto", respondió James. "Y vamos a recuperarlo, utilizando la negociación".

"Por todos los diablos, James, ¿por qué tienes que ser siempre tan político?"

"Porque en este negocio tenemos que usar tanto el cerebro como la fuerza muscular. La razón es lo que hace falta aquí".

La atención de Alexander fue atraída hacia la base de la escalera, donde una monja se movía entre las sombras y se dirigía a toda prisa hacia la puerta del Gran Salón.

"Entonces será mejor que dirijas tu razón en esa dirección, hermanito, porque ahí va Emily". Señaló. "Y mientras tú lo haces, yo subiré con mis músculos a la habitación de la torre y me aseguraré de que mi problemática esposa no haya asesinado a una vieja monja".

Roxburghshire, Escocia

El aire crepuscular estaba cargado de olor a batalla y sangre. Los cadáveres salpicaban el paisaje grisáceo. En el centro de todo, el castillo se alzaba junto al río como una bestia melancólica. La alta puerta bostezaba de par en par ante los horrores que la rodeaban. Y en el vientre de la fortaleza, las oscuras mazmorras abarrotadas de docenas de malogrados.

Sir Ralph Evers avanzó por el suelo ensangrentado. Los escoceses heridos clamaban piedad, rogando una muerte rápida, una estocada de espada en el corazón.

Antes de abrirse camino en estas fronteras escocesas, había sido gobernador de Berwick-upon-Tweed, comandante en el Norte, alcaide de la Marcha Oriental y alto sheriff de Durham. Pero ninguno de estos títulos era rival para lo que le esperaba.

En nombre del rey Henry, fue el Azote de las Fronteras de mar a mar. Tomó todas las ciudades y granjas. Destruyó todas las torres y mansiones. Sangraba a todos los escoceses con los que se cruzaba. Y sangraba, porque no tenía tiempo para prisioneros. A menos que tuvieran que pagar el rescate del rey.

Más que en la riqueza, más que en los títulos, más que en la gratitud de su rey, creía en el poder... y en el miedo. Eran las únicas cosas "reales" del mundo. En su mundo.

Y lo vio en los ojos de todos los campesinos y laird rastreros que se arrodillaban suplicantes ante él.

Unos jinetes aparecieron junto al río. Donald Maxwell, con sus agudos ojos de halcón, le divisó y condujo a su banda de renegados asesinos de las Lowlands colina arriba hasta donde esperaba Evers. Un anciano, con el pelo blanco enmarañado y ensangrentado, avanzaba tras ellos dando tumbos al final de un largo ronزال.

"Sir Ralph", dijo, desmontando y atrayendo al viejo como a un perro callejero. "Tengo un premio para ti".

Evers asintió, pero no dijo nada.

"Éste se llama Cairns, y dicen en la aldea que el viejo bastardo posee grandes conocimientos de las artes oscuras. Conoce incluso los secretos de los muertos".

Evers miró al hombre con poco interés. Esos escoceses ignorantes. Cada aldea que

saqueaban tenía una bruja o un mago. Tontos. Aldeanos asustados que soltaban tonterías para conservar la vida una hora más. Incluso su entretenimiento se estaba volviendo rancio.

"Bueno, viejo", preguntó. "¿Hay algo de verdad en lo que dicen?"

Cairns no dijo nada, pero sus ojos inquietos escrutaron el campo de cadáveres que le rodeaba.

Maxwell le golpeó en la cara, tirándole al suelo. "Hablarás cuando su señoría se dirija a ti".

El anciano, de rodillas, miraba la sangre que corría de su boca a la tierra negra. Sólo levantó la vista una vez hacia Evers, pero no dijo nada. Aun así, su rostro enjuto, cerrado y vigilante, revelaba secretos.

Los ojos de Sir Ralph se entrecerraron. No sabía nada de hechicería ni de magia. Pero sabía de fuerza, control y poder. Esas cosas las tenía Cairns... de momento.

"Llévalo a Redcap Sly", le dijo a Maxwell. Su maestro de la tortura. Un artista de primer orden.

Lo que Cairns tuviera o supiera, sería todo de Evers antes de que volviera a salir el lúgubre sol escocés.

Capítulo Tres

***"Si tuviera boca, mordería;
si tuviera mi libertad, haría lo que quisiera:
mientras tanto, déjame ser lo que soy,
y no busques alterarme".***

"PERDÓNEME, hermana. Normalmente, nunca levantaría la mano contra ningún miembro de la Iglesia, pero la naturaleza desesperada de nuestra situación aquí exige una acción drástica."

La mujer de cabellos grises, despojada de su hábito, velo y cofia, estaba sentada en un rincón, atada y amordazada, completamente infeliz. Su mirada furiosa le dijo a Kenna que en aquel momento no había perdón en aquel viejo corazón, fuera cual fuese el motivo.

"¿Dónde estás, primo?" Kenna miró hacia el patio. Había dado su palabra de que no bajaría por el muro de la torre hasta que viera a Emily fuera del edificio y corriendo hacia las puertas.

Habían cortado en tiras todas las mantas y trapos de la cámara y los habían atado en un solo trozo de cuerda. Incluso habían roto el catre y utilizado los trozos de cuerda que sostenían la garrapata de paja. La ropa que la monja había subido para ella la habían cortado y añadido a los trozos que utilizaría para escapar de la torre.

Ignorando la mirada feroz de la mujer, Kenna probó la resistencia de los nudos.

"Por fin". Sonrió, al ver a su prima en el patio, Emily se detuvo un momento para mirar hacia la torre antes de apresurarse hacia las puertas.

"Le estoy eternamente agradecida por la ropa y los zapatos, hermana. Haré los arreglos necesarios para que me los repongan".

La monja sacudió la cabeza con vehemencia. Kenna se acercó a la ventana que daba al mar y abrió el postigo. El sol caía rápidamente hacia el horizonte, y la fresca brisa pasaba silbando.

"No te preocupes por mí. Ya de jovencita escalaba alturas mayores que ésta". Normalmente utilizando una buena cuerda, añadió en silencio, pero eso no iba a detenerla ahora.

De niña, Kenna siempre había disfrutado de todas las aventuras que se le presentaban. Tras la muerte de su madre, había quedado prácticamente libre para correr a sus anchas. Su padre ya tenía a sus hijos y asuntos del clan que supervisar. Con sólo doce años, Kenna tenía mucho en lo que ocupar su tiempo. Todas ellas peligrosas.

Miró hacia el ancho saliente de la base del muro de la torre. Más allá, un alto acantilado caía hacia un mar azul grisáceo.

"Esto aguantará mi peso. No lo pienses más". La seguridad era más para ella misma que para

la monja.

Un extremo de la cuerda estaba atado al armazón de la cama que había deslizado hasta la ventana.

Las quejas amortiguadas de su cautiva se hicieron más alarmantes cuando Kenna dejó caer el cabo enrollado por la ventana. No alcanzó la cornisa, pero la distancia restante parecía una caída manejable. Lanzó una última mirada a la monja.

"Deséame lo mejor".

Kenna salió y la cama se movió. En el exterior, casi perdió el agarre al dejar caer un pie y se detuvo bruscamente, golpeándose con fuerza contra el lateral de la torre de piedra.

"Puedo hacerlo", susurró, agarrándose con fuerza. Los zapatos eran demasiado grandes y uno se le resbaló. Se quitó también el otro de una patada y empezó a bajar. El descenso fue lento. El viento la golpeaba contra la piedra áspera. Los trapos anudados y la cuerda le quemaban las manos. A medida que descendía, el saliente entre la torre y el acantilado parecía reducirse a la mitad. Sus piernas se enredaron en la cuerda improvisada. Kenna descendió serpenteando, concentrándose en el siguiente asidero y conteniendo cualquier atisbo de miedo.

Su plan se había elaborado precipitadamente. Se reuniría con Emily fuera de las murallas y, una vez que estuvieran fuera de las tierras de la abadía, buscarían refugio para pasar la noche y avisarían al castillo mañana. Todo esto era territorio de los MacDougall. Seguro que cualquiera de los campesinos les ayudaría. Y lejos de Alexander, Kenna podría pensar con claridad.

La idea de que su marido los encontrara desaparecidos era satisfactoria.

Los Macpherson no descansarían hasta recuperar su barco, pero tendrían que encontrar otra forma de hacerlo. Kenna hablaría con su padre cuando llegara al castillo de Craignock. Ésa sería su primera comunicación desde la boda, con la excepción del intercambio de dos cartas: él ordenándole que volviera con su marido, y ella rechazando su directiva. Lo hizo educadamente, pero no dejó de ser una negativa. Aun así, él querría involucrarse en esto. Estaba segura de que él no sabía nada de la dote de Emily, pero quizá los MacKay pudieran hacer algo para renegociar las condiciones del matrimonio con la Lowlander.

Casi en el fondo, Kenna jadeó cuando la cuerda se levantó de repente y se golpeó con fuerza contra el edificio. Maldiciendo, miró hacia arriba y vio a Alexander asomado a la ventana por encima de ella.

"¿Estás loca, mujer?", llamó por lo bajo.

Kenna no había oído ningún grito, ninguna llamada de auxilio a sus hombres. Tal vez su orgullo no se lo permitiera.

Entonces empezó a tirar de ella hacia arriba, y el pánico se apoderó de ella.

Se soltó y se deslizó hacia abajo, alcanzando rápidamente el último nudo. Tenía que saltar, pero la caída hasta la cornisa parecía ahora muy lejana. Y cada segundo que pasaba, la distancia aumentaba. Pero no la arrastrarían como a un salmón en un sedal.

Debajo de ella, la estrecha cornisa esperaba. Ella podía hacerlo. Una vez abajo, era lo bastante rápida para escapar antes de que él bajara los escalones de la abadía y saliera por el patio. Mientras Emily estuviera ya fuera de las puertas, su plan funcionaría.

La cuerda se movió y ella volvió a golpearse contra el edificio, sacudiéndose el hombro.

"Por la Virgen", rezó. "No dejes que me rompa una pierna".

Su aterrizaje no fue nada grácil. Aterrizó sobre una roca, se torció el tobillo y se desplomó.

"Mierda, mierda, mierda", maldijo, sintiendo que el dolor le llegaba hasta la cadera.

Sin aliento por el impacto de la caída, intentó reunir fuerzas. Una imagen oscura apareció sobre ella.

Ella parpadeó. "Oh, el culo peludo de Satán".

Utilizando su cuerda improvisada, la bestia bajaba a toda velocidad por el lateral del edificio. Parecía tener alas, y supuso que estaría encima de ella en cuestión de segundos.

Kenna se puso en pie, pero el dolor del tobillo le decía que no iba a correr más rápido que él. Su segunda opción era el acantilado. Miró más allá del borde, hacia una pequeña abertura de agua entre las rocas. Sin duda podría romperse el cuello por allí.

Aterrizó junto a ella con la facilidad de un gato.

"¿Adónde crees que vas?"

El corazón le latía violentamente en el pecho, pero se negó a mirarle. Estiró una mano hacia el colorido cielo del oeste y respondió con indiferencia: "Es una noche demasiado hermosa para quedarme encerrada en la habitación de la torre. He decidido salir a tomar el aire".

¿"Aire"? ¿Es eso lo que buscas? Pues entonces te daré aire".

Le agarró la mano. Ella giró, empujándole el pecho. No había escapatoria. Él la rodeó con el brazo y tiró de ella con fuerza.

De repente, la cornisa estaba detrás de ella y volaban. Alexander no la soltó.

Ninguna experiencia de su pasado podía igualar la sensación en el estómago de Kenna. Un grito que más tarde se dio cuenta de que le pertenecía resonó en los escarpados riscos que pasaban a toda velocidad, pero no hubo crujido de huesos en el fondo. Ni salpicaduras de sesos en las rocas. Sólo un rápido corte hacia abajo a través de la superficie de la poza, el choque del agua fría, el agudo sabor de la salmuera en la boca y luego el rápido ascenso hacia la luz del sol.

Aferrándose a él, Kenna jadeó y tosió agua de mar. No podía recuperar el aliento. Aún tenía el corazón en la garganta. El agua estaba fría, pero el aire le daba más frío en la cara.

Le apartó el pelo de los ojos y tiró de ella hacia él.

Su tos cesó y la mirada de Kenna se posó en los músculos de su cuello. Miró más allá de las gotas de agua que se le pegaban a los labios y luego a los ojos. Sus miradas se cruzaron y él la rodeó con fuerza mientras sus piernas pataleaban para mantenerlos a flote.

Alexander Macpherson tenía los ojos más azules que había visto en toda su vida, y ahora la miraban fijamente.

Kenna sintió una sacudida en lo más profundo de su vientre; leyó el hambre en aquel rostro. Inquieta por la forma en que su traicionero cuerpo respondía a él, no se atrevió a apartarlo.

"¿Te ha bastado con ese aire?" Su voz era grave y la bañaba como la seda.

Su mirada revoloteó hacia la cima del acantilado.

"¿Y dices que estoy loca? Estás completamente loca". Le rodeó el grueso cuello con las manos. Quería estrangularlo. "Puede que *tu* vida no tenga ningún valor, pero la mía sí, y no tengo deseos de morir. Pero lo más importante es que sepas esto. He conseguido escapar de ti en este mundo; no deseo que me sigas en el..."

Aplastó sus labios bajo los suyos, silenciándola. Las manos de Kenna se retorcieron y se encajaron entre ellos. Pero su cuerpo tramposo no reunía fuerzas para apartarlo. Hacía tanto tiempo que no sentía esa deliciosa chispa que sólo había sentido con él. Unas ondas de choque la estremecieron. Su fuerte cuerpo se apretó contra el suyo. Quería estar aún más cerca. Con un suspiro inaudible, Kenna cedió y se inclinó hacia él, hacia el beso. Sus manos aferraron la camisa de él mientras agradecía la sensación de aquellos labios duros.

Ella supo el momento en que una sensación de urgencia se apoderó de él. Sus manos la rodearon con más fuerza, una aferrándola por la espalda, la otra ahuecándole las nalgas. La presión de sus labios aumentó y Kenna se fundió más profundamente en el beso. Su lengua era suave y dura, y ella se abrió instintivamente a él cuando empezó a probar, a saborear, a conocer

la textura de su boca. Y su lengua respondió a la de él, tímidamente al principio, pero volviéndose cada vez más audaz a medida que su sabor, su olor, la presión de su cuerpo, aturdíán su mente. Nunca había experimentado ese tipo de calor, el crudo deseo que crecía en su interior.

Su respiración era agitada cuando terminó bruscamente el beso. La miró fijamente a los ojos, y ella ardió de vergüenza porque no podía ocultar lo mucho que había disfrutado con lo que acababa de ocurrir.

Cogiéndola de la mano, nadó hasta el borde del estanque rocoso.

No se dijo nada más. Entonces, ¿qué sentía ella? ¿Decepción porque él había terminado demasiado pronto? ¿Confusión por la reacción de su cuerpo? ¿Vergüenza por su respuesta? Su ira había desaparecido. La mente de Kenna se agitaba para dar sentido a lo que acababa de ocurrir, para controlar sus emociones arremolinadas. Ella no le gustaba. Le odiaba. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué respondió así?

Alexander se subió a las rocas, tirando de ella hacia arriba. Ella ahogó un grito de dolor cuando su tobillo se negó a soportar su peso. El vestido, empapado de agua de mar fría, se descolgaba sobre su cuerpo. Al mirar hacia abajo, se sintió mortificada al ver que la blusa de lino se le amoldaba a los pechos y que los pezones se le clavaban a través de la tela. Subiéndose el vestido lo mejor que pudo, le siguió, intentando no cojear. Las rocas estaban húmedas y resbaladizas y él la agarró por la cintura cuando resbaló. Alexander la llevó a medias hasta un tramo pedregoso de la playa.

Justo cuando llegaron a ella, Kenna se sorprendió al ver aparecer en el extremo más alejado de la playa a cuatro jinetes, que conducían dos caballos más. Su prima Emily era una de los jinetes, y la brida de su caballo la llevaba James Macpherson. Envío a Kenna una mirada desesperada.

"El abad y Diarmad se dirigen a ver a los MacDougall", les dijo Santiago. "Nosotros también deberíamos ponernos en camino".

Kenna se quedó de pie en la fría arena, mirándolos y temblando. Sólo faltaban un par de horas para que oscureciera.

"¿Ahora?", exigió. "No tienes derecho a poner en peligro la seguridad de Emily...".

Cualquier otra cosa que fuera a decir se marchitó en sus labios mientras Alexander se despojaba de la camisa y caminaba hacia su caballo.

Su cintura era estrecha, sus hombros anchos. Tenía la piel bronceada por el sol. Kenna observó los músculos que ondulaban en su poderosa espalda y, de repente, sintió más calor. Se escurrió la camisa y volvió a ponérsela.

Uno de sus hombres desmontó y acercó un caballo a Kenna, dispuesto a ayudarla. Ella sacudió la cabeza y retrocedió.

"No, no voy a ninguna parte".

"Ya has oído a James", dijo Alexander, subiendo a su caballo. "Nos ponemos en camino. Ahora mismo".

"No puedo viajar así", dijo. "Mi vestido está empapado. No tengo zapatos. Necesito cambiarme de ropa".

"Perdiste tu oportunidad por todo eso". Le tendió una manta de tartán. "Imagino que con esto podrás hacerte una especie de *arisaidh*".

Era la misma tela escocesa que llevaba Alexander. Ella se lo devolvió. "Nunca me verás con eso puesto. Quiero un vestido seco".

"Quítate la tuya. Te la escurriré".

Ella balbuceó y luego le miró con incredulidad.

Alexander hizo un gesto a los demás. "Adelante, todos. Os alcanzaremos".

Emily le lanzó una mirada desesperada por encima del hombro mientras se alejaban.

El sol del atardecer atravesó una nube. Los rayos de luz enmarcaron al hombre y al enorme corcel. Pero Kenna no se dejaría intimidar por las dos bestias.

Agarró la brida de su yegua.

"Tengo frío, de verdad", dijo. Sentía la blusa húmeda como una capa de hielo contra su carne.

La mirada de Alexander se desvió de su rostro a sus pechos. Le tendió la mano. "Sé cómo calentarte. Cabalgarás sobre mi regazo".

Buscó su cinturón y se alegró al ver que aún conservaba su daga tras la caída. La sacó y se la mostró.

"Si vuelves a intentar tenerme tan cerca -amenazó Kenna, subiendo al caballo-, tendrás más agujeros que el voto de un calderero".

Capítulo Cuatro

*"¿Quieres que hable según mi costumbre?
como tirano profeso de su sexo".*

ALEXANDER DESEÓ que su caballo pudiera igualar la velocidad de la lengua de Kenna.

Maldijo. Se quejó. Le llamó de todo. Se repetía lo bien que le iría cuando volviera a la Abadía de Glosters, para no tener que volver a verle nunca más.

La habría creído de no ser por su beso. La había sorprendido, y su respuesta había sido entusiasta, a pesar de ella misma. Le mataba terminar tan bruscamente. Pero tenía su respuesta.

Alexander encabezaba su grupo. Kenna y Emily cabalgaban detrás de él. James y sus dos hombres iban en la retaguardia. Seguían en tierras de los MacDougall, por lo que no podían detenerse en una posada ni en ninguna cabaña de labradores donde Emily pudiera ser reconocida. La luna llena había salido sobre los lejanos Trossachs. La temperatura seguía bajando y el aire era francamente frío. Se sintió aliviado de que Kenna hubiera aceptado una manta de James cuando los alcanzaron. Quería que aprendiera una lección por haber actuado tan tontamente, pero no quería que la alcanzara la muerte.

Kenna espoleó a su caballo hasta que estuvieron cabalgando a la par. "¿Por qué diablos vais tan deprisa? No podemos seguir el ritmo".

Un momento antes, ella se había estado quejando de que él iba tan despacio que corrían peligro inminente de ser atacados por bandidos cojos que pudieran estar merodeando a pie.

"Lento. Rápido. Escalando el muro de una torre. Kenna MacKay, no creo que te resulte difícil seguirme el ritmo". *Y eso incluye en la cama, haciendo el amor*, añadió en silencio.

Su cumplido la hizo callar un par de instantes, y él aprovechó para estudiarla. La manta le cubría parcialmente la cabeza y le envolvía los hombros. Pero la mayoría de sus rizos bailaban al viento, tan libres como su espíritu.

El día había sido largo para Kenna y Emily. Diarmad le contó cómo él y sus hombres habían seguido a las dos y a sus escoltas desde el castillo de Craignock a través de la campiña y cómo, en la cabaña de un campesino, Kenna había dado a luz a un bebé y probablemente había salvado la vida de la madre.

Era obstinada e independiente hasta la exageración. Pero Alexander seguía impresionado. De todas las mujeres que conocía, ninguna podía pasar por aquello y por un secuestro y un intento de fuga y un largo viaje con un vestido mojado y desgarrado, con un aspecto horrible, y aun así mantener la cabeza alta y cabalgar a su lado como la realeza. Nadie excepto su madre, Fiona

Drummond Macpherson. Había oído muchas historias de su padre. Alexander se preguntó si las dos mujeres tendrían idea de lo unidas que estaban en espíritu.

"Tenemos hambre y sed", dijo finalmente Kenna. "Deberíamos parar".

"Conozco un lugar no muy lejos de aquí donde acamparemos para pasar la noche. Comeremos entonces".

Miró a su alrededor, al brezal ondulado de aliagas y matorrales de pino. Debajo de ellos, un río desaparecía en un bosque de altos pinos. "No quiero dormir fuera con animales salvajes. Deberíamos ir directamente a Oban".

Sacudió la cabeza y sonrió. "No me importa lo que quieras o no quieras, esposa. ¿Has olvidado que aquí la prisionera eres tú?".

"No, ogro. No he olvidado nada. Y tu falta de consideración hacia cualquiera que no seas tú mismo me hace pensar en estrangularte con mis propias manos".

"Me gusta cómo suena eso. Haz lo que puedas, muchacha".

"¿De verdad?"

"La última vez que intentaste estrangularme, acabaste besándome. Así que no me opondré".

Sus ojos brillaban como la hoja de un puñal a la luz de la luna. Recordó el arma que llevaba al cinto. Ella dio media vuelta y cabalgó con su primo durante unos instantes, pero él se alegró cuando ella volvió a subir a su lado.

"Emily también desea ir directamente a Oban", insistió Kenna.

"Pasaremos la noche en el bosque".

"Ten en cuenta su reputación, canalla".

Alexander aminoró el paso de su cargador y miró por encima del hombro a la otra mujer. "Tenemos que detenernos pronto. Esta oscuridad puede esconder muchos peligros".

"Aquí no hay peor forajido que tú", le espetó Kenna. "Muestra algo de valor, Alexander. Yo te protegeré".

"Ya he oído bastante. Nos detenemos ahora".

Bajando la colina, Alexander los condujo a una cañada boscosa junto al río. Desmontó en una zona llana cubierta de suaves agujas de pino. Podía oír el borboteo del agua a través de la penumbra.

Todos habían bajado de sus caballos menos Kenna. Estaba inclinada y hablaba con Emily. No era difícil leer sus pensamientos. En un momento se adentraría en la noche. Se acercó a ellas y agarró la brida de la yegua.

"Te lo advierto, muchacha".

"¿Advertirme?"

"Sí, así es. Iré a por ti si te das a la fuga. Y te atraparé. Y entonces sólo estaremos nosotros dos en estos oscuros bosques".

"No puedes asustarme".

"El cielo será nuestra manta, esposa. La suave tierra, nuestra almohada". Dejó que las sugerentes palabras perduraran entre ellos. "¿Quieres que te explique más?"

"No me interesa oír más de tus sueños. Y para que lo sepas, es una pesadilla, a mi modo de ver. No, no voy a ninguna parte".

No era su imaginación. Su voz se había engrosado.

"Baja, Kenna".

"Estoy harta de que me des órdenes. Bajaré cuando esté preparada". Intentó sin éxito zafarse de la brida de la yegua.

Alexander vio que Emily se quedaba boquiabierta, mirando de uno a otro.

"Emily, ¿serías tan amable de ayudar a mi hermano con la comida que hemos traído de la abadía? Necesito un momento a solas con mi amada esposa".

La joven asintió y se marchó a toda prisa.

"No aceptes órdenes de él, prima", la llamó Kenna.

"¿Quieres que te ayude a bajar, muchacha?"

Sin dejar de sujetar la brida del caballo, Alexander se llevó la mano al tobillo de Kenna. Su grito de dolor fue inesperado.

"¿Qué has hecho?" Le palpó la pantorrilla y pasó la mano por la piel sedosa hasta el tobillo hinchado. Ella volvió a estremecerse, pero no gritó.

"Nada".

"Fue aquella loca bajada por la ventana de la torre".

"Me sacudiste para soltarme de la cuerda. Fue culpa tuya".

A Alexander le habría gustado discutir quién tenía la culpa, pero supuso que eso le llevaría toda la noche. "Deja que te ayude a bajar".

"No, villano. Vete. Puedo arreglármelas solo".

Se deshizo de la manta y giró la pierna hacia el otro lado de la yegua. Estaba deslizándose cuando Alexander se acercó y la agarró por la cintura, ayudándola a caer suavemente sobre ambos pies.

"Suéltame. Te digo que no necesito tu ayuda".

Dio un paso y se estremeció.

La estrechó entre sus brazos, estrechándola contra su pecho. Tenía la boca muy cerca. Se quedó mirando sus labios. Quería volver a saborearla.

"¿Los dos tobillos o uno?"

"Uno", susurró. "Bájame. Puedo andar perfectamente".

James ya había encendido el fuego. Emily tenía una manta extendida junto a él. Alexander cargó con el bulto que se retorcía y la depositó allí. Se agachó y le alcanzó la pierna. Empujó las faldas sobre ella.

"Déjame en paz. Ya me ocuparé yo".

"No hasta que me asegure de que no está rota". Volvió a cogerle la pierna.

Intentó darle una patada con el pie bueno.

"¿Por qué todo tiene que ser una lucha contigo?". Él se inclinó sobre su regazo y la agarró por la pierna. Ella le dio un puñetazo en la espalda. Le levantó la falda y, a la luz del fuego, vio el moratón oscuro del tobillo y el lateral del pie. No había sangre ni sobresalían los huesos. Le tocó la espinilla por encima del tobillo. "¿Te duele?"

"Soy un sanador. Sé lo que va mal, lo que hay que hacer. No necesito tu ayuda -le gruñó.

"¿Te duele?", volvió a preguntar, presionando de nuevo con los dedos a lo largo del hueso.

"No es así".

"¿Qué te parece ahora?" Le flexionó suavemente los dedos de los pies.

"¿Así que ahora te crees médico?"

"Respóndeme".

"No, no me duele. Y puedo apoyar mi peso en él. Me duele el tobillo, pero no tengo nada roto".

Tenía unos pies preciosos. Sucios, pero hermosos igualmente. "Necesito envolverlo".

"No necesitas hacer nada. Ya te he dicho que puedo ocuparme yo mismo".

Ella se retorció, intentando apartarlo de su regazo. Alexander levantó la vista y se encontró con que James y Emily los miraban como si estuvieran viendo a un par de bufones. Dejó que la

infernol se saliera con la suya y se levantó.

"¿Te permitirá que le envuelvas la pierna?", preguntó a Emily.

"Creo que lo hará".

"Debe de estar apretado". Alexander se alejó hacia la línea de pinos circundantes. Con sólo tocarle el pie, forcejeando con ella sobre la manta, se sintió excitado. En apariencia, podría haber estado discutiendo con ella. Pero, en realidad, no podía dejar de imaginar el placer que supondría despojarla de su ropa mojada, lavarle los pies, las piernas, cada centímetro de ella.

El problema era que no había tenido una mujer desde su maldita boda. Y la amante del embajador francés no contaba. No se acordaba.

Aquella primera noche había acabado en la cama equivocada, pero había jurado serle fiel. Y lo decía en serio. Puede que Kenna hubiera huido de él, pero seguían casados.

Alexander se adentró en el bosque, tratando de centrar sus pensamientos en sus barcos, en los planes para el clan, incluso en los sermones de su padre sobre cualquier cosa, desde la caza hasta los caballos.

Cualquier cosa menos ella.

Pensó en su deber como capitán de la flota Macpherson. Cada mes, los barcos españoles regresaban del Nuevo Mundo abarrotados de plata y oro. Eran dulces frutos que esperaban ser recogidos, y él los había estado recogiendo. Su hermano James seguía otro camino. Al igual que su tío Ambrose Macpherson, James había elegido la vida de diplomático. Colin, el menor, supervisaba los asuntos del clan Lindsay con su esposa Tess, pero también estaba preparado para hacerse cargo de la flota Macpherson cuando Alexander sucediera a su padre.

En los días previos a su matrimonio con Kenna, el padre de Alexander le había recordado que había llegado el momento de asumir el manto como próximo laird de los Macpherson. Ya lo habría hecho si Kenna se hubiera quedado. Pero cuando ella se marchó, él le había pedido a su padre que esperara mientras averiguaba qué había que hacer.

Una respuesta era la anulación. Tenían suficiente influencia con el obispo. Pero hace seis meses no pudo hacerlo. Y no pudo hacerlo el mes pasado, aunque hizo creer a Kenna que la había solicitado. Era una cuestión de cabos sueltos, preguntas sin respuesta, orgullo herido y bienestar de los clanes Macpherson y MacKay. Abandonar este matrimonio significaba la derrota. Entonces no estaba preparado. No estaba preparado ahora.

Aunque pareciera una locura, aún tenía esperanzas. Aún podían hacer que funcionara el matrimonio.

Alexander se encontró de pie al borde del río. Con las fuertes lluvias de los cuatro días anteriores, era un torrente impetuoso. Ramas y maderos pasaban a toda velocidad, arrastrados por la veloz corriente.

Si alguien se cayera en...

Si alguien que fuera un buen nadador decidiera huir...

Kenna podría estar a medio camino de vuelta al castillo de Craignock para cuando alguien se diera cuenta de que había desaparecido. Alexander marchó hacia donde habían acampado. Tal vez llegaría un momento en que dejaría de preocuparse por si su esposa iba a huir o no. Pero no era esta noche.

Seis caballos estaban atados al borde del claro. Uno de sus hombres los cuidaba. Alexander sabía que otro estaría vigilando en la oscuridad. Todo parecía tranquilo alrededor del fuego. James y Emily estaban sentados de espaldas a él, hablando en voz baja. Kenna, sentada contra un árbol, estaba envuelta en una manta. Tenía el pie envuelto en tiras de tela. Le observó con desconfianza cuando se acercó.

"¿Necesitas ir a algún sitio, hacer algo?"

Levantó la vista, fingiendo inocencia. "¿Ir adónde? ¿A hacer qué?"

"Ya sabes". Hizo un gesto hacia el lugar de donde había salido. "¿Necesitas hacer tus necesidades, mujer?"

"¿Ahora?"

"Ahora".

"Cuando esté preparada, iré".

"Si necesitas irte esta noche, lo harás ahora".

Ella le fulminó con la mirada. "¿De qué vas?"

Se agachó, mirándola a los ojos. "No me digas que no se te ha pasado por la cabeza. ¿Caminar hacia el bosque? ¿Desaparecer?"

"¿Sin Emily? ¿Sin caballo? ¿Cojeando de un tobillo maltrecho?"

"Una torre de abadía no podría contenerte".

"En ese caso..." Sonrió, mirando el bosque a su alrededor. "Creo que deberías quedarte despierto toda la noche y preocuparte por ello".

"No me preocupa", dijo.

"Bien. Entonces vete. Estás bloqueando el calor del fuego".

Alexander volvió hacia su caballo y cogió un trozo de cuero trenzado. Nadie, ni siquiera James, dijo nada cuando regresó junto a Kenna un momento después.

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Qué vas a hacer con eso?"

Ella intentó zafarse cuando él enrolló la cuerda alrededor del árbol y le cogió las manos.

"Aléjate de mí".

A pesar de su tamaño, era mucho más fuerte de lo que él había imaginado. Pero Alexander la tenía con las manos atadas a la espalda antes de que pudiera causarle daños corporales permanentes.

"No te saldrás con la tuya. Te mataré mientras duermes".

"Lo cual me recuerda algo".

Metió la mano en su cinturón y encontró el puñal. Pero se tomó su tiempo. Sus rostros estaban a escasos centímetros mientras su mano se apoyaba íntimamente en el calor del vientre de ella. Sus mejillas se ruborizaron. Vio que bajaba la mirada hacia su boca, pero entonces sus ojos se entrecerraron.

"Vuelve a acercarte tanto a mí esta noche", le dijo, "y te convertiré en mi esposa".

Sacudiendo la cabeza, cogió el puñal y se alejó.

Sir Ralph Evers siguió a su escudero por la serpenteante escalera iluminada por antorchas que salía de una cámara de la torre. "¿Algo de él?"

"Nada, señor. No consigo que diga ni una palabra. Redcap dice que no cree que el viejo pueda aguantar mucho más".

Agachándose bajo el arco bajo y redondo de la puerta, Evers entró en lo que antaño fue un atractivo Gran Salón. Ahora decenas de hombres se apiñaban en grupos o yacían sobre los juncos sucios y empapados de sangre que cubrían el suelo. Algunos estaban maniatados; otros, demasiado azotados para hacer diferencia.

"El hedor es cada vez peor", dijo Evers, dejando que su mirada recorriera la habitación en busca de cualquier indicio de desafío que pudiera quedar.

"Sí, mi señor. Hay muertos mezclados".

"Bien. Mantenlo así. Recordará a los vivos que son los siguientes".

El hombre señaló un cadáver cerca de ellos. "Éste, en cuanto vio que se le acercaba el final, tenía un celemín lleno para pasar".

"¿Algo de interés?"

"Sí. Juró que Cairns habla con los muertos. Conoce todos sus secretos. Dice que el bacalao habló con su esposa muerta. Y con su hijo que se ahogó en el río. Afirmó que el viejo le contó cosas que sólo sus parientes muertos podían saber".

Evers dio un codazo al cadáver con la bota, con la esperanza de que aún le quedara algo de vida. Tenía más cosas que preguntarle. Unos ojos vacíos le devolvieron la mirada.

Era lo mismo que había oído decir a otros desde que Maxwell trajo al viejo.

En una tenebrosa antecámara iluminada por antorchas, más allá del Gran Salón, Redcap había atado a Cairns sobre un barril. La sangre se acumulaba en el suelo a su alrededor. En la mano del fornido torturador, un látigo goteaba rojo.

Al ver entrar a Sir Ralph Evers, Redcap Sly sacudió la cabeza, decepcionado, antes de dar una patada al montón de piel y huesos.

"Contad a su señoría el secreto que se oculta tras vuestras artimañas y quizá recibáis su misericordia".

No hubo respuesta. El anciano respiraba con dificultad. Esta habitación apestaba peor que el Gran Comedor.

Evers miró una vez más a Cairns. Como todos los demás, aquel hombre era un fraude.

"Acaba con él", ordenó Sir Ralph.

Redcap Sly pasó una hoja ganchuda por la garganta de Cairns. Ni siquiera profirió un grito de dolor. Nada.

El cuerpo de Cairns se deslizó hasta el suelo. Unos ojos sin vida miraron fijamente a Evers.

Evers se volvió para marcharse, pero se detuvo al ver una colección de objetos sobre un bloque de madera. Cuentas de oración, bellotas, un silbato tallado a mano, pequeños cuchillos.

"¿Alguno de ellos pertenece a Cairns?", preguntó.

"La pequeña bolsa de ahí. Llevaba un mísero trozo de piedra. Colgada del cuello".

Evers cogió la bolsa y salió. Ya había permanecido demasiado tiempo en este agujero infernal de las Fronteras. Era hora de soltarse y avanzar hacia el norte. En el Gran Salón, se detuvo junto a su capitán al mando. "Acabad con todos. Nos dirigiremos al norte al amanecer".

Deteniéndose bajo una antorcha instalada en la pared, Evers abrió la bolsa. Metió la mano, pero sacó los dedos.

La piedra le quemó. La sacudió fuera de la bolsa y cayó al suelo. Se agachó.

Sólo una piedra de color claro con marcas grabadas. La cogió. Aún estaba caliente al tacto.

Se volvió cuando el sonido de gritos y súplicas llenó la sala. Sus hombres se movían entre los prisioneros, poniendo fin a sus miserables vidas.

Un movimiento cerca de él atrajo su atención. Un hombre estaba de pie junto al escocés muerto por el que había pasado antes.

Era el escocés muerto. Sin cadenas. Sin grilletes. Sólo mirándole fijamente.

Antes de que su pregunta sin forma pudiera tomar cuerpo, Evers tuvo su respuesta. Uno de sus soldados pasó y atravesó el espectro. No era un hombre vivo. Una sombra. Un fantasma.

Más allá de él, otros estaban sentados, levantándose de sus cuerpos, de pie, mirándole fijamente.

Evers se acercó de nuevo al cadáver de Cairns.

"Sé que no puedes negarme en la muerte lo que me negaste en vida. Habla".

El espíritu de Cairns, una oscura brizna, revoloteaba sobre su caparazón.

"Háblame de esta piedra. ¿Qué es? ¿Y hay otras iguales?"

Y Cairns le habló de los cuatro que se alejaron de un naufragio hace cincuenta años. Cada uno llevaba una tablilla antigua. El primero hablaba con los muertos. El segundo, un sanador, podía resucitar a un hombre del borde de la muerte. El tercero conocía los secretos del pasado de cualquiera. Y el último, un profeta, veía el futuro.

Capítulo Cinco

"Te acuso de tu lealtad".

KESTER, el capitán de la guardia de los MacDougall, tenía la mano en la empuñadura de su espada corta, esperando la orden del laird. El abad mantuvo la mirada fija en el padre de Emily, sabiendo que los momentos siguientes determinarían su destino. Envío una plegaria al cielo, a San Andrés.

El abad podía retorcerse las manos, negar su implicación e inclinar la cabeza hasta que le doliera el cuello. Lo que los Macpherson se habían atrevido a hacer era inexcusable. Pero él no había hecho nada malo. No era más que el portador de malas noticias.

Aun así, eso podría bastar para convertirlo en cómplice a los ojos de los MacDougall.

El guerrero Macpherson lo había abandonado a su suerte ante las puertas del castillo de Craignock. Al ver cómo el hombre desaparecía en la noche, el abad se dio cuenta de que Diarmad no iba a permitir que su propia cabeza adornara una pica cuando había un clérigo al que sacrificar.

Los MacDougall, tres ancianos del clan y el capitán estaban reunidos en los aposentos privados del laird cuando hicieron entrar al abad. Era tarde. Al atravesar un Gran Salón apagado, había sentido que decenas de ojos seguían cada uno de sus pasos. Hacía tiempo que habían vaciado y retirado las bandejas de comida. Los perros roían restos y huesos bajo las largas mesas. Probablemente mañana estarían royendo sus huesos, pensó el abad.

Tras oír al clérigo, Graeme MacDougall no dijo una palabra, sino que se sentó con el puño alrededor de la copa de cerveza como si estuviera ahogando la vida de alguien.

El abad no se movió. Apenas respiraba.

"¿Dónde están los hombres que escoltaron a las muchachas?", preguntó finalmente uno de los ancianos a Kester.

"Volvieron después de que desaparecieran los dos. Les envié de nuevo con los grupos de búsqueda. No sabíamos nada de esto. Sólo supusimos que Lady Kenna se había marchado, con Lady Emily a su paso. No teníamos sospechas de juego sucio hasta este momento".

"¿Dónde están ahora?", preguntó el otro anciano.

El abad apartó la mirada del laird. "No lo sé. De camino a Oban, creo. Iban a partir inmediatamente después de que yo empezara aquí".

"¿Qué ruta seguían para llegar a Oban?"

"No lo sé".

"¿Cuántos de ellos están con las muchachas?"

"Cinco que yo haya visto. Pero podría haber más. Muchos más". El abad decidió no mencionar que Diarmad le había acompañado hasta las puertas de Craignock.

"¿Están con ellos los tres hermanos Macpherson?"

"Sólo los dos mayores... que yo vi".

Los ancianos empezaron a hablar todos a la vez. El abad no dijo nada, esperando a que hablara el laird.

"¿Estaba alguno de sus barcos frente a la costa?"

"Podemos ir a por ellos".

"Si tuvieran suficientes hombres, habrían asediado Craignock".

"Deben de tener pocas naves".

"Tendimos una trampa en Oban".

"No, nos tienden una trampa".

"Laird, te dije que sería un desastre tomar el barco de los Macpherson. Si tan sólo..."

"¡Basta!" El laird golpeó su copa contra la mesa que tenía a su lado, haciendo chapotear la cerveza en la superficie de madera cicatrizada. Se dirigió al abad. "Emily y Kenna. ¿Cómo están?"

"Muy bien, mi señor. Se mantienen juntos, y gozaban de buena salud y buen ánimo cuando me despedí de ellos."

El MacDougall bajó la mirada, haciendo girar un gran anillo de oro en su dedo. El rubí incrustado brillaba a la luz de la antorcha.

"¿Y cómo reaccionó Alexander Macpherson cuando se dio cuenta de que había secuestrado a su propia esposa?"

"Ambos estaban asombrados, mi señor". Decir menos era lo mejor, decidió el abad.

"¿Dices que podemos hacer que Emily vuelva mañana?"

El anciano asintió. "Sólo buscan su barco. En eso, Alexander fue perfectamente claro".

Antes de que nadie pudiera hablar, el laird hizo un gesto con la mano, exigiendo silencio. Kester y él intercambiaron una mirada. "No se tomará ninguna medida contra los Macpherson. El barco será devuelto. Recuperaremos a mi hija".

El abad respiró con más facilidad.

"La noticia no debe salir de esta cámara", ordenó el laird. "¿Está claro?"

"Sí, laird", respondió un anciano. "¿Pero qué hay de sir Quentin Chamberlain? ¿Y la dote de Emily?"

"Yo negocié el contrato matrimonial de mi hija. Haré los ajustes necesarios en su dote. De todos modos, siempre tuve mis dudas de que el barco de los Macpherson hubiera funcionado. Y estoy seguro de que Magnus MacKay también se habría opuesto".

El otro anciano del clan habló con cautela. "Pero ¿y si Sir Quentin se entera de que Emily ha estado en manos de esos montañeses?"

"No hay razón para que lo sepa. No le esperamos hasta dentro de una noche", les dijo el laird. "Y haréis correr la voz de que mi hija se ha ido unos días al Priorato de Glosters con Kenna. Volverán pronto".

Todo parecía arreglado. Hubo algún refunfuño, pero ninguno de ellos se atrevió a hablar. Apareció un mozo de servicio y susurró al oído del laird. MacDougall asintió y le indicó que llevara al abad al Gran Salón y le buscara algo de cenar.

Satisfecho de haber evitado felizmente el desastre, el abad siguió al muchacho hasta el pasillo, donde encontró a Diarmad esperando para entrar en la cámara del laird. El guerrero

saludó con la cabeza al atónito clérigo.

Al detenerse en lo alto de la escalera, el abad contempló la ancha espalda del montañés. Y antes de que se cerrara la puerta, habría jurado que oyó una risa.

Capítulo Seis

*" ...lo que tenemos no lo estimamos al valor
Mientras lo disfrutamos, pero estando faltos y perdidos,
Por qué, entonces creamos el valor, entonces encontramos
La virtud que la posesión no nos mostraría
Mientras era nuestro".*

LOS VESTIDOS de los colores de la primavera relucían con bordados de oro. Las joyas que llevaban las mujeres atrapaban cada rayo de luz, cegándolas con su brillo. Sus rostros brillaban como la luna. Sus voces, suaves. Sus movimientos deliberados y refinados. Se agolpaban en el Gran Salón, de pie, en grupos, susurrando y lanzando miradas desdeñosas en dirección a Kenna.

Los hombres de la sala formaban una sola fila ante ella, con los rostros ocultos tras máscaras. Su padre estaba de pie junto a ella, asintiendo con la cabeza cuando llegó el momento de que cada uno de ellos se acercara y se presentara. Miró su vestido mojado, roto por partes y manchado casi de negro en el dobladillo. Tenía los pies descalzos y sucios. Le caían mechones de pelo por la cara.

"Elige uno", le ordenó su padre.

"Pero si ya estoy casada", le dijo. "Estoy casada con Alexander".

"Te echó. Te envió de vuelta. No te quiere".

Se le hizo un nudo en la garganta. La tristeza le oprimía el corazón, pero no era ninguna sorpresa. Había luchado contra él, le había abandonado y le había dicho tantas cosas falsas... sin dejar de saber que él era el único hombre al que querría.

"Elige uno para tu marido y hazlo ahora, Kenna. No nos moveremos hasta que lo hayas hecho. Me he cansado de esta estúpida independencia".

Kenna intentó demostrarle que se equivocaba. No necesitaba protegerse de él. Intentó dar un paso. Sus pies no se movieron. Intentó levantar los brazos. Los tenía atados a los lados. Estaba cautiva.

Se acercó el siguiente hombre de la fila. "¿Me acepta, señora?"

No pudo ver nada de su rostro, sólo la corona que reposaba torcida sobre su cabeza. "No. No eres más que el tonto de un príncipe".

Se acercó el siguiente. "¿Queréis casaros conmigo, gran dama?", pronunció cada palabra como si fueran una colección de bostezos.

"Eres más aburrido y falso que un deshielo de enero".

El siguiente hombre fue demasiado alegre en su pregunta.

"No", le despidió. Y al siguiente. Y a las docenas siguientes.

Ella no quería otro marido. Podía haberla enviado de vuelta, pero seguían casados. Alexander se lo dijo. No era demasiado tarde.

El último hombre de la sala se presentó finalmente ante ella. Antes de que pudiera pedirle la mano, su padre habló primero.

"Tómala. Es tuya".

Kenna luchó contra sus ataduras invisibles. "No perteneceré a otro, padre. Ya estoy casada".

Las lágrimas le nublaron los ojos. Sacudió la cabeza, intentando alejarse mientras él se acercaba. Se esforzó por empujarlo. Pero sus manos no se movían. Las tenía atadas a la espalda.

Sobresaltada, Kenna abrió los ojos y miró al cielo azul a través de una abertura entre los árboles. Estaba en el exterior. No había filas de hombres. Su padre no estaba allí. No había grupos de mujeres ridiculizándola por su aspecto.

Era extraño imaginar que había llegado a considerar a Alexander como su vía de escape. Seis meses atrás, casarse con él habría puesto fin a la autoridad de Magnus MacKay. Pero, ¿estaba contenta con el acuerdo?

No lo estaba. Sobre todo, no después de la charla con su padre.

Alexander dormía de lado, a un brazo de distancia. Compartían la misma manta. Miró su rostro sin afeitar y sus largas pestañas. Ningún hombre tenía derecho a parecer tan atractivo como él. Su mirada bajó por su rostro y recordó los estragos que el roce de sus labios causó en su cuerpo.

En sus sueños, había deseado que él viniera a por ella. Durante sus meses en el Priorato de Glosters, Kenna soñó que él la perseguiría, la conocería, la aceptaría por lo que era y se enamoraría de ella. Entonces se iría con él a los rincones más lejanos del mundo. Pero nunca había venido. En su lugar, había enviado a un mensajero.

Tal vez había sido demasiado impulsiva, quemando la carta sin leerla. Pero fue culpa suya. Un hombre no debería enviar una carta diciendo: *"Lo siento, querida. Me acosté borracho con una moza en nuestra noche de bodas"*, o cualquier otra cosa que escribiera. Si ése era, de hecho, el contenido de la correspondencia.

La ira se apoderó de ella. Aún tenía las manos atadas a la espalda. Le dolían los hombros y los brazos de dormir así.

Miró a un pájaro que cantaba ruidosamente en una rama por encima de ellos.

"Vuela, pájaro, o te arrancaré las plumas en cuanto me libere".

Kenna luchó y consiguió incorporarse. Los dolores del resto del cuerpo coincidían con los de los brazos. Se estaba haciendo demasiado vieja para saltar de torres y acantilados el mismo día. Buscó a su prima. No había rastro de ella.

"¿Emily?"

Tampoco pudo ver a James Macpherson ni a los otros hombres que viajaban con ellos. Y a los caballos. ¿Dónde estaban los caballos?

Todos se habían ido. Estaban solos.

"Despierta, mammet", gruñó a su marido.

Murmuró algo en sueños y rodó sobre su espalda.

"Se han ido todos, Alexander. ¿Adónde has llevado a Emily?"

Las brasas del fuego aún humeaban. No podían llevar mucho tiempo fuera. Kenna se levantó, pero no pudo alejarse más de un paso del árbol. Tenía las manos inmovilizadas.

"Mi marido", dijo ella mordazmente. Y la había tenido atada toda la noche.

Evaluó al objeto de su ira y equilibró su peso sobre el tobillo dolorido antes de asestarle una patada en la cadera con la otra. "He dicho que te despiertes, gamberro...".

Se quedó sin aliento al caer al suelo. En un momento estaba soltando una patada y una maldición y al siguiente, estaba tirada sobre la manta con el peso de Alexander cubriendo parcialmente el suyo.

"Esposa mía. No puedo expresar con palabras la alegría que siento al despertarme con tus caricias y cariños".

Estaba demasiado cerca. Seguramente podía sentir el palpitar de su corazón. "Desátame las manos, villano pignut".

"¿Debo hacerlo?" Le apartó el pelo de la cara y le acarició suavemente la mejilla. Le acarició el labio inferior con el pulgar mientras la miraba a los ojos.

Kenna se olvidó de respirar y su rodilla se deslizó lentamente hacia arriba, entre sus piernas. Perdió la noción de los términos del abuso que pensaba propinarle. El peso de su cuerpo era perfecto. Un delicioso cosquilleo se extendió a lugares impensables.

"Me gustas cuando te pones así de sumisa".

Su rodilla pretendía conectar con su ingle, pero él fue demasiado rápido. Los hizo rodar hasta que ella quedó a horcajadas sobre su regazo.

"No necesitas desarmarme. Habla conmigo. Puedes estar encima. No discutiré".

"Desátame, majadero", exigió. "Todos se han ido, incluida Emily. ¿Qué le has hecho? ¿Adónde se han ido todos?"

Un momento después, estaba libre. Cruzó el campamento. Ella estiró el brazo dolorido y cojeó tras él. Los demás se habían ido definitivamente.

Alexander desapareció en el bosque. Kenna vio una bolsa junto al fuego. Rebuscó en ella. Otra manta, algo de carne seca y tortas de avena.

Volvió portando una espada en su vaina. Se ató el arma al cinturón.

"¿Dónde está todo el mundo?", volvió a preguntar. "¿Dónde está Emily?"

"James debe de habérsela llevado, y no hace mucho tiempo".

"¿Pero por qué? ¿Dónde están los caballos? Tenemos que ir a por ellos".

"También se las han llevado", dijo.

"¿Por qué? Tiene que haber un error".

"No lo creo". Miró alrededor del campamento. "Nos han abandonado... por alguna razón".

Levantó las manos, frustrada. "Pero, ¿por qué haría alguien algo así? ¿Están locos? ¿No temían que te cortara el cuello mientras dormías?"

"Se les habrá pasado por la cabeza. James dejó mi espada donde estaban atados los caballos, fuera de su alcance".

Se agachó junto al fuego, hurgando en la comida.

Kenna no podía creer lo tranquilo que parecía a pesar de todo. Desierto, sin refugio y aún en tierras de los MacDougall. Después de lo que hicieron ayer los Macpherson, no le sorprendería que pusieran precio a la cabeza de Alexander. "Emily no se iría con ellos sin oponer resistencia. La habrán secuestrado".

"La secuestraron. Ayer", le recordó, con aire divertido. Dio un mordisco a la carne seca. "Pero, por lo que parece, no opuso resistencia ni pidió ayuda".

"Puede que sí. Duermes como un muerto".

"¿Y tú? ¿La has oído?"

Kenna no lo había hecho. Recordó que anoche, antes de dormirse, le había parecido peculiar que Emily pareciera sentirse tan cómoda con James Macpherson. ¿Haría eso su prima? ¿Huir con

un Highlander? ¿La abandonaría? No, nada de eso tenía sentido.

"Emily tiene una reputación que protege ferozmente, por no hablar de un próximo matrimonio. Ni siquiera estaría aquí si no se hubiera negado a quedarse a solas contigo y con tu hermano".

"Su reputación está a salvo. El abad vio que estabais juntos. Eso bastará hasta que la entreguemos a su padre a cambio de nuestro barco".

"Los MacDougall no te devolverán tu barco a menos que me devuelvan a mí. No olvides que a mí también me secuestraron".

"Sobrestimas tu valor. Fuiste tomada por tu marido".

"Eso sigue siendo secuestro".

"No a los ojos de los Macpherson ni de los MacKay. Tu padre me sugirió muchas veces que cabalgara hasta el Priorato de Glosters y reclamara a mi esposa".

Eso lo diría su padre. Magnus MacKay sólo valoraba dos cosas: mantener a salvo a sus hijos y proteger el futuro de su clan. Necesitaba a los guerreros Macpherson. Y Kenna no era más que un marcador en el intercambio. Por lo que a él respectaba, ella no tenía voz en lo que iba a ser de su vida.

"No seré un saco de grano que pertenezca al mejor postor".

"Eso es exactamente lo que le dije a tu padre. Dije que Kenna se parece más a un gris escocés o a un collie barbudo".

"¿Así que soy una gallina... o un perro?". Podía hacerle daño. Quería hacerle daño. Quería hacer daño a alguien. Se acercó a él con la mano extendida. "Mi puñal. Quiero que me lo devuelvas".

Se puso en pie, retrocediendo. "Sólo un tonto entregaría un arma a Kenna MacKay cuando está tan intranquila".

"Y un tonto mayor pensaría que está a salvo en el desierto, no importa qué estratagema haya ideado mi padre o tu hermano para ponerme de rodillas. No funcionará".

Kenna se sorprendió al ver que la empuñadura de la daga se extendía hacia ella. Se detuvo al cogerla, buscando en su rostro cualquier señal de engaño.

"Puede que James tuviera las mejores intenciones, pero aquí hay peligro".

Cogió el arma y se la metió en el cinturón. Cojeando hacia el bosque, se dio cuenta de que era la primera vez que confiaba en ella.

Kenna intentó no darle demasiada importancia. Ahora mismo necesitaba intimidad, que encontró bajo un árbol cercano al río.

Los dos, solos, juntos. ¿Qué pensaban todos? ¿Qué esperaban conseguir? ¿Que todos sus problemas del pasado desaparecieran sin más? Alexander y Kenna no podían hilvanar dos frases sin pelearse.

Se levantó y se sacudió las faldas. El sueño que había tenido no la abandonaría. ¿Y si de algún modo cerraba la boca? ¿Reducir los insultos que parecían salirle tan naturalmente cuando hablaba con él?

Recordar el peso de Alexander sobre ella hizo que el corazón de Kenna se acelerara, incluso ahora. No era inmune a su aspecto ni a su forma de tratar a las mujeres. Sabía exactamente qué hacer, qué tocar, cómo hacer que le hormigueara la piel y que se le entrecortara la respiración en el pecho. Y le había devuelto su puñal.

Se tocó la melena y se encogió al pensar en el mal aspecto que debía de tener. No era mejor que una mujer hada, incluso que la *Nighe Frijol*. Una visión de pesadilla, sin duda. Su pelo alborotado. Su vestido arruinado. Sólo le faltaban unos pies palmeados, un gran diente que le

sobresalía de la boca y unos pechos que le llegaban a las rodillas.

Kenna caminó hacia el río y se asomó a unas rocas. Las aguas corrían profundas y rápidas a su alrededor. La corriente era demasiado fuerte. Se inclinó y se lavó las manos y la cara. Lo más sensato sería que Kenna volviera por donde habían venido. Podría refugiarse en alguna casa de labranza mientras Alexander se dirigía hacia el norte. Su hermano y los hombres volverían a por él cuando tuvieran el barco.

Un movimiento al otro lado del río captó su atención. Más de media docena de hombres salieron de entre los árboles de la orilla. Llevaban arcos y alabardas inglesas. Todos iban armados con espadas cortas. Se agachó sobre las rocas. Quizá no la vieran.

Se equivocaba.

"Podemos vadear río arriba", gritó uno de ellos en inglés, avanzando rápidamente río arriba. El resto le siguió los pasos.

Lo primero que pensó fue en avisar a Alexander. Era imposible que ellos dos pudieran enfrentarse a tantos.

Se levantó y se volvió para verle acercarse a ella.

"Kenna".

Reconoció la urgencia en la voz baja de Alexander. Él también debía de haberlos visto.

"Vete. Corre", le dijo. Imaginó que su destino sería mucho peor que el de ella. Con su tobillo maltrecho, sólo conseguiría retrasarle.

"Iremos juntos", dijo él, levantándola por la cintura y sumergiéndolos a ambos en la corriente impetuosa.

El oro y la venganza. Eran las únicas cosas que proporcionaban verdadero placer a un hombre. Y, por supuesto, un buen fuego.

Sentado a caballo junto a Sir Ralph, Donald Maxwell sintió, incluso a aquella distancia, el calor de las llamas que se elevaban sobre el tejado de la casa-torre en llamas. Respiró el olor de la madera, la paja y la carne chamuscadas.

Había vuelto a Evers demasiado tarde para participar en esta incursión, pero lo que había aprendido valía tres días de duro cabalgar.

"La curandera era la esposa de Magnus MacKay, un laird muy al norte". Maxwell se giró sobre su montura e hizo un gesto con la cabeza hacia las montañas azules de la lejanía. "Es de la que te habló Cairns. Tenía una piedra tallada, que pasó a su hija Kenna cuando ésta se casó con el hijo del laird Macpherson, hace medio año".

"¿Dónde está ahora?"

"Envié un grupo de asalto para traerla de vuelta. La muchacha ha estado en un priorato..."

"Me da igual dónde haya estado o con quién se haya casado. Quiero la piedra".

"Mis hombres saben lo que quieres. Lo traerán".

"¿Dónde está ahora?" volvió a preguntar Evers.

"Cerca de Oban".

"Bien. Mándales un mensaje. Que vuelvan con la piedra o que no vuelvan".

Capítulo Siete

"Habla, Conde, es tu turno".

"CREES QUE SOY UNA NIÑA... o una tonta".

Emily se paseaba por la habitación que James Macpherson había ocupado en la posada del barquero. Su comida, apenas tocada, estaba sobre la mesa.

James negó con la cabeza. "No es eso, en absoluto".

Resopló y miró por la diminuta ventana las aguas grises azotadas por el viento del estrecho. A lo largo de la costa, las casitas de Oban se acurrucaban para protegerse de los vientos salados del mar. Podría arrancarle la cabeza. Había sido víctima del astuto encanto del montañés. *Era* una tonta, pensó con rabia.

Debido a su credulidad, Kenna estaba en peligro.

"Me dijiste que podrían arreglar sus diferencias con unas horas a solas".

"Lo decía en serio. Hay muchas cosas que tienen que discutir y nunca han tenido ocasión de hacerlo".

Ella le hizo un gesto con la mano. "Me creí tus cuentos de que Alexander no ha vuelto a ser el mismo desde que Kenna le dejó".

"Cualquiera que haya pasado algún tiempo con mi hermano lo jurará".

Emily siguió caminando. James había jugado con el romanticismo de su corazón, sabiendo que ella se ablandaría ante la perspectiva de que su primo saliera del priorato y se instalara felizmente en el matrimonio. No volvería a caer en sus trampas.

"Me hiciste creer que dependía de nosotros darles otra oportunidad".

James Macpherson asintió. "Y eso es lo que hemos hecho".

Como una oveja obediente, le siguió cuando el cielo se iluminó en el horizonte oriental. Confiando en él, se había alejado silenciosamente. Había seguido cabalgando, abandonando a Kenna y suponiendo que los hombres de Macpherson harían lo correcto por Alexander y su prima.

"Me has mentido".

"Puede que haya omitido una o dos cosas", respondió.

Ella se detuvo, frente a él. "Me dijiste que les habías dejado un caballo".

"Cierto, era mentira", admitió. "Pero si les hubiéramos dejado un caballo, habrían llegado aquí antes que nosotros. Compartiendo una montura, no habría tiempo para hablar. Teníamos que frenarles".

"Y ahora está en peligro por los asaltantes ingleses".

"Alexander puede ocuparse de los dos".

Al llegar a la posada, James oyó hablar de partidas de asaltantes que se veían más al norte que nunca. Se rumoreaba que algunas estaban en la misma zona donde habían dejado a Kenna y Alexander.

Ahora Santiago pretendía volver a por ellos.

"No tiene sentido seguir esperando a mis parientes. Voy contigo", anunció. "Tal como están las cosas, Kenna nunca me lo perdonará. Si le ocurre algo, nunca me lo perdonaré".

"Eso está descartado. No vendrás conmigo. Volverás al castillo de Craignock en cuanto lleguen los hombres de tu padre".

Todo el encanto del político desaparecía cuando James daba una orden. Y lo que le estaba diciéndole ahora era sin duda una orden.

Emily igualó su mirada. "¿Y mi intercambio por la nave? ¿Dónde está?"

"Bueno, ese asunto está resuelto. Te sugiero que descanses. Sospecho que los MacDougall llegarán en cualquier momento". James se dirigió hacia la puerta. "Los vigilaré fuera".

Algo iba mal. La había engañado una vez. No permitiría que volviera a ocurrir. Emily se acercó a la puerta, impidiéndole salir. "Realmente me tomas por tonta".

Su expresión se endureció, pero sus ojos grises evitaron encontrarse con los de ella.

"Habla, James Macpherson, o por Dios que montaré un espectáculo que hará que mi prima Kenna se sienta orgullosa", amenazó.

"Sois dos personas diferentes. Sé feliz con lo que eres. Es mucho más fácil razonar contigo".

Sus palabras pretendían ser un cumplido, pero Emily no lo percibió así. Dio un paso amenazador hacia él, con un tono más agudo que antes. "¿Qué es este asunto que está arreglado?"

"Ahora, escúchame. Nada de esto te concierne. Déjame pasar".

"Prenderé fuego a la posada si sales por esta puerta". Le pinchó en el pecho. Fue como pinchar una piedra. Volvió a hacerlo, disfrutando de la emoción de enfrentarse a él. "Gritaré 'asesinato'. Robaré un caballo y cabalgaré de vuelta al lugar donde abandonaste a mi primo".

"No creí que fuera necesario mantenerte en la oscuridad. No sé por qué debería ser yo el blanco de tu ira. Tu padre podría explicártelo mejor cuando regreses a Craignock".

Padre. Las palabras de Kenna volvieron a ella. No eran más que una propiedad descerebrada y sin sentido a los ojos de sus padres.

"Mi padre no volverá a verme si no se lo explicas". Se puso de puntillas y le miró directamente a los ojos, asegurándose de que comprendía lo que decía.

Le devolvió la mirada el tiempo suficiente para que Emily sintiera una patada en lo más profundo de su vientre. Algo cambió en su mirada. Sus rostros estaban a un palmo de distancia y el tiempo se congeló en la habitación. Ambos lo sintieron. La discusión se había olvidado.

James rompió el hechizo y se acercó a la ventana. La brisa marina empujaba su pelo rojo oscuro. Emily estudió sus anchos hombros. Su mirada se desplazó sin control por la espalda hasta la estrecha cintura y a lo largo de la falda escocesa hasta las poderosas pantorrillas que desaparecían en las botas. El calor que le subió a la cara fue inesperado.

"El barco", dijo finalmente. "El barco de los Macpherson nunca formó parte de tu dote. Era sólo una parte del plan. Era una treta para traer a Alexander a Craignock".

Emily se cubrió las mejillas encendidas con las manos frías. Se sentía avergonzada por los pensamientos que la invadían hacía un momento. Sir Quentin Chamberlain. Repitió el nombre en silencio. Su futuro marido.

"Eso me alivia", consiguió decir. "Pero estoy segura de que hay mucho más que no me has contado".

"En realidad, nuestra nave nunca fue secuestrada. El secuestro fue simplemente para reunir a Kenna y Alexander. Si se reconcilian, eso devolverá a los clanes MacKay y Macpherson a su camino acordado. Hemos conseguido exactamente lo que pretendíamos. La única complicación son los ingleses".

Se apretó las sienes con los dedos, intentando acallar su momentáneo lapsus de juicio y centrarse en lo que estaba en juego. "¿Alexander no sabía nada de todo esto?"

"Nada. Esos dos son tan testarudos que si alguno de los dos lo sabía, el plan estaba condenado al fracaso. Y lo llevamos a cabo brillantemente, si lo piensas. No creo que Alexander ni Kenna sospecharan nada".

"¿Así que no se trata de otra broma de Macpherson?"

"En absoluto", dijo a la defensiva. "Los clanes pueden perder mucho si esos dos siguen adelante con la anulación. Teníamos que intentarlo, y tu padre estuvo muy de acuerdo en permitirnos... en permitirme utilizar tu boda para el plan".

"Mi padre... permitiéndote... y en mi boda", repitió Emily. La cabeza empezaba a latirle con fuerza. "¿Por qué no me lo dijeron?"

"Muy poca gente conoce la verdad. No podíamos arriesgarnos a fracasar".

¿"Éxito"? ¿Qué clase de éxito sería que Kenna apuñalara ayer a uno de tus hombres en el río? Y sabes que era una gran posibilidad. Como no me avisaron, no impedí que bajara por el muro de la abadía, donde podría haberse caído de cabeza y haber muerto. Y eso también era una posibilidad".

"Bueno, aún existe la clara posibilidad de que ella ya haya apuñalado a Alexander y él la haya estrangulado a cambio", ofreció James. "Pero eran riesgos que nuestras familias estaban dispuestas a correr".

"Nuestras familias. *Nuestras*. Incluidos los MacDougall. ¿Y aún no crees que hubiera algo malo en mantenerme ignorante de la trama? Tuviste muchas oportunidades de explicármelo".

Antes de que pudiera contestar, unos golpes en la puerta llamaron su atención.

"Una compañía de guerreros MacDougall. Están en la taberna del puerto".

La corriente era fuerte. La corriente rompió el agarre de Alexander sobre Kenna en cuanto se soltaron en el primer recodo del río. Se la llevó por delante, balanceándose por debajo y por encima de la corriente. Las costillas y las piernas de Alexander chocaron contra objetos sumergidos mientras navegaba junto a ellos. La espada que llevaba al cinto amenazaba con hundirle o engancharse en ramas alojadas en las rocas, pero no estaba dispuesto a soltar el arma. Intentó mantenerse a flote y evitar chocar contra las rocas. De repente, dejó de verla.

"¡Kenna!", gritó por encima del rugido del agua.

La urgencia se apoderó de él. Sabía que era una buena nadadora. Eso lo había aprendido cuando saltaron por los acantilados de la abadía el día anterior. Pero ninguno de los dos sabía lo que le depararía el siguiente recodo del río. Ella podía golpearse la cabeza contra una roca y hundirse.

"¡Kenna!", volvió a gritar, nadando con la corriente y escudriñando ambas orillas en busca de alguna señal de ella.

El río se hizo más estrecho y profundo, y sintió que descendía varios niveles. Donde la

corriente pasaba entre grandes rocas, el flujo del agua era más fuerte y rápido.

Con las raíces desprendidas de la orilla, un árbol se extendía a través del río que tenía delante. Se sintió aliviado cuando vio una figura delgada agarrada al extremo de una de las ramas.

"¡Kenna!", gritó, deslizándose en largas brazadas hacia ella.

Se volvió y extendió una mano hacia él. El agua le empujaba lejos del árbol. En un momento la barrería. Nadó a través de la corriente, intentando acortar la distancia con ella. Pero el río tenía mente propia y le empujaba.

"¡Quédate ahí! Ábrete camino hasta la orilla", gritó mientras el agua lo arrastraba más allá de ella. "Te encontraré".

Para consternación de Alexander, se soltó del árbol y desapareció bajo la superficie.

"¿Qué estás...? Se quedó sin aliento al golpearse contra una gran roca. Sintió que se le entumecía el brazo izquierdo cuando su hombro golpeó otra roca medio sumergida que había al lado. No había estado mirando, no lo había visto venir. Estaba casi encima de otra roca y se estremeció, esperando el siguiente golpe.

"No te preocupes. Te tengo a ti". Unos pequeños brazos le rodearon por detrás. Estiró las piernas, plantando los pies contra la roca y alejándolos del obstáculo. "Apóyate en mí. Te arrastraré hasta la orilla".

Alexander se sintió aliviado por haberla encontrado. Al mismo tiempo, quería reírse a carcajadas. Tosió un bocado de agua.

"Nos llevaré a la orilla", corrigió. "Os estoy salvando".

"Di lo que quieras", le gritó al oído. "Pero no malgastemos ninguna de tus fuerzas. Si entras en pánico, tendré que ahogarte y marcharme por mi cuenta".

Alexander la oyó gruñir cuando consiguió darle la vuelta y encajarlos a los dos contra otra rama de árbol caída. Miró hacia la orilla. Parecía haber un remolino más allá del árbol. No estaban lejos de la orilla.

Se giró en sus brazos. "Agárrate a mí".

"Me aferro a ti", gritó. "Si te soltara, probablemente te romperías esa gruesa cabeza tuya contra una de estas rocas".

"Como quieras. Yo me agarraré a ti". Rodeó la cintura de Kenna con un brazo y utilizó el otro para avanzar por el árbol hacia la orilla.

A Alexander le palpitaba el hombro. Los dos consiguieron trabajar juntos hasta que sus pies tocaron el lecho del río. Un momento después, se arrastraron fuera del agua.

Una vez en tierra, Kenna se hundió de rodillas en la orilla embarrada. Alexander buscó su cinturón y encontró la espada aún sujeta.

"Puedes soltar esa arma".

Levantaron la vista. Un soldado estaba de pie a unos pasos, con la espada corta en alto.

Giró la cabeza, llamando a alguien más allá de la línea de árboles. "Por aquí, muchachos. Venid a ver lo que nos ha deparado el río".

Capítulo Ocho

"Y en su ojo ha aparecido un fuego".

KENNA PODÍA VER A UN HOMBRE, pero ¿cuántos más había más allá de los árboles? Saltar de nuevo al río ya no parecía una opción viable. El soldado estaba demasiado cerca.

Por la Virgen, no permitiría que los ingleses se los llevaran. Aún de rodillas, miró a Alexander. Su expresión le decía que él tampoco tenía intención de rendirse. Su mano se dirigió a la empuñadura de la espada. Cogió el puñal y reunió toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo. Saltó hacia el inglés, arrastrando una pierna tras ella.

Los ojos del soldado se abrieron de par en par y blandió la espada en su dirección. Alexander se le echó encima antes de que el hombre pudiera siquiera lanzar un grito de auxilio. Abatido, el soldado se desplomó a sus pies.

"Espera aquí", le ordenó, empujándola detrás de un árbol.

Sus ojos se encontraron con los de ella sólo durante un instante. Era un guerrero preparado para la batalla, y la protegería hasta el último aliento que le quedara en el cuerpo.

"En cuanto los haya alejado, vuelve al río y deja que la corriente te lleve tan lejos como puedas".

Voces. Se asomó en cuanto Alexander se internó en la maleza de la orilla. Cuatro hombres salieron al claro, el primero casi tropezando con su camarada muerto. Al ver que Alexander huía, saltaron tras él y comenzó la persecución.

Cogió la espada corta del soldado muerto. No era más pesada que las que utilizaba en las prácticas con los guerreros MacKay. El río estaba a sólo unos pasos. Se volvió y siguió los gritos. Podía haber más delante, pero no podía dejarle aquí. No le dejaría morir. Habían intercambiado votos matrimoniales, a pesar de la burla que habían hecho de ello durante los últimos seis meses. Kenna no podría vivir consigo misma si le ocurriera algo por su culpa.

El ruido de la lucha la llevó a un claro. Tres hombres habían caído. Alexander estaba desviando los golpes del último, un enorme soldado que blandía una enorme espada.

La camisa de Alexander estaba cubierta de sangre. Su brazo izquierdo colgaba inerte y era evidente que no le servía de nada en la batalla. El inglés le hizo retroceder y tropezó con una raíz. Cuando el soldado levantó el arma sobre Alexander, Kenna gritó, abalanzándose sobre él. Pero se detuvo en seco cuando alguien la agarró del pelo por detrás, tirando de ella hacia atrás. Entonces sintió el filo de una espada contra su garganta.

"Suéltalo".

La espada de Alexander atravesó a su enemigo antes de que el golpe pudiera caer, y la gigante se desplomó sobre el cuerpo de su marido.

"He dicho que sueltes la espada".

El hombre era escocés, un Lowlander por su acento. Kenna se preguntó cuántos más de ellos quedaban.

Dejó caer la espada a sus pies mientras Alexander apartaba el cadáver y se levantaba. La vio a ella y a quienquiera que fuera sosteniendo un cuchillo en su garganta.

"Me llevo a la mujer", amenazó el de las Lowlands. "Si me sigues, morirá".

"No te la vas a llevar a ninguna parte", le dijo Alexander. "Ella no significa nada para ti y me pertenece a mí".

"Si es la que buscamos, significa mucho para mí".

Empezó a retroceder. Kenna tropezó y el hombre la levantó de un tirón. Al hacerlo, ella sacó el puñal de su cinturón y le asestó una puñalada hacia atrás, golpeándole en el muslo y otra vez en el vientre. Sintió que se aflojaba.

Liberándose, se volvió hacia él. Pero antes de que pudiera atacar de nuevo, él se irguió de repente, con una mirada peculiar en el rostro. Dejó caer el cuchillo y se echó la mano al hombro.

Cuando cayó muerto de bruces a sus pies, vio la empuñadura de una espada corta que sobresalía de su espalda. Detrás de él, un niño los miraba, con el rostro enrojecido por la ira. No tendría más de ocho o nueve años.

"Hay más de ellos cerca. Los he visto. Sígueme".

Se puso en marcha en dirección contraria al río. Alexander se unió a ella y le cogió la mano. Estaba cubierto de sangre, pero ella no sabía cuánta era suya.

"El muchacho es nuestra mejor oportunidad", le dijo.

Estaba malherido. Sangre fresca se filtraba por la camisa de su costado. Sus pasos se arrastraron, pero mantuvieron al muchacho a la vista.

Kenna le rodeó con un brazo, animándole a que se apoyara en ella. Entonces, justo delante, el agua brilló entre los árboles. Cuando llegaron a una playa pedregosa, el chico había empujado al agua una pequeña barca de pesca cubierta de piel.

"¿Se te va a morir?", preguntó, mientras Kenna ayudaba a Alexander a subir al interior. La sangre goteaba sobre las redes del fondo de la barca.

"No, hoy no moriremos", respondió Alexander. "Eres un muchacho valiente. ¿Cómo te llamas?"

"Jock". Empujó la barca lejos de la orilla y subió. Señaló con la cabeza el broche de la falda escocesa de Alexander mientras encajaba los remos en las clavijas. "Eres un Macpherson. He visto el escudo en las banderas de tus barcos".

"Sí, y veo que eres muy listo".

Kenna buscó en la orilla alguna señal de alguien que los siguiera. No pudo ver a nadie. Una densa niebla llegaba desde las colinas del norte hasta el agua. Cuando ella se ofreció a tomar los remos y remar, el muchacho se erizó y luego se volvió hacia Alexander.

"Estás demasiado al sur y sin ninguno de los tuyos".

"Cierto. Pero, ¿y tú? Eres demasiado joven para ir por tu cuenta. ¿Dónde está tu familia?"

"Por el lago, en la orilla sur. Knipoch. Antes de que llegaran esos malditos ingleses, mi primo y yo pescábamos por toda la bahía. Pero uno de esos demonios chupadores de marismas lo mató anteayer". Miró con repugnancia hacia la orilla que habían abandonado. "Así que los he estado vigilando. Me mantuve justo delante de ellos. Avisando a los campesinos y a los pescadores cuando sé que se acercan".

Kenna se sintió aliviada cuando la niebla los envolvió, protegiéndolos de los hombres o las bestias que pudieran estar al acecho en las orillas. La herida del costado de Alexander seguía sangrando. Arrancó un trozo de su turno y apretó la tela contra la herida. Fingió que no pasaba nada y siguió hablando con el muchacho.

"¿Cuántos has visto?"

"En total, más de veinte. Es todo lo que puedo contar", explicó Jock sin disculparse. "Pero se mueven en manadas. Cinco o seis, normalmente. No sé si hay más tierra adentro".

"Era un escocés ayudándoles".

El chico escupió por el costado. "Sí, que se lo lleve el diablo. Se dice que un asqueroso de las Lowlands llamado Donald Maxwell los dirige. Tiene a otros renegados que luchan por él. Pero dicen que tiene oro inglés. Es su gente la que está quemando y matando, mátalo". Hizo una pausa y miró a Kenna. "Y preguntando por una mujer".

"¿Qué mujer?" preguntó Kenna.

"Ofrecen oro inglés por la mujer de Alexander Macpherson. Una mujer MacKay". Jock la miró. "Te buscan a ti".

En la primera curva del camino al sur de Oban, James encontró a los MacDougall esperándoles. Eran diez, todos a caballo. Emily estaba sentada a horcajadas en su caballo, delante. Había estado impaciente por marcharse, pero debería haber sabido que ella no había terminado con su discusión.

La Emily MacDougall tranquila y complaciente que había conocido en la boda de Alexander y Kenna hacía seis meses y ayer había desaparecido. Seguía siendo hermosa a la vista y agradable al hablar, pero tenía un aire distante que mantenía a James a una distancia prudencial. Antes, su espíritu estaba apagado. No era la mujer para él.

Ahora, un día después, James no sabía qué hacer con este fuego infernal. En realidad, sabía exactamente qué hacer.

Habló directamente con Kester, el jefe de los hombres enviados para escoltar de vuelta a la hija del laird.

"Si no me equivoco, estás tomando el camino equivocado".

"Vamos contigo", respondió Emily en su lugar.

Se dirigió al guerrero. "Tienes órdenes del laird. Te sugiero que escoltes a lady Emily directamente al castillo de Craignock".

Emily dio un codazo a su yegua y se colocó entre James y Kester. "Me hablarás directamente cuando tu conversación tenga que ver conmigo".

James la estudió. La voz clara, la mirada directa, la confianza. Si hubiera una rama de árbol baja a la vista, habría pensado que se había golpeado la cabeza una o dos veces, pues era incluso más atrevida que la mujer con la que había hablado antes en la posada. Y si antes le había parecido hermosa, ahora Emily MacDougall era magnífica. La coraza protectora se había hecho añicos. La verdadera mujer estaba ahora sentada ante él.

Luchando contra el impulso de tirarla del caballo y arrastrarla de vuelta a la posada, James miró las olas blancas que controlaban el fiordo gris verdoso. Los hombres de MacDougall les superaban en número dos a uno. En cualquier caso, hacer el amor con ella ahora podría no ser la más política de las estrategias.

Se dirigió a Kester. "Me gustaría hablar contigo en privado".

El anciano guerrero miró primero a su ama y la siguió sólo después de que Emily asintiera con la cabeza.

James volvió cabalgando alrededor de un pequeño bosquecillo de pinos de matorral.

"No jugaré aquí. Mi hermano y su esposa pueden estar en peligro. Necesito llegar hasta ellos lo antes posible", explicó el Highlander. "Graeme MacDougall y yo nos pusimos de acuerdo. Debes llevar de vuelta a la hija del laird".

"Sí, mi señor. Estoy de acuerdo con todo lo que dices. Pero Lady Emily tiene sentido. Ella quiere recorrer el mismo camino que tú. Lleva a Craignock y a la abadía. Y así, nuestras espadas estarán a tu servicio hasta que llegues a tu hermano".

"No necesito vuestras espadas. Y yo no necesito la preocupación de que una mujer viaje con nosotros".

"Podemos evitar que sufra daños", dijo Kester. "Y lo hará de todos modos, con o sin tu permiso".

James contuvo su ira. "¿Ante quién respondes? ¿No es tu responsabilidad recuperarla para preparar su boda?".

"No necesito que me recuerdes a quién sirvo. Conozco a esta muchacha desde que era pequeña. En cierto modo, la conozco mejor que el propio laird. Y sé que no servirá de nada cruzarse con ella cuando tenga algo en mente".

"¿Incluso cuando se equivoca?"

"Ella nunca lo hace. Es su naturaleza pensar bien las cosas. No le gustan las decisiones temerarias. A diferencia de su prima, Lady Kenna, se inclina por la cautela. Si ella dice 'vamos por este camino, Kester', yo la sigo".

El hombre era tonto. No veía que aquel duendecillo testarudo y alborotador era diferente de la muchacha dócil que conocía. James no tenía tiempo de preocuparse por nada de esto ahora. Si Kester quería poner en peligro la vida de Emily viajando a una región que se rumoreaba estaba plagada de soldados ingleses, era su elección. En cuanto a sí mismo, él y los guerreros Macpherson no esperarían.

"Como quieras. Debes responder ante los MacDougall. Hice todo lo que pude para advertirte".

Los dos volvieron a caballo por la curva. Los hombres de Macpherson eran los únicos que esperaban.

"¿Dónde está Lady Emily?" preguntó Kester.

"Cogió a los hombres y cabalgó por delante. Dijo que podríamos alcanzarlos cuando acabaras de hablar".

Sir Ralph Evers contempló, al otro lado del río Tweed, la enorme estructura de piedra con los grupos de casitas y tiendas apiñadas junto a sus muros.

Esta abadía tenía historia. Un rey escocés había muerto a la vista de este lugar... y la coronación de un rey niño no había tardado en producirse entre sus muros. Y lo que es más importante, esta abadía era conocida en todas partes por ser la más rica de Escocia.

Evers evaluó su presa. El lugar estaba preparado para un asalto, pero no serviría de nada. Tomarían la abadía aunque tuviera que quemar el lugar hasta los cimientos.

"Quiero cada joya y cada libra de oro de sus cámaras acorazadas", dijo.

"Tomaremos posesión de la abadía, mi señor, pero estos monjes son duros de pelar",

advirtió su capitán.

Maxwell estuvo de acuerdo. "Nunca te dirán dónde están las cámaras acorazadas. Dónde está escondido el oro".

"Toma la abadía. Matad al abad". Evers dirigió una mirada gélida a sus hombres. "Luego tráeme su cuerpo. Me dirá todo lo que quiero saber".

Capítulo Nueve

"¿Qué fuego hay en mis oídos? ¿Puede ser verdad?"

LA ORILLA NORTE del estrecho lago se elevaba rápidamente hacia unas escarpadas estribaciones cubiertas de tojo y salpicadas de afloramientos rocosos y árboles retorcidos. En lugares protegidos, se extendían densas arboledas de altos pinos, verdes y peligrosos. Buenos lugares para que se escondan los vigías.

La mirada de Kenna barrió desde la playa pedregosa hasta la ladera boscosa. Una espesa niebla se aferraba a la elevada elevación cubierta de hierba que había más allá. Caía una suave lluvia, que la enfriaba y añadía peso al vestido aún empapado de su estancia en el río.

"No podéis tomar el camino de Oban", les advirtió Jock. "Seguro que los ingleses os estarán esperando".

Kenna y Jock ayudaron a Alexander a salir de la barca y a atravesar las aguas poco profundas hasta la orilla. Tenía preguntas para el chico sobre el tal Donald Maxwell, pero dudaba que supiera más de lo que ya les había contado. Definitivamente, no conocía al hombre. Nunca había oído su nombre. No entendía por qué alguien -especialmente un escocés renegado- colaboraría con los ingleses para encontrarla. A menos que quisieran un rescate. Pero ¿por qué no Emily, en lugar de ella?

En todos los años que había corrido salvaje por las Highlands, nunca había pensado ni una sola vez en el secuestro.

Jock miraba fijamente la camisa de Alexander. La herida volvía a sangrar mucho. "Y las colinas son demasiado altas para escalarlas".

"¿Las cabañas de pesca están justo al otro lado de estos árboles?" preguntó Kenna.

"Sí. Se derrumbó, sobre todo. Dicen que se construyeron antes de Noé y sus animales. Algunas personas que pescan aquí en temporada los utilizan de vez en cuando".

Tenía que poner a Alexander a cubierto, donde pudiera ver su herida y hacer lo que pudiera para detener la hemorragia.

"Puedo llevarte con mi gente en Knipoch".

"No, muchacho. Estaremos bien", consiguió decir Alexander. "Desde aquí, seguiremos el loch hasta el mar. Creo que no estamos a un día de camino de Oban".

"Sí, más o menos".

Alexander metió la mano en la bolsa y sacó unas monedas. Jock retrocedió.

"No te ayudé por oro. Y tampoco te entregaría a ningún meón inglés ni a ningún Lowlander.

No diré ni una palabra a nadie, ni siquiera a mis parientes".

"Lo sabemos. Tómallo, muchacho". Le dio las monedas a Kenna, que las puso en la mano del muchacho. "Sigue tu camino".

Kenna empujó la barca y Jock se alejó remando hacia la niebla. Al salir del agua, encontró a Alexander sentado en una roca. Estaba pálido, con el rostro demacrado. La sangre corría por el paño que sostenía sobre la herida y goteaba sin cesar de sus dedos.

Sintió pánico y el corazón le retumbó en los oídos. Nunca había tenido remilgos ante la visión de la sangre, pero ahora se sentía vagamente enferma, húmeda y fría. Había cosido muchas heridas en la abadía. Había atendido a muchos hombres. Pero ninguno estaba tan malherido. Y ninguno había sido Alexander.

Miró hacia la niebla. Quizá no era demasiado tarde para llamar a Jock. Deberían haber ido con él a Knipoch. Pero comprendía el pensamiento de Alexander. No quería llevar al diablo a la puerta de unos pescadores indefensos.

Ahora era el momento de ser fuerte. Utilizaría cualquier refugio que pudieran encontrar y atendería sus heridas. Aquí estaban demasiado expuestos. No había seguridad de que los que les perseguían no tuvieran una embarcación. Necesitaban alejarse de la playa.

Cómo había cambiado el sentimiento entre ellos, pensó. Lo que les había separado había quedado atrás. En aquel momento, sólo se tenían el uno al otro. Alexander le salvó la vida luchando contra los asaltantes ingleses. Ahora Kenna era su única ayuda.

"No olvides tu promesa", le dijo. "Hoy no te me mueras".

"Si empiezas a inquietarte y a susurrarme cosas dulces al oído, esposa, sabré que soy hombre muerto". Le tendió la mano derecha para que la cogiera. "¿Dónde está la diablesa con la que me casé?".

"Aquí mismo. Aunque no sé por qué no debería estar corriendo ya". Kenna le ayudó a ponerse en pie. "Me quedo para ayudarte sólo por una razón".

"¿Y cuál sería?"

"No permitiré que te mate un inglés desaliñado y plumífero. Soy el único que tiene derecho a hacerlo".

"Ahí está mi mujer", dijo, apoyándose en ella pesadamente mientras caminaban.

Kenna lo condujo al interior de la línea protectora de árboles. Tres montículos bajos de tierra y piedra, con puertas talladas en los lados, se asentaban en círculo. Las cabañas. Dos de los tejados se habían derrumbado. Cerca de la tercera se habían erigido varios secaderos para el pescado, pero también estaban en diversas fases de ruina. Miró y escuchó en busca de cualquier señal de que pudiera haber otras personas cerca, pero sólo el sonido de las aves marinas y un pequeño arroyo que se precipitaba hacia el lago perturbaban el silencio.

La mejor cabaña tenía un trozo de piel a modo de puerta. Apartándola, Kenna echó un vistazo al interior. Se veían varios montones de algas secas y paja utilizada como lecho. Un pozo de fuego contenía leña carbonizada, y el lugar estaba seco y razonablemente limpio. Nadie había estado aquí desde hacía bastante tiempo, pero ningún animal se refugiaba en él.

Haciendo un gesto de dolor, Alexander se agachó y la siguió. Se sentó en un tronco junto a la puerta y se apoyó en la pared de piedra.

"Ahora di la verdad". El corto paseo le exigió demasiado. Sus palabras se alargaron y tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento. "¿Eres realmente un sanador? ¿O todos esos rumores procedentes del Priorato de Glosters no son más que cuentos para justificar tu estancia allí?"

"Calla y ahorra fuerzas".

"Oh, ¿tienes planes para mí?"

Kenna retiró un trozo de madera de la única ventana, dejando entrar aire y luz. Buscó rápidamente en la cabaña cualquier cosa que pudiera haber quedado atrás. Al patear la ropa de cama, levantó algo de polvo, pero encontró un cuenco de madera maltrecho junto a una pared, detrás de uno de los montones de paja. Se habían llevado cualquier otra cosa útil. Se apresuró a salir al arroyo para lavarse y llenar el cuenco de agua.

Cuando regresó, Alexander se había quitado el tartán del hombro y luchaba por quitarse la camisa. Ella se acercó a él, apartándole las manos. La tela estaba pegada a la herida. Le despegó suavemente la camisa de la piel y se la puso por encima de la cabeza.

La camisa resbaló de los dedos de Kenna hasta el suelo. Las lágrimas le quemaron el fondo de la garganta. La herida del costado de Alexander era una puñalada desgarrada. El tajo era tan ancho como su mano, y era profundo. Había perdido mucha sangre. No podía hacer nada.

Se sentó sobre los talones y se quedó mirando la herida. No quería mirarle a la cara. No quería que leyera sus pensamientos.

"Bebe esto". Le acercó el cuenco a los labios.

"Así que esos cuentos eran todos mentira", se burló. "No eres un sanador. No tienes talento. Te mantuvieron allí para cuidar de las ovejas y ordeñar las cabras".

"Las monjas del priorato me habrían acogido aunque no tuviera ninguna aptitud".

Se esforzó por hablar. "O tal vez Magnus MacKay tuvo que enviar... oro al priorato... para aguantarte, ya que es evidente que no puedes ocuparte de un pequeño rasguño como éste".

Alexander no pudo esbozar una sonrisa. Su tolerancia al dolor era impresionante, pero ella veía que su vitalidad se agotaba a cada instante.

La mirada de Kenna buscó de nuevo en la cabaña. No había ninguna posibilidad de que encontrara una aguja o un hilo. Y ella no sabía nada del daño que se había hecho en su interior. Pero tenía que salvarle, ayudarle de algún modo.

Sus ojos empezaron a cerrarse. Estaba perdiendo un tiempo precioso. La luz de la ventana caía sobre la paja al otro lado de la cabaña.

"Ayúdame. Camina conmigo hasta esa cama".

Sus ojos se abrieron de golpe. "¿Por fin vamos a hacer el amor, esposa?"

"No". Ella apretó los labios contra su frente febril. "Me será más fácil abandonarte si estás lejos de la puerta".

Con su ayuda, consiguió ponerse en pie y dio los pasos vacilantes. "Pero iré a por ti. En esta vida o en la otra".

"¿Por qué? ¿Todavía por el bien del clan?"

"No, muchacha. Me estoy acostumbrando a ti... como uno se acostumbra a una verruga".

Se tendió sobre la cama, con la respiración tan agitada como si hubiera escalado una montaña. Ella lo puso boca arriba.

"No es una mala respuesta para un simio. Estás aprendiendo. Pero siempre he sido un buen profesor".

No obtuvo respuesta. La sangre seguía corriendo por su costado, desapareciendo en la paja que tenía debajo. Cogió el cuenco, arrancó otro trozo de su turno y lo mojó en el agua, limpiando alrededor de la herida.

Cerró los ojos. Su respiración se hizo más superficial. Kenna no pudo contener las lágrimas. Se arrodilló junto a él, con la mano en el corazón.

"No hagas esto. ¿Me oyes? No puedes morirme".

Sus ojos permanecieron cerrados. Ni siquiera había un indicio de que pudiera oírla. El latido

de su corazón era cada vez más débil.

Las plegarias, las peticiones de orientación, la búsqueda en su mente de recuerdos lejanos de los días en que su madre vivía llenaban su mente. Muchas veces, Sine MacKay se alejaba para curar a un niño o atender a un campesino enfermo o a un guerrero herido. Permaneciendo en las sombras, Kenna la seguía a menudo y la observaba mientras realizaba milagros. Sine siempre llevaba el fragmento de piedra. Siempre lo sostenía mientras rezaba.

La piel cercana al corazón de Kenna se calentaba. Pensando en su madre, se llevó la mano a la bolsa de cuero que colgaba de su cuello y palpó la tablilla que contenía. Esto era lo más lejos que había llegado antes al confiar en la piedra. Pero no era suficiente. Su marido se estaba muriendo. Tenía que haber algo más. Kenna abrió la bolsa y dejó caer la piedra en la palma de la mano. Sus dedos se cerraron en torno a ella.

La energía subió por su brazo, pero ella se aferró a la reliquia. El calor se liberó en ráfagas por todo su cuerpo, y su intensidad se apoderó de todos sus miembros. Alexander desapareció y otras imágenes bailaron ante sus ojos. El rostro de su madre. Otras personas que no conocía. Mujeres y hombres con rostros negros y marrones. Viejos y jóvenes. Le hablaban todos a la vez, pero las palabras le llegaban en lenguas desconocidas. Fluyeron a su alrededor como una melodía que descifrar. La música se hizo más fuerte. La lucha de Kenna se volvió desesperada. Necesitaba comprender lo que tenía que hacer.

Kenna alargó la mano y sus dedos rozaron la piel de Alexander. De repente, como el cese de una tormenta de verano, las voces y las palabras se volvieron ordenadas. Cerró los ojos y una sensación de calma la invadió. El miedo se acumuló en un espacio cada vez menor y de repente desapareció. La música de las palabras se hizo clara y comprensible. Sabía lo que tenía que hacer.

La piedra resbaló de sus dedos hasta su regazo, y Kenna puso ambas manos sobre el pecho de Alexander. Tenía la piel fría y el corazón débil.

Apoyó la palma de la mano sobre la piel de la herida sangrante del costado. Lentamente, movió la mano alrededor de la herida, rodeándola. Dos rayos de luz, uno que ascendía desde sus pies y otro que descendía desde la parte superior de su cabeza, se combinaron en uno solo. Se arremolinó alrededor de su corazón y fluyó a través de sus brazos y manos. Sus dedos vibraron en la piel de él, transmitiendo la fuerza de su cuerpo al de él.

A medida que fluía el poder, vio con el ojo de su mente dónde la espada cortaba y desgarraba la carne interior. Kenna sintió dónde el dolor era más agudo y el daño peor. Siguió la trayectoria de la espada a través de los tendones y los músculos. Vio cosas en su mente que iban más allá de la razón.

Con un toque de pluma, colocó la mano sobre la herida. Cerró los ojos y deseó a su mente y a su corazón que transmitieran la luz restauradora.

Las voces se hicieron una: *Cura a este hombre. Cura a este hombre.*

Su mano se calentó, luego se heló y volvió a calentarse. No supo cuánto tiempo permaneció sentada, permitiendo que el poder que había desatado corriera a través de ambos, para curarle.

Las voces se convirtieron en susurros alentadores.

Finalmente, cuando Kenna abrió los ojos, la hemorragia había cesado.

La herida estaba cerrada.

No era un tratamiento tradicional, nada de lo que le habían enseñado las monjas. Todo lo que había conocido antes cambió en ese momento. Ya no estaría limitada por las experiencias de los sanadores que la rodeaban. Y fuera cual fuera ese poder -magia, artes oscuras o brujería-, Kenna lo acogió con satisfacción. Era un regalo de su madre. Y estaba salvando la vida de su marido.

Apretó la palma de la mano contra el corazón de Alexander. El latido era más fuerte, su respiración más regular.

La herida de espada no era la única lesión de su cuerpo. Los dedos de Kenna recorrieron su pecho, subieron por sus hombros y bajaron por su brazo izquierdo. Encontró exactamente dónde había caído cada golpe. Utilizando el mismo tacto, rodeando la herida, sintiendo el torrente de luz a través de ella, concentrando el calor y el frío y el calor, utilizó el poder que llevaba dentro.

Le desabrochó el broche y el cinturón, le quitó la espada y la dejó a su lado. Le quitó las botas. Su falda, aún ceñida a la cintura, estaba mojada por el río y empapada de sangre. Dejando el tartán sobre su torso, siguió buscando los puntos de dolor. Su mano bajó por una pierna y subió por la otra, pasó por la peor herida y llegó al pecho, bajó por los brazos y llegó a la punta de los dedos.

Incluso mientras buscaba, apenas podía ignorar los músculos poderosamente definidos, la piel tan suave que deseaba apretar los labios contra ella. Su pecho era ancho y magnífico, y bajo el pliegue de la falda escocesa desaparecía una hendidura de suave vello que se adelgazaba a medida que bajaba hacia el ombligo. Sus piernas eran largas y musculosas.

Kenna no podía dejar de tocarlo, memorizando cada hondonada y cada valle, cada cicatriz. El aleteo en lo más profundo de su vientre le hizo retirar las manos. Se sentó sobre los talones, estudiando el cuerpo de su marido, dándose cuenta de que aquello ya no era un viaje de curación, sino de pasión.

Volvió a meter la tableta en la bolsa.

"Kenna".

Dio un respingo. Tenía los ojos abiertos. La estaba mirando. Le ardía la cara de vergüenza. No sabía cuánto tiempo llevaba despierto.

"La hemorragia... la herida de tu costado... está mejor".

"Dolor", susurró.

"¿Dónde? Dímelo".

"Acércate".

No se había movido. Ella se acercó. "Necesitas descansar. Tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse".

"Es demasiado. Estoy sufriendo".

"¿Dónde?", preguntó ella, con las rodillas rozándole la piel desnuda. Él cerró los ojos y sus dedos se movieron débilmente por la ropa de cama. Kenna le cogió la mano. "Enseñámela".

Alexander le cogió la mano y se la llevó muy despacio al pecho. Ella aplastó la palma de la mano, la de él cubriendo la suya. Guió la mano de ella hacia su estómago, bajándola.

Cuando Kenna se dio cuenta de su intención, ya era demasiado tarde. Su mano estaba bajo la falda escocesa. Su excitación era sedosa y dura. Apartó la mano de un tirón.

"Eres el diablo, Alexander Macpherson".

Tenía los ojos cerrados, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

"Ahí es donde tienes que curarme a continuación".

Capítulo Diez

*"¿Puedo convertirme y ver con estos ojos?
No puedo decirlo; creo que no: No lo juraré,
pero el Amor puede transformarme en una ostra;
pero te lo juro,
hasta que haya hecho de mí una ostra".*

EMILY NO ERA cazadora ni rastreadora, pero sabía que muchos hombres habían pasado por el lugar donde habían acampado. Cuando llegaron al claro de la ribera al anochecer, sintió las garras del pánico arañando su fachada normalmente tranquila.

El cuero crudo que ataba a Kenna seguía atado al árbol. Restos de la comida que ella y James habían dejado para los dos estaban esparcidos por el suelo, junto a las frías cenizas del fuego. Todo lo demás había desaparecido. Por primera vez, se dio cuenta del peligro que podía correr Kenna.

Los guerreros Macpherson y MacDougall se dispersaron por los bosques y a lo largo del río, buscando.

La inofensiva broma se había vuelto amarga. Pero por muy enfadada que Emily estuviera antes con James por haberla mantenido al margen del asunto, no podía enfadarse con él ahora. Se daba cuenta de que él se sentía cien veces peor. Su plan les había puesto a todos en esta situación. Sabía que lo último que quería era poner a su hermano y a Kenna en peligro. Emily lo vio salir de entre los árboles y hablar con Kester un momento antes de dirigirse al río. Estaba muy concentrado y ni siquiera pareció reparar en ella cuando pasó a su lado.

Se apartó del camino de los hombres mientras aprovechaban la luz del día para comprobar las huellas y cualquier otra cosa que pudiera ayudarles a decidir qué les había ocurrido a Alexander y Kenna.

No había cadáveres, ni heridos, ni sangre que ella pudiera ver. Emily se dijo que debían de ser buenas noticias. Su esperanza se confirmó poco después, cuando Kester se unió a ella.

"El grupo de asalto, si es que pasó por aquí, bajó por ambos lados. Pero no hay rastro de ninguna huella de mujer por debajo de este punto. Nadie fue río arriba", le dijo el líder de los MacDougall. "Se adentraron en el río".

"Kenna es buena nadadora, pero la corriente es fuerte. ¿Crees que han salido ilesos?"

"Ésa es mi esperanza. James dice que Alexander podría nadar desde aquí hasta Oban si fuera necesario. Pero como usted dice, milady, la corriente es fuerte. Aun así, no veo a nadie más

lanzándose tras ellos".

Emily observó cómo James Macpherson volvía al círculo de sus hombres. Era impresionante incluso en momentos de angustia. De camino hacia aquí, había cabalgado temerariamente para mantenerse a su altura después de que él y Kester los alcanzaran y James se adelantara al galope. Perseguirle había sido estimulante. Sin embargo, sintió una pizca de culpabilidad al saber que la emoción no se debía a la carrera, sino al jinete que perseguía.

"Y tú también sabías todo esto, lo de Kenna y Alexander. Lo de intentar engañarlos para que volvieran a estar juntos".

Kester apartó la mirada. "Sí, eso hice".

El viejo guerrero estaba tan unido a su padre como cualquier hermano. También era un hombre con el que Emily siempre podía hablar abiertamente. Podía pedirle su opinión sobre cosas que nunca podría decirle a su padre. Desde niña sabía que podía confiar en él para que guardara sus secretos. Ahora no iba a enfadarse con él.

Los hombres de Macpherson les hicieron llegar retazos de la discusión. Seguirían el río hasta el loch que, al oeste, conducía al mar. Intentarían alcanzar al grupo de asaltantes o a Alexander y Kenna. James le dijo a uno de los MacDougall que tenía que volver al castillo de Craignock. Oyó mencionar varias veces la palabra "boda".

Volviéron a su mente las objeciones de su primo sobre Sir Quentin.

"Estabas allí cuando negociaron mi matrimonio", le dijo a Kester.

"Sí".

"¿Por qué él?"

"Ya sabes por qué, muchacha. Los MacDougall creen que es un buen partido. Eres hija única. Muchos de los ancianos de nuestro clan han perseguido a tu padre para que se case de nuevo, para que tenga un hijo. Pero a él no le interesa". Kester hizo una pausa. "El mundo es cada vez más pequeño. Como puedes ver, los ingleses se sienten libres para merodear por aquí, llevándose lo que les plazca. Los asaltantes del mar son una amenaza como nunca antes. Tu padre cree que la seguridad de nuestro pueblo depende de ti y de tu futuro marido".

Hace dos veranos, murió la madre de Emily. Mientras estuvo enferma, Emily había oído muchos sermones sinceros sobre el deber y la responsabilidad.

"Pero, ¿por qué él?", repitió ella. "¿Por qué Sir Quentin? ¿Por qué no... por qué no alguien que yo conozca, al menos?". Y alguien con una docena más de cualidades de las que parecía carecer Sir Quentin.

"Nunca has mostrado ningún interés ni has dado a entender que quisieras elegir. Yo, por mi parte, nunca te vi mostrar afición por ningún muchacho en particular. Así que tu padre aceptó la primera buena oferta".

"¿Tenía elección?", preguntó ella, atónita. "¿Tenía elección sobre con quién casarme?"

"Por supuesto, podías elegir entre 'sí' o 'no'. Eres hija única de Graeme MacDougall, muchacha".

La mirada de Emily se desvió hacia James Macpherson. Estaba dando órdenes a sus hombres. "¿Todavía tengo elección? ¿Es demasiado tarde?"

"Tu padre quiere que estés a salvo. Quiere que el clan esté a salvo. Puede que no le entusiasme que hables ahora. Pero mientras tengas esas cosas en mente -si me lo preguntas a mí-, nunca es demasiado tarde".

Estaba soñando. Alexander lo sabía, pero seguía sin poder librarse del borroso caos de acontecimientos que perturbaban su sueño. La fuerza del río. El pánico al perder de vista a Kenna en el salvaje torrente de la corriente. La lucha con los soldados. La espada corta clavándose en él. El pavor punzante ante la idea de que el Lowlander pudiera llevarse a Kenna. Jock manejando los remos que pesaban casi tanto como el propio muchacho. La niebla que se cernía sobre la barca mientras surcaban las negras aguas del lago. La expresión de miedo en el rostro de su esposa.

Alexander apartó la niebla de su mente y abrió los ojos. Una fina franja de luz de luna entraba por la ventana e iluminaba la pared de piedra de la cabaña. Recordó dónde estaba. Respiró hondo y se probó el hombro. Se movía. Se apretó las manos y las levantó ante sus ojos. Estaban enteras. Recordó la herida del costado. No dejaba de sangrar. La tocó. No había sangre fresca, y el agujero hecho por la espada del asaltante estaba cerrado. Parecía más bien una herida de hacía semanas. Movié el peso. Le dolía, pero era más una molestia que otra cosa. Nada como la sensación de un atizador caliente clavándose en su costado.

Se preguntó cuánto tiempo había estado inconsciente.

El último recuerdo claro que tenía era el de Kenna preocupándose por él mientras intentaba no desmayarse. Después de aquello, todo fue un revoltijo, una mezcla confusa de visiones de su pasado, de caricias sanadoras y sensuales. Había momentos en los que no sabía si estaba vivo o muerto.

La vida que Alexander había llevado hasta ahora era plena y llena de aventuras. Podía pensar en muy pocos momentos que volvería a vivir. Su noche de bodas era uno de ellos. Y lamentó no haber ido tras Kenna al día siguiente. O al día siguiente. Nunca debería haber dejado pasar tanto tiempo sin verlos. Habían sido extraños en la escalinata de la iglesia, pero eran el uno para el otro. Ella era intrépida e independiente. No se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido.

Recordó algo más. El dolor. Había estado aquí, en esta misma cabaña, y había sentido el peor dolor. Se estaba muriendo. Y desear a Kenna había sido su último deseo.

Alexander giró la cabeza. Kenna dormía a un brazo de distancia. No le había abandonado.

Su espada yacía entre ellos, lo bastante cerca como para que cualquiera de los dos pudiera alcanzarla. Se preguntó por un momento si estaba allí para defenderse del peligro que acechaba fuera o era un mensaje para él.

Estaba vivo y no iba a dejarse disuadir.

Rodó hacia ella, admirando lo hermosa que estaba a pesar de todo lo que había pasado. Estaba profundamente dormida, con una mano bajo la barbilla. Tenía los labios entreabiertos y respiraba con dificultad. También luchaba contra demonios en sueños. Los cordones del vestido se habían aflojado y la curva de un pecho asomaba por encima de la camisa de lino que llevaba debajo. Inmediatamente se le puso dura. Era bueno saber que todo funcionaba bien.

Alargó la mano hacia la espada para moverla. Sus ojos se abrieron de golpe. Agarró el arma igual que él.

"¿Qué haces?", preguntó sin aliento.

"Buenos días, esposa", respondió en su lugar. "¿O es de noche? Parece que aún está oscuro. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?"

Se levantó sobre un codo. Un manto de rizos le cubría un hombro. El escote del vestido se separó más, permitiéndole ver mejor la parte superior de sus pechos. Quiso saborearlos. Ella parecía esforzarse por despertarse.

"¿Puedo?", preguntó, moviendo la espada detrás de él.

Se incorporó lentamente y se puso de rodillas. El vestido resbaló por un hombro. Se sintió aliviado de que aún le cubriera la falda escocesa. No quería asustarla.

"¿Cómo te encuentras?", preguntó ella, mirándole la herida de arma blanca.

"Mejor de lo que crees".

Kenna no parecía confiar en sus palabras. Le empujó el hombro, haciéndole rodar sobre la espalda. Cuando se inclinó para inspeccionarle el costado, su pelo le recorrió el vientre, acariciándolo con su sedosa suavidad. Su tacto era tan excitante como cualquier sueño.

Alexander respiró hondo. Control, se dijo a sí mismo.

"¿Cuánto tiempo llevamos aquí?"

"Desde ayer. No ha sido un día completo". Volvió a sentarse sobre los talones. "Quiero lavar la herida. Ahora vuelvo".

Alexander no podía apartar la mirada de ella mientras cogía un cuenco y salía a la oscuridad.

"Espera", gritó, pero ella ya no estaba.

Luchó por levantarse. Tenía que ir tras ella. El peligro podía estar al otro lado de la puerta. Se sentía débil. Cuando consiguió sentarse en la cama, ella había vuelto.

"No deberías salir sin protección", le espetó. Al menos no cojeaba, se dio cuenta. "¿Dónde está ese puñal que siempre agitas?"

"Aquí mismo, para usarlo contra ti cuando lo necesite". Se agachó junto a él y le acercó el cuenco a los labios. "Bebe esto. No tenemos comida, pero esto saciará tu sed".

Ella era lo único que podía saciar lo que él sentía. Mientras bebía del cuenco, sintió su manga. "Está mojada. ¿Por qué sigues llevándola?"

Enarcó una ceja cuando se llevó el cuenco. Alexander observó con interés cómo se metía la mano bajo la falda y se arrancaba otra tira de la bata, no sin antes ver la piel color crema de sus piernas. Se las imaginó envolviéndolo.

"Deja que te lave las heridas".

"Y yo te ayudaré a quitarte este vestido mojado".

"Debes de estar soñando". Su voz se había vuelto ronca de repente.

"*Estaba* soñando, y tú eras muy feliz en mis sueños. Sentada desnuda en mi regazo, cabalgándome mientras yo te chupaba los pechos. No te saciabas de mí".

Incluso en la penumbra, pudo ver el rubor que asomaba a sus mejillas.

"Esta no es forma de hablarme, mono descarado".

"Creo que te gusto tal como soy". Levantó la mano y le pasó un dedo por la sedosa suavidad del cuello. Ella no se apartó de su contacto. La rodeó con un brazo y acercó su boca a la suya. Ella se abrió inmediatamente a su beso, y él sintió que sus entrañas se tensaban.

Demasiado pronto se apartó, rompiendo el beso. Volvió a mojar el paño en el agua y le frotó suavemente el costado.

"Quiero mi noche de bodas, Kenna".

"No vas a conseguirlo. Iremos por caminos separados cuando lleguemos a Oban".

Inclinándose hacia atrás, Alexander sonrió. "El diablo me lleve si lo hacemos".

Le pasó los dedos como un peine por el pelo.

"Me distraes", dijo ella, acercándose sin apartar la mirada de la herida.

Alexander conocía a las mujeres. Y ahora mismo conocía a Kenna. Desató el cordón superior. Oyó su respiración entrecortada.

"Déjame terminar", susurró ella.

"Tú sigue con lo que estás haciendo". Liberó el siguiente par de cordones, y el siguiente.

Ella cambió el peso de una rodilla a la otra. Vio cómo le temblaba la mano mientras volvía a

mojar el paño en el cuenco antes de colocarlo contra su piel.

"Olvidas que tengo un corte en el hombro".

Se acercó para comprobarlo, y Alexander la cogió por la cintura, atrayéndola hacia sí. Sus miradas se cruzaron en un momento de desafío.

"Me has mentido".

"Y volveré a mentir". Alexander abrió el escote hasta dejar al descubierto la parte superior de sus pechos. Ella se estremeció cuando él le recorrió la garganta y el pecho con los dedos, deslizando la mano por dentro de la tela. Le cogió uno de los pechos, lo levantó y acarició el pezón endurecido con el pulgar.

Se le escapó un suave jadeo. Tenía los ojos muy abiertos e inseguros mientras le miraba fijamente. El paño húmedo resbaló de su mano.

"No he terminado de limpiar la herida".

"Lo sé", le susurró él, besándole el cuello. "Yo tampoco he terminado contigo".

Apretó los labios contra la parte superior de cada pecho. Empujó la ropa hacia abajo y le chupó el pezón.

Gritó su nombre y sus dedos se aferraron a su pelo.

La mano de Alexander subió por su pierna y por debajo del vestido. Su piel era como la seda, sus piernas fuertes y suaves. Sus dedos llegaron a la unión de sus piernas, y ella volvió a jadear. Estaba húmeda, lista para él.

"Espera", susurró ella.

Se detuvo al oír el mismo ruido. Buscó su espada.

Alguien se acercaba.

Doce carros, cargados con cajas del tesoro de la abadía, estaban sentados en fila en el camino del río, mientras chispas y ascuas incandescentes se elevaban de la ardiente estructura, iluminando el cielo nocturno.

"Pero Sir Ralph", recalcó el mensajero del duque de Hertford, siguiendo a Evers y Maxwell hasta la orilla del río. "Su Alteza me envió expresamente para decirnos que todo lo que se tomara de la abadía debía enviársele para su envío a Su Majestad".

Maxwell observó a Evers agachado junto al agua que se movía lentamente, quitándose los guantes y lavándose la sangre y el hollín de la cara. Los monjes habían dado una buena pelea, pero no tenían ninguna posibilidad una vez que los invasores olieron la sangre.

Cuando terminó, Maxwell se había quedado entre las sombras, con los pelos de punta en el cuello, mientras Evers hablaba al aire vacío por encima del cuerpo del abad muerto. Luego había seguido a los ingleses directamente hasta la cripta de una capilla, donde abrió un pasadizo secreto a las bóvedas de la abadía.

Así que ahora todo pertenecía a Evers. Todo.

"Es un trabajo peligroso el que tienes", dijo Sir Ralph, poniéndose en pie y encarándose con el mensajero. "Cabalgar por la campiña de nuestro enemigo escocés. Muchos mensajes se extravían y los mensajeros se pierden a manos de nuestros enemigos".

Evers dio un paso atrás mientras Maxwell clavaba su cuchillo en la garganta del hombre y hacia arriba en el cráneo, levantándolo hasta que el mensajero quedó a la altura de sus ojos. Incluso en la oscuridad, pudo ver cómo la vida desaparecía del joven rostro del hombre, y dejó que el cuerpo cayera al agua turbia. La camisa de cadenas arrastró el cuerpo hacia abajo, y

sólo quedaron unas pocas burbujas. Pronto desaparecieron también.

Sir Ralph asintió con la cabeza. "Al diablo con Henry y Hertford, Maxwell. Enviaré un mensaje diciendo que no hemos encontrado ningún tesoro aquí".

Capítulo Once

"El tiempo va con muletas hasta que el Amor tiene todos sus ritos".

KENNA PERMANECÍA en las sombras junto al colgajo de piel, con la daga desenvainada, conteniendo la respiración. Esperaba. Alexander se arrodilló junto al jergón de paja y rodeó con la mano la empuñadura de la espada. La luz de la luna se derramaba sobre él desde la pequeña ventana, convirtiéndole en el blanco inmediato de quienquiera que entrara por la puerta.

No había hecho fuego. No habían hecho nada que pudiera atraer a alguien a aquella cabaña en mitad de la noche. Kenna intentó recordar lo que Jock les había contado sobre los merodeadores. Cinco o seis o más en cada grupo de asalto. Demasiados para ellos dos.

Pasos. Justo delante de la puerta.

Su corazón latía con fuerza. Un sudor frío le recorrió la espalda. Alexander y ella intercambiaron una mirada. Como mínimo, ambos morirían luchando.

La solapa se retiró. Apareció una cabeza. Kenna se detuvo en el último momento de clavar la daga en el cuello del intruso. Era Jock.

Le agarró por la parte de atrás de la camisa y lo arrojó dentro. Rodó por el suelo de tierra.

"Estoy solo", gorjeó. "No hay nadie más".

Se asomó a la oscuridad, atenta a cualquier otro ruido. Estaba demasiado tensa para creer en la palabra del muchacho. Dejó que el colgajo de piel volviera a su sitio.

"Volver era peligroso". Su tono era cortante. "Podría haberte matado. ¿Qué haces aquí? Se encogió, pensando en lo fácilmente que podría haber herido al chico.

Se levantó y se sacó del hombro una bolsa de arpillera tejida, dándosela a Alexander. "Te he traído comida".

"Alguien podría haberte seguido", le dijo Alexander.

Con el corazón aún martilleándole en el pecho, Kenna miró por la diminuta ventana. La luna brillaba, pero no veía movimiento alguno, salvo la suave brisa que corría entre las ramas de los pinos.

"Nadie me ha seguido", refunfuñó Jock. Su mirada iba de uno a otro, buscando un aliado.

El Highlander no estaba satisfecho. "Cualquiera podría haber visto el barco desde la orilla. Podrían estar ahí fuera ahora".

"No, desembarqué un poco más abajo del lago y empujé la barca hacia la marea. Nadie sabrá dónde desembarqué. No les ayudaré a encontrarte. Pero ya vienen".

"¿Dónde están? ¿Cuántos?" preguntó Alexander, respirando hondo y poniéndose en pie.

"Sus grupos son cada vez más numerosos. Están peinando el lago por ambas orillas, norte y sur".

Alexander se puso la camisa y se arregló la falda escocesa. Kenna había lavado gran parte de la sangre de su ropa después de que se durmiera.

"Podrían llegar en cualquier momento". La mirada del muchacho pasó del rostro del montañés a la herida de su costado.

Kenna se alisó la ropa. Se guardó la daga en el cinturón y se acercó a su marido para ayudarlo a atarse la espada.

"Deberías estar con los tuyos", dijo ella. "Aquí no. ¿Cómo volverás con ellos sin tu barco?".

"No queda ninguno". La voz de Jock perdió su tono duro.

Se volvieron hacia el niño.

"¿Qué quieres decir?" preguntó Alexander.

"Al pasar remando por el punto que hay aquí debajo, lo vi. El pueblo ya estaba ardiendo", dijo en voz baja. "Las llamas se disparaban en lo alto del cielo. No sabía qué hacer, así que varé y me escondí entre los árboles. Cuando los bastardos avanzaron, salí, pero no pude encontrar a mi hermana y a su bairnie ni a ninguno de los primos. Uno de los viejos se escondió bajo un tronco en la cañada y salió también mientras yo estaba allí. Dijo que los demás se fueron a las barcas y otros a las colinas, con la intención de abrirse camino hacia el norte, supuso. Era demasiado viejo para huir, dijo. Los demonios mataron a los que se quedaron".

"¿Eran escoceses o ingleses?"

Jock escupió al suelo. "La mayoría escoceses. Hombres de Maxwell".

"¿Quién es ese Maxwell?" preguntó Kenna.

"Es el hijo menor de un laird de Loch Lomond", respondió Alexander. "Luchó en Francia. Dicen que cambió de bando varias veces, luchando por quien pagara más oro. Expulsado por su familia. Mala reputación desde que tengo uso de razón".

Quería preguntar por qué Maxwell la perseguía, pero con el muchacho aquí, decidió contener sus preguntas.

"Deberías ir en busca de tu familia. No estarás seguro viajando con nosotros", dijo Alexander al muchacho.

"Voy hacia el norte, igual que tú. Y con esos demonios por ahí, no puedes ir por la orilla del lago. Tienes que ir por las colinas hasta Oban. Conozco el camino". Tocó la empuñadura de la daga que llevaba al cinto. "Y conmigo tendrás una mano más para protegerte".

Normalmente, su tamaño habría hecho reír a Kenna. No era más grande que sus hermanos, pero sabía de lo que era capaz. Alexander se mantenía erguido, parecía fuerte, pero supuso que aún le dolía.

"Deberías comer algo antes de irnos". Ella repartió la comida. Jock negó con la cabeza ante la oferta.

"Sigues vivo", dijo finalmente al Highlander. "No creí que lo estuvieras".

"Así que ya tenemos la verdad. Has vuelto para cortejar a mi mujer".

El chico miró con recelo a Kenna. "¿Le has curado?"

Kenna oyó el matiz de acusación en la pregunta del chico. Aún intentaba comprender lo que había ocurrido. En un momento pensó que su marido iba a morir. Al siguiente, pudo cerrar la herida y detener la hemorragia. El don de su madre tenía que ser el responsable de la recuperación de Alexander. ¿Pero cómo? A Kenna no se le ocurría ninguna respuesta lógica.

Pensó en su infancia. En su madre. Sine era respetada como la esposa del laird. Se la valoraba como sanadora como a cualquier médico. No había rumores de brujería. Si la piedra era

la fuente de un poder curativo, Sine MacKay no había mostrado ningún indicio de ello.

Kenna necesitaba tiempo para pensar. Tenía que recordar qué había ocurrido exactamente ayer. Quizá la herida de Alexander no era tan grave como ella había pensado.

Ignorando la pregunta del muchacho, recogió los trapos empapados en sangre y dio una patada a la cama de paja. Era mejor que nadie adivinara que habían pasado algunas horas en esta cabaña.

"¿Cómo lo has hecho?" insistió Jock.

"Mi marido es un guerrero. Tiene cicatrices de muchas heridas". Miró alrededor de la cabaña.

"¿Lo has cosido?", preguntó el muchacho. "Ya no sangra".

"Tenemos que irnos", ordenó Kenna. "No tenemos mucho tiempo antes del amanecer".

Vio que Alexander metía la mano bajo la camisa y se tocaba la herida. Su expresión de perplejidad coincidía con la del chico. Pero no dijo nada más y, con una inclinación de cabeza hacia Kenna, se dirigió hacia la puerta.

Emily. En un momento era obstinada y fogosa, y al siguiente dócil y agradable. Sabía cómo conseguir lo que quería, pero James vio que tenía cuidado de no presionarle demasiado. Sus dos facetas eran contradictorias. Y, sin embargo, la mezcla de ambas era tan seductora. Demasiado seductora.

Tenía que irse, se dijo. Estaba a punto de casarse. No necesitaba la complicación de que se le endureciera la polla cada vez que la miraba. Necesitaba distanciarse de ella, pero también debía tener en cuenta su seguridad. No podía enviarla directamente a Craignock con Kester. El camino hacia el sur podía ser peligroso, con la noche y los merodeadores al acecho.

Eso es lo que se decía a sí mismo.

Así que se quedó con ellos mientras avanzaban a paso de tortuga a ambos lados del río, buscando alguna señal de Alexander y Kenna. Se mantenía alejada de él, pero no tanto como para que James pudiera olvidar por un momento su enloquecedora presencia.

Con las primeras luces del día, encontraron cadáveres junto al río y en un claro cercano. James fue de un cadáver ensangrentado a otro, aliviado de no encontrar a su hermano entre los muertos. Ordenó a sus hombres que se dispersaran y registraran la cañada circundante. Si quedaba algún miembro del grupo de asalto en el bosque -si Alexander o Kenna yacían heridos en algún lugar-, no quería perderlos de vista.

Kester confirmó la conclusión de James poco después. "Estaban aquí. Los dos. Huellas de una mujer y un hombre descalzos, en el barro junto al río. Un asaltante yacía muerto donde debió de enfrentarse a ellos en la orilla. Alexander lo abatió antes de que la lucha se trasladara aquí, al claro. Parece que tenía las manos ocupadas".

James miró a los muertos a su alrededor. "Necesitarían más que esto para matar a mi hermano".

"Sí, pero ¿dónde están ahora?".

"No creo que hayan hecho prisionero a Alexander", dijo uno de los hombres de Macpherson. Señaló hacia el oeste. "Los árboles dan paso a una marisma salada no lejos de aquí. Hay un lago más allá, pero no hay cobertura para ellos ni señales de que hayan ido por allí".

"Deben de haber continuado siguiendo el río", les dijo James. "Se dirigirán a Oban, donde Alexander cree que iba a tener lugar el intercambio por el barco".

"Sí", asintió Kester.

James se fijó en Emily, que estaba de pie en el borde del círculo. Intercambió una mirada con Kester.

Ya era hora.

"¿Puedo hablar contigo a solas un momento?", preguntó.

James asintió y la siguió hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de los demás.

Tres días a caballo, una noche durmiendo en el duro suelo y la noche siguiente buscando a lo largo de este río. Llevaba la ropa desarreglada y sucia. Su pelo rubio era un revoltijo de rizos alborotados por el viento. Sus ojos azules tenían ojeras. Pero seguía siendo hermosa. Maldita sea.

Tenía que irse ya.

"Kester me acompañará de vuelta al castillo de Craignock. Puedes quedarte con el resto de los hombres de MacDougall".

"No será necesario".

"No sólo buscas a tu hermano. Mi primo también ha desaparecido".

"Es mi hermana por matrimonio", dijo, sintiendo una punzada de fastidio. "No tengo intención de pescar a Alexander en este río y dejar que Kenna se ahogue".

"No creí que lo hicieras. No pretendía nada de eso. Intento ayudar. Nada más".

"Podemos encontrarlos sin la ayuda de MacDougall".

"Eres un cabezota".

"No más testarudo que tú por obligarnos en el momento más inoportuno".

"No te obligué a nada. Viajábamos en la misma dirección".

"Deberías estar en el castillo de Craignock ahora mismo".

"No he dado problemas. No me he quejado ni una sola vez".

"Nos has retrasado".

"Te seguí el ritmo. Sólo estás siendo difícil. Y soy yo quien debería estar enfadada por las mentiras que me has contado".

Se quedó mirando su rostro sonrojado, la obstinada inclinación de su barbilla, los labios carnosos que suplicaban ser besados. "Basta. No tengo tiempo para esto. Puedes quejarte a tu padre. Coge a tus hombres y vete. Buen viaje".

Estaba a punto de alejarse, pero ella le cogió el brazo. Un toque vacilante.

"Espera. No quiero que nos separemos así".

La otra Emily había vuelto. La belleza de voz suave. James se dijo a sí mismo que se alejara antes de que ella lo enredara por completo en su red, pero el brazo le ardía bajo su tacto.

"Tienes que volver al castillo de Craignock", consiguió murmurar.

Bajó la mano. "Iré. Kester y sus hombres me entregarán sana y salva a mi padre".

Su mirada recorrió su rostro, su cuello, se centró en sus labios durante un latido más antes de encontrarse con los de él. Luego retrocedió dos pasos vacilantes.

"Estoy impaciente por casarme". Era mentira. Le llegó claro como el agua. "Y estoy deseando conocer por fin a Sir Quentin. He oído que es amable y generoso. Absolutamente el hombre de mis sueños".

James sintió que la frustración aumentaba en su interior. Dio otro paso atrás.

"Necesita un heredero. Así que la próxima vez que nos veamos, si es que llega ese momento, tendré a su hijo en mi pecho".

James agarró la empuñadura de la espada. No digas nada, se dijo a sí mismo.

"Adiós, James", susurró antes de correr por el claro hacia donde Kester esperaba con su montura.

Capítulo Doce

*"Hasta la puerta del infierno iré;
y allí me encontrará el diablo,
como un viejo cornudo, con cuernos en la cabeza".*

ANTES DE LLEGAR a la cima de la primera colina sobre el lago, el dolor en el costado de Alexander se había convertido en un dolor agudo y punzante. A cada paso torpe, una cuchilla fundida le atravesaba el vientre, dejándole sin aliento. Apoyado en un robusto bastón que había cogido, hizo todo lo posible por evitar las miradas de preocupación de Kenna. No los retrasaría.

Siguieron subiendo con paso firme por las colinas y los valles, atravesando prados abiertos tan rápido como podían y manteniéndose cerca de los espesos bosques de pinos cuando era posible. Pasado el mediodía, empezó a caer una lluvia constante. Las nieblas arremolinadas que se cernían sobre ellos eran una bendición. Sería difícil que alguien les viera. Al mismo tiempo, no podía ver lo que les esperaba.

Las colinas eran escarpadas y las aliagas llegaban hasta la cintura. Antes de partir, Kenna cortó en dos la arpillera que Jock había traído de su pueblo y se ató los trozos a los pies. Alexander no creía que pudieran protegerla mucho de las rocas afiladas y las zarzas.

A medida que avanzaba el día, se detenía cada vez más, apoyándose en su bastón y respirando con dificultad. Las flores amarillas y su fragante aroma recordaban a Alexander las colinas que rodeaban el castillo de Benmore. Las Highlands alrededor del Spey estaban cubiertas de ellas. La aulaga acababa de florecer cuando se marchó. Dejó de lado la idea de que tal vez no volvería a ver su hogar.

El dolor era más intenso a cada paso que daba. Una vez, vadeando un arroyo, Alexander se mareó y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero Kenna estuvo a su lado en un instante. De algún modo, siguieron avanzando.

Más tarde -no sabía cuánto-, mientras subían por una pista resbaladiza, se detuvo para recuperar el aliento. Intentando concentrarse en la colina que tenía delante, vio a Jock trepar entre unas rocas en la cima. Alexander miró hacia atrás por el valle cubierto de niebla. No había señales de los hombres de Maxwell, pero sabía que tenían que estar llegando. Y sabía que estaba facilitando que los perseguidores les alcanzaran. Lo que era peor, parecía que la lluvia estaba amainando un poco. La niebla se disipaba.

"¿Necesitas descansar?"

"No". Empezó a subir la pendiente y tropezó con una roca, haciendo una mueca de dolor.

Ella le agarró del brazo.

"Tenemos que parar", dijo.

"No podemos", respondió. "Nos están siguiendo. Viajan más deprisa. Cuando deje de llover, nos encontrarán". Y no sé cuánta protección puedo ofrecer, terminó en silencio.

"Deja que te ayude".

"Deja de preocuparte por mí".

¿"Preocuparme"? Pasará un frío verano en el infierno antes de que me preocupe por ti. Ahora pon tu brazo sobre mi hombro".

En la cresta de la colina, el muchacho esperaba. Los afloramientos de piedra eran visibles hasta donde alcanzaba la vista en cualquier dirección a lo largo de la cresta.

Alexander se apoyó en una roca y se volvió hacia Kenna.

"Aquí nos separamos", le dijo. "Tú y Jock seguiréis sin mí. Podréis llegar a Oban mañana a mediodía si no os retraso".

"Haré lo que quiera". Tomó su mano entre las suyas. "No voy a dejarte aquí".

"Kenna, te digo que te vayas. Encontrarás a los Macpherson en Oban, o a los que nos conocen. Envía de vuelta a quien encuentres allí. Estaré esperando".

"Has perdido el juicio. Da igual que ordenes a estas rocas que caminen hasta Oban".

Era imposible imaginarla más despeinada o más hermosa. Así la recordaría siempre. El temperamento daba color a sus mejillas. Estaba lista para la batalla. Se le hizo un nudo en la garganta. Su mujer.

"Estos últimos días -dijo-, a pesar de la ira, las heridas o el peligro, has permanecido a mi lado. Has cumplido con tu deber. Pero ahora necesitas ser razonable. Por el bien de ambos".

Ella resopló.

"No podemos luchar contra ellos aquí si... *cuando* nos alcancen. Tienes que ir a buscar ayuda".

"Ambos sabemos que no puedo volver aquí lo bastante rápido. Permaneceremos juntos".

"Escúchame, Kenna. Cualquier tonto puede ver que te importo, pero...".

"Eres tonto si crees que me importas una paja".

Sus ojos y sus acciones contradecían las palabras. Y la respuesta que le dio en la cabaña de pesca antes de que llegara Jock y los interrumpiera le dijo todo lo que necesitaba saber. Estaban juntos y tenían que aprender a maniobrar en aguas turbulentas. Pero ella necesitaba escucharle ahora.

"Si no te importa, ¿por qué sigues aquí?". Le quitó una mancha de tierra de la mejilla.

"¿Por qué?" Kenna le apartó la mano. "Porque llevas una espada. Y has demostrado que merece la pena tenerte cerca en una pelea".

"Tú tampoco estás nada mal. Letal, con esa daga tuya".

"Es bueno que lo tengas en cuenta. Aún puedo utilizarlo contigo".

"Demasiado tarde. Sé que no me harás sangrar. No después de salvarme la vida".

"Eres más tonto de lo que pensaba", dijo ella. "Y tú debes de estar demasiado embozado para acordarte. Te lo advertí ayer y te lo advierto hoy. No permitiré que te mate un perro de las Lowlands vestido con pantalones elegantes ingleses. Soy el único que puede hacerlo".

"¿Crees que podría olvidar semejante zalamería?". Él sonrió, respetando su dureza. "Ya es hora de que sigas las órdenes de tu marido".

"Debes tomarme por la madre de los tontos".

"Todavía no. Pero si eso es lo que nos toca, que así sea".

"Escúchame bien, Alexander Macpherson. Ayer decidí que me quedaré contigo hasta que

lleguemos a Oban, salga lo que salga. Así que deja de dar órdenes. Aquí no mandas tú. Yo lo estoy".

"¿Es así? ¿Se ha vuelto el mundo del revés? ¿Y tienes una mochila contigo para llevar mis pelotas dentro?"

"No seas imbécil".

"Vas a Oban".

"Sí, contigo".

Kenna se alejó y saludó con la mano al chico, que se había mantenido a distancia.

Alexander no había terminado de discutir con ella. Pero no podía seguir fingiendo fuerza. Se sentía hueco, agotado. Su cuerpo se rendía. No tenía heridas abiertas, que él supiera, pero sentía como si le hubieran desgarrado las tripas y se las hubieran llenado de anguilas calientes y retorcidas. Y cada vez que se movía, empeoraba. Se dio cuenta de que su mente divagaba. Quizá por fin se estaba muriendo.

Oyó la voz de Kenna, pero no estaba seguro de que hubiera pasado el tiempo. Sonaba distante. O quizá estaba dentro de su cabeza. No podía distinguir la diferencia.

"Jock, ¿sabes dónde podemos resguardarnos de este tiempo?"

"Que yo sepa, no hay ninguna cabaña. Espera, hay un lugar. Por ahí. Pero no creo que...". La voz del muchacho vaciló, como si tuviera dudas sobre lo que había admitido.

"Dinos", ordenó Kenna. "¿Dónde, cómo llegamos? ¿A qué distancia?"

"Una especie de cueva. Está en el bosque oscuro, no lejos de aquí. Pero nadie va allí".

"Mejor aún. Llévanos hasta él".

"No es un buen lugar. Allí viven fantasmas y hadas. Allí llevan a los niños robados y perdidos y los asan en un pozo. En la cueva hay huesos apilados tan altos como la luna. Dicen que las brujas se reúnen allí el...". Se detuvo.

"Llévanos allí ahora, Jock", ordenó en voz baja.

Alexander se retorció por la cintura mientras una punzada abrasadora le desgarraba el vientre. Quería quedarse aquí. Quería que se fueran. Quería que Kenna estuviera a salvo y lejos.

"Ven a ayudarme". La voz de Kenna sonó en su oído. "*Ahora*".

Él la miró a los ojos. Ella le pasó el brazo por encima del hombro. Jock estaba a su otro lado, intentando levantarlo de la roca.

"Sé que te duele. Pero tienes que ayudarnos".

"Ve a Oban", ordenó.

Le tocó la mejilla y le miró a los ojos. Sus palabras eran un susurro, dirigidas sólo a él. "Necesito ayudarte a curarte. Pero estamos demasiado expuestos aquí, al aire libre. La niebla puede levantarse en cualquier momento. Nos verán desde abajo. Así que si estás preocupado por mí, si te importo algo, levántate. Ayúdanos como puedas".

Alexander se preocupaba por ella... mucho más de lo que nunca había demostrado. Aferrándose a ambos, se puso en pie. No sabía de dónde había sacado la fuerza. Las colinas que le rodeaban eran una neblina distorsionada que se agitaba con cada movimiento de su cabeza. Se obligó a mover los pies hacia donde Kenna y Jock le guiaban. A medida que avanzaban, ella seguía susurrándole palabras de ánimo.

Descendieron de la cresta una corta distancia y luego siguieron la cresta hasta que entraron en la oscuridad de un bosque. El olor a pino le llenaba la cabeza y el lecho de agujas bajo sus pies era suave y acogedor. No tenía ni idea de cuánto tiempo habían viajado, pero de repente el muchacho se detuvo en seco.

"Vamos", dijo Kenna.

"Hasta aquí llego. No me acercaré más".

"No puedo sostenerlo yo sola".

"Lo siento. Ese es el lugar. Allí. En el borde del claro, donde el suelo desciende, verás la entrada".

Alexander se concentró. Justo debajo de ellos se alzaban enormes losas de roca formando un círculo. Había visto otros lugares así. De la antigua religión. A través de una brecha entre los árboles, la vista se abría a otro valle escarpado.

"Entonces espera aquí y vigila", ordenó Kenna.

Jock se encogió de hombros y retrocedió. "Aquí hay peligro. Almas de los muertos, hadas, demonios".

"Ahora tienes que ser un hombre", le dijo al chico. "Esos malditos que nos siguen son el verdadero peligro. ¿Me entiendes?"

Alexander hizo todo lo que pudo para ayudarla, y de algún modo él y Kenna atravesaron el círculo. De repente, la lluvia brumosa dio paso a la fría humedad de una cueva. El olor de la tumba invadió sus sentidos. Se adentraron en la penumbra. Nunca en su vida se había sentido menos preparado ni menos capaz de enfrentarse a lo que fuera que les esperara.

"Esto está bastante lejos de la entrada", susurró.

Ella le ayudó a sentarse y Alexander se recostó contra la húmeda pared de roca. Quería cerrar los ojos, pero se le ocurrió que tal vez no volvería a abrirlos.

"Te saliste con la tuya", murmuró. "Me has traído aquí. Ahora ve a Oban y envía a alguien de vuelta".

"Calla". Se arrodilló a su lado y le acarició la frente. Le quitó la tartana del hombro y apartó la camisa de la herida. Sus dedos tocaron su piel. El calor substituyó instantáneamente al dolor. Cuando le palpó la carne bajo la herida, sintió una agitación en las entrañas.

"¿Te burlarías así de mí cuando no estoy preparada para ti? Vete a Oban. Te estaré esperando aquí cuando vuelvas con ayuda. Listo y descansado".

"Cierra los ojos. Déjame hacer lo que debo".

Quería mirarla. Pero su cuerpo estaba agotado. Se quedó dormido, vagamente consciente del tacto plumoso de su mano y de cómo el dolor se disolvía allí donde ella lo acariciaba.

En algún lugar entre la realidad y los sueños, Alexander los vio a los dos juntos en un prado abierto. El pelo de Kenna era una cascada de rizos sobre la hierba verde, y sus ojos brillaban de deseo. Le besó los labios, y los brazos de ella le rodearon, atrayéndole más profundamente en el abrazo.

La deseaba. Quería hacerle el amor. Le tocó la cara y le pasó la mano por el cuello y el pecho, por el vientre y las piernas hasta llegar al dobladillo de la falda. La deslizó hacia arriba.

"¿Es la hora, muchacha?"

"Es la hora, Alexander".

"Hemos esperado tanto. Demasiado tiempo".

"Despierta, Alexander".

Parpadeó un par de veces, y la fría oscuridad de la cueva volvió a substituir al cálido sol de la pradera. Giró la cabeza en dirección a su voz. El rostro de Kenna se enfocó. Estaba agachada junto a él.

"Tenemos que irnos. Acabo de salir a ver a Jock. El chico se ha ido".

¿Cómo conquista un rey un país? Reúne un ejército.

¿Y cómo levanta un rey un ejército? pensó Evers. Llama a sus duques y condes, que llaman a sus barones y caballeros, que sacan a sus campesinos de sus arados y sus guadañas y sus rebaños y sus manadas. Les ponen una lanza o un arco o una espada en las manos y les dicen: 'Cumplid con vuestro deber, por Dios y por el rey Henry'.

¿Pero cuánto tiempo les mantendrá el deber en su tarea asesina?

¿Y cómo creo un ejército? Empiezo por el deber. Les digo: 'Por Dios y por la patria, y por el buen Sir Ralph'.

¿Y cómo los conservo cuando el deber envejezca y la cosecha en casa esté lista para recoger?

Oro.

Los campos y los rebaños esperarán mientras yo tenga oro para compartir. Y lo compartiré, con ingleses y escoceses, si luchan por mí.

El oro. Ahora sé que sólo es un medio para alcanzar el fin.

Sí, antes de que acabe, seré rey de Escocia.

Luego, quizás aún mayor.

Y mientras tanto, disfrutaremos de esta caza a' fuerza. Tenemos una buena presa en esta mujer que lleva la piedra curativa. No es una cierva, sino una cierva de diez años, y la cornamenta está afilada. Eso es lo que hace que merezca la pena jugar: el riesgo de perder eleva la apuesta... y la ganancia. ¿Y cómo se gana un reino sin la habilidad del cazador?

Tomaré esa piedra, como el jugador de ajedrez toma la reina. Porque entonces seré el amo del juego. Tendré esa pieza. Incluso ahora, la conduzco al rincón donde caerá.

He oído los toques de cuerno de mis cazadores del oeste y sé que he hecho salir al ciervo. La persecución ha sido buena y la presa está acorralada. Al acecho. Los sabuesos se acercan por todas partes. No habrá escapatoria.

Mis flechas encontrarán su blanco y romperé el cuerpo del ciervo asesinado. La carne más selecta irá al palo.

Y la segunda piedra será mía.

Capítulo Trece

"Muerto por la lengua calumniadora".

LOS ÁRBOLES se ralearon cuando salieron de una cañada boscosa y subieron a la cima de otra elevación. En la pradera de hierba que se extendía a sus pies, media docena de ciervos levantaron sus cabezas moteadas y se alejaron.

Kenna se protegió los ojos y miró hacia el oeste. El sol, ahora un disco de oro quemado, descansaba sobre una colina púrpura. Sobre ella, dos halcones giraban en grandes arcos, planeando sin esfuerzo por el cielo despejado.

Deseó que uno de ellos se zambullera, la arrancara de la colina y se la llevara.

O mejor aún, llévate a Alexander y sus preguntas sobre cómo le curó.

Alexander había recuperado el vigor que tenía antes de su lesión. Persiguiéndola a cada paso, ahora no se callaba, acosándola constantemente con preguntas. Kenna permaneció en silencio, esperando que se rindiera. Pero el hombre era tenaz, por no decir otra cosa.

Y lo que era peor, no podía ignorar la sensación que había tenido al tocarle en la cueva. Cuando supo que ya no sufría, su curiosidad se apoderó de ella. El calor que la recorría no tenía nada que ver con la piedra, nada que ver con curarle. Cuando lo tocó, algo emocionante vibró en lo más profundo de su vientre, resonando en el núcleo mismo de su feminidad.

Ella le deseaba. Era tan sencillo como eso. Pasó las manos por su piel, sintió las ondulaciones musculares de sus brazos y pecho, las líneas que bajaban por su abdomen. Por mucho que su cerebro quisiera mantenerlo a distancia, su cuerpo lo quería más cerca. Mucho más cerca.

"Debe haber algo que puedas decirme para explicarlo. Debe haber una explicación racional para lo que sea que me hiciste".

Le gustaría *poder* explicárselo. Al cernirse sobre él en aquella cueva, Kenna había esperado que hubiera una razón para la forma en que sus manos se calentaban. Ansiaba saber por qué su mente sabía instintivamente dónde le dolía. Pero no pudo encontrar una razón lógica.

Ya no dudaba de la magia de la piedra. Y tuvo miedo.

Al descender la colina, pudo ver un lago a lo lejos. No parecía abrirse al mar. Se estrechaba y luego desaparecía en una cañada boscosa. Dirigió sus pasos hacia el extremo superior.

"Si es magia negra... o blanca... dímelo. Merezco saber si un aquelarre de druidas vendrá por la noche a clavar mi corazón en algún roble. ¿De dónde viene el poder?"

Kenna sólo deseaba comprenderlo ella misma. Una cosa sabía, la piedra que colgaba entre sus pechos era un peligro para ella, y no sabía cómo manejarla. La reliquia no sólo era un don,

sino también una maldición. Se torturaba, ahorcaba y quemaba a mujeres por el don que ella parecía poseer ahora. En el fondo de su corazón, sabía que debía utilizarla para el bien, pero ¿cómo podía protegerse al mismo tiempo?

Tenía muchas preguntas sin respuesta. ¿De dónde procedía la piedra? ¿Cómo llegó a tenerla su madre? ¿Por qué no advirtió a Kenna sobre ella? ¿Por qué nadie la había utilizado desde la muerte de Sine? Era un fragmento de algo más grande. ¿Pero qué?

Y Alexander seguía haciéndole más preguntas al oído. ¿Pero cómo podía responderle si ni ella misma lo sabía? ¿Y a quién podía acudir en busca de respuestas? Y además, ¿era correcto cargarle con un secreto tan enorme, cuando no conseguiría nada más que ponerle a él también en peligro?

"Háblame, Kenna".

Miró hacia el sol poniente. "Pronto oscurecerá. Dormiremos al raso. Quizá deberíamos habernos quedado en la cueva".

"Demasiado tarde para volver allí".

"¿Crees que Jock volvió a su pueblo?"

Alexander negó con la cabeza. "Está por aquí, buscando a sus parientes".

"Espero que los encuentre".

"¿Ah, sí? Lo primero que les dirá es que una bruja está bebiendo sangre de Macpherson en una cueva bajo el círculo de piedras".

"Jock no es más que un niño que repite viejas historias de fantasmas que le contaron para que no se alejara en la oscuridad", dijo ella con desdén. "¿Quién le creería?"

"Probablemente la gente ignorante que le contó las historias para empezar. La misma gente que se mantendría alejada de ese lugar".

"No había nada extraño en el círculo de piedras ni en aquella cueva". Arrancó una flor amarilla de un arbusto mientras caminaba. "Podríamos alcanzarlo".

"Puede que sí", dijo con una sonrisa. "A no ser que lo hayas convertido en sapo y lo tengas metido en el bolsillo".

"Eso no tiene gracia". Kenna se volvió hacia él, cansada de las insinuaciones y acusaciones no tan sutiles. "Pero ya que me tienes tanto miedo, quizá sería mejor que nos separáramos ahora mismo. Yo puedo ir al este y tú al oeste".

"¿Miedo?", se burló. "No temo nada. Y desde luego no te tengo miedo a ti. He hecho una pregunta razonable".

"Oh, ¿había alguna pregunta razonable escondida entre los cientos que has estado soltando durante las últimas horas? No sé cómo se me ha podido pasar. Oh, ya lo sé... no estaba escuchando".

"Tengo derecho a saber cómo puede curarse mi mujer sin puntos ni vendas ni hierbas".

"¿Así que tienes 'derecho' a saberlo?"

"Sí, y has tenido muchas oportunidades de responder. Pero ¿por qué eliges no hacerlo?"

"Porque no comprendo lo que te ocurrió. No sé cómo te curé". Decía la verdad. Decirle que "lo hizo la piedra" no era una respuesta.

Su arrebató le detuvo. Pero sólo por un momento.

"Ayer sangré a cubos. Y conseguiste detener la hemorragia. Y hoy he sentido como si alguien me destripara desde dentro. Y tú has hecho desaparecer el dolor". Le puso una mano en el hombro, girándola para que lo mirara. "¿Cómo?"

Kenna negó con la cabeza. No podía. Aún no. No hasta que averiguara qué era lo que poseía. Estaban casados. Pero no lo estaban. Él había pedido la anulación. No era justo cargarle con su

secreto.

"Tu herida no era tan grave como crees".

Resopló.

"Sólo hacía falta un cuidado adecuado".

"¿Y qué es una atención adecuada?", preguntó, con sarcasmo en sus palabras.

Se encogió de hombros. "Los cuidados que me enseñaron las monjas en el priorato. Lava la herida. Mantenla limpia. Intenta cerrarla para disminuir la hemorragia. Haz que el paciente descanse. Eres fuerte y estás sano, Alexander. Ha sido cosa tuya, no mía".

"No me cosiste el costado".

"No tenía aguja ni hilo. De haberlo tenido, te habría cosido la boca de paso".

"Entonces, ¿cómo cerraste la herida? Detuviste la hemorragia".

"Lo presioné. Tu cuerpo hizo el resto".

"¿Y nada más? ¿Ningún hechizo? ¿Ni pociones mágicas?"

"Si tuviera una poción, *te habría* convertido en sapo. Y no te guardaría en el bolsillo".

Empezó a andar. A Kenna le preocupaba algo más que ocultarle algo que ni ella misma comprendía. Había creído que Alexander se había curado la noche anterior en la cabaña de pescadores. Pero hoy había estado agonizando. No sabía de qué era capaz ni si estaba utilizando la piedra correctamente. Sus recuerdos de su madre visitando a los enfermos no le ofrecían nada útil. Tal vez alguien de su clan supiera más. Alguien cercano a su madre.

Kenna tenía que volver a casa. Su búsqueda de respuestas tenía que empezar allí. Cuando lo supiera, se lo diría.

"No deberías haberme remendado si pensabas abandonarme".

Alexander estaba a su lado, manteniéndole el paso. Tras el breve tiempo en la cueva, era un hombre diferente. Mirándole ahora, uno nunca adivinaría por lo que había pasado.

"No más preguntas sobre cómo, por qué o qué", ordenó.

"Pediré lo que quiera".

"Antes me dijiste que me marchara a Oban sin ti. Acepto tu orden".

"Demasiado tarde. Eso fue esta tarde".

Ella caminaba más deprisa, pero las piernas de él eran más largas.

Por ahora estaba atrapada con él y, aunque no quería admitirlo, se alegraba. Pronto oscurecería y Kenna no conocía estas colinas. Sería bueno tenerlo con ella. Podía *hacerse la dura* e intrépida, pero no era tonta.

Buscó una distracción que pudiera desviar la atención de Alexander de su don.

"¿Dónde crees que está James ahora?"

"De vuelta de Oban, buscándonos".

"¿Qué ha hecho con mi primo?"

"Sé lo que *le* gustaría hacer con Emily". Le envió una mirada de reojo. "Pero estoy seguro de que la entregó a los MacDougall a cambio de nuestro barco. Vale más que cualquier mujer".

"¿Por qué te empeñas en ser tan cerdo, cuando no tienes por qué hacerlo?"

Se atrevió a esbozar una sonrisa. "No tengo ni idea de lo que estás hablando".

"Sólo lo has dicho para irritarme".

"¿Ah, sí? ¿Estás enfadada?"

Kenna contuvo la respiración un par de instantes antes de soltarla. No le daría esa satisfacción. "Tu hermano Colin".

"¿Y Colin?"

"Es mi favorito, de todos vosotros".

"Es un engendro del diablo", resopló. "Es un alborotador hasta la médula. Es el maldito idiota que causó problemas en nuestra noche de bodas. Por Dios, ¿cómo es posible que sea tu favorito?"

"Él y su mujer Tess. Los dos me caen muy bien. Me contó cómo se conocieron en una isla desierta. Tess lo sacó del mar después de que tú lo arrojaras por la borda de uno de tus preciosos barcos. Dijo que intentabas ahogarlo porque él es mucho más guapo".

"Lo ha dicho ahora, ¿verdad?".

Ella asintió. En realidad, a Kenna le había fascinado la historia de Tess sobre cómo había crecido sin saber quiénes eran sus padres. Colin había sido el responsable de traerla de vuelta de la Isla de Mayo, en el estuario del Forth, y de ayudarla a reclamar su legado de Lindsay. El romance de su historia era apasionante.

"Te das cuenta de que las historias que rodean a los Macpherson pueden ser un poco desalentadoras".

"¿Desalentadores?", espetó. "¿Nos encuentras desalentadores? Estás de broma. Ninguna persona que camine sobre la tierra puede intimidarte".

Se dio cuenta de que Alexander sólo la veía como ella quería ser vista. Dura. Sin tonterías. Una mujer con espíritu independiente.

"Tu madre es un poco desalentadora".

"¿Mi madre?", la miró como si le hubieran salido cuernos. "¿Fiona Drummond Macpherson? ¿Una mujer a la que sólo conociste en nuestra boda?".

Kenna había estado en compañía de Fiona apenas el tiempo suficiente para que pasaran entre ellas una docena de frases formales. Y eso que le habían dado la bienvenida a la familia Macpherson. Fiona había sido la única que había hablado. Kenna se había mirado los pies con culpabilidad y había asentido con la cabeza, sabiendo que saldría corriendo esa misma noche.

"Los modales de tu madre son perfectos. Es educada. Viste, mira y habla como una reina amable. Es respetada, y no sólo en las Highlands. La gente la conoce en toda Escocia. Es una leyenda".

"Sí, pero también es *mi* madre. Eso debería decir mucho sobre lo imperfecta que es esa mujer".

Kenna lo espantó como a una mosca ruidosa. "Esa mujer es la hija del rey Jaime".

"¿Y te parece desalentadora... una antigua hija bastarda de un rey muerto?".

"¿Antiguo?", espetó.

"Sí, la mujer debe de tener noventa años".

Kenna le dio un puñetazo en el hombro. "¡Tu madre aún no ha cumplido los cincuenta y tiene la belleza de una muchacha!".

"Por su sangre, es una vieja y fea arpía. ¿Estás seguro de que conociste a la mujer adecuada durante la celebración de nuestra boda?"

"¿Por qué haces esto? Debes pensar que tu misión en la vida es irritarme".

Vio la ceja levantada, la sonrisa torcida que le hacía hoyuelos en una mejilla. Le miró a los ojos y sintió una patada en lo más profundo de su vientre. Estaba lejos de ser inmune a sus encantos.

Kenna apartó la mirada. El valle que había debajo estaba ahora sumido en profundas sombras. La noche reclamaba la tierra.

"¿Cómo podría estar a la altura de las expectativas de tu familia cuando te esfuerzas constantemente por disgustarme?".

"¿Expectativas? No hay expectativas cuando se trata de las esposas Macpherson".

"Sí, lo hay. No tengo ninguno de los logros que se requieren para ser tu esposa", confesó. "Tú

serás el próximo laird. Tu esposa será la mano derecha del laird. Durante años he oído historias sobre tu madre, su inteligencia y su virtud. Luego la veo y descubro que todas ellas son absolutamente ciertas. Ella es todo lo que yo no soy. Nunca podría..."

Alexander la cogió de la mano y la aplastó contra su pecho, deteniéndola. "Kenna, a mi madre la llevaron a la isla de Skye para que se hiciera monja la noche en que asesinaron a su propia madre. Tess era una niña salvaje antes de que Colin la conociera. La esposa de mi tío Ambrose, Elizabeth, se vistió de hombre y pintó con Miguel Ángel en Italia durante una década antes de casarse con él. No hay nada tradicional en los logros de las mujeres Macpherson".

Kenna perdió la voz, sintiéndose ahogada. Había revelado demasiado, había dicho más de lo que pretendía. Las palabras de su padre nunca la abandonaron. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué permitió que Alexander la viera vulnerable? Se soltó la mano y bajó la colina.

La alcanzó. "Espera. Ahora lo entiendo. ¿Te escapaste el día de nuestra boda porque pensabas que no estarías a la altura en algún aspecto?"

Kenna negó con la cabeza, caminando más deprisa. Era difícil explicar la educación que le había faltado, los consejos maternos que nunca había tenido. Era imposible hablar de su infancia y no derrumbarse. Nunca olvidaría lo poco que su propia familia la valoraba.

"Háblame, mujer. ¿Cómo esperas que confíe en ti si tú no confías en mí?"

"I..." Kenna vaciló.

De repente, una multitud de personas que portaban antorchas apareció en el extremo inferior del prado. Kenna se detuvo cuando Alexander se puso delante de ella, con la mano en la espada envainada.

"¿Quiénes son estas personas?", preguntó en un susurro. "¿Amigos o enemigos?"

"Tu suposición es tan buena como la mía".

La turba de hombres y mujeres trepó hacia ellos, con los rostros sucios y quemados por el sol centelleando a la luz de las antorchas. Muchos iban armados con robustos palos. La mente de Kenna se agitó con la advertencia de Alexander. Imaginó murmullos que se convertían en cánticos. Palabras como "bruja", "hechicería" y "vieja religión" bailaban en su cabeza. Se acercó a Alexander, con el corazón acelerado por el miedo.

Un chico se abrió paso a empujones hasta llegar al frente de la muchedumbre.

Alexander desenvainó la espada.

"Es ella", dijo Jock, señalándola.

El castillo de Craignock estalló de entusiasmo cuando Emily, Kester y otros hombres MacDougall cabalaron por el pueblo hasta las puertas. Aparecieron niños de todas direcciones, corriendo a su lado mientras ella pasaba junto a escaparates y casas ya decoradas con estandartes y guirnaldas de flores rojas, amarillas y violetas. La puerta del castillo estaba abierta y atestada de carros cargados de carne, aves y verduras para los banquetes de boda, y los vigías la saludaban a ella y a los demás desde las altas murallas.

Dentro del patio, la gente del castillo se abalanzó con gritos de alegría. Las mujeres se apretujaban a su alrededor, deseando llevársela, bañarla y vestirla. El cocinero apareció, cubierto de harina y hollín, dispuesto a arrastrarla a las cocinas y alimentarla. Los ancianos del clan trataban de abrirse paso entre los demás, gritando ansiosos preguntas. En medio de este caos, Graeme MacDougall permanecía en los escalones que conducían al gran salón, silencioso y tranquilo. Siempre había sabido que ella volvería sana y salva.

Emily miró feliz a su alrededor. Maggie, la mujer del zapatero, y sus dos hijos gemelos en cada cadera; Molly, la sirvienta, con su cara roja y su ceceo; Robbie, el mozo de cuadra, con su tímida sonrisa. Y tantos otros. Aquellas personas eran su clan, sus amigos, su familia. Una cálida sensación la invadió. La expresión de alegría mezclada con alivio en sus rostros no era fingida. Se preocupaban por ella y la querían como si fuera suya.

Y se preocupaba por ellos. Siempre le habían importado. Pero como hija del terrateniente, ocupaba un lugar especial, un puesto de responsabilidad. Nunca haría nada que los pusiera en peligro, pensó, sintiendo una punzada de incertidumbre que la corroía.

Se sacudió la sensación. Sabía lo que debía hacer. Y se alegró de haber vuelto, aunque fuera por poco tiempo.

Emily desmontó y le entregó las riendas de su montura. Se volvió y vio a Kester de pie junto a ella. Miró sus amables ojos grises.

"Sí, hazlo ahora, muchacha. Aprovecha el momento. Di lo que piensas".

Emily asintió y se armó de valor. Sonriendo y saludando a la multitud a su paso, subió las escaleras.

"Padre". Se detuvo un paso por debajo del hacendado. Para todos los demás, era un hombre de negocios, frío y analítico. Era conocido como la persona a la que recurrir en caso de problemas complicados, la que ofrecía sugerencias sobre el curso de acción a seguir. Durante toda la vida de Emily, tanto el rey como los ministros habían confiado en Graeme MacDougall, al que a menudo llamaban desde Craignock para negociar algo en nombre de la corona. Pero por muy ocupado que estuviera, siempre tenía tiempo para su hija.

Hoy, pensó, parecía cansado. Y cuando estaba cansado, su padre no siempre era el más receptivo.

Emily inclinó la cabeza mientras él le besaba la frente. "¿Puedo estar un momento a solas contigo?"

"Sí, paloma mía. Ahora ve con las mujeres. Cenaremos tarde en el salón y podrás contarnos a mí y a todos tus viajes con tu prima, Kenna".

Hablaba en beneficio de los que les rodeaban, y Emily no pudo pasar por alto la mirada de advertencia que le dirigió. Se había enterado por Kester de lo que le habían contado sobre su paradero.

"Necesito un momento a solas contigo... ahora", repitió en un tono más bajo.

"Debes de estar cansado de tus viajes".

"Ahora, papá". Se puso a su lado y le cogió del brazo. Tenía que convencerlo, convencerlo de que debía deshacer algo que había hecho por el bien del clan. En toda su vida, nunca lo había intentado. Su padre la quería, a su manera; era su única hija. Pero para Graeme MacDougall, el bienestar del clan siempre sería lo primero. "Por favor. Es urgente".

Emily se sintió aliviada cuando él asintió y entraron. El MacDougall era un hombre respetado y razonablemente ecuánime a los ojos de otros líderes de la corte y entre los clanes. Casi toda su vida había rivalizado con otros que pretendían ser jefes. Debido a la rivalidad, ella había sido testigo de sus ocasionales ataques de ira. Sabía que era capaz de hacerlo. Pero nunca había perdido los nervios con ella. Nunca le había dado motivos para ello. Hoy, supuso, podría ser la primera vez.

Esperó a que estuvieran a solas en los aposentos privados del hacendado. Sus mesas de trabajo, como de costumbre, estaban sembradas de hojas de pergamino, frascos de tinta, cera y plumas que conferían a aquella habitación un olor que Emily siempre asociaba con su padre. En una pared había un tapiz francés que representaba a una dama y un caballero en un jardín de

árboles. Ella tenía una rosa en la mano y se la tendía al caballero. En la pared, detrás de su sillón favorito, otro tapiz con el escudo de los MacDougall. Sobre la imagen del brazo de acero flexionado y agarrado a una cruz, el lema del clan: "Buaidh no Bàs". Conquistar o morir.

Respiró hondo, abrazando aquellas palabras.

"¿Qué es tan urgente?", preguntó, dirigiéndose a un aparador y cogiendo una jarra de hidromiel.

"Necesito que pospongas mi boda un mes".

Su padre la miró fijamente, subiendo el color de su rostro.

"¿Qué ha pasado?", preguntó finalmente. "¿Alguno de esos montañeses...? ¿Te obligaron...?"

"No pasó nada", interrumpió ella. "¿Pero no crees que podrías haber pensado en esas posibilidades antes de entregarnos a Kenna y a mí en manos de los Macpherson?"

Se sirvió una copa de hidromiel, todo calma de nuevo. "Sabía que no os pasaría nada a ninguno de los dos. Estaba ayudando a los MacKay y a los Macpherson, parientes y aliados. Dime, ¿cómo le va a tu prima? ¿Ha dejado atrás todas aquellas tonterías? ¿Está preparada para volver con su marido?"

"No sé cómo se encuentra. Ha desaparecido. No sé dónde está".

"¿Desaparecido?"

Emily no estaba dispuesta a dejar el tema de la participación de su padre en el plan para juntar a Kenna y Alexander. Tampoco estaba dispuesta a olvidar su voluntad de mantenerla al margen. Pero ahora mismo necesitaba que se centrara en la inminente fecha de su boda.

"En parte, por eso necesito que pospongas mi boda".

"Tonterías. Aparecerá mañana o pasado. No podemos aplazar la boda, Emily. No después de todos estos preparativos. ¿Y qué le diría yo a sir Quentin?"

"Padre, pospondremos esta boda... o la cancelaremos", dijo ella enérgicamente. "La elección es tuya".

"¿Qué has dicho?" La miró fijamente, con una ceja levantada. Ya no era el padre solícito; ahora era el terrateniente duro.

"Te doy a elegir por respeto", dijo ella. "No perderé más tiempo preparándome para esta tontería. Y puedes decirle a Sir Quentin lo que quieras. O puedes encerrarme en el calabozo y arrastrarme hasta la capilla y obligarme a casarme contra mi voluntad. Pero si ésa es tu elección, acabarás con un lío mucho mayor de lo que puedas imaginar".

"¿Me estás amenazando?"

"No me casaré ahora. Esa decisión no te corresponde a ti. Pero tienes la opción de posponerlo o cancelarlo".

Tenía un nudo en el estómago. Apretó los labios para evitar que le temblaran.

Su padre golpeó la copa contra el aparador, derramando hidromiel sobre la oscura madera pulida. "¿Te atreves a decirme lo que tengo derecho a decidir y a no decidir?"

"¿Me criaste para que me intimidaran en decisiones que afectan a toda mi vida?"

"¿Qué sabes tú de la vida?", bramó. "No eres más que una chiquilla".

"¿Una que no puede decidir con quién se casa? ¿Soy una vaca de premio para subastar?"

"¡Basta ya! Yo soy el terrateniente. Soy tu padre. Harás lo que yo crea conveniente para ti y para el clan".

Emily dio un paso hacia él e igualó su mirada.

"He sido la hija perfecta. Sumisa, agradable, nunca he dado problemas. No te he exigido nada hasta ahora".

"Por el demonio, te vas con Kenna MacKay y vuelves más parecida a ella que...".

"No soy Kenna. Soy mil veces peor".

"Eso no tiene sentido".

Era ahora o nunca. Se llevó las manos a los costados. "Me concederás mi deseo o saldré de aquí ahora mismo y no volverás a verme".

"Continúa. Esto es pura palabrería".

¿"Hablar"? Traeré la desgracia a este clan como nunca imaginaste posible. Kenna escapó a una abadía. Me trasladaré a un burdel de Glasgow, donde habrá más aspirantes al puesto de tu laird dentro de un año y todos los años siguientes. Me convertiré en la amante de tu...".

"Basta", gritó. "Ya basta".

"No podéis mantenerme encadenado para siempre. Sir Quentin reconocerá mi locura en cuanto me arrastréis a la escalinata de la iglesia".

Kenna vio que el rostro de su padre cambiaba, como si la viera bajo una nueva luz.

"¿Qué quieres?"

"Ya te lo he dicho".

El sol descendente proyectaba largos rayos de luz dorada a través de las estrechas ventanas cuando Emily abandonó los aposentos del hacendado y subió apresuradamente la escalera hacia los suyos.

Tenía un mes. Si no lo conseguía, el matrimonio seguiría adelante como estaba previsto.

Los criados la esperaban, pero ella los envió fuera, indicando a uno que buscara a Kester y se lo enviara. Se sentó un momento junto a la ventana abierta. Tenía un plan, pero necesitaba actuar ya. El aire marino que soplaba parecía desprender un aroma prometedor.

Su mirada se posó en un pequeño alfilerero de aguja que su madre había hecho cuando Emily era sólo una niña. Lo cogió. Era la imagen de un escudo dividido en dos. En la parte superior, el lema de los MacDougall. A un lado, el brazo y la cruz. En el otro, un velero azul. Emily se quedó mirando el barco, preguntándose en qué estaría pensando su madre cuando ideó la imagen.

Buaidh no Bàs. Conquistar o morir.

Capítulo Catorce

"Tengo buen ojo, tío. Puedo ver una iglesia a la luz del día".

ALEXANDER SIGUIÓ al hombre bajo y de pecho rechoncho llamado Peter hasta una colina cubierta de brezo que dominaba el lago. El primo de barba roja de Jock había perdido media mano hacía sólo unos días en una pelea con los merodeadores. Los puntos que Kenna había utilizado para cerrarle la herida brillaban por la sangre que rezumaba, pero el hombre viviría para volver a utilizar aquella mano.

Y Pedro no era el más necesitado de este campamento.

"Hemos puesto a los heridos allí, a orillas del agua. Las mujeres están cuidando a los enfermos, a los viejos y a los jóvenes, en una vieja iglesia que hay más allá de esa meseta".

La luna aún no había salido, pero Alexander pudo ver a decenas de personas apiñadas en torno a unas cuantas hogueras. Tenía que haber más refugiados de los que podía ver. Alexander supuso que la mayoría había tenido que huir sólo con la ropa que llevaban puesta. Estaban hambrientos, desesperados y vulnerables. Esto los hacía impredecibles. Quería a Kenna lejos de aquí.

Ya se había puesto a trabajar con los que la necesitaban. Al mirar de un grupo a otro, la vio en el centro de un pequeño grupo de gente. Un muchacho alto y harapiento le sujetaba una antorcha, y ella limpiaba y vendaba la cabeza de un campesino herido. Un momento después, siguió a una anciana hasta otra forma oscura junto a la orilla del agua. Se agachó sólo un momento y luego se levantó, dando indicaciones a un transeúnte. Alexander la observó pasar a la siguiente.

"No hemos tenido tiempo de enterrar a los muertos. Los cadáveres, benditos sean, están junto a los árboles. Hoy ha venido un sacerdote al campamento. Dice que les dará la extremaunción por la mañana. No sé si les servirá de mucho". Peter escupió al suelo y miró con odio a la arboleda. "Pero yo qué sé, siendo sólo un pescador".

Alexander echó un vistazo a la sombría arboleda, pero rápidamente volvió a centrar su atención en Kenna. No iba a perderla de vista. Hasta ahora los habían recibido con gratitud y no había visto ningún signo de hostilidad, pero su posición era incierta. Ahora mismo, la necesitaban. ¿Pero qué pasaría cuando no la necesitaran? Él era un Macpherson; ella, una MacKay. Tenían que ser considerados forasteros, como mínimo.

"¿Quiénes son todas estas personas? ¿De dónde han salido?"

"Algunos son de los alrededores de Knipoch. Pero otros son gente de otros pueblos del sur.

Sobre todo de la tierra de MacDougall. Y hay otros del interior", dijo Peter. "Con esos sucios bastardos ingleses y esa escoria traicionera de las Lowlands matando por ellos, lo más seguro es irse a las colinas".

Alexander asintió, fijando la mirada en Kenna.

"Jock llegó aquí antes que tú esta tarde. El muchacho dijo que tu mujer tiene un don para curar. Estábamos ansiosos por que llegaras".

Kenna dirigía a los que la rodeaban, y les llegaban fragmentos. Su voz era clara. Controlada. Confiada. Había visto trabajar a muchos cirujanos con heridos, y todo lo que la veía hacer tenía sentido común.

Por encima de los árboles del extremo más alejado del lago, la extensión de terciopelo negro del cielo nocturno estaba tachonada de estrellas. Se sintió tonto por las burlas que le había hecho cuando paseaban. Tenía que haber una explicación lógica de cómo se había curado.

"Mi esposa fue adiestrada por las monjas del Priorato de Glosters, en Loch Eil, en tierras del Clan Cameron", le dijo Alexander. "Sabe cómo vendar una herida y dar a luz a un bebé".

"Hizo un buen trabajo con la mía", respondió Peter, levantando su mano mutilada.

Jock había desaparecido en cuanto llegaron. Alexander quería encontrar al muchacho y hablar con él sobre lo que les había contado exactamente. No quería que circulara ninguna tontería ignorante.

Kenna, que parecía haber acabado con los heridos por el momento, se alejó del lago en dirección a la colina y a la iglesia que había más allá. Alexander la siguió, y Peter se apresuró a seguirla.

"¿Sabe todo el mundo quiénes somos?" preguntó Alexander. "¿Mi mujer? ¿Yo?"

"Sí. Eres el mayor de los Macpherson. Comandas los barcos de tu clan. No hay mucha gente en la costa que no te conozca".

Llegaron a la cima de la colina cuando la luna aparecía por encima de las montañas del este. Las ruinas de una antigua iglesia se encontraban entre dos montículos, en una amplia pradera. No muy lejos, un arroyo corría hacia el lago. Decidió que el edificio debía de estar abandonado desde hacía mucho tiempo, por el aspecto cubierto de enredaderas y otras plantas que cubrían las paredes y ventanas derruidas. Por lo que pudo ver, el tejado había desaparecido.

Kenna y su séquito desaparecieron en la kirk, atrayendo las miradas de las decenas de viajeros que habían encendido hogueras fuera de la muralla que rodeaba el kirkyard. Ahora esos rostros se volvieron hacia Alexander.

"Se corrió la voz antes de que llegaras", le dijo Peter. "Alexander Macpherson y su esposa Kenna MacKay".

"Jock", murmuró mientras atravesaban el campamento de refugiados. Demasiado para la promesa del muchacho. No era de extrañar que escasease. Alexander se preguntó dónde se escondería.

"No culpes al muchacho. No sabía que su hermana estaba herida hasta que la encontré aquí tendida con un corte en la pierna y un brazo terriblemente quemado". Peter hizo un gesto hacia la ruinoso iglesia. "Jock es joven. Estaba desesperado por que encontráramos a tu mujer. Y nosotros..."

Al oír la acometida por detrás, Alexander se giró a tiempo para apartar de un golpe el brazo que sostenía una espada. Mientras golpeaba con el puño al agresor en un lado de la cara, un garrote zumbó en el aire, apuntando a la cabeza de Alexander. El arma cayó a poca altura, golpeándole con fuerza en el hombro y haciéndole caer hacia atrás. Se puso en pie antes de que pudieran alcanzarle.

Los dos hombres restantes vacilaron, y Alexander supo por sus caras que esto no iba como habían planeado. Otro hombre -el de la espada corta- sacudía la cabeza e intentaba levantarse sin éxito.

Se enfrentó a ellos y empezaron a separarse. Por sus ropas, supo que sus fornidos atacantes eran pescadores. Llevaban pequeñas porras y garrotes. Detrás de ellos, Pedro estaba de rodillas, agarrándose la mano herida.

"¿Os conozco, muchachos?" preguntó Alexander con frialdad, con la mano en la empuñadura de la espada. "Porque me gusta conocer a los hombres que mato".

"No te preocupes por eso", gruñó uno, levantando amenazadoramente su garrote. "Te conocemos... pirata. A ti y a tu puta MacKay".

Los dos se abalanzaron sobre él, blandiendo sus garrotes. Alexander recibió un golpe de refilón en la cabeza al agacharse bajo uno de los garrotes. Acercándose rápidamente, golpeó con el puño el rostro furioso, haciendo chocar a un pescador contra el otro. Los dos cayeron al suelo. A continuación, el Highlander asestó una patada en la cabeza de uno de ellos, dejándolo inconsciente. Se volvió para dar un rodillazo en la garganta del otro, que gemía.

Levantó la vista justo a tiempo para ver cómo el tercer asaltante, que ahora estaba de pie con la espada en la mano, recibía un golpe en un costado de la cabeza y se desplomaba como un hombre de paja al viento. Pedro estaba detrás de él, mirando ferozmente a los tres.

"Yo me encargo a partir de aquí, si no te importa", gruñó el pescador herido, cogiendo un garrote. "Conozco demasiado bien a estos pájaros".

Cuando Alexander se puso en pie, Peter golpeó con fuerza la cabeza del gimiente atacante, silenciándolo por el momento.

Kenna apareció, abriéndose paso entre la multitud que había formado un gran círculo a su alrededor. Miró de Alexander a los tres pescadores y a Pedro, y de nuevo a su marido.

"¿Has terminado de presentarte por ahí?", preguntó tensa.

Alexander echó un vistazo a la multitud. Nadie más parecía dispuesto a luchar. "Creo que sí, esposa".

Kenna le cogió del brazo y tiró de él hacia la ruina. La multitud se separó para ellos.

Mientras cruzaban el kirkyard, se oyó a Peter gritar a los demás. "Así que ésta es la forma de agradecer a la muchacha MacKay que haya ayudado a tu familia, ¿no?"

Alexander se volvió para verle dar una patada a uno de los hombres que había empezado a gemir de nuevo.

"Has tenido suerte de que el Macpherson no te cortara el cuello, imbécil. Y no culparía a su mujer por no volver a coserte si lo hubiera hecho".

Dentro de la iglesia, Alexander vio que habían encendido un pequeño fuego en el extremo de la nave. Cerca de ella, varios enfermos yacían sobre mantas, y quienes los atendían revoloteaban a su alrededor. Kenna le llevó al otro lado del presbiterio, a través de una puerta abierta, a lo que en otro tiempo debió de ser la sacristía. Ahora sólo quedaban tres paredes y parte de una cuarta, y las antiguas vigas carbonizadas del antiguo tejado se extendían por la habitación.

La luna creciente proyectaba sombras sobre el suelo de piedra, y Alexander levantó la vista hacia el amplio cielo nocturno.

Kenna le condujo hasta un madero que había en un rincón contra la pared.

"¿Cuántas veces tengo que arreglarte?"

"Creo que hicimos un juramento que exige... toda una vida".

Ella negó con la cabeza y apretó una mano plana contra el pecho de él.

Se sentó. Estaban frente a frente. Alexander se preguntó si sería un buen momento para

disculparse por su burla anterior.

Kenna parecía agotada. Utilizó un trapo y le limpió la frente y el lateral de la boca. Deseó que hubiera una forma de poder llevársela lejos de todo aquello, llevarla a algún lugar donde sólo estuvieran ellos dos. A un lugar donde pudiera cuidarla y demostrarle que era un marido que ella querría conservar.

"Fue el mismo juramento que vamos a anular. Eres demasiado problemático".

"Sí, doy algunos problemas. Pero lo valgo".

"Para ser un bandido y un simio, tienes una imaginación fantasiosa".

"Admítelo, Kenna. Te gusto".

Tiró de ella por la cintura hasta que se colocó entre sus rodillas. Sus ojos rivalizaban con las estrellas. Tenía la boca a escasos centímetros.

"Eres una bestia curiosa, sin duda". Trazó lo que debía de ser un moratón junto a la línea de su mandíbula. "Pero tienes muy poco encanto. Nada que me seduzca, ni me tienta a cambiar de opinión".

La acercó hasta que sus pechos quedaron aplastados contra el suyo y la besó con un arrebatador asalto de labios y lengua. Ella no vaciló. Gimió en lo más profundo de su garganta y le rodeó el cuello con los brazos. Abrió la boca bajo la presión del beso y su lengua bailó con la de él en una seductora promesa de más.

Quería abrirle la blusa, saborear la dulzura de sus pechos y sentir el peso de su plenitud en la palma de la mano. Le dolía de deseo por ella. Quería enterrarse profundamente dentro de ella. Ella apretó su cuerpo contra él, y el impulso de subirle las faldas, de levantar a Kenna sobre él, era el único pensamiento medio consciente que corría entre el calor intermitente de su cabeza.

Y entonces, desde algún lugar, se inmiscuyó un pensamiento racional.

Llevarla aquí, ahora, significaría que no habría anulación. La elección que él quería que ella hiciera, la elección de quedarse con él, desaparecería. Y ella le culparía durante el resto de sus vidas.

Maldita sea, maldijo para sus adentros. Maldito, maldito infierno.

Terminó el beso, apartando la boca. Ella se quedó sin aliento. Alexander se quedó mirando aquellos labios hinchados, aquellos ojos entrecerrados, nublados por la pasión.

"Te lo digo ahora, muchacha, el sexo entre nosotros hará que la tormenta de las Highlands parezca mansa, que el relámpago del verano sea sólo un pálido destello de luz. Y ni siquiera sabes adónde puede llevarnos mi fantasía".

"Así que mi razón, incluso mi cordura, depende de que *nunca* haga el amor contigo". Sus ojos, claros y concentrados ahora, brillaban con picardía.

"No, tu razón nunca será digna de confianza hasta que experimentes la dicha que traigo a nuestro lecho matrimonial".

"Creo que estás un poco creída".

Antes de que ella pudiera objetar, él la giró ligeramente entre sus brazos, metió la mano bajo la falda y la deslizó hasta la unión de sus muslos. Ella jadeó cuando tocó su humedad. Sujetándola con firmeza, introdujo un dedo en la apretada vaina y vio cómo se le entornaban los ojos. Un suave grito escapó de sus labios.

"¿Qué... qué estás haciendo?"

"Mostrándote algo de lo que está por venir".

Retiró el dedo y volvió a introducirlo. Esta vez ella se balanceó contra su mano. Miró fijamente a Kenna a los ojos. Su deseo coincidía con el suyo.

"Mal momento, muchacha. Y no es el lugar perfecto, pero quiero darte esto, ahora".

Se puso en pie y la apretó contra la pared, protegiendo su cuerpo contra el de ella.

Su cuerpo se estremeció cuando él introdujo una rodilla entre sus piernas y volvió a tocarla. Le acarició los pliegues resbaladizos, y su lengua jugueteó en la profundidad de su dulce boca mientras copiaba la acción de su dedo. Sus respiraciones se hicieron cada vez más cortas, sus pequeños jadeos se convirtieron en gemidos. De repente, con un grito que Alexander se tragó con un beso, se arqueó contra su mano y se estremeció con total abandono.

La abrazó, se sentó y la sentó en su regazo. Ella lo abrazó con fuerza por el cuello y él pudo sentir los temblores que recorrían su cuerpo mientras olas de placer seguían bañándola. Haciendo todo lo posible por ignorar su propio deseo palpitante, se limitó a abrazarla.

Pasó algún tiempo antes de que sintiera el suficiente control como para volver a ponerla en pie y encontrar su voz. "Y esto es sólo una muestra, esposa".

Respiró hondo. "Madre mía. Yo nunca...". Se detuvo, sonrió tímidamente y le miró la barbilla. "Muy bien. Lo admito. Eres una tentación".

Oyó que Peter lo llamaba desde la nave. Kenna se alisó el vestido y él esperó a que ella le hiciera un gesto con la cabeza antes de salir de la sacristía con su esposa detrás.

Un sacerdote encapuchado y con cara de hurón estaba de pie junto a Peter. Sus ojos siguieron a Alexander mientras se acercaban, y luego se fijaron en Kenna.

"El buen Padre quiere hablar contigo", dijo Pedro. "A solas".

"Estaré allí, atendiendo a los que me necesiten". Kenna hizo un gesto con la cabeza hacia los enfermos.

Alexander la observó marcharse, sin prisa por recuperarse de lo que acababa de ocurrir. Para él, la magia de Kenna -si es que era eso- iba mucho más allá del poder de la curación. Su verdadero don residía en el poder que ejercía sobre su corazón.

"¿Qué pasa, cura?" preguntó Alexander cuando Pedro se alejó.

"Necesito hablar contigo en privado". El hombre miró a las mujeres que trabajaban en el extremo opuesto de la ruina. "Lo que tengo que deciros, lo que tengo que ofreceros, es sólo para vuestros oídos".

Alexander no perdía de vista a Kenna. "Lo que tengas que decirme, me lo dirás aquí y ahora".

El sacerdote se erizó visiblemente y luego se encogió de hombros.

"Sé quién eres, Highlander, y sé por qué estás aquí -dijo, mirando en dirección a Kenna-.

"Entonces, ¿qué pasa?"

"Mi iglesia y mi vivienda en las Fronteras fueron destruidas por los merodeadores ingleses, así que éste es ahora mi rebaño, tal como es".

"¿Y qué puedo hacer por ti?"

"No es eso. Soy yo quien puede servirte".

"Continúa".

"Viajaba conmigo un criado. Se ha ido. Esta noche. Se ha llevado uno de mis caballos, el muy canalla. Creo que ha vuelto al sur para encontrar a ese granuja de Maxwell. Creo que pretende conducirlo hasta ti".

Alexander miró a Kenna, que estaba agachada junto a una mujer enferma. Tenía que sacarla de aquel lugar. Volvió a mirar al sacerdote.

"Aún me queda un caballo", continuó el sacerdote. "Quiero que te lo quedes. Coge a la mujer y vete de aquí. Ve a Oban y más lejos si es necesario, pero aléjate de nosotros. Y vete esta noche".

"Puedo comprarte el caballo", le dijo Alexander.

"Lo que te convenga, Highlander".

Alexander asintió. "Has sido útil. Pero, ¿y tú? ¿Por qué te quedas?"

"Como he dicho, ahora éste es mi rebaño. Me necesitan. Si Maxwell viene y tú no estás, puede que nos deje en paz". El sacerdote volvió a encogerse de hombros y apartó la mirada. "Si no, estamos en manos de Dios".

Donald Maxwell cortó un trozo de carne del cordero que se asaba en la hoguera y lo desgarró con los dientes. La gorda esposa del carretero se acurrucó en un rincón oscuro con sus dos aterrorizados hijos.

Tenían motivos para tener miedo. El estúpido zoquete de su padre yacía muerto en la pila de estiércol junto al aprisco. Pensó que siempre sería un misterio por qué los montañeses siempre creen que deben luchar. No es que hubiera cambiado nada.

"Ale, mujer. Y date prisa".

Los dos jinetes ingleses miraban hambrientos el cordero, pero Maxwell no iba a ofrecerles nada. Sus propios hombres casi llenaban la cabaña, sentados y de pie en torno a las titilantes sombras proyectadas por el fuego.

"Vuelve con Sir Ralph y dile lo siguiente: la soga se está tensando".

Se detuvo cuando la mujer del chófer le entregó una copa de cuerno llena de cerveza. Agarrándola por la muñeca, la arrastró hasta su regazo, provocando una carcajada de sus hombres cuando ella forcejeó un momento y luego se detuvo. El cuchillo de Maxwell estaba apoyado en su garganta. Miró a los mensajeros.

"Dile que la mujer de los MacKay y los Macpherson se han echado a las colinas, pero que están exactamente donde los queremos. Mis hombres están tras su pista, batiendo los matorrales y conduciéndolos hasta aquí, donde espero, en la hospitalaria Oban".

Capítulo Quince

"No amo nada en el mundo tan bien como a ti; ¿no es extraño?".

ÉL HABÍA IGNORADO por completo su petición de más tiempo... simplemente la había recogido delante de él y luego había pateado con los talones en los costados del corcel gris. En unos instantes, el lago, el campamento y los refugiados que huían quedaron muy atrás.

Varios huesos rotos, algunas quemaduras horribles, muchas heridas abiertas, una mujer a punto de dar a luz y dos niños acalorados por la fiebre. La hermana de Jock y su primo. Kenna los había atendido y no había utilizado magia. No intencionadamente. No cogió ni una sola vez la tablilla de piedra que llevaba en la bolsa, pero algunos de los heridos susurraron que sólo con su tacto sentía calor o disminuía el dolor.

No lo entendía, pero estaba demasiado cansada para pensar en ello. La habían llevado de una persona a otra durante horas. Las examinaba y decidía lo que estaba mal. Si no había tiempo suficiente para hacerlo ella misma, transmitía las mismas instrucciones que le habían enseñado las monjas.

Había algunos de los que no había tenido tiempo de ocuparse, en absoluto. Y no se podía razonar con Alexander. No le escuchaba. Se limitó a decir que ella no servía para nada si era una rehén o estaba muerta. Eso era lo que ocurriría si seguían aquí cuando los hombres de Maxwell los atrapan.

No permitió ninguna discusión, insinuando que se la llevaría atada y amordazada, si era necesario. Después de los últimos días, Kenna sabía que cumpliría su amenaza. Y sabía que estaba demasiado cansada para luchar contra él.

Kenna dejó instrucciones. Muchos ayudantes se adelantaron. Esperaba que fueran suficientes.

Ahora, cabalgando por la ondulante campiña, sentía descender sobre ella todo el peso del agotamiento. Envuelta en los brazos protectores de Alexander y arrullada por su calor, Kenna dormitaba, flotando en ese limbo sombrío entre la conciencia y el sueño.

Soñaba con sangre y miembros amputados y con su frustrante incapacidad para coser las heridas con la suficiente rapidez. Luego, cuando un giro o un golpe la despertaban, los pensamientos de Kenna volvían al recuerdo de cada caricia de Alexander. De los dos encerrados en un ritmo sensual contra la pared. De su completa entrega a él. Del insoportable placer que se acumulaba en su interior antes de aquella llamarada final de gloriosa liberación. Nunca había pensado que algo así fuera posible. *Eso*, pensó con una sonrisa, era magia de verdad.

No quería volver a dormirse. Quería experimentar una y otra vez en su mente lo que había ocurrido entre ellos. Pero el ritmo oscilante del caballo la arrulló.

Una agitación en lo más profundo de su vientre hizo que Kenna abriera los ojos. Cabalgaban por una cañada boscosa y luego salieron a la luz preamanecer de un páramo ondulado. Parches de flores púrpuras cubrían las laderas.

La mano de Alexander estaba en su pecho.

Kenna se apoyó en su pecho, mirándole.

"¿Qué haces?"

"Disfrutando y respondiendo a tus demandas".

"¿Exigencias?" Ella le retiró la mano. "¿Mientras duermo? No hemos intercambiado ninguna palabra desde que salimos del campamento".

"Tu cuerpo hablaba por ti", le susurró al oído. "Acurrucándote en mi pecho, pasando tus manos por mis muslos, haciendo ruiditos en el fondo de tu garganta. Soy un hombre. No puedo aguantar más".

"Estás diciendo tonterías". Kenna intentó mover el cuerpo, pero no tenía adónde ir.

"No estás ayudando".

"No estoy haciendo nada. Todo esto es tu imaginación".

Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo firmemente hacia sí. Podía sentir su excitación en la parte baja de la espalda. Un calor delicioso recorrió su cuerpo, sorprendiéndola.

"Sé que lo sientes, y eres responsable", dijo rotundamente. "Así que quédate quieto o tu primera vez será contra un árbol o en el duro suelo, con una rama de brezo clavándose en tu oreja y las rocas pinchándote en las...".

"No lo harías".

"No me tientes, esposa".

Las palabras no la asustaron. Después de la noche anterior, estaba deseando que llegara su primera noche real de hacer el amor, a pesar de las insinuaciones vagamente alarmantes que las mujeres MacKay le habían susurrado al oído sobre lo ocurrido en el lecho conyugal. Sentía el mismo impulso temerario que cuando se enfrentaba a cualquier aventura. Con anulación o sin ella, estaba dispuesta a más. Pero estaban en tierra extraña. Sería más feliz en un lugar seguro para ese momento especial, con al menos un techo sobre sus cabezas.

Volvió a mirar el rostro de su marido. Las palabras airadas que habían intercambiado hacía menos de una semana sonaban tan vacías ahora. Si seguían juntos y vivían como marido y mujer, seguro que tendrían muchas discusiones. Él era tan testarudo como ella.

Una cosa, más que ninguna otra, la inquietaba: la tablilla rota, herencia de su madre.

Al descender a una hondonada del páramo, quedaron encerrados en una bolsa de niebla matinal. Kenna sólo podía ver unos pasos delante de ellos, y se le ocurrió que así era la vida. Sólo vemos unos pasos por delante, si acaso. No se sabía qué pasaría con ella, con Alexander o con la lápida, ni con el don y la maldición que la acompañaban.

"Sobre las preguntas que me hacías antes de que nos llevaran al campamento".

La miró a la cara. "Eres una curandera con talento. Vi lo que hiciste por aquellas personas. Estaba... estoy muy orgulloso de ti. Las monjas te entrenaron bien".

Sacudió la cabeza. "Pero lo que hice por ti... lo que ocurrió en la cabaña de pescadores y más tarde en la cueva... necesitaba más de lo que me enseñaron".

Hizo una pausa y miró su regazo, intentando decidir cuánto debía decirle ahora. Estaban en la carretera. Ya tenía bastante con ponerlos a salvo.

"¿Confiarás en mí?", preguntó ella. "¿Esperarás a que yo misma comprenda mejor lo que

ocurrió allí antes de que te lo cuente todo?"

"¿Quieres decir que tú mismo no lo entiendes?"

"No lo entiendo *todo*". Era la verdad. "¿Me darás tiempo? ¿Confiarás en mí por ahora?"

"Me salvaste la vida", le recordó. "Dos veces. Puedo esperar", le recordó.

Eso fue todo lo que dijo, y Kenna sintió que se quitaba un peso de encima por el momento.

Siguieron cabalgando entrando y saliendo de zonas de niebla, pasando junto a formaciones rocosas sobrenaturales y sobre colinas cubiertas de brezos y aulagas. Cuando el terreno empezó a elevarse de forma constante, entraron en más bosques.

Kenna miró a su alrededor, asombrada. Las ramas de los robles centenarios se entrelazaban formando un dosel sobre ellos. Mientras cabalgaban por un claro, se dio cuenta de que los primeros rayos del sol proyectaban sombras frente a ellos.

"Vamos hacia el oeste", dijo. "No vamos hacia el norte. ¿No vamos a Oban?"

"Allí nos tienden una trampa".

"¿Una trampa? ¿Cómo lo sabes?"

"Ese cura. ¿Qué clase de hombre no da la extremaunción a los muertos hasta que le conviene? Por Dios, he visto a muchos sacerdotes con un caballo tan bueno como éste, pero nunca a uno tan dispuesto a desprenderse de él. Y la maldita comadreja ni siquiera discutió el precio. No, es una trampa, no lo dudo".

"Nunca se acercó a los enfermos o heridos mientras estuvimos allí", le dijo Kenna. "Ni siquiera sabía que había un sacerdote con ellos hasta que vino a verte".

"Además, es de las Lowlands".

"Y crees que trabaja con Maxwell".

"Dijo media docena de veces antes de partir que el único lugar seguro para nosotros es Oban".

La niebla de su cabeza se disipó. Después de todo lo que habían pasado, confiar en cualquier desconocido era una tontería. Se sintió aliviada de que Alexander hubiera sido consciente de ello.

Mientras cabalgaban, dejaron atrás el bosque, y Kenna observó el terreno desconocido. Detrás de ellos estaban los mercenarios que les perseguían. Delante de ellos y hacia el sur estaba la costa que, según advirtió Jock, estaba plagada de incursores ingleses. Al norte estaba Oban y una posible trampa. Estaban cayendo en las redes de su enemigo.

"¿Adónde vamos? ¿Dónde podemos escondernos?"

Alexander no contestó.

"Dímelo".

"Donde esos cabrones *no* nos cojan".

El sol aún estaba bajo en el cielo a sus espaldas cuando dio la vuelta y desmontó. Ella sólo veía una serie de colinas onduladas. Alexander alargó la mano para ayudarla a bajar.

Kenna esperaba que su destino estuviera cerca. Los zapatos que le había dado una de las mujeres del campamento eran demasiado pequeños y le dolían los pies. No quería caminar mucho. Se bajó del lomo del caballo.

Alexander despojó a la montura de su equipo y golpeó al animal en el flanco. El caballo echó a correr, desapareciendo por el camino que llevaba al norte. Se echó el pelo hacia atrás y lo ató en un nudo. Sacudiéndose el vestido como si no estuviera roto por una docena de sitios y manchado desde la cintura hasta el dobladillo, se encaró con su marido.

"¿Adónde vamos ahora?"

La cogió de la mano y sonrió, tirando de ella cuesta arriba a través de espesos arbustos que le atrapaban y tiraban de las faldas.

"En cualquier momento", le dijo. "No dudes en decirme adónde vamos".

"Pronto lo verás".

"Gracias. Quizá escriba un poema sobre eso. Lo llamaré 'Pronto será suficiente'".

Ella lo siguió, zigzagueando entre afloramientos de roca negra cuadrada y arbustos espinosos. Sin embargo, ningún esfuerzo físico o incomodidad podía borrar la sonrisa que sentía que se le había grabado en el corazón. Mirándole delante de ella, Kenna no pudo evitar admirar la poderosa anchura de sus hombros y el posesivo agarre que mantenía sobre su mano.

Como si leyera sus pensamientos, le devolvió la mirada. "Nunca imaginé que fueras una mujer como ésta".

"Antes de comprometerme en esta conversación, quiero saber si me estás insultando o halagando".

"Elogios, por supuesto".

"Oh, por supuesto. Bueno, debes saber que no estoy acostumbrada a oír cumplidos tuyos. Pero adelante, di cosas bonitas de mí".

Su risa hizo que las entrañas de Kenna se calentaran.

"Para empezar, no conozco a muchas mujeres que hicieran este viaje sin ni siquiera una pequeña queja".

"Es un alivio que seas tan mayor que no recuerdes todas las quejas que di la primera noche que nos secuestraste".

Lo desechó. "No, no he oído nada irrazonable. Y eres tan valiente como bonita".

"Oh, sí, ahora mismo me siento como una rara belleza. Pero aceptaré tu afirmación de que soy valiente".

"Gracias, esposa".

"Aun así, creo que estás un poco tocado de la cabeza. ¿Qué hacías buscando pelea con esos hombres fuera de la kirk? El día anterior, si recuerdas, casi te destripan como a un cerdo".

"No tuve elección, muchacha. Ellos empezaron", la corrigió Alexander. "Pero volviendo a ti. Desde que nos casamos, he visto que tu inteligencia..."

"Alto ahí", le ordenó. "Esto ya suena a insulto".

"¡No! ¿Cómo es eso?"

"No soy valiente e inteligente como reacción a ti. Soy la misma mujer que era mucho antes de conocerte".

"¿Intentas decir que tenías una vida antes de conocerme?"

"Sí, y también tendré una vida después, una vez que encuentre un acantilado lo bastante alto como para empujarte".

"¿Qué te parece éste? ¿Lo suficientemente alto?"

Kenna jadeó cuando de repente atravesaron la línea de arbustos y se detuvieron al borde de un acantilado. Dentados pilares de roca negra caían por debajo y el mar gris verdoso hervía en el fondo.

Levantó la vista y se le cortó la respiración. Ante ellos se extendía el mar y una larga extensión de tierra a través de un amplio estrecho. Los barcos pesqueros, que parecían diminutos en la distancia, se mecían entre las olas blancas. Casi al otro lado del estrecho había un barco anclado.

"¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?"

"Ya te he dicho que hemos llegado".

"¿Adónde has llegado? ¿Es una de vuestras naves la que se ve a lo lejos?"

"Sí. La que nos robó MacDougall. El intercambio por Emily debe de haber funcionado. Esperaba que estuviera aquí, aunque temía que nos adelantáramos".

"¿Vendrán a por nosotros?"

"Sí, muchacha. Pero a juzgar por el viento y la marea, tardarán casi todo el día en llegar. Pero lo harán".

Kenna miró a su alrededor. No había edificios, ningún lugar donde pudieran refugiarse. Los dos parecían insignificantes contra los acantilados. "Pero sólo somos una mota en lo alto de este acantilado. ¿Cómo sabrán siquiera que estamos aquí?"

"Tienes razón". El rostro de Alexander se ensombreció. "Lo mejor que podemos hacer es nadar hasta ellos".

"¡Ese barco está demasiado lejos de aquí! Nos ahogaremos mucho antes de llegar a ellos".

"No nos ahogaremos". Le tendió una mano. "Venga, empecemos".

Ella retrocedió y plantó los pies. "No volverás a hacerme eso. No vamos a saltar. ¿Has visto esas rocas de ahí abajo? Nunca llegaremos al agua".

"Como quieras, muchacha. Pero me estoy replanteando lo que dije de que eras valiente y no te quejabas". Encogiéndose de hombros, Alexander se acercó a la cornisa y saltó.

Kenna gritó y se precipitó hacia el borde. Se arrodilló y miró salvajemente por encima de las rocas. Allí, encaramado a un estrecho saliente que le doblaba en altura desde lo alto del acantilado, Alexander la miraba.

"Salta", dijo.

Kenna observó el espacio donde tenía que aterrizar y, sin dudarle un instante, se dejó caer en sus brazos.

"Muy bien, Kenna MacKay. Estoy convencida. *Eres valiente*".

"Pero podemos olvidarnos de los comentarios 'inteligentes'. No me creo que acabe de hacer eso".

Sin soltarle la mano, Alexander condujo a Kenna un trecho por la cornisa, luego se arrodilló y se arrastró por una abertura baja en la cara del acantilado. Kenna le siguió hasta la penumbra de una cueva. El olor húmedo y fresco de la tierra llenó sus sentidos.

Mientras ella se levantaba, Alexander sacó un pedernal de su espora y procedió a encender una antorcha que estaba apoyada en la llamada de la cueva. El estrecho espacio se iluminó. Cuando los ojos de Kenna se adaptaron, vio que la cueva descendía unos pasos más allá de donde estaba Alexander y luego se desviaba.

"¿Dónde estamos?"

"Los marineros la llaman la Roca del Ermitaño. Estamos al sur de Oban".

Cogió un montón de leña seca de una alcoba y se dirigió a la boca de la cueva. En unos instantes, había encendido un fuego.

"¿Una señal?", preguntó ella mientras él se apartaba. Salió humo de la hoguera.

Asintió con la cabeza.

"¿No delatará eso nuestro paradero a Maxwell y sus hombres?"

"La señal sólo es visible desde el agua. A estas alturas, James o Diarmad están al mando de ese barco. Lo verán y vendrán a por nosotros".

"Así que ya has hecho esto antes".

"Éste es uno de los muchos lugares que sabemos utilizar en caso de problemas".

"¿Pero qué pasa con esos pescadores que te atacaron en el campamento?", preguntó. "Hay

barcos de pesca ahí fuera. ¿No sabrán que estamos aquí?"

"El fuego en la boca de la cueva no es sólo una señal de Macpherson. Otros lo verán, pero no sabrán lo que significa. Mi hermano y Diarmad saben que nos metimos en problemas, o habríamos estado en Oban ayer o anteayer. Por eso ese barco está anclado allí. Están esperando nuestra señal. Confío en que sean los primeros en llegar hasta nosotros".

Kenna observó el frío lugar vacío y el pasadizo que conducía a la oscuridad. Las paredes de la cueva eran bloques cuadrados, como si las hubiera tallado en piedra negra un ejército de gigantes.

"¿Qué hacemos ahora?" Se frotó los brazos. "¿Esperar aquí? Aún tenemos que bajar por ese acantilado de alguna manera".

"Ya te he dicho que hemos utilizado esto en el pasado. No esperaremos aquí". La cogió de la mano y la condujo hacia el fondo de la cueva. Su antorcha proyectaba sombras salvajes sobre las escarpadas paredes. "Pero espero que tarden mucho en llegar hasta nosotros".

El brillo de sus ojos le hizo revolverse el estómago. "¿Por qué?"

"No hables más, muchacha. Te lo enseñaré".

Capítulo Dieciséis

"Te amo con tanto de mi corazón que no me queda nada para protestar".

"¿ES UNA CRIPTA DE ALGÚN TIPO?" preguntó Kenna, deteniéndose y señalando una abertura baja en la pared de la cueva. Una gruesa puerta de roble con una hoja de metal golpeado estaba abierta.

Los túneles los habían llevado hacia abajo en una serie de escalones graduales, y ella podía sentir el calor que emanaba de la puerta.

"No, dicen que aquí vivía el ermitaño. Deja que te lo enseñe".

Alexander le soltó la mano y se agachó, sosteniendo la antorcha delante de él.

Pasó a la cámara baja, cuadrada y mohosa. La habitación se abría, pero no había ventanas ni otras puertas. La cabeza de Alexander rozó el techo bajo. La atención de Kenna se fijó inmediatamente en dos cosas: los cuadros grabados en una de las paredes y el calor.

Podía identificar algunas de las imágenes grabadas: ballenas, peces, pájaros, alces, árboles y hombres con lanzas. Otras eran complejos diseños laberínticos que nunca había visto. En el centro de una pared, vio lo que parecía una cruz.

El calor de la cámara era intenso, y Kenna había empezado a sudar nada más entrar. La tablilla que colgaba de su cuello tampoco aliviaba su malestar. La piedra estaba caliente contra su piel.

Extendió la mano para tocar la cruz grabada... y la retiró inmediatamente.

El dolor fue agudo e instantáneo, como meter la mano en el fuego. Retrocedió, dando un paso atrás contra el pecho de Alexander.

"¿Qué pasa?", preguntó él, tranquilizándola.

"Nada". Escondió la mano en los pliegues de la falda. Unas garras de miedo envolvieron su corazón palpitante. "¿Quién ha hecho esos dibujos? ¿Qué significan?"

Se acercó a ella, levantó la mano y trazó un dibujo en espiral con un dedo. "No lo sé. Creo que nadie lo sabe".

La pastilla estaba cada vez más caliente, quemándole la piel a través de la bolsa. El aire de la cámara también se calentaba, sofocándola con su pesada sequedad. Se dio cuenta de que estaba sudando, pero Alexander no parecía notar la temperatura abrasadora de la pared ni el calor creciente del aire.

Había algo inquietante. Algo poderoso, y no le gustaba. Tal vez la magia oscura estuviera actuando aquí. En una pared opuesta se había almacenado una generosa provisión de pedernales,

velas, antorchas, mantas y otras cosas.

Kenna se dirigió hacia la puerta de la cámara. Tenía que salir y alejarse de lo que fuera que había en aquella sala y que respondía a la tablilla que llevaba.

"No hace falta que esperemos aquí, ¿verdad?".

"No, hay más cosas que quiero enseñarte".

Kenna prácticamente salió corriendo de la cámara por delante de Alexander. Fuera, se apoyó en la fría y húmeda pared del oscuro túnel. El calor empezó a disminuir. De nuevo podía respirar. Alexander seguía en la cámara. Le oyó rebuscar entre las provisiones.

Kenna miró más de cerca la pesada puerta. La chapa metálica que cubría el grueso roble estaba cubierta de diseños e imágenes similares a las tallas de piedra del interior.

Vacilante, alargó la mano para tocar la puerta. De nuevo, la mano le ardió. Dio un paso atrás.

"Así que, por fin, algo que Kenna MacKay teme". Alexander salió de la cámara, llevando algunas cosas bajo un brazo y sosteniendo la antorcha en alto.

"Miedo no", refunfuñó ella, apartando la mirada. "Quizá sólo un poco intranquila".

"No, es la primera vez. Estás asustada". Apoyó la antorcha contra la pared de la cueva y le levantó la barbilla hasta obligarla a mirarle a los ojos azules. "¿Qué ocurre, muchacha?"

"No me gustan los lugares así. Criptas, mazmorras y cosas así. Lugares estrechos. No puedo respirar en ellos". No era mentira. No le gustaban los espacios cerrados.

"Es bueno que lo recuerde, para todas las veces que tenga que castigarte en el futuro".

Ella resopló y le apartó la mano.

"Sólo ten cuidado, amor. Benmore tiene muchos sótanos y mazmorras".

"Eres un canalla, Alexander Macpherson. No le veo la gracia a esto". Kenna se dio la vuelta para volver por donde habían venido, pero él la cogió del brazo.

"Por ahí no".

"¿Otra cripta?", preguntó.

"No. Te gustará el lugar al que vamos. Confía en mí".

"*Confía en mí*", me dice. Justo después de decirme que planea encadenarme en las mazmorras de Benmore. ¿Y por qué no debería confiar en ti?".

"No he mencionado los grilletes. Pero he oído rumores de que a algunos les gusta así cuando hacen el amor, así que si ésa es tu preferencia..."

Mientras la recorría una emoción inesperada, abrió la boca para responder. Pero no salió nada. Al darse cuenta de que parecía un pez fuera del agua, cerró la boca.

Su risa puso fin a su enmudecimiento.

"Te pasa algo muy grave, pirata", le espetó, dándole un puñetazo en el pecho.

Pero al instante siguiente, Kenna jadeaba por la brusquedad de su abrazo. Apretada contra su cuerpo, podía sentir su excitación pegada a ella. Él la besó y se apartó.

"Como creo que puedes deducir, Kenna, ahora mismo sólo tengo una cosa en mente. Y es hacer el amor con mi mujer". Le empujó el montón de provisiones a los brazos y cogió la antorcha. "Yo digo que no perdamos más tiempo".

Él no volvió la vista hacia ella mientras empezaba a bajar por el pasadizo. Ella le siguió, pero pensó que podría desplomarse bajo su peso en cualquier momento. Tenía la cabeza en las nubes. Tenía la boca seca. El corazón se le aceleró como si hubiera corrido por Ben Nevis. Le hormigueaba la piel... por todas partes.

Kenna conocía su corazón. Había llegado el momento.

El túnel parecía serpentear hacia abajo durante kilómetros, adentrándose en la tierra. El aire era cada vez más húmedo y el olor de la tumba se respiraba en cada bocanada. Los bloques de

piedra de bordes afilados que formaban las paredes negras se hacían tan estrechos en algunos lugares que necesitaban agacharse y ponerse de lado para poder pasar. Alexander miraba de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que ella seguía con él.

De repente, el pasadizo se ensanchó y una brisa fresca barrió sus cabellos. Como un mendigo hambriento que por fin se sienta a la mesa, Kenna llenó sus pulmones con el aire fresco y se apresuró a seguirle el paso.

"¿Hay otro hueco?"

"Sí, pero no uno fácil que cualquiera pueda encontrar o por el que pueda entrar".

Cuando empezaron a bajar por una extraña formación rocosa en forma de escalera, Kenna vio luz en la parte inferior. El olor de la tumba desapareció, suplantado por el olor del agua. Al llegar a una plataforma de roca, se quedó asombrada. De dos aberturas oscuras, el agua fluía hacia un amplio estanque. Una niebla cálida y húmeda surgía de la superficie negra, creando una escena de otro mundo. Alexander la cogió de la mano y la condujo por el sendero que abrazaba las brillantes paredes negras.

A Kenna se le cortó la respiración en cuanto entraron en la siguiente cueva. Unos pilares negros perfectamente tallados se arqueaban hacia arriba hasta un techo de altura catedralicia. Bajo ellos, el agua caía en cascada hacia un pequeño lago que volvía a descender más adelante. Pudo ver cómo la luz del día entraba a raudales por la parte superior de la abertura de una cueva. Aquí, las paredes resonaban con la melodía de las cascadas. El agua, que ya no era negra, había adquirido un color turquesa y serpenteaba entre rocas cubiertas de niebla.

Dejó caer el fardo que llevaba y se acercó al borde de la piscina.

"¿Qué es este lugar? Debe de ser el cielo".

"An *uaimh bhinn*, una cueva de melodía", le dijo. "Muchos manantiales se unen aquí desde las colinas".

Kenna sonrió, respirando la frescura del aire. Se arrodilló junto al agua turquesa que bañaba la suave superficie de piedra. Se salpicó la cara con ella. Estaba caliente, a una temperatura perfecta. Se maravilló de su claridad cristalina.

"Nunca había visto nada igual. Gracias por traerme aquí". Lo miró por encima del hombro. La forma en que la observaba le hizo sentir un nudo en el estómago.

Kenna se sentó, giró las piernas y se quitó los zapatos apretados. Tenía ampollas en los pies. Los sumergió en el agua y se estremeció de placer.

Alexander se acercó al borde del agua, situándose sobre ella.

"Se está muy bien aquí".

"Sí", respondió él, sin apartar los ojos de ella. "Es precioso, desde luego".

Los ojos de Kenna y los de Alexander se cruzaron. Recordó sus palabras cuando salieron de la cámara del ermitaño. La deseaba. Éste era el lugar al que la había traído para hacer el amor. Dejó que su mirada recorriera el agua y las paredes de la caverna. Y también le deseaba a él. Quería que la abrazara, que le pasara las manos por la piel, que la besara.

"¿Quieres entrar? Puedes bañarte y lavarte".

"¿Contigo aquí, vigilando?"

"Conmigo, entrando contigo".

Algo en su interior se estremeció al pensar en sus ojos clavados en ella. Recordó su virilidad endurecida presionándola tan íntimamente. Se le calentó la cara.

"Me gustaría nadar". Señaló el lago subterráneo. "Hay sitio de sobra para que entremos... por separado. Quizá sea lo mejor".

"Como desee mi esposa". Alexander se desabrochó el cinturón de cuero que sujetaba su

espada y dejó el arma en el suelo junto a Kenna. Ella lo miró apresuradamente, sobresaltada por lo repentino del acto.

"¿Qué haces?", preguntó ella.

"¿Qué crees que estoy haciendo?". Sonrió con picardía, desabrochándose el broche que sujetaba su tartana sobre el hombro. Cayó con un sonido metálico junto a la espada. "Voy a nadar".

"¿Conmigo aquí?", soltó.

"Contigo aquí", repitió seductoramente.

"Creía que habías aceptado encontrar tu propio lugar para nadar".

"Acordé entrar por separado. Voy a entrar ahora y luego puedes unirme a mí".

"No quiero nadar contigo". Ella observó cómo se quitaba las botas, dejando al descubierto unas pantorrillas musculosas.

"¿Te convengo de lo contrario? Le tendió la mano, pero ella se puso en pie y retrocedió. "¿Prefieres que te lleve dentro?"

Ella negó con la cabeza. "Entra y nada... por ahí. Yo encontraré mi propio lugar para nadar. Ahora, fuera de aquí, bestia".

"Una vez más, voy a demostrarte que puedo ser razonable. Así que haré lo que me digas".

Se sacó la camisa de la falda con cinturón y lo que ella pretendía decir se interrumpió cuando Alexander se la quitó y la dejó caer al suelo. Se quedó mirando su pecho musculoso. Lo había visto antes, lo había cuidado cuando estaba herido. Pero esto era muy diferente.

Como un dios, se erguía enmarcado por la luz resplandeciente de la abertura de la cueva que había tras él. Era magnífico, ella no podía negarlo. La herida de su costado ya había cicatrizado y se había convertido en una gruesa cicatriz. Kenna sentía deseos de acercarse a él, de recorrer con los dedos las ondulantes líneas de su poderoso cuerpo de guerrero. Como si le hubieran quitado el aliento, se quedó inmóvil. Sin aliento.

"Incluso me alejaré nadando para que tengas la intimidad que buscas". Desabrochó lentamente el grueso cinturón de cuero que sujetaba su falda escocesa.

Tenía la garganta seca como un hueso viejo. Retrocedió otro paso y observó.

"¿Quieres que te desnude antes de entrar?"

Con los ojos muy abiertos, Kenna sacudió la cabeza, intentando mantener la mirada en el pecho de él y no debajo.

Algo cayó al suelo. Debían de ser su cinturón y su falda escocesa. Sonrió y se adentró lentamente en el agua. Esperó, esperó, sólo un momento antes de dejar que su mirada recorriera la espalda y las nalgas de Alexander. ¿Magnífico? Desnudo, era glorioso.

"No esperes demasiado o tendré que ir a por ti".

Se zambulló de cabeza en el agua y unos segundos después Kenna vio cómo sus potentes brazadas lo llevaban por el lago hasta las cascadas.

Kenna recordó todos los fregados a los que la habían sometido las mujeres MacKay el día de su boda para prepararla para el lecho nupcial. No habría seda seductoramente transparente por camisón y ahora mismo tenía que oler a... Dios sabe qué. Kenna no tenía ni idea de lo que Alexander encontraba atractivo en ella.

Ella ya no podía verle.

Kenna se desabrochó la blusa. Vadeando hasta la orilla, se despojó rápidamente del vestido, tirando de los brazos y empujando la prenda hacia abajo por encima de las caderas. Su camisa estaba hecha un desastre por todo el material que le había arrancado. Pero se lo dejó puesto. Imaginarse desnuda mientras Alexander podía estar mirándola era demasiado embarazoso. Se

quitó la bolsa del cuello y la metió entre los pliegues del vestido.

Un momento después, Kenna rompió la superficie del agua y se pasó los dedos por su ondulada masa de pelo. Hizo una seña de placer. Estaba a punto de hacer el amor con su marido por primera vez. Mientras flotaba de espaldas en el agua tibia del manantial, Kenna apartó todos los pensamientos sobre la piedra y la cámara de arriba. Pronto se lo diría. Pero no ahora. No en este momento. Aceptó su decisión de esperar. Le amaba por ello.

Se volvió y se zambulló en las aguas más profundas, nadando sumergida en las corrientes purificadoras alimentadas por manantiales.

Alexander la había estado observando desde el momento en que se soltó el primer cordón.

Era una visión. Como una ninfa acuática, como un ser sobrenatural, como una diosa, adornaba estas aguas con su belleza, con su sola presencia. La vio salir del agua por un momento y sus ojos se fijaron en el vestido que se aferraba provocativamente a sus pechos. Alexander dejó de respirar.

Kenna flotó en la profunda corriente. Miró en la dirección en la que Alexander había desaparecido. Aún no había rastro de él. De repente, sintió unas manos fuertes que la agarraban por la cintura y la sacaban del agua.

Jadeó, pero aun así supo que era su marido. Le rodeó la cintura con las piernas.

"¿De verdad necesitas acercarte sigilosamente?"

"No podía mantenerme alejada por más tiempo".

Le rozó la oscura punta del pecho a través de la muda. Ella se estremeció involuntariamente al endurecerse el pezón.

"¿Qué haces?", preguntó ella cuando él empezó a llevarla al agua hasta la cintura. "No he tenido ocasión de nadar".

Detuvo su queja con un beso duro y profundo.

"A menos que me lo impidas, pienso tenerte antes de perder la cabeza. Ha pasado demasiado tiempo y voy a hacerte el amor... ahora mismo".

No podía calmar los violentos latidos de su corazón. Algo en su interior se estremeció al saber que podía afectarle de ese modo. Kenna miró sus intensos ojos azules.

"Dices que ha pasado demasiado tiempo".

"Sí, muchacha".

"¿Cuánto tiempo?", preguntó ella. "¿Cuánto tiempo ha pasado?"

"Ya sabes cuánto tiempo ha pasado".

"¿Yo?"

"Sí. Seis meses. Más tiempo. Te he sido fiel desde el momento en que intercambiamos nuestros votos".

Se encontró con su mirada. En ese momento Kenna se dio cuenta de que no le estaba ocultando nada. Le creyó.

"Ya ha pasado bastante tiempo, ¿no te parece?", susurró, con la voz ronca por el deseo.

No confiaba en sus palabras. Le deseaba.

Kenna asintió y rozó suavemente sus labios con los de él.

La boca de Alexander se apoderó de la suya, al tiempo que sus manos la atraían con fuerza contra su pecho. De repente, Kenna quiso perderse en él, ahogarse en él. Sus dedos se enredaron

en las hebras de su pelo mojado y tiró de él aún más cerca.

"Dime lo que tengo que hacer".

¿"Esta primera vez"? Nada más que aferrarte a mí. No soporto que me toques. Tal y como están las cosas, puede que me venga abajo antes incluso de entrar en ti".

Dentro de ti. Las palabras resonaron en su mente. Lo quería dentro de ella. Muy dentro de ella.

Mientras él la abrazaba y se movía por el agua, ella le recorrió con los dedos los músculos del pecho y el cuello. Vio su mirada vagar por el material transparente que se pegaba a su cuerpo. Subió más y echó la cabeza hacia atrás mientras él se deslizaba por el agua. Le besó la barbilla y le pasó la punta de la lengua por el hueco de la garganta.

Cuando pudo ponerse en pie, la cogió en brazos y la cargó. Una vez en tierra, la puso en pie y ella permaneció de pie al borde del agua mientras él cogía una manta y la extendía sobre la roca lisa. Sus ojos se fijaron en su hombría y vaciló. Era enorme, intimidante. Se preguntó cómo podrían encajar.

Antes de que sus dudas pudieran convertirse en acciones, estaba de nuevo entre sus brazos. La besó profundamente, y Kenna se estremeció de excitación cuando le acarició los pechos. Se echó hacia atrás, siguió el movimiento de sus dedos y vio cómo sus pezones volvían a cobrar vida bajo su contacto. Le quitó la camisa mojada de los hombros hasta que sólo quedó sujeta por las puntas de los pechos. Creyó que moriría de la expectación que la inflamaba, así que deslizó la chemise por encima de sus pechos, dejándola caer al suelo. Ahora no había nada que separara su cuerpo de la mirada de él. Nada separaba su piel ardiente de la de él.

"Eres tan hermosa". Su boca descendió sobre la de ella, aplastándole los labios con su pasión desbordante.

Un anhelo caliente y líquido empezó a fluir en lo más profundo de Kenna, surgiendo de sus entrañas y abrasando su carne con su calor. Le rodeó el cuello con los brazos, sintió que las manos de Alexander bajaban por su espalda desnuda y le agarraban las nalgas, levantándola contra él. Gimió al sentir su excitación presionando su carne.

"Marido y mujer. Decidlo después de mí".

"Hazme tuya, Alexander".

La tumbó sobre la manta y, antes de que ella pudiera moverse para hacerle sitio, su boca se cerró sobre su pecho. Ella se quedó boquiabierta mientras él rodeaba con la lengua el pezón duro y erecto, antes de tirar de él con los labios y los dientes. Ella se detuvo, paralizada por la excitación, y lo observó con los ojos entornados hasta que apenas pudo quedarse quieta un instante más.

Le hundió una mano en la espesa y sedosa cabellera húmeda, tirando de ella hacia atrás y dejando al descubierto el cuello. Le pasó la lengua y los labios por la piel de la garganta, mientras con la otra mano le acariciaba el pecho y con el pulgar el pezón excitado.

"Quise hacerte esto desde el momento en que Diarmad te trajo de vuelta a mí en la abadía".

"Estaba atada. Qué pensamientos tan perversos", gimió mientras la mano de él se deslizaba por su vientre, sobre el montículo peludo y entre los pliegues de su feminidad. Se estremeció por la vibración de la respuesta de su cuerpo. Sus caderas se curvaron contra la mano de él, y una pierna se levantó y rodeó su cintura y sus nalgas desnudas.

La sangre le latía con fuerza en el cerebro. Su cuerpo y su piel ardían, y sintió que se le entrecortaba la respiración mientras él seguía acariciando el punto sensible de su interior. Kenna echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él penetró más y más profundamente en su calor íntimo, y su boca volvió a succionar un pecho.

Las sensaciones empezaron a desplazar su conciencia. Era como deslizarse sobre una nube que se movía rápidamente, o correr en sueños por una colina interminable, sintiendo cómo aumentaba la excitación y no queriendo que terminara nunca. Pero había una urgencia que le decía que la realización completa estaba cerca. Aun así, no quería que terminara. Por arrebatador que pudiera ser lo que hubiera más allá, no quería cruzar esa línea... esta vez, no sin él.

A ciegas, extendió la mano hacia él, sus dedos recorrieron a tientas su cuerpo hasta encontrar el tallo largo y duro. La piel estaba caliente y palpitaba al tacto. Su mano se enroscó alrededor de él y se deslizó por toda su longitud hasta que su pulgar acarició la corona satinada.

"No, Kenna", gimió él apartando la boca de su pecho. "Todavía no".

Pero a pesar de su renuencia vocal, apenas se resistió cuando ella acercó la ancha punta a sus húmedos pliegues y se apretó contra ella.

"Ahora, Alexander", susurró ella, mirándole a los ojos encendidos por la pasión. "Tómame ahora".

Impulsada por la urgencia de tenerlo dentro de ella, se movió con él mientras se centraba sobre ella y se apoderaba de sus caderas.

"Me perteneces ahora... y para siempre".

Le bajó la cabeza y le besó con toda la pasión que llevaba dentro.

Cuando él la penetró, Kenna se puso rígida al principio, aturdida por el dolor desgarrador de su entrada. Mantuvo los párpados cerrados y se mordió el labio para no gritar mientras él dejaba de moverse durante lo que le pareció una eternidad. Pero entonces, poco a poco, sintió que él empezaba a moverse, despacio al principio, y luego cada vez más deprisa, hasta que su mente desechó todo recuerdo de dolor, todo recuerdo de inocencia, y las luces candentes de algún cielo abrasador se abrieron y la consumieron.

"El barco Macpherson está navegando más allá de Oban. Se dirige al norte".

Maxwell clavó profundamente la punta de su daga en la tosca mesa.

"¿Están Alexander y su mujer a bordo del maldito trasto?", ladró.

No hacía ni una hora que había recibido noticias del hombre de su sacerdote de que los dos habían abandonado el campamento. Incluso el sacerdote les había dado un caballo y los había enviado al norte, a Oban, donde Maxwell esperaba para tender la trampa. Pero aún no se había visto a los malditos montañeses.

"No lo sabemos. Nadie vio nada. Pero Macpherson y la mujer deben de haber embarcado en algún sitio, porque ese barco ha estado ahí esperando".

"¿Y el más joven... James? ¿Dónde está ahora?"

"No se ha movido desde que llegó al norte, a Oban. Sigue en esa posada a tiro de piedra del puerto. El mozo de cuadra dice que está esperando a que lleguen más cazas antes de venir a por nosotros".

Maxwell se levantó, arrancó la daga de la mesa y se dirigió al fuego. No sería tan estúpido como para esperar más. No iba a desperdiciar hombres luchando contra James Macpherson después de que el Highlander reuniera más hombres. Y tampoco tenía forma de atacar aquel barco o iniciar una persecución. Una cosa era quemar una aldea y asustar a unos inquilinos sin agallas, y otra luchar y perder. ¿Y para qué? No le pagaban para luchar contra los montañeses, sólo para conseguir a la mujer.

Evers empujaba hacia el norte. Maxwell no iba a esperar a que le reprendieran por lo que

debía o no debía haber hecho. Había demasiadas calas al sur de Oban en las que podrían haber cogido a aquellos dos. Malditas fueran todas.

Se volvió hacia sus hombres. "Todavía conseguimos que vengan a nosotros".

"¿Cómo?"

"Si navegaron hacia el norte pasando por Oban, entonces sólo hay tres lugares a los que podrían dirigirse. El castillo de Benmore, la tierra de MacKay en el norte dejado de la mano de Dios, o el Priorato de Glosters en Loch Eil. No tenemos suficientes hombres para ir en las tres direcciones".

Los hombres de Maxwell esperaron a que continuara.

"Pero tenemos suficientes hombres para arrebatarnos a los que les importan", dijo. "Cogemos a la gente adecuada, y la perra vendrá de buena gana... y nos dará lo que queramos a cambio".

Capítulo Diecisiete

*"¿A esto hemos llegado? En la fe, ¿no tiene el mundo
un hombre sino que llevará su gorra con recelo?
¿No volveré a ver a un soltero de tres al cuarto?"*

UN CLAN de las Highlands lucharía diez años por una vaca de pelo desgredado y cien años por una marisma yerma y azotada por el viento que nadie quería realmente. Una promesa rota sobre una alianza política podía enfrentar a dos clanes, y un contrato matrimonial incumplido podía iniciar sangrientas disputas que costarían la vida a los mejores guerreros de una generación. Tercos en sus formas y apasionados en sus opiniones. No había otra forma de describir a un Highlander.

James Macpherson sacudió la cabeza y miró el cuerno que sostenía la cerveza. A qué maldita raza pertenecía, pensó.

"Y todos esos malditos lairds y jefes de clan no son mejores que el más ignorante de los babosos", murmuró. Al darse cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta, James volvió a mirar la cerveza. Más fuerte de lo que cabría esperar, pensó.

James había pasado suficiente tiempo actuando como negociador entre los líderes de las Highlands como para saber que, independientemente de lo bien que vistieran o de lo insignificante que fuera el asunto en cuestión, conseguir que se pusieran de acuerdo en algo era casi un milagro. Excepto en una cosa... cuando se corría la voz de que un enemigo amenazaba el suelo de las Highlands.

Edimburgo acababa de ser incendiada por la armada inglesa, mientras la corte de las Lowlands del rey Jamie corría a refugiarse en Fife. Sir Ralph Evers avanzaba hacia el norte con su ejército. Su lacayo traidor de las Lowlands, Donald Maxwell, había hecho incursiones casi hasta Oban con sus hombres.

Había llegado el momento de que los Highlanders dieran un paso al frente y defendieran su tierra.

James apartó su trinchera de comida y miró por la larga mesa a los bulliciosos juerguistas de la posada. Concentrarse se estaba convirtiendo en un problema, y se agarró a la mesa para evitar que la habitación diera vueltas.

Él y sus hombres tenían motivos para celebrarlo. Al llegar a Oban, había recibido noticias de Diarmad. El capitán Macpherson iba a recoger a Alexander y a Kenna en la Roca del Ermitaño y los llevaría hasta el río Spey, donde irían por tierra con una escolta Macpherson hasta el castillo

de Benmore.

Y Diarmad volvería pronto con suficientes hombres para detener aquí a Maxwell.

James sabía que su hermano mayor se enfadaría por perderse una pelea, pero se había tomado muchas molestias para que aquel matrimonio volviera a empezar con buen pie. Ninguno de los dos parecía haber matado al otro durante sus días juntos, lo cual era una excelente noticia, y James no permitiría que nada les retrasara hasta que se entregaran a Benmore. Diarmad también estaba avisando a Magnus MacKay de que su hija se dirigía al mismo lugar al que debía haber ido seis meses atrás.

James intentó concentrarse en la trinchera de comida a medio comer que tenía delante. No pudo.

"Un trabajo brillante", murmuró, felicitándose a sí mismo. Hacía un mes que se había reunido con el laird MacKay y con su propio padre, Alec Macpherson. El matrimonio tenía que funcionar. Ambos clanes lo necesitaban. Le correspondía a él hacer los arreglos necesarios. Su trabajo no consistía en negociar un intrincado tratado, sino en hacer de casamentero para dos de las personas más testarudas que conocía.

"Matrimonio", resopló James. Él nunca se había casado. Nunca se lo había planteado. Y la única vez que había conocido a una mujer que pudiera tentarlo, estaba prometida a otro. Y con un maldito montañés.

"¿Dices 'matrimonio', amor?", preguntó una moza en tono arrastrado, dejándose caer sobre su regazo. "Estoy disponible, si me lo pides".

Se rió y gritó al otro lado de la mesa a unas formas borrosas. "¿No estamos disponibles para casarnos, Jeannie?".

La cabeza de James se tambaleó, pero consiguió apartar a la mujer de su regazo.

No sabía nada de casamenteros ni de matrimonios, así que había buscado el consejo de expertos. Según su madre y Tess, la mujer de Colin, el secreto del amor parecía ser pasar tiempo juntos sin interrupciones. James lo había conseguido. El plan era brillante.

A su alrededor, la taberna donde se alojaba bullía de hombres de Macpherson y de algunos guerreros de Campbell que ya habían cruzado desde Mull para unirse a ellos. La comida no le sentaba bien al estómago. Se levantó tambaleándose.

James necesitaba una cama, un lugar donde apoyar la cabeza y cerrar los ojos durante unas horas. Eso significaría subir de algún modo las desvencijadas escaleras hasta la alcoba que compartía con media docena de hombres Macpherson.

De repente, uno de sus hombres se asomó ante él.

"James, pareces a punto de perder las entrañas".

Una voz de mujer, chillando de risa. "Acaba de prometerme matrimonio, ¡y no será una gran sorpresa para mi viejo!".

James se abrió paso a empujones y se lanzó hacia la puerta más cercana. Tras la taberna, tropezó y luego se dobló, con el estómago vacío, mientras el suelo rodaba como un mar tempestuoso.

Se tambaleó, intentando mantenerse en pie. Algo iba mal. No había bebido lo suficiente para sentirse así. No, no era demasiada comida o cerveza. Era otra cosa.

James Macpherson se dio cuenta demasiado tarde y cayó de bruces.

En un último momento de consciencia, oyó el sonido entrecortado de voces calladas y unas botas junto a su cabeza antes de que el mundo se oscureciera.

Cuando el barco volvió a cabecear, Kenna se apoyó contra el mamparo en la penumbra del pequeño camarote.

Disponía de muy poco espacio para asearse, y quitarse la bata mojada y el vestido sucio había sido una lucha con el barco Macpherson subiendo y bajando en cada depresión del mar. La hilera de agujeros de la pared de madera dejaba pasar poco aire y aún menos luz, pero podía oír fragmentos de la discusión de Alexander con Diarmad, que estaba al lado, en el camarote más grande, bajo la cubierta de popa.

Los marineros del barco de los Macpherson habían llegado demasiado deprisa a la Roca del Ermitaño. Alexander y Kenna seguían abrazados después de hacer el amor y nadar y hacer el amor y... todo estaba muy borroso. Oír sus voces cuando entraron aullando en la cueva la devolvió rápidamente a la realidad. Aún le ardía la cara en la oscuridad al recordar las sonrisas y las miradas de reojo cómplices que intercambiaban los hombres. Alexander tampoco la ayudó al tratarla con tanta ternura en su presencia. No hacía muchos días, había ordenado a Diarmad que la arrojara al mar desde la torre de la abadía, y todos lo sabían. Y nada de esto mejoró durante la larga remada hasta el barco.

Un muchacho les había seguido hasta la cabaña cuando llegaron, llevando una jarra de agua fresca, un lavabo y paños secos. Mostrándole el pequeño espacio donde podía asearse y cambiarse, Alexander le había indicado un arcón que había en la cabaña, diciéndole que allí encontraría vestidos y algo de ropa interior de lino. A Kenna se le erizó el vello al pensar que había ropa de mujer en el camarote de su marido.

Esa era una conversación que tendrían en un futuro muy próximo, pensó.

Ignorando el arcón de ropa, Kenna miró sus propias prendas arruinadas. Eran repugnantes. No podía volver a ponérselas. Al ver una hilera de percheros en el mamparo y lo que allí colgaba, se dio cuenta de que no tendría que hacerlo.

Alexander dejó de hablar en cuanto Kenna entró en la habitación. Su mirada viajó desde sus pies y piernas descalzos hasta la jerga de lana que cubría una basta camisa y le colgaba por debajo de las rodillas. También había encontrado una cuerda que se enrolló dos veces alrededor de la cintura para mantenerlo todo en su sitio. No podía hacer nada con su pelo, aquel indómito desierto de rizados castaños había cobrado vida propia. Sus ojos se fijaron en su rostro.

"Estás... preciosa".

Diarmad miró de Alexander a Kenna y de nuevo a Alexander con una expresión que decía claramente: *Te has vuelto loco. Un loco de atar.*

Sonrió a su marido y se acercó a la mesa donde ambos habían estado inclinados sobre un mapa. Diarmad se colocó en el extremo opuesto de la mesa. Kenna sabía que el hombre aún debía de estar pensando en los arañazos y moratones que ella le había hecho cuando la había secuestrado.

"¿Qué es esto?", preguntó, fijándose en las pequeñas piedras planas dispuestas en el mapa. Una de ellas estaba en lo que ella pensó que debía de ser la tierra de MacKay.

"Diarmad ha averiguado algunas cosas sobre este comandante inglés llamado Sir Ralph Evers, que ha empujado a sus hombres hasta las Highlands. Y hay rumores sobre *por qué* va tan al norte".

Kenna nunca había oído el nombre de aquel hombre. "¿Es el responsable de toda la destrucción?"

"Eso parece".

"¿Y tiene un ejército propio?"

"Pequeños y rápidos", dicen. Y no está formada enteramente por combatientes ingleses.

Forajidos y pícaros escoceses, todos mercenarios, componen más de la mitad de su mando. Y por lo que parece, ha cortado sus lazos con Henry Tudor. Busca algo más grande".

Kenna sintió el peso de la bolsa alrededor del cuello. Nada de esto tenía sentido. No había ninguna razón lógica para que viniera a por ella, a menos que tuviera que ver con la tablilla. Pero si eso era cierto, significaba que otros debían conocer su valor.

Sintió que le subía el calor a la cara. No había forma de ocultar sus emociones. La mirada de Alexander nunca se apartó de ella. Lo veía todo. Ella ya le había insinuado que había algo que estaba ocultando.

"Y Maxwell trabaja para él", dijo.

"Sí, ese maldito Lowlander lidera uno de los tres frentes que Evers está empujando hacia las Highlands", explicó Diarmad. "Maxwell se mueve por el oeste. Otro comando avanza hacia el norte por la costa oriental. Evers ha dividido el país".

Kenna estaba cansada de especular. "¿Qué quieren de mí? ¿Por qué ponen precio a mi cabeza?".

Diarmad intercambió una mirada con Alexander y luego continuó. "Hay rumores".

"¿Qué? ¿Qué se está diciendo?"

"Algo le ocurrió a Evers cuando luchaba en las Fronteras. Había estado cumpliendo las órdenes de su rey. Quemando monasterios. Asaltando castillos. Torturando y matando a quien se le antojaba. Dicen que hubo un anciano llamado Cairns que murió a manos de Evers. Se rumorea que el anciano tenía un don".

El corazón de Kenna tamborileó tan fuerte en su pecho que temió que los dos hombres debieran oírlo. Se concentró en el mapa para evitar enfrentarse al escrutinio de su marido.

"¿Qué clase de regalo?" preguntó Alexander.

"Parece una tontería, pero dicen que Cairns hablaba con los muertos. Los lugareños lo juraban. Si era brujería, nadie se quejó. El viejo nunca hizo daño a nadie".

"¿Y Evers cambió después de matar a Cairns?" repitió Alexander.

Diarmad se encogió de hombros. "Tras la muerte de Cairns, Evers dejó de seguir las órdenes del rey. Se fue donde le dio la gana. Dejó de asolar las Fronteras y avanzó hacia el norte. Envío partidas de asalto en busca de personas concretas que buscaba. Se corrió la voz de que se ofrecían recompensas".

"¿A quién buscaban?" Kenna sintió que su voz había salido de un pozo profundo.

"Una mujer del clan Munro. Y otra que es una MacDonnell".

"Y yo", dijo Kenna. No era una pregunta.

Tres mujeres y Cairns. ¿Podría ser que el trozo que le dio su madre fuera uno de los cuatro fragmentos de la piedra más grande? ¿Tenía Cairns uno de ellos?

Diarmad asintió.

"¿Conoces los nombres?" preguntó Alexander. "Deberíamos avisar a su clan".

"No. Es todo lo que sé de ellos. Pero envíe un mensaje a los jefes de clan de ambos lugares".

Kenna tuvo que contenerse para no sacar la bolsa de debajo de la camisa. "Me puso una recompensa. Sabía mi nombre".

"Dicen que buscaban a tu madre. En cuanto se supo que había fallecido, Evers envió a sus hombres en tu busca".

"¿Qué podía tener tu madre que fuera tan valioso para él?" preguntó Alexander.

Kenna sacudió la cabeza y se centró en el mapa. Tres mujeres y un anciano repartidos por distintos rincones de Escocia.

Las preguntas asaltaban su mente. ¿Cómo había llegado su madre a tener algo así? ¿Y por

qué Sine y no su hermana, la madre de Emily? Sine era la mayor. ¿Lo poseía su madre antes que Sine? ¿De dónde procedía originalmente?

Y Cairns y los otros dos. ¿Cómo llegaron a tener un fragmento, si eso es lo que era? ¿Qué les unía? Ella tenía el poder de curar. Si el anciano podía hablar con los muertos, ¿qué poderes estaban atrapados en los otros fragmentos?

Cairns debía de tener muchas de las respuestas. Pero ahora ya no estaba, y Evers parecía saber lo que sabía.

Alexander irrumpió en sus pensamientos. "Piensa, Kenna. ¿Te dio algo tu madre antes de morir? ¿Te transmitió *algo*?"

Se guardó lo que sabía porque no lo conocía en su totalidad. Porque no estaba segura de la fuente de su poder. Ahora tenía que ocultarlo por el peligro que entrañaba. Nunca traería ese tipo de peligro a la vida del hombre al que amaba.

Kenna contuvo las lágrimas y negó con la cabeza.

Capítulo Dieciocho

"He bebido veneno mientras él lo profería".

EL ESTÓMAGO de James se hinchó y rodó, levantándose a tiempo sobre las manos y las rodillas. Vomitó restos de vil líquido ardiente. Cuando se le pasaron las arcadas, empezó a oír ruidos -el sonido del viento y de los tambores- que retumbaban en su cabeza.

Lo último que recordaba era... ¿qué? Estaba en la posada cerca de Oban. No, salió fuera. El pisotón de un casco de caballo cerca de su cabeza. Eso fue. Consiguió salir de la posada. Estaba en el suelo.

Pero, ¿dónde estaba ahora?

El olor húmedo a avena y tierra invadió sus sentidos. Todavía sobre las manos y las rodillas, abrió los ojos y miró fijamente el suelo lleno de tierra y su propio vómito. Cerca de él, más allá de las sombras que lo envolvían, un fino rayo de luz de luna se extendía desde una ventana enrejada en lo alto de un muro de piedra.

Se sentó a un lado, intentando mantenerse erguido. El mundo fuera de su cabeza empezó a girar. Su estómago se agitó de nuevo, pero ya no le quedaba nada. Las arcadas le dejaron jadeando y sudando. Necesitaba agua.

A medida que su situación se aclaraba, un frío miedo se adentró en los recovecos empañados de su cerebro. Le habían drogado, envenenado y arrojado a este agujero. Tenía que ser Maxwell. El cabrón. El miedo dio paso a la ira. Buscó su espada. No estaba, por supuesto. Buscó el puñal en su bota. Nada.

Respirando hondo, James se puso en pie. La celda giraba y se inclinaba. Alargó la mano y encontró una pared de madera rugosa y se agarró a ella hasta que la habitación empezó a estabilizarse.

Tenía la garganta reseca, tensa. Un sofoco le recorrió la espalda y la debilidad que le acompañó casi le hizo caer al suelo. James apoyó la espalda contra la pared. El suelo de la mazmorra volvió a rodar, levantándose y cayendo como un barco en una tormenta. No se movió, sino que esperó.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, pero entonces una pesada puerta crujió y se cerró con un golpe en algún lugar a lo lejos.

James intentó pensar en cualquier cosa que pudiera recordar después de salir a trompicones de la posada. Voces silenciosas. Botas. Y luego nada. No sabía adónde le habían llevado ni hasta dónde. Era de noche, pero no sabía si llevaba inconsciente unas horas o unos días. ¿Seguía en las

Highlands? ¿Y por qué llevárselo y no matarlo? Por lo que había oído, ése era el modo de actuar de Evers. A cambio de un rescate, el bastardo inglés lo entregaría trozo a trozo, miembro a miembro, a su familia hasta que no quedara nada.

Sus ojos recorrieron la celda. Dos pares de grilletes colgaban de anillas de hierro clavadas en una pared. Unos cuantos sacos de avena del año anterior estaban apilados en un rincón. Como cualquier otro castillo de Escocia, la mazmorra cumplía más de una función.

Era curioso que sus captores no le hubieran encadenado. Quizá no esperaban que recuperara la consciencia... nunca. Seguirían pidiendo rescate.

La pequeña ventana enrejada estaba construida en lo alto de la pared. Había dos puertas, una de ellas una robusta media puerta de roble que, supuso, conducía a una habitación contigua. La segunda puerta tenía orificios de ventilación perforados en la madera a la altura de los ojos.

James oyó pasos pesados que bajaban por un pasadizo. Se deslizó entre las sombras, apoyando la espalda contra la pared de piedra cercana a la puerta. Estrangularía a cualquier bastardo que cometiera el error de entrar aquí.

Los pasos se detuvieron junto a la puerta. James permaneció inmóvil, sin hacer ruido. Esperaba que hubieran entrado. El hombre tenía que estar mirando a través de la abertura.

Para su decepción, los pasos continuaron por el pasadizo.

A cada minuto que pasaba, el estómago de James se asentaba un poco más. Estaba recuperando fuerzas. La celda era demasiado pequeña para ocultar sorpresas. Su mirada se dirigió de nuevo a la ventana enrejada. Bajo ella, la argolla de hierro y los grilletes.

Si iba a salir, ésa parecía ser la única manera.

Armándose de valor, se lanzó hacia la pared, saltó lo bastante alto como para que su bota encontrara un punto de apoyo en el aro, y saltó tan alto como pudo. La repisa de la ventana estaba a sólo unos centímetros de su alcance y volvió a caer sobre el suelo de tierra compacta.

Se preparó para un segundo intento. Este intento fue más oportuno, y sus dedos apenas alcanzaron el alféizar de piedra de la ventana. Levantándose, consiguió rodear los barrotes con una mano.

Incluso en la oscuridad, pudo ver que si abría la ventana con barrotes, podría colarse por ella. Estaba cerrada por dentro para mantener a los ladrones fuera del espacio de almacenamiento de grano, no para mantener a los prisioneros dentro. Para eso estaban los grilletes.

Mientras pensaba en cómo romper el pestillo, le llegó un grito de mujer desde algún lugar de las mazmorras situadas detrás de él. James miró hacia la puerta. De nuevo, el crujido y el golpe, y unos pasos se acercaban.

"¿Por qué haces esto? ¿Adónde me llevas?"

Conocía aquella voz. Se soltó de los barrotes y aterrizó suavemente.

"¿Por qué tengo que llevar esto? Quítame esta capucha de la cabeza".

Una caída y un jadeo agudo.

"Levántate". La voz era ronca y dura.

"No me tires así. Me estás rompiendo el brazo. Te digo que me haces daño".

James se precipitó hacia la puerta y miró a través de los orificios de ventilación hacia el oscuro pasadizo. Se acercaban. Vio la nuca de un hombre cuando el grupo se detuvo cerca de la celda de James.

Un pestillo de hierro raspó y se levantó. Una puerta muy cercana chirrió sobre unas bisagras oxidadas. James se acercó a la puerta más pequeña y, a través de una diminuta rendija situada en la parte superior, vio cómo empujaban bruscamente a una mujer. Cayó al suelo con fuerza y la puerta se cerró de golpe tras ella.

Ella se escabulló fuera de su campo de visión. La oyó llorar suavemente. James esperó hasta que los pasos se retiraron y se quedaron solos antes de hablar. "¿Emily?"

Un gorro de lana de marinero que había cogido de algún sitio. Y una bolsa de cuero engrasado. Y comida extra.

Y preguntas para la tripulación de Alexander. ¿Adónde les llevaba la carabela de aparejo cuadrado y cuánto tardaron en llegar? ¿Cómo bajaron el bote que estaba amarrado a la cubierta de la nave?

Era tan transparente como un charco en un día soleado. Pensaba abandonar el barco.

Qué tonto había sido, haciendo planes románticos para su primera noche en una cama de verdad, en la intimidad del camarote del capitán. Como un cachorro de ojos soñadores, enamorado por primera vez, había estado haciendo planes para cortejar a su esposa e ignorando todo lo que requería su atención en cubierta. Como un muchacho enamorado, no había dejado de pensar en ella en todo el día.

Y mientras tanto, ella había estado haciendo otros planes.

Cuando irrumpió en la cabaña, Alexander casi esperaba que Kenna se hubiera ido, que se hubiera dejado caer por la borda y nadara hacia la orilla. Ella seguía aquí. Llevaba la misma ropa que antes. Llevaba una daga al cinto. Llevaba el pelo recogido en un gorro de lana y calzaba unas botas que él sabía que le había prestado el segundo de a bordo.

Estaba estudiando los detalles del mapa y se levantó de un salto de la mesa, claramente sorprendida de verle.

"¿Adónde crees que vas?"

"No sé de qué me hablas".

Se acercó. "No me mientas. Todo el mundo me ha dicho, palabra por palabra, lo que me has preguntado".

Ella se movió, manteniendo la mesa entre ellos. "¿Así que ahora no se me permite hablar con los marineros?"

"Claro que sí... a menos que tengas segundas intenciones".

"¿Es eso lo que te han dicho?", preguntó ella, sus ojos violetas centelleando hacia él. "¿Que tengo *motivos*?"

"No, mujer. Si alguno de ellos hubiera dicho tal cosa de ti, lo habría tirado por la borda enseguida". Él se movió en una dirección, y ella contraatacó, alejándolo de ella. "Eso es lo *que* concluí, conociéndote tan bien".

Ella resopló. "No me conoces de nada".

Alexander se sintió aliviado de que ella siguiera aquí, pero estaban jugando al gato y al ratón. Y qué tonto había sido al pensar que ella ya no jugaba a escaparse.

"¿Te conozco? Sé en qué lío te vas a meter antes incluso de que *pienses* en meterte en él. No, esposa. Te conozco muy bien".

"Oh, así que de repente te has vuelto brillante. Puedo nombrarte media docena de idiotas de pueblo con más cerebro que tú. Y deja de llamarme 'esposa'. La noticia de nuestra anulación podría llegar cualquier día, gracias a Dios".

"Maldita sea, muchacha. ¿Ya has olvidado la cueva de ayer?"

Miró en dirección a la puerta. "Nadie sabe nada de eso".

"Yo lo sé, tú lo sabes y Dios lo sabe. Y ese bebé que crece en tu vientre también lo sabe".

"Así que ahora también eres comadrona". Se sonrojó. "Los niños no se conciben tan deprisa".

"Supongo que te lo habrá dicho la Madre Superiora".

Dejaron de dar vueltas alrededor de la mesa y Kenna negó con la cabeza. "No puedes retenerme contra mi voluntad. Te digo ahora que deseo volver al priorato".

Alexander había pasado suficiente tiempo con ella para saber que había algo diferente en ella en ese momento. No era la Kenna voluntariosa de antes, que se ponía difícil sólo por una buena pelea. Tenía los ojos rojos e hinchados; había estado llorando. Evitó mirarle. No quería que la tocaran. Se le entrecortó la voz cuando dijo que quería volver con las monjas de Loch Eil. Intentó alcanzarla, pero ella volvió a moverse.

"Hicimos una promesa".

"Las promesas se rompen. Tienes que dejarme ir. Tengo que salir de este barco".

Alexander sabía que no había otra mujer como ésta en toda Escocia. Ella encarnaba el valor físico y la habilidad de los que carecían muchos hombres. Y tenía determinación. Si realmente se lo hubiera propuesto, si su corazón lo hubiera deseado de verdad, ya se habría marchado.

No, tal vez una parte de ella quería marcharse, pero la mayor parte quería quedarse. Por eso, se jugaría la vida. Tenía que convencer a esa otra parte de que fuera razonable.

"Hablemos de lo que sea que te preocupa".

Ella negó con la cabeza. "No, es demasiado tarde".

"Nunca es demasiado tarde". Alexander se detuvo y plantó ambos puños sobre la mesa, mirándola a ella. Su mirada se dirigió a todos los rincones de la cabaña, pero ni una sola vez a él. Vio la vulnerabilidad que ella intentaba ocultar, y vio el miedo. Ahora estaba tan asustada como sólo la había visto una vez... ante la puerta del ermitaño, en la cueva. Le dolía pensar que él era el responsable. Suavizó el tono. "Sea lo que sea lo que está mal, debe implicarme. Estás enfadado conmigo. Dime qué he hecho".

Le tembló el labio inferior, pero levantó la cabeza y negó con la cabeza. "No has hecho nada malo. Por favor, déjame ir, Alexander. Es lo mejor".

"¿Lo mejor para quién? Para nosotros dos, ahora y siempre. ¿Te acuerdas?"

Cuando las lágrimas atravesaron el escudo que había erigido, la punta de una espada invisible se deslizó entre sus costillas. Alexander inspiró bruscamente cuando la punta tocó su corazón. Al instante la tuvo en sus brazos. Le quitó la gorra y su pelo cayó en ondas brillantes. Mientras le acercaba la cabeza al pecho, se encontró murmurando lo que debía de parecer una tontería. Ella permaneció abrazada a él, sin luchar, pero llorando suavemente. Pasó algún tiempo antes de que volviera a encontrar la voz para hablar.

"Dime qué te pasa".

Sus lágrimas se filtraron a través de su camisa. Pasaron unos instantes antes de que hablara.

"Por una vez intento hacer lo mejor para todos. ¿Por qué no me dejas marchar?"

"No me importa lo que sea mejor para todos. No dejaré que te vayas. Nunca más. Y si huyes, iré a por ti. Y te prometo que derribaré los muros de ese priorato piedra a piedra si es necesario. Y eso vale para cualquier otro lugar en el que intentes esconderte".

Le limpió la humedad de las mejillas sedosas y le levantó la barbilla hasta que pudo nadar en la profundidad violeta de sus ojos.

"Diarmad te lo dijo", lloró. "¿No estabas escuchando? Me persiguen. Sólo les traeré peligro, dondequiera que me lleven. No puedo hacerle eso a tu gente".

"¿Y cómo te protegerás huyendo? ¿Enfrentándote sola a esas alimañas villanas?" Le tocó la mejilla. "No mientras yo viva. No hay batalla que nos aguarde en la que tú y yo no luchemos".

juntos".

"Alexander-"

"Calla, muchacha". Dio un paso atrás y se sentó en el borde de la cama. La atrajo hacia su regazo. "Pero hay algo más. Algo que prometiste contarme antes. Ya es hora. Dímelo".

Ella le miró a los ojos y asintió. No hubo vacilación. Se quitó la humedad de las mejillas.

"Después de que oigas lo que tengo que decir, después de que sepas la verdad, quiero que sepas que no es demasiado tarde para echarme".

"Kenna, no me importa lo que hayas hecho. No me importa si te has acostado con el Papa o lo has asesinado. *Nunca* te echaré".

"No es algo que yo haya hecho". Ella le cogió la mano, trazando sus dedos con los suyos. "En primer lugar, quiero que sepas que lo que voy a contarte y mostrarte es sobre todo un misterio para mí. Tengo muchas preguntas sin respuesta. Y ni siquiera sé a quién acudir para obtener respuestas".

No dijo nada y esperó a que ella continuara.

Se metió la mano en el escote de la camisa y sacó una bolsa de cuero. Levantó el cordón por encima de su cabeza y se lo puso en la palma de la mano.

"Esto me lo regaló mi madre. Bueno, no me lo regaló exactamente. Lo encontré el día de nuestra boda, metido entre otros regalos que me había dejado. Creo que esto es lo que busca Evers. Por eso ha ofrecido una recompensa por encontrarme".

"¿Qué pasa?"

Abrió la bolsa y dejó caer un trozo de piedra tallada en la palma de su mano.

Estaba fría al tacto. Los bordes eran ásperos, como si se hubiera desprendido de una tablilla más grande. Alexander la levantó hacia la luz y observó las marcas inusuales que se habían suavizado con el tiempo. Las marcas no significaban nada para él, pero el fragmento parecía muy antiguo.

"¿Lo sientes?"

"¿Sentir qué?", preguntó.

"El calor. El poder que lo atraviesa".

Se encontró con su mirada. "No siento nada. Para mí, es sólo un trozo de piedra".

"Tócame la mano".

Lo hizo. Su suave palma era fría y firme.

Kenna le quitó la piedra de la mano y la sostuvo en la palma sólo un instante. Luego la dejó caer sobre su regazo y le tocó el antebrazo. Su mano irradiaba calor, y Alexander sintió una oleada de energía que le subía por el brazo desde el lugar donde la había apoyado.

"Lo siento, por 'sblood". Le cogió la mano y la giró, asombrado. "¿Cómo...?"

"No es cosa mía. Es la tableta".

Volvió a coger la pieza. Estaba fría. Su tacto no era diferente al de antes.

"Reacciona ante ti, pero no ante mí. ¿Has dicho que era de tu madre? ¿Tienes recuerdos de que ella lo utilizara cuando eras niño?"

"Nunca vi la piedra antes del día de nuestra boda", dijo. "Lo que recuerdo es que siempre llevaba la bolsa colgada del cuello. Nunca se separaba de ella. Y era una curandera dotada. Yo creía que era un amuleto de la suerte, como los que llevan muchas personas. Cuando huí al priorato, lo llevaba porque pertenecía a mi madre. No era una joya preciosa, así que también hacía juego con mi nueva vida de sencillez y pobreza. Nunca pensé que tuviera ningún poder".

"¿Cuándo te diste cuenta de que había algo diferente en ella?"

"A veces, cuando atendía a personas que sufrían dolor, lo sentía a través de la bolsa. Se

calentaba contra mi piel. Pero no significaba nada. No veía ninguna relación entre la sensación y las personas a las que atendía". Le miró a los ojos. "Hasta que llegaste tú".

"Sí. Me salvaste, Kenna, cuando cuidaste de mis heridas".

"Fue esta pastilla", dijo suavemente. "Aquellas heridas, toda la sangre que habías perdido. No pude hacer nada para cerrar ese corte. Estaba asustada. Desesperada. Pensé que ibas a morir".

"¿Qué has hecho?"

"Esperaba, deseaba, rezaba para que aquel trozo de piedra fuera algo más que una baratija de la suerte que mi madre llevaba encima por costumbre. La saqué. La sostuve en la mano".

"¿Y entonces qué pasó? ¿Cómo supiste qué hacer?"

"No lo sabía. Pero en cuanto mis dedos la envolvieron, algo me recorrió. Calor. Luces. Y había caras y voces, dirigiéndome. Diciéndome lo que tenía que hacer".

Le tocó el costado, donde había estado la herida. Incluso ahora sentía el calor tranquilizador de sus dedos.

"Fue un milagro. No lo entendía, pero creía que lo había dominado. Creía que sabía todo lo que había que saber sobre el poder que encerraba. Pero me equivocaba".

"El dolor era aún peor al día siguiente".

Asintió con la cabeza. "Sabía que tenía que volver a intentarlo. Esperaba el mismo milagro", dijo. "Así que en las piedras erguidas a las que nos condujo Jock, volví a intentarlo, aferrándome a la fe -y a la magia, si eso era lo esencial-, y funcionó. Esta vez funcionó incluso mejor. Te recuperaste. Recuperaste la fuerza".

"Me has salvado la vida dos veces".

"Yo no. El poder reside en esto". Le miró fijamente a los ojos. "Y estoy más segura que nunca de que el poder no procede de la brujería ni del demonio. Este poder de curación procede de algún lugar bueno y sagrado. Lo sé".

Kenna apoyó la piedra en la palma de su mano y sostuvo la de él entre las suyas. Alexander sintió una oleada de calor donde su piel se tocaba. El poder le subió por el brazo y le penetró en el cuerpo. La sensación era relajante. Se asentó en sus articulaciones. Se extendió por sus miembros.

"Pero tú le das vida. Sólo tú", le recordó. "Y parece que tu madre tenía la misma habilidad antes que tú".

Ella asintió y deslizó la pastilla en la bolsa. "Y la forma en que me responde ha cambiado desde la primera vez que la utilicé contigo".

"¿Cómo?"

"Se está convirtiendo en una parte de mí. No necesito sacar la piedra y sostenerla. En aquel campamento junto al lago, no la cogí ni una sola vez, pero seguía sintiéndola en mis manos. El poder de la piedra era ahora mío para dominarlo". Puso la bolsa junto a ellos en la cama. "Estoy aprendiendo a utilizarla, y a cambio... me está aceptando".

Alexander se sintió envuelto en un estado de serenidad. En su opinión, no había nada improbable en una piedra curativa. Había crecido en las Highlands, una tierra mágica y misteriosa. Los hechos eran simples y claros. Kenna tenía un don, y era su responsabilidad protegerla.

"¿Has notado alguna sensación de, no sé, *amenaza* procedente de la piedra y dirigida hacia ti?", preguntó. "¿Alguna sensación de peligro cuando sostienes la reliquia?"

"No de esto". Tocó la bolsa. "De ninguna manera. Pero tuve sensaciones extrañas cuando estuvimos en la Roca del Ermitaño. La cámara subterránea. Aquellas paredes. La puerta".

"Las marcas que llevan".

Se estremeció. "Cuando alargué la mano para tocarlos, tuve una sensación de ardor. Sea cual sea el poder espiritual, sea cual sea la magia que existe en esa cámara, no me quería allí".

Alexander deseó haber prestado más atención a las viejas historias sobre el ermitaño que vivía en aquella cámara. Había gente a la que podía preguntar en el castillo de Benmore. Puede que su padre también lo recordara. La acercó más a su pecho. Ahora estaba mucho más tranquila.

"¿Hemos terminado con esta tontería de huir?"

Le miró a los ojos. "De algún modo, Sir Ralph Evers sabe lo de la tablilla. Ésa es la única explicación de por qué me querría".

"Me importa un bledo lo que quiera. No tendrá ninguna oportunidad contra nosotros cuando lleguemos al castillo de Benmore".

"Pero, ¿cómo iba a conducirle hasta tu puerta? Sigo siendo la mujer que huyó de nuestro matrimonio, aunque se firmaron contratos y se intercambiaron votos. Tu pueblo nunca me perdonaría. El infierno podría congelarse antes de que me aceptaran".

Atrajo su boca hacia la suya y la besó profundamente. Cuando terminó, ella le había rodeado el cuello con los brazos, devolviéndole el beso con el mismo fervor.

"Los Macpherson te aceptarán, te jurarán lealtad y lucharán por ti", susurró contra sus labios. "Eres mi esposa. Eres su amante. Y me has salvado la vida. No una, sino dos veces. Sólo por eso ya estás a la altura de San Fillán, como mínimo".

"Pero no soy un santo".

Sonrió, palpándole el pecho a través de la ropa. "Y ésta es la mejor noticia para mí, pero no tienen por qué saberlo".

El río corría con fuerza debido a las recientes lluvias, y Sir Ralph miró desde el agua que corría bajo los nueve arcos de piedra del puente hasta la carta que tenía en la mano.

El mensaje del duque de Hertford era muy claro. Bajo ningún concepto Evers debía llevar sus tropas al norte de este río. Todo compromiso militar debía centrarse en las Fronteras. Todo el tesoro recuperado debía enviarse al sur, al duque, y de allí a las arcas del rey.

Julio César se enfrentó a este momento, pensó Evers. No cruces el Rubicón, advirtió el Senado romano. No avances más cerca de Roma con tus ejércitos. César sabía que se acercaba el momento de su destino. Cruzar el río y desafiar al Senado, o quedarse y seguir las órdenes. Tomar las riendas de su destino... o desaparecer en el olvido de la historia.

La mayoría de los hombres desearían la grandeza, pero temen hacer lo que deben para alcanzarla. Y luego están los pocos que ven subir la marea y la utilizan para llevarlos a las alturas.

César cruzó el Rubicón con su ejército, quemó los puentes tras de sí, marchó hacia Roma y se convirtió en emperador.

Este río era su propio Rubicón, pensó Evers. Si cruzaba el puente, ya no habría vuelta atrás. Este puente le llevaría a la grandeza... o a la ruina.

Al norte del río, le esperaban otros tres trozos de la tablilla de piedra. Le esperaba un gran poder. Le esperaban tronos e inmortalidad.

No renegará de su destino, se dijo a sí mismo. Será rey.

Haciendo una señal a sus comandantes, espoleó a su caballo a través del puente.

En el horizonte, al norte, bajo los picos cubiertos de nubes de montañas lejanas, se extendía el corazón de Escocia.

Capítulo Diecinueve

*"Y cuando vivía era tu otra esposa;
Y cuando amabas, eras mi otro marido".*

KENNA APOYÓ la espalda contra la puerta y miró con fijeza el baúl a la luz tenue. ¿Quién era él para ordenarle que se pusiera uno de aquellos vestidos? Nadie le ordenaba qué hacer, qué ponerse, cómo comportarse. Cuando aquellos hombres acabaron en el camarote del comandante, sintió la tentación de meter a su marido en uno de aquellos vestidos y hacerlo desfilarse por cubierta.

Kenna mantuvo su temperamento bajo control. Sabía lo que Alexander intentaba hacer ahora. Estaba haciendo preparativos como si fuera su noche de bodas. Una cabaña limpia y una cena suntuosa.

Incluso mientras pensaba en ello, sintió que se ablandaba... otra vez. La bestia romántica.

Aun así, ¡estos vestidos! De pie, desnuda en el pequeño armario, se quedó mirando el arcón de madera lleno de ropa de mujer. Su viejo vestido y su camisa habían desaparecido, probablemente tirados por la borda por su marido.

"¡Oh!", echó humo, pisoteando la camisa y la áspera chaqueta de lana que acababa de desechar. "Miserable, dulce, gusano Macpherson".

Seis meses. Hacía seis meses que había desaparecido en la noche. ¡Y eso era lo correcto!

No podía hacerlo. Hacía seis meses que había aparecido en la cama de aquella puta francesa. Y ahora le pedía que se pusiera un vestido que debía de pertenecer a una de sus amantes. Esperaba que se pusiera un vestido que probablemente había arrancado del cuerpo dispuesto de otra mujer.

"Por la Virgen, Kenna", murmuró atormentada. "¿Qué haces?"

Kenna habría salido directamente a la cabaña y le habría dado un rapapolvo si no fuera porque oía las voces de los hombres que se acercaban. Decidió que se darían cuenta de que no llevaba nada puesto.

"¿Ya estás lista, esposa?"

"¿Esposa? ¿Esposa? Te daré una esposa, babosa de mar caprichosa y perseguidora de mozas -gruñó en voz baja, tratando de empujar el cofre para abrirlo. No cedía.

"¿Qué has dicho?"

"La maldita cosa no se abre. Está sellada".

Kenna dio un respingo cuando se abrió la puerta y Alexander entró, cerrándola tras de sí.

"Creía que lo había cerrado", le dijo.

Estaba de espaldas a ella y llenaba el armario con su altura, sus hombros casi se extendían de pared a pared. Tan cerca de él, sintió que se derretía. Lo único que deseaba ahora era tocarlo, sentir su poderoso cuerpo contra el suyo.

Eso es lo que le había hecho hacer el amor en aquella cueva.

Tenía un vago recuerdo de haberse enfadado con él, pero no recordaba por qué. Aquel hombre hacía algo en su cerebro cuando estaba tan cerca de él: el pensamiento racional se evaporaba como la bruma matutina bajo el sol. En su cabeza sólo quedaban pensamientos sobre sus labios en los pechos y su excitación contra ella.

"¿En serio?", preguntó, abriendo el baúl como si no pesara más que una pluma. "¿No podrías abrirlo?"

No había espacio suficiente para que Kenna alcanzara la ropa que tenía a los pies sin chocar con él.

"Estás más débil de lo que pensaba, muchacha. Una buena comida esta noche te ayudará".

"Sí, sin duda. Ahora lárgate, zoquete".

Se volvió y, mientras sus ojos recorrían su cuerpo, un brillo diabólico apareció en sus ojos.

"Veo que me han convocado aquí con falsos pretextos".

Kenna intentó retroceder, pero no tenía adónde ir. La forma en que sus ojos recorrían sus pechos y la longitud de su cuerpo la hizo estremecerse a pesar de sí misma. Intentó cubrirse los pechos, pero él la agarró por las muñecas.

"No, mujer. No después de hacerme esto".

"¿Haciendo qué?"

Le dio la vuelta y le empujó las manos contra la pared. Ella intentó bajarlas, pero él las empujó hacia arriba y las sujetó con una mano. La punta de un dedo bajó a lo largo de su columna vertebral, empezando por la nuca y acariciando lentamente cada centímetro hasta llegar a la hendidura de su trasero. Suavemente, separó sus pies con una bota y le soltó las manos. Ella jadeó cuando él la agarró por las caderas y se metió entre sus piernas.

"Haciendo esto".

Sintió sus dientes raspar la piel de debajo de su oreja. Su falda escocesa le presionaba la espalda. Ninguna capa de tartán podía ocultar su excitación. Ella se lo había hecho.

"Yo... no lo planeé", susurró ella, temblando ya de necesidad mientras una mano levantaba el peso de su pecho, la otra le acariciaba el vientre y se deslizaba aún más abajo. Sus dedos encontraron sus pliegues ya húmedos y un fuego líquido la recorrió al instante. Le chupó el lóbulo de la oreja y ella inclinó la cabeza contra él.

"No hace falta que seas tímida conmigo".

Le apretó el pecho y el juego de sus dedos entrando y saliendo de su carne hizo que su cuerpo tarareara al son de la canción más tentadora.

"YO... YO..." Demasiado perdida en la oleada de placeres, no podía imaginar lo que estaba a punto de decir. Sus ojos se cerraron cuando las presiones internas la llevaron repentinamente hacia arriba. En ese momento, Kenna se entregó a Alexander para que hiciera lo que él deseaba, deseándolo, ansiándolo. No tenía ningún control. No quería tenerlo. Era suya.

Entonces, la liberación llegó de golpe. Ella le agarró la muñeca, pero se disparó un instante después cuando él no aflojó su tacto.

En aquel momento, no sabía si estaba de pie o flotando. Ni siquiera recordaba el suelo bajo sus pies. No importaba. Su voz le llegó desde una nube lejana.

"Así es exactamente como soñé que serías. Eres la mujer que imaginé".

Se inclinó hacia un lado y hundió los dedos en su pelo, besándolo profundamente.

La fuerza de su pasión era vertiginosa. La giró entre sus brazos y la apretó contra la pared.

"Rodéame con las piernas".

Ella hizo lo mismo que él. Él se deslizó dentro de ella y ella suspiró de placer.

Kenna le rodeó el cuello con los brazos. Movi6 las caderas, atrayéndolo hacia sí, sintiendo la longitud y el tamaño de su interior. Su cuerpo ansiaba que se moviera.

"Siento no poder atravesar esa puerta ahora mismo y tomarme mi tiempo para hacerte el amor".

Ella negó con la cabeza. "Creo que podríamos alarmar a tus marineros".

Le levantó las nalgas y se deslizó con fuerza dentro de ella una vez. Su voz era ronca por el sentimiento. "S6lo tú y yo estaremos aquí para cenar".

Ella arqueó la espalda y se balanceó, deseando más.

"¿Y después?", preguntó ella. "¿Me harás el amor después?".

Hace seis meses, nadie cantaba las alabanzas de este aspecto del matrimonio. A nadie se le ocurrió mencionar el milagro de cómo encajan los cuerpos. Nadie insinuó siquiera los placeres del apareamiento.

La levantó, se deslizó dentro de ella casi hasta el final de su polla y luego volvió a penetrarla. Ella jadeó ante el exquisito placer de él.

"Sí, después de cenar", gruñó, "y tantas veces como quieras. Siempre que no me mates".

"¿De verdad? ¿Puedo matarte haciendo el amor?".

"Sí, amor. Y espero que recuerdes intentarlo".

Apoyando el hombro en la puerta que los separaba, James empujó tan fuerte como pudo, pero sus piernas no consiguieron moverla. La puerta era gruesa y sólida, y el pestillo y las bisagras estaban del lado de Emily.

La habían traído despierta. Tenía una docena de preguntas que ella podría responder. D6nde estaban, d6nde la habían capturado, cuántos hombres los vigilaban, posibles vías de escape. Cualquier cosa que hubiera visto que pudiera arrojar alguna luz sobre su situación. Pero todo eso tendría que esperar. Supuso que el amanecer traería mayores problemas.

"Han pasado tantas cosas desde la última vez que te vi. Esperaba tener la oportunidad de hablar contigo", susurró Emily.

Intentaba mantener su conversación y cualquier ruido al mínimo. No quería atraer la atención de sus carceleros.

"Prueba el pestillo... las bisagras. ¿Estás seguro de que no hay forma de abrirlo?".

Oyó el ruido del metal oxidado que protestaba. Estaba probando de nuevo el cerrojo. Se oyó un gruñido, golpes.

"El tornillo no se mueve. Parece estar oxidado".

Se dio cuenta de que estaba arrodillada junto a la puerta.

"Parece que estamos atrapados aquí", dijo. "¿Puedo hablarte de una charla que tuve con mi padre cuando regresé al castillo de Craignock?".

"Ahora no. No hay tiempo. Tenemos que darnos prisa", dijo. "Hay una ventana alta en esta celda. También debe de haber una en la tuya. Si consigo abrir ésta, treparé por ella y te sacaré por fuera de tu ventana".

Hubo una pausa momentánea. "Por favor, James, no. No me dejes con estos animales".

"Escucha. No te dejaré. Estaré..."

"Espera", interrumpió ella. "La bisagra superior. Parece oxidada y agrietada".

James miró alrededor de su celda y trató de imaginar si la suya tenía un aspecto diferente. "¿Ves algo que puedas utilizar para romperla? ¿Algo pesado con lo que golpear la bisagra? O algo para hacer palanca".

"Espera, voy a mirar".

James se acercó a la puerta del pasillo, mirando por los agujeros, atento a cualquier paso que pudieran dar. Un fuerte golpe reverberante procedió de la celda de Emily. Se precipitó hacia la puerta de comunicación. "¿Qué estás haciendo?"

"He encontrado una piedra grande debajo de unos sacos de grano en una esquina. Es pesada, pero intento quitarle la bisagra".

"Apunta y hazlo rápido. Golpéalo con todas tus fuerzas, pero sólo una vez".

Se oyó otro fuerte golpe. James miró de una puerta a otra, esperando a que sus guardias vinieran cargando por el pasillo.

Otro golpe y se oyó el ruido de la madera al astillarse.

"¡Lo he conseguido! La bisagra superior ha desaparecido".

"Un paso atrás".

"¿Puedes empujar la puerta para abrirla ya?"

Retrocedió hasta llegar a la pared opuesta. Se armó de valor, bajó el hombro y se lanzó hacia la puerta. El grueso portal de roble se abrió con un chasquido y se encontró tendido en el suelo de tierra de la celda contigua.

Cuando se dio la vuelta para incorporarse, Emily se precipitó a sus brazos, agarrándolo por el cuello.

"Gracias. Gracias, James. Me has salvado la vida".

"Todavía no". Liberándose, la empujó hacia atrás para poder verla. "¿Qué te han hecho, muchacha?"

Incluso en la oscuridad, vio que sus ropas estaban desordenadas y que su vestido y su pelo estaban cubiertos de polvo y paja. A pesar de todo, le pareció hermosa. Sus ojos empañados le miraban con adoración. Sus pechos subían y bajaban con cada respiración.

"No sabes cuánto me alegro", me dijo, "de que tú también estés aquí".

"¿Querías que me capturaran?"

"No, claro que no. Quiero decir...", vaciló. "Pero tengo tanto que contarte".

"Ahora no, no hay tiempo suficiente". James sabía que tenía que actuar con rapidez. No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría antes del amanecer. Aun así, al encontrarse cara a cara con ella, se dio cuenta de que la había echado de menos más de lo que jamás podría admitir. No importaba si era Emily quien volvía a sus brazos o James quien tiraba de ella. Ella estaba allí, cada curva cálida apretada contra él. Y se aferró a ella más tiempo del que tenía derecho. Finalmente, la apartó.

"Sobre mi charla con mi padre", empezó.

"Ahora no". Buscó en los rincones oscuros de la celda cualquier cosa que pudiera serles útil. La piedra era lo bastante grande como para aplastar el cráneo de un hombre. Y aquí había más sacos de grano de los que había encontrado en su celda.

James se asomó a la ventana. Tenía barrotes y pestillo, como la suya, pero faltaba uno de los barrotes. Empezó a apilar sacos de grano unos encima de otros.

"¿Cómo te cogieron?"

"Salí con tres hombres de Kester para ver cómo estaba el niño que Kenna había traído al

mundo. Nos dominaron".

"¿A qué distancia estabas de Craignock?"

"Sólo unas horas al norte".

"¿Por qué cabalgarías tan lejos?", preguntó, repentinamente enfadado. "¿Has visto lo despiadados que son esos bastardos? ¿Pero qué castillo es éste?"

"Deja de sermonearme". Arrastró hacia él otro saco de avena.

James se prometió que le daría un serio sermón en cuanto salieran de allí. "¿Viste adónde te llevaban?"

"Me ataron, me pusieron una bolsa en la cabeza y me metieron en la parte trasera de un carro de heno".

"¿Cuánto tiempo estuviste en el carro?"

Ella negó con la cabeza. "No lo sé. Estaba demasiado alterada para prestar atención".

James trepó por los sacos. Haciendo equilibrios, saltó y sus dedos se agarraron al alféizar. Se impulsó hacia arriba.

"¿Adónde vas?" Ella estaba subida en los sacos y le tiraba de la falda escocesa. James maldijo en voz baja. No tenía ni idea de la distracción que suponía. Volvió a bajar.

"Necesito ver a qué nos enfrentamos".

"Dijiste que no me dejarías aquí".

"No voy a dejarte".

James volvió a levantarse. Al igual que la ventana de su celda, esta abertura servía para llevar el grano a las bodegas. Los barrotes debían impedir el paso a los ladrones. Pero al faltar uno de los barrotes, la abertura era lo bastante grande para un niño, o posiblemente una mujer.

Miró hacia un callejón. En el suelo, al otro lado del camino, la barra que faltaba yacía en el suelo, contra una pared. Miró en ambas direcciones todo lo que pudo.

"¿Qué ves?"

"Un callejón oscuro. No hay nadie a la vista. Al final hay un pajar".

"Quizá el que me trajeron".

Se soltó y aterrizó sobre los sacos. Ella estaba de pie justo debajo de él.

"Tengo una idea", dijo. "No me gusta, pero si puedes colarte por esa ventana, el otro bar está en el callejón. Dámela para que pueda abrir la ventana haciendo palanca. Luego te sigo fuera".

"Esperemos aquí hasta que amanezca, cuando haya más gente. Entonces podremos pasar desapercibidos y escapar".

James negó con la cabeza. "No es seguro quedarse aquí. Podrían volver a por nosotros".

"No en mitad de la noche".

"Tenemos que salir ya", ordenó. James se agachó para ayudar a Emily a subir a su lado. Pero los sacos se movieron y ella perdió el equilibrio. Agarrándose a sus caderas, tiró de él y los dos cayeron al suelo. Ella aterrizó con un suave "¡Oomph!" encima de él.

Intentó amortiguar su caída y, sin darse cuenta, su mano encontró un pecho. Apartó la mano, pero acabó sujetándola por las nalgas mientras rodaban. Ahora, con ella debajo y su polla íntimamente encajada entre sus piernas, James se encontró mirando unos ojos grandes y redondos.

No se lo podía creer. Se estaba excitando incluso cuando el peligro amenazaba sus propias vidas.

"Bueno, muchacha, es la primera vez", dijo en voz baja.

Ella no le apartó, sino que dobló las rodillas, lo que sólo empeoró las cosas.

"¿Un primer qué?"

"No creo que sea una discusión que debamos tener".

Incluso en la penumbra, vio que la mirada de ella cambiaba, y el fuego surgió en sus entrañas.

Se levantó de un salto antes de que su cerebro dejara de funcionar. Alejándose de ella, apiló de nuevo las pilas y trepó hasta la cima.

"Tienes mucha prisa por salir de aquí. Bien, ayúdame a levantarme".

Empezó a escalar por el costado de su cuerpo, utilizándolo como una escalera antes de que él estuviera preparado para levantarla.

La levantó y un hueso afilado de la rodilla se le clavó en el hombro. Las faldas le rodearon la cabeza. Otro empujón, y en algún lugar bajo aquellas capas de tela, tocó la piel más sedosa que jamás había encontrado. Y entonces ella salió por la ventana.

Apareció su cabeza rubia. "Quédate ahí, hasta que venga a por ti".

"¿Ves la barra? Pásamela".

"Espera. Tengo que esconderme. Viene alguien".

Capítulo Veinte

"El hombre es una cosa vertiginosa, y ésta es mi conclusión".

LA CENA que Alexander preparó para su esposa no era tan grandiosa como algo de las cocinas de Benmore o del castillo de Varrich, pero era lo mejor que su cocinero podía preparar, teniendo en cuenta el poco tiempo de aviso y las limitadas provisiones.

Sentado frente a Kenna y observando cómo miraba los platos con poco interés, Alexander decidió que la limitada selección no era la fuente de su descontento. Tenía la misma expresión en el rostro desde que salió de la cabaña más pequeña con un vestido verde que había cubierto con una gran manta. Con la maldita cosa colgada del hombro, había ocultado cada parte de sí misma, desde el cuello hasta la rodilla.

Sabía que no debía preguntarle qué le pasaba. Cualquiera que fuera el problema que le rondaba por la cabeza, no tardaría en surgir, y ella se lo haría saber.

Y cuando hubiera capeado aquella tormenta, fuera la que fuera, la atraería a la cama.

Alexander empezó a comer. Iba a necesitar todas sus fuerzas si había justicia en el universo.

Un sabroso trozo de cordero y media taza de vino, y ya no pudo contenerse más.

"Bueno, ¿no me lo vas a preguntar?"

Levantó la mirada inocente hacia los ojos centelleantes e inmediatamente se endureció al recordar lo que habían estado haciendo en aquella pequeña cabaña hacía tan poco tiempo.

Abajo, sinvergüenza, se dijo a sí mismo. Demasiado pronto. Demasiado rápido. Céntrate en otra cosa.

Se había trenzado el pelo en una sola cuerda que caía sobre un hombro. Y si Kenna pensaba que él no lo encontraría atractivo, le enseñaría algunas formas de utilizar aquella trenza en su beneficio cuando hicieran el amor. Y eso sería pronto, muy pronto. Sonrió.

"Pregúntame", ordenó, apuñalando un poco de cordero con el cuchillo y depositándolo en su trinchera.

"¿Preguntarte qué?" Debería haber retirado todos los objetos punzantes de su alcance.

"Pregúntame por qué llevo esta manta".

"¿Porque tienes frío?"

"No, no tengo frío".

"¿Porque tenías frío?"

"No tenía frío".

"¿Porque piensas pasar frío?"

"Déjate de frío. Estamos en julio!", espetó. La carne estaba en su plato, pero el cuchillo se agitaba peligrosamente. "El frío no tiene nada que ver con el motivo por el que llevo esto".

"Muy bien. Déjame ver. Estabas avergonzada".

"¿Sobre qué?"

"¿No es evidente? Ladeó la cabeza hacia el otro camarote. "Abro la puerta y te encuentro allí de pie, desnuda como una ninfa marina, con la intención de atraerme, atacarme y hacer lo que algunos llamarían descaradas exigencias sexuales. Ahora estás un poco avergonzada, así que exageras con esta manta de caballo".

Los colores de su rostro habrían avergonzado a una hoguera. Abrió la boca un par de veces antes de que se le escaparan las palabras. "Tú... eres... un... Yo nunca... Yo no...".

"¿No te ha gustado, esposa? -preguntó él, metiendo la mano bajo la mesa y tocándole la rodilla. Ella se apartó inmediatamente de su alcance.

"No me distraigas".

"¿Lo hiciste o no lo hiciste?"

"Estás cambiando totalmente de tema".

Volvió a sentarse en la silla, con la copa en la mano. "Si estás enfadada porque nuestro acto sexual fue demasiado breve...".

"No era demasiado corto".

"Pero no te he complacido".

"Tú... tú..." Sin dejar de sujetar el cuchillo, se levantó de un empujón con tanta fuerza que la silla cayó hacia atrás y la manta se le cayó del hombro.

La mirada de Alexander se dirigió inmediatamente al escote del vestido. El corpiño era ajustado, y sus pechos casi se derramaban. Ah, sí. Gracias, Señor. Hay justicia.

La bolsa que Kenna llevaba al cuello colgaba ahora de una cinta en su cintura. Dejó la copa de vino sobre la mesa. Quería tener las manos libres.

Ella se acercó a la mesa y él echó hacia atrás su silla, observándola con gran interés. Si el día de hoy era un indicio de lo que sería su vida futura, Alexander sabía que tal vez había encontrado el paraíso en la tierra.

"Estoy enfadada contigo y tú sonríes".

"No puedo evitarlo. Me entretienes". Agarró la mano con el cuchillo cuando ella llegó hasta él. "Suéltalo, amor".

"¿Por qué? Tengo pensado utilizarlo".

"No, no lo sabes. Ambos sabemos lo que sientes por mí. Así que en cuanto me apuñalaras, tendrías que curarme. Y como vamos a iniciar la siguiente etapa de nuestro viaje por la mañana, creo que podemos encontrar un uso mucho mejor para las horas nocturnas."

Se detuvo un instante, con los ojos escupiéndole fuego. Le soltó la mano y arrojó el cuchillo sobre la mesa.

"Ahora, palabras, Kenna. No mal genio. Palabras".

Se puso de pie con las manos en las caderas. "¡Un baúl lleno de ropa de mujer, sarampión sin arte! Tú, ¡un hombre casado! Y, sin embargo, tienes ahí ropa suficiente para vestir a diez amantes. Y no intentes decirme que pertenecen a Diarmad".

"La verdad es que no creo que le queden tan bien como éste a ti".

"Y luego", continuó ella, ignorándole. "Tienes el suficiente cerebro como para esperar que me ponga uno de ellos. En nombre del diablo, ¿cómo puede una bestia hundirse tan bajo?"

"La de mi madre", dijo con calma. "Y de Tess".

"¿Qué? Se detuvo.

"Sí, muchacha. No soy el único Macpherson que utiliza esta nave. Colin pasa más tiempo al mando de esta nave que yo. Y la mayoría de las veces, Tess está con él. Y mis padres siguen viajando, ¿sabes? Ese vestido pertenece a Fiona o a Tess, aunque que me aspen si sé a cuál de las dos".

"Oh".

Alexander le sostuvo la mirada. "Y en cuanto a las amantes, cuando dije que no había estado con otra mujer desde que intercambiamos nuestros votos matrimoniales, lo decía en serio".

Su rubor alcanzó un tono aún más profundo que antes, y se extendió agradablemente por el escote de su piel cremosa. Él quiso seguirlo con la boca, y sintió las agitaciones del sexo.

"Sin palabras por segunda vez en cuestión de minutos". Sonrió, agarrándola por las caderas y atrayéndola entre sus piernas.

"Deberías habérmelo dicho".

"Deberías haberme preguntado".

"Pensé... supuse lo peor". Ella le miraba fijamente al hombro, evitando sus ojos.

Le subió las manos por los costados, usando los pulgares para trazar las curvas bajo los pechos, admirando la plenitud. Sintió la respiración entrecortada, la expansión de sus costillas.

"Tú, mi pequeño guerrero armado con un cuchillo. ¿Qué voy a hacer contigo?"

"¿Quizá conservarme?" Se inclinó hacia él. "¿Y aguantar de algún modo mis arrebatos de mal genio?"

Alexander le levantó la barbilla hasta que sus miradas quedaron fijas. "Lo haré, pero quizá no sea necesario que me apuntes con una daga cada vez que no tengas la respuesta a una pregunta".

"No puedo dejar de ser quien soy. Me criaron los hombres y tengo mente propia. Seré una completa vergüenza para ti".

"Lo dudo mucho". La acercó más y le rozó con los labios la piel de debajo de la oreja, el cuello, depositando suaves besos sobre cada pecho. "Y yo aprecio este lado salvaje tuyo. Eres una chica de las Highlands, nacida y criada, y no te querría de ninguna otra forma".

"Te lo recordaré la próxima vez que me comas la cabeza por algo que haya hecho".

"No temas, Kenna. Nunca pierdo los nervios".

"¿Alexander? "Ahora hablamos con franqueza".

"Sólo así". Tiró de ella para acercarla, sin poder contenerse. "Pero verás, he decidido no enfadarme nunca contigo. Eres todo pasión y fuego. Así eres tú".

"Voy a hacer que lo digas ante testigos".

"Lo firmaré con sangre si quieres".

Ella le miró a los ojos. "Ya veo. Ahora sé por qué me hablas con tanta dulzura".

"Ahora sí. ¿Y por qué?"

"Estás decidido a que lleve a tu hijo antes de que lleguemos a Benmore".

A Alexander se le hizo un nudo en la garganta al pensar en sus hijos retozando por los pasillos del castillo de Benmore. Se preguntó si ella lo decía porque también lo deseaba.

"Bueno, esposa, hacer el amor contigo es un noble empeño". Besó sus labios sonrientes, pero con suavidad, sabiendo que si la presionaba demasiado ahora, ella se resistiría.

En lugar de eso, se inclinó hacia él cuando le acarició el pecho y se quedó sin aliento cuando le acarició el pezón.

"Pero ahora mismo, me gustaría tomarme mi tiempo".

Ella se acercó más al ángulo de sus piernas, empujando contra la tela de su falda escocesa hasta que su polla, cada vez más dura, le presionó el muslo.

"Imposible", susurró ella. "Cada vez que hacemos el amor, es más rápido y potente que la

vez anterior. Somos como una chispa para la madera seca. La llama estalla hacia arriba, consumiéndonos al instante. ¿Cuánto tiempo podemos tener?"

"¿Dudas de mí?"

"Me cuestiono. Me tocas... y me desmorono". Ella apretó los labios contra su pelo mientras él tiraba de los cordones que mantenían unido su vestido.

"Bueno, eso es un gran elogio, pero esta noche tengo la intención de deleitarme repetidamente con tu cuerpo. A diferencia de nuestra primera vez, nadie nos interrumpirá".

"¿Y si lo hacen?"

"Antes de ir por la borda, se les dará poca caña. Y lo he dejado claro".

"Así que, de nosotros dos, ¿eres el único que se da un festín esta noche?"

Respiró agitadamente cuando los dedos de Alexander abrieron el vestido. Se hundió contra él cuando sus labios encontraron las curvas por encima del escote del vestido de seda.

"Sí", gruñó. "Soy el *único*".

Despacio, muy despacio, le bajó el vestido por los hombros, se lo pasó por las caderas y lo dejó caer a sus pies. Lo apartó con una bota.

La fina tela de lino se amoldaba a su cuerpo. Sus pechos se esforzaban por liberarse de los estrechos límites.

"Todo lo que probé era demasiado pequeño. Soy más grande que tu madre y que Tess".

Intentó cubrirse, pero Alexander le agarró las manos y se las apartó. Contempló embelesado la creación que tenía ante sí.

"Eres perfecta, una diosa", susurró, con la voz ronca por el deseo.

Los pulgares de Alexander le cruzaron las costillas, y la sintió estremecerse mientras acariciaba suavemente las sutiles curvas de su vientre.

"Estoy deseando que nuestro bebé crezca dentro de ti". Se detuvo, maldiciéndose. Se había prohibido mencionarlo, pero su boca iba por delante de su resolución.

Sintió que ella se tensaba en sus brazos.

"Es difícil pensar en esas cosas con tanto peligro acechándome. Debemos pensar en Evers y Maxwell".

Se acercó y le puso un dedo en los labios. "Nos ocuparemos de ellos. Te lo prometo. No te perseguirán durante mucho tiempo".

Le besó el dedo y asintió. "Si algún día tenemos un hijo, nuestros dos clanes lo celebrarán durante días".

"¿Y tú?" Buscó su rostro. "¿Tú también serás feliz?"

Se mordió el labio. El rubor había vuelto, floreciendo en sus mejillas. Alexander no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que la vio asentir.

"Creo que lo haré. Pero sólo quiero un hijo cuando hayamos acabado con el mal que persigue nuestros pasos".

"Juro que os mantendré a ti y a nuestro bebé a salvo y fuera de peligro".

"Y te juro que apreciaré la maternidad cuando te haya domado lo suficiente como para que te sometás a todas mis fantasías, a cada uno de mis deseos ocultos".

¿Fantasías? ¿Deseos ocultos? Cada vez era más difícil concentrarse en las palabras cuando ella estaba ante él, seductora. Ella ganaría cualquier batalla con él, negociando en semejante estado de desnudez.

"Háblame de esos... de esos deseos ocultos".

Uno de los tirantes cayó sobre su brazo, dejando al descubierto la carne blanca como la leche de su pecho.

"Obedecerás todas mis órdenes".

"Sabes que tendremos flores de verano en invierno antes de que llegue ese día". Alexander le bajó las dos correas por los brazos y la atrajo hacia su regazo, manteniéndola cautiva.

"Bárbaro".

"Pero antes de que vuelvas a sacarme el puñal, debes saber que no obedecer órdenes siempre ha sido una cualidad de la que me enorgullezco. Sigo mi propio camino".

Ella le dio un puñetazo en el pecho. "Hasta el más tonto de los hombres puede hacer eso". Le dio un puñetazo en el pecho.

"Pero te respetaré, esposa mía". Depositó un beso sobre sus hombros expuestos, saboreando su suave carne. Kenna no intentó resistirse. "Ahora hágame de esas fantasías tuyas".

"La lista es larga".

"Tenemos toda la noche. Dímelo".

"Dentro de un momento. Pero primero, antes de que lleguemos al castillo de Benmore, quiero que me cuentes todo lo que haya que saber sobre tu familia. Tus padres, tus hermanos, sus gustos y aversiones. Quiero la verdad absoluta y ninguna tontería. Quiero causarles una buena impresión. Ya me he puesto en desventaja".

"Al diablo con todos ellos. Te has casado conmigo. No con ellos".

"¿Alexander?" Le abrió la parte delantera de la camisa y se detuvo con los labios sobre su piel. "Creía que ibas a ser agradable".

"Muy bien. Te contaré todo lo que necesites saber".

Ella le besó y luego apoyó la cabeza en su hombro. Le recorrió el borde del vestido, donde la parte superior de los pechos subía y bajaba seductoramente.

"Y quiero volver a casa, al castillo de Varrich, durante un tiempo".

"No, muchacha. Eso es imposible".

"Necesito hacer las paces con mi padre".

"Vendrá a Benmore. Ya le he enviado un mensaje".

"Hace demasiado tiempo que no veo a mis hermanos".

"Haré los preparativos para que también vengan a ti".

Ella le miró a los ojos. "Estás siendo desagradable".

Le bajó la camisa por debajo de los pechos. Le dolía de deseo por ella. "Quiero oír hablar de las fantasías, signifique eso lo que signifique".

Volvió a subir la sedosa tela. "He compartido mis deseos contigo".

"Hasta ahora, todas han sido órdenes".

"Son *mis* deseos".

"Entonces quizá deberías lanzar una fantasía aquí y allá para mantener mi atención".

Sus dedos acariciaron la suave lana de la falda escocesa de Alexander, moviéndose desde la rodilla hacia la ingle.

"¿Estarías de acuerdo en ir al norte, al castillo de Varrich, si te acompaño en este juego tuyo?"

"No, muchacha. Escucharé tus argumentos, pero se acabó".

"No lo suficiente", resopló ella. "Tienes que aprender a transigir".

Alexander la miró a la cara sonrojada, esforzándose por ignorar el placer celestial de la mano de ella en su muslo. Ella no se rendía. Finalmente, asintió.

"Nos comprometeremos los dos". Le besó los labios. "Ahora, es el momento de una fantasía".

Le miró el pecho desnudo.

"Quiero que me enseñes a complacerte".

¿Esto es lo que ella llama fantasía? pensó. Esto es el paraíso.

¿"Complacerme"? Muchacha, *sí que* me complaces. Estoy... más que satisfecho".

Kenna se levantó y giró en sus brazos hasta quedar frente a él. Sus miradas no vacilaron cuando ella se inclinó, depositando un beso en sus labios. "Dímelo o enseñámelo, o tendré que aventurarme en esto por mi cuenta".

Los ojos de Alexander se posaron en sus pechos, cuyos pezones apenas se aferraban a la seda. El calor palpitaba en sus entrañas. Estaba en apuros. Sólo podía pensar en sentarse a horcajadas sobre ella y enterrarse en su interior.

Le agarró un puñado de pelo y tiró hacia atrás hasta que su mirada se elevó de sus pechos a su rostro. "Dime qué debo hacer o vuelvo a los deseos".

Alexander le agarró los muslos. Luego, despacio -muy despacio-, empezó a recoger la muda por debajo de sus rodillas. "Utiliza tu imaginación, Kenna. Hazme lo que quieras".

Se estremeció cuando las manos de él se deslizaron bajo el dobladillo levantado, moviendo las palmas por sus nalgas desnudas. Siguiendo su consejo, le subió la camisa por la cabeza. Dejó caer la prenda de lino a su lado y se dejó llevar por las manos, explorando su espalda, sus hombros, su pecho, trazando las cicatrices y los músculos.

Alexander gimió cuando ella siguió el rastro de sus dedos con la boca. Lo observó, esperando su reacción al efecto de su boca sobre su piel. Él intentó tocarla, devolverle el placer, pero ella le apartó las manos. Dominaba su curiosidad, su cuerpo, su mente.

Lentamente, ella bajó frente a él, y cuando su boca trazó un camino por su estómago, él respiró hondo y contuvo la respiración durante tanto tiempo que finalmente jadeó.

Las manos de Alexander buscaron la trenza de Kenna y tiraron de ella hacia atrás. Sus ojos se cruzaron. "¿Qué me estás haciendo?"

"Usando mi imaginación".

"Me estás haciendo perder la cabeza".

Sonrió. "Tienes mi permiso".

Le puso las manos en los muslos y las deslizó lentamente hacia arriba, apartando la falda escocesa. Cuando sus dedos encontraron su virilidad, rodeándola, él cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Ella se acercó y bajó la mano y, vacilante, frotó la cálida corona contra su mejilla, su oreja, su garganta. Alexander gimió.

En el momento en que ella deslizó sus labios sobre él, tomándolo profundamente en su boca, él perdió el control.

La pasión surgió en su interior, llenándole el pecho de una opresión que le impedía respirar. Con sus labios y su lengua, le estaba llevando al borde de la liberación. Cuando supo que ya no podía aguantar más, volvió a agarrarla del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás hasta que su rostro le miró. Sus ojos se encontraron y él vio el deseo de ella. Un deseo que impregnaba el espacio que los separaba. Deseo que colgaba como una joya reluciente en sus miradas.

Su boca descendió sobre sus labios aún entreabiertos. Su lengua penetró profundamente en su calor. Saboreó todo lo que llevaba dentro. Las manos de Alexander acunaron el rostro de Kenna, luego se movió para levantar la camisa de seda y se la puso por encima de la cabeza. Cogiéndole las manos, contempló la visión que le miraba. Ella se levantó lentamente, sin pronunciar palabra.

Kenna brillaba como si estuviera iluminada desde dentro. Como una diosa de algún rito pagano, permanecía inmóvil y no le ocultaba nada mientras sus ojos rendían homenaje a su resplandeciente belleza. Su mirada la recorrió desde el rostro, bajando por el pelo trenzado que cubría uno de sus pechos, pasando por las curvas de su vientre hasta el triángulo de suave vello

que adornaba la unión de sus largas piernas. Levantó la vista hacia su exquisito rostro y sus ojos violetas.

"Como la llama a la yesca. Me enciendo sólo con tu mirada".

"Es hora de que te muestre un fuego más ardiente de lo que jamás hayas imaginado".

Kenna le tocó la mejilla y Alexander le besó la palma de la mano. Luego, colocándole el brazo sobre el hombro, la levantó sin esfuerzo mientras se ponía en pie, se dirigió a la cama y la tumbó sobre ella.

La miró mientras se quitaba las botas y se desabrochaba el cinturón que sujetaba su falda escocesa. Desabrochándose, se quedó desnudo junto a la cama, y Kenna lo observó.

Se movió inquieta contra la ropa de cama. "Necesito tu peso sobre mí".

"Todavía no. Agachándose, Alexander agarró las piernas de Kenna y la arrastró lentamente hacia él hasta que sus rodillas colgaron al borde de la cama. Empezó a levantarse, pero él se encontró con ella a medio camino, cogiéndole las muñecas y empujándolas hacia atrás, atrapándolas con una mano por encima de su cabeza.

"¿Recuerdas el árbol del claro cuando acampamos en nuestra primera noche en el camino? Había cosas que quería hacerte aquella noche".

Ella sonrió. "Me ataste a ese árbol".

Asintió con la cabeza, mirando su cuerpo que se retorció y tratando de mantener intacta su cordura.

"Imagíneme atada".

La boca de Alexander era áspera al apoderarse de la suya, y Kenna respondió, enganchando una pierna alrededor de su muslo.

Apartó la boca de la suya y le besó el hueco de la garganta. Sintió que su cuerpo se arqueaba contra él cuando su boca descendió, chupando un pezón endurecido.

Ella pareció contener la respiración cuando los labios de él bajaron lentamente por la suavidad de su vientre. Le separó las piernas y se las echó por encima del hombro. Sus miradas se cruzaron cuando él metió la mano bajo sus nalgas y se la llevó a la boca.

Ella jadeó y la lengua de Alexander se introdujo en la dulce y húmeda oscuridad.

Kenna no podía llevar aire a sus pulmones, pero estaba más allá de importarle mientras la sangre rugía salvajemente en su cabeza. Cuando pensó que no podría soportar ni un instante más de aquella tortura erótica, él siguió sujetándola, saboreándola, sondeándola y provocándola hasta que gritó de liberación.

Instantes después, sintió su peso sobre ella. Alexander la estrechó entre sus brazos y se deslizó dentro de ella. Como dos formas de arcilla, sus cuerpos se moldearon juntos con una plenitud que Kenna percibió más que pensó. Mientras yacían momentáneamente inmóviles, sintió que él la abrazaba con fuerza y se sintió querida, valorada, amada.

Cuando Alexander empezó a moverse, Kenna fue con él. Mirando hacia arriba a través de la bruma que nublaba su visión, vio los ojos de su marido clavándose en ella con intensidad. Sus manos se movieron por su pecho hasta llegar a su cara, y se aferró a su pelo mientras él volvía a deslizar calor fundido en el centro mismo de ella. Un gemido escapó de sus labios y una nueva urgencia se apoderó de ella.

Kenna no sentía ninguna cama debajo de ella, no veía ningún techo por encima. Lo único que sabía que era real era su marido y las sensaciones salvajes que amenazaban con sacarla de sí

misma y llevarla a otra dimensión. Se aferró desesperadamente a él, pero cada vez más deprisa se elevó, cada vez más alto, hasta que su espíritu rasgó la cortina de gasa del mundo tal como ella lo conocía. Con una velocidad cegadora, el cielo se abrió sobre ella y, como un pájaro lanzado al vuelo, Kenna se elevó hacia una esfera desconocida y cristalina.

Y Alexander estaba allí con ella, estirándose y dando vueltas, ascendiendo hacia los confines blanquiazules de otro reino.

Dos voces se colaron por la ventana. Dos hombres bajaban por el pasillo y James no sabía dónde se escondía Emily. Sin duda estaba en peligro.

Los hombres estaban casi encima de la ventana

"¿Y ya han pagado?"

"Sí". James oyó el tintineo de las monedas. "Aquí mismo".

"Entonces, ¿hacia dónde?"

"Más allá de la nueva iglesia y pasada la cañada. Dijo que sólo había que llevarlo hasta el puente junto al viejo molino".

"No es una hora piadosa para hacer semejante trabajo".

Las monedas volvieron a tintinear y los dos hombres se rieron.

James sacudió la cabeza. Escoceses cumpliendo las órdenes de su enemigo como si nada. Esperó junto a la pared, bajo la ventana.

Pasos. Estaban por encima de él.

"¿Cuándo vendrá tu hijo?"

"Antes de la siega".

"Gor, muchacho. Debes de tener una docena de panaderos corriendo por ahí".

"Sí. Lástima que el panadero no les dé de comer".

Se rieron mientras se alejaban. Los pasos nunca vacilaron.

James se incorporó y miró por la abertura. En la oscuridad, los dos parecían sólo granjeros, uno mayor y cojeando. No había nadie más a la vista. Ni rastro de Emily.

El bar estaba ahora cerca de la ventana. Emily debió de moverla antes de desaparecer. James la cogió y, un instante después, había abierto la ventana. Se coló por ella, se levantó y apoyó la espalda contra la pared de piedra. Cuando llegó al callejón embarrado del final del pasadizo, los hombres habían enjaezado a los bueyes y estaban subiendo a la carreta.

Tenía que encontrar a Emily. Miró a su alrededor. Incluso a la luz de la luna, no podía identificar dónde estaban. Los castillos cambiaban constantemente de manos en aquellos días, algunos caían en manos enemigas, pero también había algunos casos de lairds traidores. Sería bueno saber si esta posesión pertenecía a alguien a quien, por error, consideraban un aliado.

Chasqueó un látigo y el carro empezó a gatear. Fue entonces cuando la vio. Estaba en la parte trasera del carro, medio enterrada entre los montones de heno, haciéndole señas.

Le devolvió el saludo, con la mente acelerada. Si volvía por el pasadizo de donde habían salido los dos hombres, tal vez reconocería el castillo. Por otra parte, no podía perderla de vista y arriesgar su seguridad. Pero no tenía armas, y si un guardia de la puerta los descubría, debía estar preparado para luchar.

Hizo ademán de que lo seguiría, y luego se volvió en dirección contraria.

James no había dado dos pasos cuando se dio cuenta de que ella había salido del carro y corría hacia él.

La cogió por la cintura cuando se abalanzó sobre él.

"¿Adónde vas?", susurró.

"Vuelve dentro de ese carro. Te alcanzaré".

"¿Cómo? No, ahora tienes que venir conmigo. Es nuestra salida". Empezó a tirar de él hacia el chirriante carro.

"Necesito saber dónde estamos".

"Más tarde, tenemos que irnos ya".

No podía quitarle las manos de encima. Además, ella era mucho más fuerte de lo que él hubiera imaginado, y mucho más persistente. "¡No! Vete tú. Te he dicho..."

"No me iré sin ti", espetó. "Prometiste que estaríamos juntos".

"Tengo una responsabilidad aquí. Tengo que averiguar dónde estamos, para poder volver aquí".

"Muere aquí si lo deseas, James Macpherson, pero mi sangre estará también en tus manos. Adelante, deja que nos capturen de nuevo. No te importa que vuelva a estar encadenado ahí abajo con esos brutos haciéndome Dios sabe qué".

James miró en dirección al carro. Estaba casi al final del callejón. El demonio rubio tenía razón. Por encima de todo, no podía poner en peligro su seguridad. "¡Por el demonio! Muy bien, mujer. Vámonos".

Corrió tras el carro. Ella le siguió el ritmo y saltaron a la parte trasera. Metiéndose dentro, tiraron del heno sobre ellos, cubriéndose el cuerpo. El cielo empezaba a clarear con el atisbo del amanecer. Él se levantó, con la esperanza de vislumbrar los edificios o el patio, pero Emily rodó sobre él, tirando más heno sobre ellos. Desde algún lugar más adelante, les llegaron voces. El olor de un fuego.

Permanecieron inmóviles, frente a frente. Sus labios casi se tocaban. Sus alientos se mezclaban con el aroma del heno fresco. El cuerpo blando de Emily yacía tendido sobre el suyo. El carro rodaba y chocaba. Alguien gritó una despedida desde arriba mientras rodaban por un pasillo cerrado. Las ruedas del carro repiquetearon sobre la piedra y luego sobre la madera. Habían atravesado la verja. Otro bache y estaban en un camino rural.

El alivio de James fue sólo momentáneo e inmediatamente sustituido por su conciencia de aquella mujer tendida sobre él. Podía sentir cada curva, y un mechón de su pelo rubio se posó sobre sus labios. Antes de que pudiera moverse, sintió que se le ponía dura.

Centró su atención en otras cosas.

"Muévete, muchacha", exhaló. "Necesito ver dónde estamos".

Intentó empujarla hacia un lado, pero ella le rodeó el cuello con los brazos. Mientras rodaban, James se encontró encima.

Y antes de que pudiera apartarse, Emily se levantó y lo besó.

Este castillo guardaba poco para Sir Ralph, salvo comida, mujeres para sus hombres y unos míseros cofres de chapa y oro.

Dejando a sus hombres, se dirigió a la pequeña capilla que había a unos pasos de la torre. Al entrar, el sol moribundo proyectaba su sombra en el largo rectángulo de luz que cortaba la oscuridad de la nave. La capilla ya había sido vaciada de cualquier cosa de valor.

Pero podía olerlo. El sabor amargo y ceniciento de los muertos estaba en su boca.

Al bajar los pocos escalones que conducían a la cripta, se detuvo mientras se calentaba la

tablilla que llevaba en la bolsa de cuero bajo la camisa. Sonrió. Ya no necesitaba esperar a que los espíritus de los muertos se levantaran. Cada día que pasaba, el poder hundía sus raíces más profundamente en él.

Levantó los brazos en la oscuridad.

Desde el centro mismo del suelo de la cripta, una forma se elevó y se detuvo ante él.

"Habla y dime quién eres".

"John Comyn, Señor de Badenoch, Señor de Lochaber y Guardián de Escocia".

"Efectivamente. El Comyn Rojo".

El espectro asintió.

"Apuñalado hasta la muerte por el propio Bruce en una iglesia de Dumfries".

"Sí", respondió el fantasma. Su voz era grave y ronca. "Traída aquí al amparo de la noche.

Enterrada aquí en secreto como una puta no bautizada".

"Habrías sido rey de Escocia, dicen".

El espíritu volvió a asentir.

"En cambio, tus descendientes fueron desterrados de estas tierras. Exiliados a Inglaterra.

Aún viven allí, luchando con nosotros contra la chusma de Stewart que ahora gobierna".

El Comyn Rojo miraba fijamente, sus ojos negros y muertos hervían de un odio que los siglos no habían disminuido.

"Y yo te saqué del infierno. Moriste en tu sangre hace dos siglos".

Sir Ralph palpó la lápida.

"Éste es el verdadero poder, Comyn el Rojo. Piensa en lo que ganaré con los secretos de los muertos. Con estas manos, levantaré un ejército de muertos. Sus riquezas serán mías. Y nadie vivo me hará frente".

Capítulo Veintiuno

"Tú y yo somos demasiado sabios para cortejarnos pacíficamente".

MIENTRAS ALEXANDER y Kenna yacían abrazados, la brisa que les seguía cambió de dirección y el barco se escoró ligeramente, rompiendo el hechizo.

Allí tumbado, no pudo evitar pensar en sus experiencias pasadas con mujeres. Todas palidecían en comparación con ésta. Ninguna se acercaba siquiera al relámpago de pasión, a la férrea unión de almas que compartía con Kenna. Estaban destinados a estar juntos. Ahora reconocía la verdad con una certeza feroz. El pasado ya no existía. Sólo tenían el presente y el futuro.

Apoyado en el codo, trazó con los dedos las líneas de su hermoso rostro. Ella se volvió y le dedicó una sonrisa que le dejó sin aliento.

"No creo haberte visto tan feliz como ahora".

"¿Cómo podría no ser feliz? Estoy casado con una mujer hermosa, segura de sí misma, inteligente, independiente, espontánea y sensual. Y, por primera vez, no me preocupa que huya la primera vez que me dé la espalda o que me ponga una cuchilla en la garganta cuando cierre los ojos para descansar".

"A pesar de tus cumplidos, estás siendo demasiado confiado". Se acercó a él.

"Sé lo que sientes por mí".

"¿Y cómo lo sabes?"

"Porque aquello fue el mejor acto de amor desde el Jardín del Edén, y las primeras palabras que salieron de tu boca lo confirmaron".

"¿Lo hizo?"

"Sí. Me dijiste que no tenías ni idea de lo que huías hace seis meses".

"Yo no he dicho eso".

"Pero era tu intención".

Ella le pasó un dedo por los labios. "Tú y yo hemos cometido muchos errores. Pero quizá esos seis meses separados sean la razón de que ahora todo haya funcionado entre nosotros".

Él movió la cabeza en señal de desacuerdo. Ella asintió.

Alexander suspiró, estrechando aún más a Kenna entre sus brazos. "Sé que es una tontería pensar que podríamos ponernos de acuerdo incluso en los asuntos más sencillos".

"Quizá podamos ponernos de acuerdo en esto. No huiré y no te apuñalaré... a menos que me des una razón".

"Esto me hace feliz". Él rodó sobre su espalda y ella apoyó la barbilla en su pecho. "No pienso darte ninguna razón".

Ella se rió. "Un marido muy sabio. Entonces, como recompensa, tengo un cumplido para ti".

"¿Sólo uno?"

Ella se levantó, y su mirada recorrió su cuerpo desnudo y volvió a su rostro. "Con cicatrices y todo, eres más guapo de lo que cualquier hombre tiene derecho a ser. Y eres valiente, honesto y fuerte de corazón".

"¿Guapo? ¿Lo dices en serio?"

"¿Y ése es el único cumplido que has oído?"

"¿Hubo otros?" Le pasó los dedos por la columna vertebral, disfrutando del escalofrío que le producía.

Recogió las mantas contra su pecho y se arrodilló, sonriendo. "Antes de que me distraigas, hay algunas cosas que debemos discutir".

"No tengo ni idea de cómo distraerte". Intentó quitarle la manta de los pechos, pero ella le apartó la mano de un manotazo juguetón.

"Emily".

"No hay nada que discutir sobre esa boda. No vas a ir".

"Y ahí, ¿lo ves? Acabas de abrir la puerta a otra discusión".

"Kenna, sé razonable". Puso las manos detrás de la cabeza. "Volver al castillo de Craignock sería descender a la guarida del dragón. Aunque diera la vuelta a este barco y navegáramos hasta allí, Evers no tardaría en enterarse. ¿Y cuánto tiempo crees que pasaría antes de que sus tropas estuvieran derribando la puerta de los MacDougall?"

"Estoy de acuerdo. De todas formas, no quiero ir".

"Entonces, ¿por qué sacar el tema?"

"Era una prueba. Y fracasaste".

"¿Cómo?"

"Tú me diste la orden, Alexander", dijo ella rotundamente. "Has admitido que no aceptas bien las órdenes. Pues yo tampoco".

Empezó a responder, pero se detuvo. Era el comandante de la flota Macpherson. En el castillo de Benmore, su padre le animaba a tomar decisiones que afectaban al clan. Estaba acostumbrado a dar órdenes. Y la gente obedecía.

Tal vez, pensó, esto forme parte del matrimonio. Kenna y él librarían muchas batallas hasta que uno de los dos se ablandara.

"Piensa en esto como un momento de enseñanza", dijo ella suavemente, irrumpiendo en sus pensamientos. "Debemos enseñarnos unos a otros, y cada uno debe aprender".

"Vamos", dijo.

"Conozco mi temperamento. Sé que soy impulsivo. A menudo digo y hago cosas antes de pensarlas. Así que te pido que discutas las cosas razonablemente conmigo, en lugar de darme una orden. Si puedes hacerlo, nos irá mucho mejor a los dos".

Volvió a acomodarse contra las almohadas. No podía evitar sentirse divertido. Y ella tenía razón en esto. *Era* capaz de ser razonable. Muchos de sus hombres lo juraban.

"Y tú también tienes ingenio", replicó. "¿Sacaste a colación la boda de Emily con el propósito de crear este momento 'didáctico'?"

"En realidad, fue un extra inesperado. Nunca mencioné la boda. Sólo dije 'Emily'".

Se agachó y le trazó la cicatriz del costado con la punta del dedo. Alexander inspiró profundamente, sintiendo cómo el calor se filtraba por su piel. La herida, reciente hacía sólo unos

días, parecía estar curada. De hecho, ya ni siquiera pensaba en ella.

"Muy bien. ¿Y ella?"

"Pensaba que podría tener alguna información sobre la tableta".

"¿Emily? ¿Cómo?"

"Nuestras madres eran hermanas. Podría equivocarme, pero es al menos una posibilidad que la piedra pasara de mi abuela a Sine. Solía oír historias de que mi madre había heredado el don de la curación de su madre".

"Y crees que Emily puede haber oído historias de su madre".

"Mi madre murió cuando yo tenía doce años, pero mi tía murió hace sólo dos veranos. Quizá Emily sepa algo".

Alexander se apoyó en un codo.

"Emily y tú pasasteis algún tiempo juntos mientras crecáis".

"Cada vez que mi padre pensaba que pasaba demasiado tiempo con los hombres, me enviaba a Craignock... durante meses".

"¿Pero ni tu tía ni Emily mencionaron nunca nada de esto?"

Kenna negó con la cabeza. "Nunca surgió el tema. Pero nunca pregunté. No sabía que la tablilla me esperaba en el castillo de Varrich". Hizo una pausa.

"¿Qué pasa?"

"Ahora que lo pienso, si hubiera sabido de este don cuando mi tía enfermó, podría haberla ayudado. Incluso le habría salvado la vida".

"¿Pero estabas en el castillo de Varrich cuando murió?"

"Lo estaba".

"Tres semanas de duro cabalgar con buen tiempo, si no más. ¿Cuánto tiempo estuvo enferma?"

Sacudió la cabeza y se miró el regazo. "No mucho. Pero ahora que sé de lo que soy capaz, lo que podría haber hecho..."

Alexander le cogió la mano. Su pulgar acarició la cálida palma. "No tenías la piedra. Y ni siquiera la conocías. Pero también debes recordar que no puedes salvar a todo el mundo. No puedes estar en todas partes. La enfermedad y la muerte forman parte de este mundo en el que vivimos. Todos somos mortales, Kenna. Tu madre lo era. Y los que tenían la piedra antes que ella también lo eran. Deja atrás esa culpa. Piensa en los que ya has salvado. En los que salvarás".

Sus ojos eran joyas empañadas cuando se encontraron con los de él. Se llevó las manos unidas a los labios y le besó los dedos. "¿Cuándo te volviste tan sabio?"

"Es un don. Siempre lo he tenido". Alexander sonrió y le tocó los labios. Le secó una lágrima que cayó sobre su mejilla.

El poder que la piedra otorgaba a Kenna no era un asunto insignificante. Era realmente una cuestión de vida o muerte, y no se le escapaban las ramificaciones. Si alguna vez se corría la voz más allá de los rumores que difundían Evers y Maxwell, si alguna vez se hacía pública la verdad de su poder, siempre sería perseguida. Por todos. No podía permitir que eso ocurriera.

"Entiendes que debemos mantener tu don en secreto", le dijo con suavidad pero con firmeza. No se lo estaba ordenando, pero necesitaba que lo comprendiera. "Y eso es de todos. De mi familia. De tu familia. De todos. Dijiste que tu madre nunca te había hablado de ello. Cuando hables con Emily, de alguna manera no debes revelarle nada".

"Lo sé". Kenna suspiró. "Revelar este secreto le costó la vida a un anciano y, por eso, el inglés sabe todo lo que sabía Cairn. Por eso viene a por mí".

Asintió con la cabeza.

"Alexander, necesito encontrar a las otras dos mujeres que persigue Evers... antes de que él las encuentre. Deben poseer un don que, de algún modo, está relacionado con el mío. ¿Y qué ocurre si no tienen forma de protegerlo?"

"Tú no... *nosotros* los encontraremos. Nosotros dos". Sabía que sería cuestión de tiempo que Kenna sacara el tema.

Ella le apretó la mano.

"Ni siquiera sabemos sus nombres", continuó. "Pero en cuanto desembarquemos, pondré a Diarmad tras su pista. A estas alturas del norte, estamos en una posición mucho mejor para encontrar a esas mujeres de lo que jamás podrían estar Evers y sus ejércitos".

Kenna parecía controlar mejor sus emociones. La expresión de confianza había vuelto a su rostro. "Aún me gustaría ver a mi prima. Quizá no antes de ese desastre de boda, pero pronto".

"Sir Quentin Chamberlain se llevará a Emily de vuelta a las Fronteras en cuanto pueda. Puedes estar seguro de ello".

"Sí", espetó Kenna. "¿Pero cómo ha podido un padre hacer una pareja tan desastrosa para su única hija?"

"Tampoco te pareció muy bien la decisión de *tu* padre".

"En comparación, tú eres un príncipe. Chamberpot es un pedazo de equipaje enconado, envejecido y con piel de elfo".

Un príncipe. Alexander sonrió. Otro cumplido más de su esposa. Podría acostumbrarse a esto.

"Pero si ni siquiera le has conocido".

"Tampoco Emily, y eso lo empeora. Vivimos en el siglo 16th, no en la Edad Media, ¡por los santos!"

"Conocí al hombre. En el tribunal".

La curiosidad iluminó su rostro. "¿Y...?"

"Sir Quentin es enclenque y vanidoso. Un pavo real mal criado. Pero tiene riqueza y posición en la corte. Y para su segunda esposa quiere una mujer joven, bella, sumisa, con buen nombre y potencial para la reproducción. Y esta unión con los MacDougall no hace sino aumentar su poder e influencia".

Kenna se estremeció y se tumbó junto a su marido. "Sigo sin creerme que Emily esté tan dispuesta".

Ella quería estar encima. Él se lo permitió.

Aunque sabía que le causaría problemas, James no se resistió cuando ella se le echó encima, bajo el cálido heno. Le recorrió la barba áspera con los dedos. Su curiosidad la guiaba mientras le rozaba tierna y repetidamente los labios con los suyos.

Se quedó quieto, congelado entre lo que debía hacer y lo que quería hacer. Ya estaba excitado por ella. Moverse significaría tomar las riendas, y su cuerpo ansiaba mucho más que besarla.

Inteligente, enérgica y deseosa de él, era un sueño seductor de carne y hueso. En lo más recóndito de su mente, se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Pero en sus entrañas sintió la misma emoción que siente el cazador cuando se encuentra cara a cara con el ciervo. La conexión entre ellos era palpable; era innegable. Interiormente, dio las gracias a la mano del destino por haberlos unido, por darles esta última oportunidad antes de que ella se casara y se fuera para

siempre. Éste era su momento. Quizá su último momento.

Le pasó la punta de la lengua por la costura de los labios. Ella se detuvo e imitó lo que él había hecho. Esta vez profundizó un poco más, frotando la lengua contra la de ella. Sintió su respiración entrecortada. Emily era una alumna aplicada. Su lengua le exploró la boca y su cuerpo se amoldó al de él.

Si quería llevarlo más allá de la razón, estaba funcionando. Sus manos la acariciaron mientras se besaban. Le amasó la espalda y luego las nalgas, apretándola contra él. Un suave gemido escapó de su garganta.

Se afirmó un último vestigio de razón.

"Deberíamos parar", susurró en voz baja. "Los mundos están a punto de cambiar, quizá para siempre".

Pero incluso mientras lo decía, enganchó una de sus piernas con la suya, manteniéndola cautiva.

"Lo sé", le dijo al oído. "Pero todavía no. Nunca había hecho esto antes, y... me siento tan bien".

Un bache en el camino los sacudió, y el cuerpo de ella chocó contra la ya evidente erección de él. Abrió mucho los ojos y su mirada se dirigió inmediatamente a la boca de James. La atacó con nuevo vigor, esta vez un asalto de labios y lengua con la boca abierta.

Cuando no pudo aguantar más, apartó la cara y apretó la cabeza de ella contra el pliegue de su cuello. Cada vez le costaba más permanecer pasivo. Intentó concentrarse en cualquier cosa y en todo en vez de en el impulso de enterrarse en lo más profundo de su virginal envoltura. Intentó no verla, no pensar en ella, no oler su embriagador aroma. No podía dejar que su polla tomara decisiones de las que ambos se arrepentirían.

Apartó parte de la paja. Luz del sol y aire fresco y destellos de hojas en los árboles.

"Me pregunto si besar a Sir Quentin será tan bueno como besarte a ti".

"Nada de lo nuestro será igual", murmuró, luchando contra la ira irracional.

A pesar de sí mismo, la hizo rodar bajo él. Separándole las rodillas, se metió entre sus piernas, donde la tela de su vestido roto era la única barrera. "¿Sientes esto?"

Tenía los ojos medio cerrados y asintió. Inclino las caderas, apretándolo aún más contra ella. No lo entendía.

"¿Es esto lo que quieres?" Tiró del escote del vestido, con más fuerza de la que pretendía, y la tela se rasgó, dejando al descubierto uno de sus pechos. Antes de que se diera cuenta, su boca descendió, aferrándose al pezón mientras ella jadeaba y levantaba las rodillas. Apretó la cabeza de él contra su pecho.

"Oh, James", jadeó. "Por favor, ¿qué me está pasando?"

Se separó de ella y la besó con fuerza. Metió una mano entre sus cuerpos. Le levantó las faldas y encontró su humedad. La acarició con un dedo y profundizó en su estrechez. Ella se convulsionó en sus brazos, jadeando, tirándole del pelo, retorciéndose, con el corazón latiéndole tan fuerte que él podía sentirlo en el pecho.

Volvió el pensamiento racional, y él retiró la mano lenta y suavemente y rodó hacia un lado, sosteniéndola aún entre sus brazos. Le dolía lo mucho que deseaba tomarla. Y sabía que ella se lo permitiría. Pero no lo haría. Aquí no. No así. Ya había hecho más de lo que pretendía.

Sus ojos azules le miraron con asombro. Le acarició la cara, rozándole los labios con el pulgar. "¿Cómo...? Nunca esperé..."

James se tensó al oír que el granjero llamaba a sus bueyes, y el carro crujió hasta detenerse.

"Calla".

Los dos hombres estaban hablando, pero él no podía oír las palabras. Oyó el ruido del equipo al ser desenganchado del carro. James se apartó de Emily, dispuesto a luchar cuando los hombres llegaran a la parte de atrás.

Pero no volvieron en sí. Sus voces se hicieron más débiles mientras se llevaban a los animales.

James se abrió paso a empujones y bajó del carro. Los dos hombres habían cruzado un viejo puente con los bueyes y estaban a punto de desaparecer por la cima de una colina. Un momento después, habían desaparecido.

Miró a su alrededor. Habían dejado el carro de heno junto a un molino abandonado. El patio estaba cubierto de maleza y la cabaña de paja estaba claramente desierta. No había nadie más a la vista.

Emily bajó del carro, con el pelo y la ropa cubiertos de heno.

Su vestido estaba rasgado por delante, y sus pechos perfectos atrajeron su mirada. Por el diablo, pensó. Se lo había hecho él. Ella se dio cuenta de que la miraba e inmediatamente recogió la tela, cubriéndose.

"¿Dónde estamos?", preguntó.

Antes de que pudiera responder, les llegó el sonido de unos caballos que se acercaban. Fuesen quienes fuesen, los jinetes venían en dirección al castillo.

"¿Qué hacemos? La nota de pánico era evidente en su voz.

Los prados abiertos que les rodeaban no ofrecían ningún lugar donde esconderse. Por el ruido de los caballos, supo que ni siquiera habían tenido tiempo de cruzar la colina más allá del puente.

El molino era una trampa. La vieja presa había cedido y el río que había debajo era poco profundo pero ancho. El molino sería el primer lugar donde buscarían, pero era su única oportunidad. Tal vez hubiera algo que pudiera encontrar allí para utilizarlo como arma.

Arrastró a Emily por el patio hasta el molino y la empujó dentro. "Busca cualquier cosa que podamos utilizar para luchar contra ellos".

Un momento después, los jinetes aparecieron a la vista y sintió alivio.

"No pasa nada", llamó a Emily por encima del hombro. "Kester y seis de sus hombres. Y el abad está con ellos".

Salió y cruzó el patio mientras el grupo ataba sus monturas.

"Por San Andrés, me alegro de encontrarte aquí", dijo Kester, sin desmontar. "Pero estamos buscando..."

"Yo también estoy aquí", dijo Emily, saliendo del molino.

Todos los ojos estaban puestos en ella. James se maldijo mientras intentaba mantener unidos los trozos de su vestido. Cuando se volvió hacia los jinetes, vio una expresión de horror en el rostro del abad. Los ojos de Kester brillaban de asesinato.

"¿Qué pasa aquí?", gruñó el guerrero.

"Dame una manta o algo para taparla", exigió James.

Uno de los hombres le tendió una manta, y James la sacudió y se la echó sobre los hombros. Ella le miró con expresión agradecida.

Se volvió hacia Kester, que estaba desmontando.

"Alguien nos secuestró. Me drogaron y me llevaron a Oban. Nos retuvieron en un castillo no muy lejos de aquí. Debe de ser Evers o alguien que trabaja con él. ¿Dónde estamos? ¿Qué castillo hay cerca de aquí?"

Antes de que Kester pudiera contestar, Emily irrumpió. "¿Qué haces aquí, Abbott? ¿Por qué estás con Kester?"

"Tu padre, muchacha. Estaba preocupado por ti. Y con tu boda..." El clérigo hizo una pausa, estudiando detenidamente el vestido roto y el estado desaliñado de Emily. "¿Te...? ¿Te atacaron?"

Emily lo miró fijamente y luego pasó la vista de Kester a James.

El interrogatorio del abad era claro. James lo vio claramente. El hombre había sido enviado para atestiguar más tarde que a Sir Quentin no le habían engañado con una novia virgen. Todo seguía igual.

A pesar de su secuestro y de la posibilidad de que resultara herida, ahora mismo Emily no era más que una moneda de cambio a los ojos de los MacDougall. Podía ser su única hija, pero su seguridad y bienestar eran secundarios respecto a los asuntos del clan. Eso podía estar bien para algunos, pero a los ojos de James Emily tenía más valor que eso.

Cruzó hacia ella, mirando al abad y a Kester. "Nos darás un momento".

Cogiendo a Emily de la mano, la condujo a través del patio y al interior del edificio. El suelo seguía cubierto de cáscaras de avena, aunque hacía tiempo que habían retirado los molinos. Reuniendo sus pensamientos, James miró hacia abajo, a través de un agujero en el centro del suelo, el agua que corría bajo el edificio.

Por fin, sin ceremonias, sin advertencias, sin cumplidos de ningún tipo, se volvió y soltó lo que pensaba. "Te casarás conmigo. Aquí mismo. Ahora mismo".

Su boca se abrió y se cerraba. Al principio parecía confundida, pero luego su expresión se suavizó. "¿Qué me estás diciendo, James?"

"El abad lo sabe, y también Kester y los demás".

"¿Qué saben ellos?"

Hizo un gesto con la mano hacia su estado desaliñado, hacia el vestido roto.

Por el diablo, pensó, era hermosa.

"No permitiré que te interroguen sobre qué ocurrió, cuándo y por quién. Sólo los rumores te destruirán. Le pondremos fin antes de que empiece. Nos casaremos".

"¿Por qué haces esto?"

"Ya sabes por qué", espetó. "Lo hago para salvar tu honor y tu reputación. Eres una buena mujer, Emily. Y no tuvimos elección al ser capturados. Pero esto... esto último... lo que ocurrió en el carro. Lo que hicimos... lo que hice... fue más allá de la inocencia. Para todos los que están ahí fuera, es obvio que algo ocurrió. Y debo asumir toda la responsabilidad por ello".

"Pero te besé. Prácticamente te ataqué".

Era tan inocente. Como si sus castos besos fueran comparables a lo que él había hecho. La forma en que la había tratado. La forma en que la deseaba. La forma en que la deseaba incluso ahora.

"Estaba más que dispuesta a que me besaras. Pero lo llevé más lejos que..."

"James, espera. Tengo que hablar contigo".

"Nada de eso importa. Debemos casarnos. Los planes de tu padre se han ido al traste y debo resarcirme. A él. Y a ti".

"Pero..."

"No. Así es como debe ser". Se dirigió hacia la puerta abierta. "Traeré al abad. Celebraré la ceremonia o le romperé su escuálido cuello".

"James. Para. No me casaré contigo".

Capítulo Veintidós

"Me he ido, aunque estoy aquí: no hay amor..."

EMILY SE RETORCIÓ LAS MANOS. Sus ojos la quemaban.

Lo entendería. Tenía que hacerlo. Ella había urdido un plan inocente. Y todo había salido mal.

"James, este matrimonio no puede celebrarse", dijo ella en voz baja. "Al menos, no por esas razones".

"No tienes ni idea del escándalo que será esto, aquí y en la corte. Después de lo ocurrido, ese pomposo de las Lowlands no se casará contigo. Pero se asegurará de que tu nombre y el honor de tu clan queden manchados en todas las posadas y burdeles desde Dumfries hasta Stirling", dijo. "No, muchacha. Te he hecho mal y estoy decidido a arreglarlo. Debemos casarnos. Es la única manera".

Emily sacudió la cabeza. Esto ya había ido demasiado lejos. No soportaba verlo tan angustiado por ella cuando ella era la causa. Ahora rezaba para que lo comprendiera.

"Todo esto es un gran error. Nunca quise que sucediera así. Sólo quería tiempo para hablar contigo, para estar contigo".

"¿De qué estás hablando?"

Respiró hondo.

"El plan original era sencillo. Mi gente iba a ponerte una droga en la bebida para que te sintieras mal. Iban a llevarte a una casa de campo en Oban donde yo te esperaba, donde podría cuidarte hasta que recuperaras la salud. Donde podríamos pasar algún tiempo y yo podría contarte mi cambio de opinión".

James la miró fijamente, con cara de perplejidad.

"Sólo era una corriente de aire para dormir", continuó ella, intentando mantener la calma. Quizá él le viera la gracia. "Debido a tu tamaño, no sabíamos cuánto darte. Sólo queríamos que te sintieras mareada. Un poco enferma".

La mirada de desconcierto desapareció. Su rostro se volvió inexpresivo, ilegible.

"Fue entonces cuando el plan se vino abajo. Te desmayaste y todo salió mal. Los guerreros Campbell y Macpherson estaban por todas partes. Mis hombres entraron en pánico. No pudieron llevarte hasta mí, así que te llevaron al castillo de mi tía, al norte de la ciudad. Yo aún no estaba allí, y mi tía no sabía nada del plan. Y cuando se enteró, no quiso saber nada. Tenía miedo de lo que pasaría si te despertabas antes de que yo llegara. Así que te metió en el calabozo. A buen

recaudo".

Su silencio empezaba a inquietarla. Siguió corriendo, intentando explicárselo todo.

"Cuando llegué hasta ti, ya te estabas revolviendo y no sabía qué hacer. Temía que te enfadaras y te fueras enseguida. Así que hice lo único que se me ocurrió. Fingí que nos habían secuestrado a los dos. Hice que los guardias me arrastraran a la celda contigua. Pensé que aún podríamos tener una oportunidad de hablar. Seguí intentándolo. Quería explicarte, decirte lo que sentía por ti y por mí, por Sir Quentin, pero no me escuchabas. Sólo querías salir de allí. Fuiste implacable. Así que tuve que seguirte la corriente, improvisando sobre la marcha. Cuando me di cuenta de que realmente íbamos a escapar, temí que alguien saliera herido".

Sabía que estaba empezando a balbucear, pero ya no podía parar.

"Para ser sincero, *tú* me diste la idea. En lo que hiciste por Alexander y Kenna. Pensé que podría organizar lo mismo para nosotros. Una oportunidad para estar juntos. Dijiste que sabías que estaban hechos el uno para el otro, y que sólo necesitaban tiempo para darse cuenta. Quería eso para nosotros porque...". Titubeó y luego continuó. "Porque te quiero. Y sé que tú también me quieres. No podría soportar marcharme y casarme con otra persona. No sin saber... sin saber lo nuestro. Así que tuve que hacer algo. Pero lo estropecé todo..."

"Para".

Su orden cortante cortó el aire. Emily se estremeció ante la fría furia que vio en la profundidad de sus ojos grises.

"Me envenenaste. Me engañaste. Me mentiste".

Había querido hacerle ver a James que todo lo que había hecho había sido por afecto, pero sus ojos le dijeron que no. Las lágrimas brotaron y salpicaron sus mejillas.

"Me has utilizado para divertirme", gruñó. "Eres la mujer más baja que he conocido".

"No digas eso. Comprendo que fui demasiado lejos, que lo estropecé todo. Pero te quiero. Y estaba tan desesperada por saber lo que sentías por mí. Había tantas cosas sin decir entre nosotros. No podía casarme con Sir Quentin. No estando enamorada de ti. Intenté robar algo de tiempo para nosotros, de la única forma que se me ocurrió. Sólo una noche". Emily se detuvo. Le tendió una mano. "Lo siento, James. Por favor, perdóname".

"Nunca", carraspeó con voz de frío acero. "Mi única esperanza es no volver a ponerte los ojos encima".

Ella había mentido. Todos habían mentido. Ella mintió.

El sonido de su llanto siguió a James hasta la puerta del molino. Se detuvo en el patio, lleno de ira. Las lágrimas no significaban nada. Era demasiado tarde para llorar.

Maldito infierno. Maldito infierno.

El sol de la mañana enmarcaba a los hombres y los caballos que estaban en el camino de carros más allá del patio del molino, pero no era rival para el fuego que ardía en su interior. Le ardía la cara. ¿Cómo podía ser tan idiota?

Los puños del montañés se cerraron con fuerza. Sus ojos se fijaron en Kester, que estaba de pie junto al abad, cerca de los demás.

"¿Lo sabías?" preguntó James, dándole la vuelta.

Kester frunció el ceño. "¿Qué te ha dicho?"

"¿Quién lo sabía? ¿Su padre?"

"No, muchacho. Ni su padre ni su tía ni el abad están aquí".

"Pero tú lo sabías".

"No quería hacerte daño. Su plan salió mal, pero la muchacha sólo quería un rato para hablar contigo".

El golpe en la mandíbula hizo que el guerrero MacDougall retrocediera tambaleándose por el camino de carros.

Era un monstruo. Sí, hermosa por fuera, pero con un alma retorcida que bullía en su interior. Era una manzana envenenada. Y él no la había visto. Era un tonto.

Y éste no era más que un esbirro, que cumplía sus órdenes.

Pero a la hora de la verdad, no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

Con una dura mirada hacia el molino, subió al caballo de Kester y condujo al animal hacia las colinas.

Secándose la sangre de la cara, Evers supo que le habían engañado. Yendo hacia el oeste, siguiendo la orilla del largo lago, se habían visto acorralados por una cresta de montañas infranqueables al norte. El camino había resultado ser una trampa mortal.

Sir Ralph escrutó la ladera que le rodeaba. Acres de brezo y macizos de pino, y el suelo cubierto de sangre y cadáveres. Una fuerza tan pequeña de montañeses y, sin embargo, habían llegado gritando desde el oeste y habían caído sobre sus fuerzas con tal salvajismo. ¡Con tanta ferocidad! No había encontrado nada parecido en las Fronteras.

La sensación volvía a su brazo izquierdo, donde el bárbaro le había golpeado con su martillo. El gigante pelirrojo había exhalado su último suspiro un instante después, con la espada de Evers clavada en el corazón.

Todos los Highlanders yacían muertos en el campo. Ninguno escapó. ¿Pero a qué precio?

Sir Ralph avanzó lentamente sobre el suelo ensangrentado. Sus mejores oficiales habían muerto. Demasiados de sus combatientes ingleses estaban muertos o agonizando. Muchos de los escoceses de las Lowlands estaban sentados o arrodillados, recuperando el aliento.

El precio había sido demasiado alto. Había perdido demasiados hombres.

Flexionó la mano izquierda. Utilizable, una vez más.

Las sombras se alargaban cuando llegó a su compañía de vanguardia. Se volvió hacia una arboleda junto a la orilla del lago, donde la batalla había sido más salvaje. El líder del enemigo yacía de espaldas, con su tartán desgarrado y ensangrentado extendido como una gran ala de águila sobre la roca y la hierba. Unos ojos grises que no veían miraban fijamente al cielo escocés.

"Háblame, Highlander", ordenó Evers. "Levántate y habla".

El espectro se levantó del cuerpo y se enfrentó al inglés.

"¿Cómo es que sabías dónde atacarnos?"

"Todos los clanes de las Highlands Occidentales saben que vienes, carnicero. Estás en tierra de los Graham, pero sólo somos los primeros con los que te encontrarás. Los MacNabs y los Campbells se reúnen al oeste. Morirás, empapado en tu propia sangre, antes de llegar al mar".

Evers hizo un gesto con la mano, despidiendo al fantasma. "Vete, espíritu. Al infierno contigo y con todos los de tu bárbara calaña".

Sir Ralph miró hacia el oeste. Nunca conseguiría superar a una fuerza mayor de montañeses, no con los hombres que le quedaban. Tenía que invertir su rumbo, ir hacia el este y reunirse allí con sus fuerzas.

Dando la espalda al cielo anaranjado, el inglés se abrió camino de vuelta por el campo de batalla, ignorando los espíritus que surgían de cada cadáver ensangrentado. A su alrededor, sus hombres habían empezado a despojar a los cadáveres de sus armas.

Maxwell seguía persiguiendo a la mujer. El último mensaje que había enviado decía que ella se había escapado de la horca, pero que el Lowlander tenía un nuevo plan.

Fuera lo que fuese, más le valía que funcionara, pensó Evers, o destriparía a Maxwell como a una cerda y se comería su miserable corazón.

Capítulo Veintitrés

"Encanta el dolor con el aire y la agonía con las palabras".

KENNA SE INCLINÓ y le susurró tentadoramente al oído.

"Más espacio, bestia. Haz que esto dure".

Pero no había forma de frenarle. Se dirigía a casa.

"Si al menos tiras un zapato, me encargaré de que te den avena extra para cenar".

Su caballo sacudió la cabeza con un relincho, y Kenna tuvo su respuesta.

El animal no podía caminar lo bastante despacio para adaptarse a ella. Kenna viajaría a pie el resto del camino si creía que podía salirse con la suya.

Ayer cruzaron el valle del río que marcaba el inicio de las tierras de Macpherson. Se acercaban a su destino. Con los largos días de verano, habían salido muy temprano esta mañana. Tras dos días de cabalgata, hoy llegarían al castillo de Benmore. Gran parte de las praderas del valle estaban cubiertas de brezo, pero Kenna apenas se dio cuenta del manto púrpura que se extendía a su alrededor.

Codo con codo, a la cabeza de los guerreros Macpherson, Kenna y Alexander coronaron otra cresta. Las montañas Grampian, cubiertas de nieve incluso ahora, se alzaban majestuosas hacia el sur.

Kenna suspiró. Deseó que su marido se llevara a sus hombres y cabalgara por delante y la dejara a solas con su miseria en este último día de su viaje. Pero él se quedó con ella.

Apretando inconscientemente las riendas de su montura, se encogió al pensar en lo diferente que sería su entrada en la fortaleza de los Macpherson en comparación con seis meses atrás. El invierno pasado, los planes habían incluido mucha ceremonia y grandeza. Una gran compañía de guerreros MacKay la escoltaría con gaitas y tambores, y dos jóvenes cabalgarían a cada lado como doncellas de su señora. Se habían cargado carros con baúles llenos de vestidos y telas finas y abundantes regalos que su gente había pasado semanas preparando para prácticamente todo el mundo en Benmore. Ella, Kenna MacKay, hija de Magnus MacKay, Laird del Norte, iba a representar lo mejor de su pueblo en esta unión. Debía hacer que su clan se sintiera orgulloso.

Qué diferente de hoy, pensó Kenna con creciente angustia. Iba a llegar con un vestido y una capa prestados, sin llevar regalos, sin traer nada de su pueblo, escoltada por nadie de su clan. Era una novia fugitiva que había deshonrado a los MacKay y los Macpherson el día de su boda y ahora la arrastraban de vuelta como a una renegada capturada. No tenía más valor que una ramita de brezo pisoteada.

La mente de Kenna bullía con situaciones incómodas y hostiles a las que seguramente se enfrentaría. Luchó contra argumentos imaginarios y se resistió a las penas que se vería obligada a pagar. La insensatez de la metedura de pata de Alexander en su noche de bodas ya no importaba. Todo el mundo parecía saber que los planes de Kenna se habían hecho días antes de la boda. La culpa era suya. Siguiendo este camino, le entraron sudores fríos al pensar en cómo la recibirían el laird y lady Fiona. Teniendo en cuenta todo, ¿cómo podía esperarse que la trataran?

Conocía su propio temperamento. ¿Sería capaz de mantener la cabeza fría? ¿Qué opciones tenía? ¿Qué iba a hacer?

"Si cabalgas más despacio, quizá no lleguemos a Benmore antes del invierno".

"Me gustaría. Mucho más tiempo juntos. Los dos solos. Imagino que no volveremos a tener una oportunidad como ésta en mucho tiempo".

No se dejó engañar.

"Algo te preocupa". Alexander acercó tanto su caballo que sus rodillas se rozaron. "Háblame, Kenna".

Dudó, pero sólo un instante.

"Tu familia me odia. Tienen todo el derecho a hacerlo. Les he dado suficientes razones".

Se sintió aliviada al deshacerse del peso que arrastraba desde hacía días. Huir ya no era una posibilidad. No le abandonaría. No rompería su promesa. Pero eso no facilitaba las cosas.

"¿Cómo me disculpas?", continuó. "¿Me pongo de rodillas y beso el anillo de tu padre? ¿Los pies de tu madre? ¿Debo hacer penitencia, trabajando en las cocinas? Necesito una respuesta. Necesito saber qué puedo hacer para que el pasado desaparezca".

"Problema difícil".

Alexander la estaba tomando en serio. Su ceño fruncido se lo decía. Siguió sus ojos cuando él desvió la mirada hacia las verdes y salvajes colinas de las Highlands, hacia el mosaico de espinos y pinares, hacia los campos de flores púrpuras y las montañas de picos blancos del sur.

"Kenna, si lo que crees merecer es penitencia, hay algo que puedes hacer". Su rostro era sombrío mientras le tendía la mano.

Le miró a la cara, sintiendo su apoyo.

"La próxima vez que estemos en la cama, te lo enseñaré".

Kenna intentó apartarle la mano, pero él no la soltó. Le dio una palmada en el brazo con las riendas, pero él se limitó a reírse a carcajadas.

"No es momento para el humor, bestia vil. Estoy realmente disgustado por la situación en la que me encuentro".

Detuvo los caballos de ambos e hizo señas a sus hombres para que pasaran.

"Kenna, ya te lo he dicho antes; no hay motivo para que estés enfadada. Lo que pasó después de la boda quedó entre nosotros dos. Nos hemos reconciliado. Mejor que reconciliados. A partir de ahora, todo irá bien. Te lo aseguro".

"No puede ser", le dijo ella. ¿Por qué no podía entenderlo? "Aunque las consecuencias inmediatas de nuestra boda fueran intachables -que no lo son-, mírame. Mira a la mujer salvaje que te llevas a casa para presentársela a la hija del rey Jamie".

"Estás hablando de mi madre", le recordó.

"No eres de ayuda". Dejó escapar un suspiro frustrado. "Mírame. Mírame por lo que soy. Por las cualidades que me faltan. No sirvo para ser la esposa del laird de un clan como los Macpherson. Tu familia lo verá, si no lo ha visto ya. Lo sabía en el fondo de mi corazón cuando huí antes".

"Kenna".

"Pero no te preocupes, no volveré a huir", le aseguró. "Sólo tengo que aprender a aceptar mi suerte en la vida. Tengo que acostumbrarme a una vida de miseria".

"No serás desgraciada. Te lo prometo. Todo esto saldrá bien para satisfacción de todos. Deja que te lo explique como yo lo veo. Como lo verán mi familia y el resto del clan Macpherson".

"Ya me lo has dicho", le recordó ella. "Bromeas sobre hacer penitencia en tu cama, pero hay algo de verdad en ello. Tu pueblo estará satisfecho mientras produzca un hijo cada año durante toda mi edad fértil, lo que te convertirá en el orgullo de las Highlands y a mí en una anciana antes de tiempo. Si sobrevivo. Y ambos sabemos cómo le fue a *mi* madre".

Se inclinó hacia delante y le cogió la barbilla. Sus ojos azules se clavaron en los de ella. Ya no había ni una pizca de humor en ellos.

"No quiero ni una sola cría si el precio es tu vida. Sólo te quiero a ti".

Kenna negó con la cabeza. "Siento haber dicho eso de mi madre. No era mi intención. Es que estoy sobreexcitada por todo".

"Déjame decirte por qué los Macpherson te *adorarán*". Le acarició la mejilla. "Hace seis meses, iba a casarme con una bella muchacha en un matrimonio concertado que era un buen negocio para nuestros dos clanes. No la conocía mejor de lo que ella me conocía a mí. Cumplía con mi deber. Mi pueblo me respetaba por ello. Aun así, era una extraña para todos nosotros. Pero hoy, traigo de vuelta a una joven hermosa y valiente de la que estoy profundamente enamorado. Una mujer a la que ahora conozco tan bien como a mí mismo. Es una leona sin miedo. Es una mujer digna de ser reina".

Los problemas de Kenna se evaporaron como la bruma matinal bajo el sol de las Highlands.

"¿Qué has dicho?"

"He dicho que eres preciosa".

"No, después de eso".

"Que eres apta para ser reina".

"Antes de eso".

Le rozó los labios con los suyos. "Que estoy profundamente enamorado de ti. Y mi pueblo no es tonto. Sabrán que eres la primera mujer que reclama mi corazón".

No era una llorona. Nunca lo había sido. Despreciaba a las mujeres que no podían controlar sus emociones. Pero allí estaba, llorando como una niña.

"Mi amor".

De repente, uno de los guerreros les gritó. "Llegan los jinetes".

Se sacudió las lágrimas y miró hacia donde él señalaba. Tres guerreros a caballo habían salido de un bosquecillo de robles y corrían hacia el valle. Los jinetes venían directamente hacia ellos, y Kenna miró interrogante a Alexander.

"Macphersons", le dijo.

Los cascos atronadores se hicieron más fuertes a medida que los jinetes se acercaban. Parecía que en sólo un instante habían cubierto el terreno que les separaba. El aire se llenó de repente con el sonido de gritos de bienvenida y bromas amistosas. El olor del cuero y de la carne sudorosa de los caballos y los hombres. Los rostros rubicundos, las telas escocesas y el destello del metal al sol de la mañana.

La confianza que había estado eludiendo volvió a calar en sus huesos. Éste era el mundo en el que había crecido. Éste era el mundo que mejor conocía.

Kenna reconoció al guerrero rubio oscuro. Colin, el hermano menor de Alexander. Kenna se incorporó en su silla de montar. Los Macpherson la miraron con interés, y oyó murmullos de aprobación mientras se arremolinaban a su alrededor.

Colin cabalgó directamente hacia Alexander. Los dos hermanos se abrazaron a lomos de sus caballos. Luego volvió hacia ella su rostro joven y sonriente.

"Kenna". Hizo una reverencia.

Ella le devolvió la reverencia. "Colin".

"Mi mujer me ha dicho, en términos inequívocos, que no se me permite volver a Benmore hasta que me disculpe contigo con toda la elocuencia que pueda reunir y te convenza de que me perdones".

Colin tenía los mismos ojos azules y sinceros que su marido, pero su expresión denotaba picardía.

"¿Elocuencia? ¿Tú?" dijo Alexander. "Planea dormir con los caballos, entonces, muchacho".

"Otra vez", añadió uno de los otros, entre risas a su alrededor.

Colin los ignoró a todos. "Acepta mis sinceras disculpas. La noche de vuestra boda os gasté una broma malintencionada, pero creedme cuando os digo que no tenía ni idea de que este viejo percebe se quedaría dormido en cuanto se metiera en la cama equivocada."

"Oh, esperabas que permaneciera despierto. ¿Y a qué habría conducido eso, me pregunto?"

"¿Llevado a?" El comportamiento de Colin perdió parte de su picardía. "A nada. A nada. Lo que quería decir es que habría reconocido que estaba con la moza... eh, mujer equivocada, y la habría dejado inmediatamente".

¿"Para acabar con la siguiente 'moza' que le esperaba"?

"No había ninguna otra moza. Quiero decir 'mujer'".

"Una elocuencia sin igual, hermano", comentó Alexander con una sonrisa burlona.

"¿Y esperas que me lo crea?" preguntó Kenna a Colin.

"Sí. Deberías. Debes hacerlo. Verás, sólo estaba devolviendo el favor a mi hermano mayor por una docena de bromas que me ha gastado. Así ha sido siempre entre nosotros tres. No pretendía hacer daño..."

"Pero con esa broma se me dirigió un insulto".

La mirada pícara había desaparecido. En su lugar, Kenna vio remordimiento.

"Te pido disculpas. De verdad. Fue una travesura tonta e inoportuna. Y lo que más me preocupa de ello es haberte causado dolor. Nunca fue mi intención". Le tendió la mano. "¿Podrías perdonarme?"

"Si no lo hace", dijo alguien. "Tess puede decidir que los establos son demasiado buenos para él".

"Entonces, a la pocilga con él", añadió otro.

Cogió tímidamente la mano de Colin. "Tu mujer nunca me ha mostrado más que amabilidad y amistad. Pero, ¿estás realmente aquí por las amenazas de Tess, o deseabas hacer tú mismo las paces conmigo?"

Colin se llevó la mano a los labios. "Era mi deseo. Bueno, sobre todo mío. Llevo meses deseando que llegues a casa, sólo para tener la oportunidad de decirte esto".

Sonrió. "Entonces viajaremos a Benmore como hermano y hermana, y me aseguraré de decirle a Tess que he aceptado tus disculpas sin reservas. Sin duda gracias a tu elocuencia".

Los hombres que los rodeaban lanzaron una aclamación. Retiró la mano y la colocó entre los pliegues de su capa mientras se volvía hacia su marido.

"Ah, esos momentos de enseñanza", murmuró. Sus ojos brillaban con lo que ahora sabía que era amor por ella.

Colin maniobró con su cargador entre los dos, rompiendo su momento.

"Fuera de mi camino, gárgola", dijo por encima del hombro a Alexander. "Milady, ahora que

me habéis perdonado, ¿puedo acompañaros el resto del camino hasta el castillo de Benmore?".

Antes de que ella pudiera responder, su atención fue atraída a través del valle hacia una docena de jinetes más.

"¿Esperas que nos acompañen más Macpherson?", preguntó, mirando de Colin a Alexander.

"Mira otra vez, muchacha. ¿No es ése el estandarte de los MacKay?"

"¿MacKay?" Su gente. El vaivén de emociones que había sentido hoy desapareció en un instante. Su corazón se hinchó. Su clan había venido. A pesar de todo lo que había hecho, no la habían abandonado.

Kenna observó cómo los guerreros Macpherson se separaban mientras dos hombres cabalgaban entre la multitud.

Robert. Allister. Los mejores guerreros de los MacKay e incondicionales defensores del clan. Eran luchadores a los que había adorado, a los que había seguido como a un cachorro cuando era niña. Aquellos dos hombres habían sido generosos con su tiempo y amables con una niña perdida, con una madre muerta y un padre retirado.

"Mis dos amigos", empezó a saludar. Se detuvo.

Otro hombre cabalgó detrás de ellos. Un hombre que ella pensaba que nunca vendría.

Su padre.

La alegría inmediata que había sentido al ver a los MacKay se evaporó en el aire. La sonrisa desapareció de su rostro.

Los dos se miraron en silencio. Su pelo era más gris. Unas líneas profundas que no existían hacía seis meses marcaban patrones alrededor de los ojos. Había envejecido de un modo fácil de ver. Pero seguía en forma. No tenía barriga en la parte media, como muchos hombres de su edad. Se sentaba a horcajadas sobre su semental con la confianza de un comandante preparado para la batalla. Sus ojos eran claros y agudos.

"Hija". Asintió con la cabeza.

Fue una sola palabra, pero dicha con ese mismo tono que ella conocía tan bien. Lo tomó como una bofetada, aquel aire frío de formalidad al que se había enfrentado durante ocho años. Pero nunca se había acostumbrado a él.

Magnus MacKay había olvidado cómo ser un padre para ella tras la muerte de Sine. La mantenía a distancia, sin interesarse por lo que hacía, adónde iba o con quién pasaba el tiempo. Kenna simplemente no existía hasta que llegó el momento de casarla. Sólo entonces tendría algún valor a sus ojos.

Volvieron las palabras. Los insultos que le había dedicado antes de la boda. El recuerdo de que pensaba tan poco de ella. Que era tan indigna del manto que iba a asumir... y del hombre que iba a ser su marido. Hacía tiempo que sabía cómo se sentía él. Su discusión de aquella noche no había hecho más que sellar la decisión de Kenna.

Magnus MacKay era la razón por la que había huido el día de su boda. Conseguir desacreditarlo, echar por tierra sus elaborados planes y alianzas, iba a ser su venganza.

Magnus sólo miró una vez a Alexander, saludándolo con un gesto de la cabeza antes de volver a fijarse en ella.

"Padre, no era necesario que vinieras".

Sabía que se había enviado un mensaje a los MacKay sobre su próxima llegada a Benmore. Pero nunca pensó que él vendría. Cuando no estaba enemistado con los lairds de Sutherland, le encantaba cazar en esta época del año en una cabaña de Altnaharra, en el extremo sur del territorio de los MacKay. No estaba aquí para apoyarla, sino para recordar a los Macpherson las condiciones del matrimonio.

"¿Y cómo están mis hermanos?"

"Giles y Ninian son unos chicos bien fornidos, que crecen un palmo al día, según parece. No los reconocerás".

"Creo que lo haré".

"Tal vez. Éste es su primer verano en Altnaharra, ¿sabes? Incluso consiguieron matar a un jabalí que les doblaba en peso. La bestia cargó contra ellos desde un matorral. Los muchachos atravesaron con sus lanzas aquella piel dura y vieja hasta clavársela en el corazón".

Kenna vio cómo la luz brillaba en sus ojos al mencionar a sus hijos. Había matado a su primer jabalí con una lanza a los trece años, después de que su caballo la tirara. Había estado a punto. Matar o morir. Allister se había sentido orgulloso de ella. Todos los hombres se habían sentido orgullosos. Pero ella les había suplicado que no se lo dijeran a su padre. Había sido tan tonta como para pensar que a él le importaría lo suficiente como para castigarla por montar corceles mucho más grandes de lo que podía manejar, por no hablar de seguir a los cazadores de MacKay.

"Querían venir", añadió su padre. "Te han echado de menos".

Y también los había echado de menos. Kenna adoraba a los gemelos, y Giles y Ninian la adoraban a ella. Desde que podían gatear sobre sus regordetas manos y rodillas, ella había sido el blanco de su afecto. La alcoba de los niños de ocho años fue su última y más difícil parada antes de huir del castillo de Varrich el día de su boda.

Ella y Alexander harían los preparativos. Vería a sus hermanos. Ahora mismo, no había nada más que quisiera decirle a su padre. Un pesado silencio se apoderó de la compañía. Kenna quería ordenarle que se marchara. Decirle que no le querían. Pero, por el bien de su marido, no montaría una escena.

"He mandado traer tus baúles desde el castillo de Varrich", dijo el MacKay, rompiendo el estancamiento. "No tardarán en llegar. Pero Lady Fiona me ha asegurado que no te faltará de nada antes de que lleguen tus cosas".

"Eso tampoco era necesario".

Él la ignoró. "Ahora debemos dirigirnos al castillo de Benmore. Allí te presentaré al laird. Los Macpherson cabalgarán delante. Tú cabalgarás a mi lado-"

"No", interrumpió ella. "Cabalgaré con mi marido".

Kenna no tuvo que buscar a Alexander. Él estaba a su lado, cogiéndole la mano.

"Buena idea, Kenna", dijo con despreocupación. "De hecho, ¿qué te parece si tú y yo cabalgamos por delante y nos adelantamos al resto de esta compañía hasta Benmore? Eres uno de los mejores jinetes de las Highlands. ¿Qué te parece? ¿Les dejamos hechos polvo?".

Le miró a los ojos risueños y deseó haberle dicho ya lo mucho que le quería. Él la alababa frente a la denigración. La apoyó cuando estaba sola. La animó cuando se hundió. Y estaba a su lado, protegiéndola de su padre... y de sí misma.

"Es su primera visita al castillo de Benmore, Alexander", dijo Magnus MacKay, con palabras entrecortadas y heladas. "Como su padre y como laird de...".

"Espera un momento, Magnus -intervino Colin-.

Otro jinete, esta vez venía tras ellos desde el oeste. Kenna empujó su montura junto a la de su marido. Al instante, reconoció al hombre.

Era James Macpherson, cabalgando como si el diablo le pisara los talones.

Capítulo Veinticuatro

*"Con ira, con enfermedad o con hambre, mi señor,
no con amor".*

SE PARECÍA A JAMES. Actuaba como James. Hablaba con el padre de Kenna como el político que la familia siempre supo que era.

Pero que me aspen si es James, pensó Alexander.

Algo no iba bien.

Alexander agarró el antebrazo de su hermano una vez que a todos se les pasó la excitación de su repentina llegada. "¿Qué ocurre?"

"Nada". No miró a Alexander a la cara. "Vayamos a Benmore".

Colin se unió a ellos. La mirada que el hermano menor intercambió con Alexander decía que él también se había dado cuenta de que algo iba mal.

"Por el demonio, James, normalmente te confunden con un buey de las Highlands, pero ahora mismo pareces un jengibre azotado".

"Una palabra más y te daré una paliza", replicó James.

"¿Dónde están nuestros hombres?" preguntó Alexander.

"En Oban. Quería alcanzarte antes de que llegaras a Benmore. Diablos, yo organicé tu reencuentro con tu novia, debería formar parte de la celebración".

"Una buena montura", dijo Alexander, mirando al corcel. "¿Prestada por los MacDougall?"

"Y vino hasta aquí sin espada ni puñal", añadió Colin. "Desnudo como un bebé".

Las manos de James se apretaron alrededor de las riendas. El caballo dio zarpazos en el suelo.

"¿Te has enterado de que Evers se ha vuelto hacia el este?" preguntó James, intentando desviar el tema. "Los Graham le detuvieron, pero a costa de buenos hombres y demasiada sangre. Aun así, los muchachos le dieron la vuelta".

"Sí", respondió Alexander con gravedad. "Lo oí cuando llegamos a tierra".

"¿Alguna noticia más de Maxwell?"

"No. Quizá se haya escabullido de vuelta a las Lowlands con el cuento entre las piernas". Alexander miró fijamente a su hermano. "Pero sobre ti..."

"Ahora no". James clavó los talones en el costado de su caballo y se puso en marcha.

"Vamos", dijo Colin. "Los caballos están descansados y abrevados. Podemos sacarle la verdad a golpes cuando volvamos a Benmore".

Alexander miró a Kenna más allá de los hombres MacKay y le llamó la atención. Estaba sentada, rígida y silenciosa, junto a su padre. Cabalgó hacia ellos y habló directamente con los MacKay.

"Colin dice que ya has estado en Benmore y has visitado a mis padres".

"Sí, llegamos ayer".

"Entonces hemos terminado con las formalidades, Magnus. Mi esposa estará a mi lado mientras ve la tierra y su gente por primera vez. Ella cabalgará conmigo".

Extendió la mano y Kenna la cogió.

El asunto quedó zanjado.

Viaja conmigo.

Una orden del marido. Eso fue todo lo que necesitó para apartar las manos de su padre de su garganta.

El día era claro y hermoso cuando salieron de una cañada boscosa, y un gran valle se extendía ante ellos. Las montañas grises de cimas redondeadas que Alexander llamaba Monadhliath formaban una frontera al norte, y hacia el sur se alzaban bosques de fragantes pinos de ramas rojas. El gran río Spey serpenteaba como una brillante serpiente enjorada a lo largo del ancho fondo del valle, y a Kenna se le cortó la respiración ante la belleza de la escena. Los pastos del valle estaban verdes y los campos de labranza en plena cosecha. Mientras ella y Alexander guiaban a los guerreros Macpherson y MacKay, los hombres y mujeres que recogían el grano alzaban sus sombreros y les gritaban bienvenidos.

James había desaparecido mucho antes delante de ellos, y Colin se quedó al final de la fila, cabalgando con Magnus MacKay.

"Te traeré otro día, cuando puedas conocer y hablar con algunos de los crofters".

"Me gustaría mucho", le dijo Kenna, pensando en cómo podría ser útil su don a esta comunidad.

Poco después de que el sol pasara por encima de ellos, doblaron otra curva del río y Alexander señaló el gran castillo asentado sobre un montículo que dominaba la vía fluvial. Arboledas de altos pinos flanqueaban el lado norte del edificio, y puentes levadizos cruzaban la serie de fosos y zanjás que rodeaban protectoramente los altos muros de piedra. A la derecha, un puente de piedra cruzaba el río sobre siete arcos y conducía a un pueblo de aspecto acogedor, con edificios de madera y piedra, que se aferraba a la orilla sur del Spey.

"Te echo una carrera hasta las puertas", desafió.

"Te toca".

Unos instantes después, enroscaron sus jadeantes corceles y cabalaron bajo la entrada arqueada del castillo de Benmore. Mientras atravesaban las sombras, otra oleada de incertidumbre nubló la mente de Kenna. Esperanzas. Expectativas. Decepciones. ¿Qué les esperaba?

"¿Vienes?"

Parpadeó y vio a Alexander a su lado. Miró su mano extendida. La cogió.

"Estás en casa, Kenna". Su pulgar acarició suavemente el dorso de la mano de ella. "Mira a tu

alrededor. Este lugar. Esta gente. Dales la oportunidad de quererte, como hago yo".

Respiró hondo y dejó que sus palabras la tranquilizaran. Confiaba en él como nunca había confiado en nadie.

"Dame un codazo, ponme una zancadilla, haz algo si me ves revolcándome en la autocompasión".

"Se me ocurre algo mejor que hacer si noto que algún ceño fruncido ensombrece ese bello rostro tuyo".

Ella le miró. "¿Puedes?"

"Sí. Te llevaré a un rincón tranquilo y me saldré con la mía. Un armario. En un pasillo de los pisos superiores. En una de las habitaciones de la torre. En realidad, hay bastantes espacios privados en Benmore a los que pienso arrastrarte".

Kenna se sonrojó ante el brillo sugerente de sus ojos azules. Era otra cosa a la que tenía que acostumbrarse. Recibir su afecto en público. A no sentirse avergonzada ante la familia y el clan. Tan diferente de su propia familia.

El patio estaba rodeado de edificios que se apiñaban bajo las cortinas. Cuando entraron, Kenna saludó a los hombres y mujeres de ambos lados que detuvieron su trabajo y se acercaron. A su alrededor, la gente vitoreaba su llegada.

La mirada de Kenna se dirigió hacia arriba. En la pared de un gran edificio al otro lado de la cerca, un gran medallón de piedra mostraba el escudo de la familia Macpherson. Sus ojos se fijaron en el león de la parte superior del escudo. Era el mismo diseño del broche que Alexander llevaba en su tartán. El mismo diseño que adornaba las banderas de los barcos Macpherson.

Lanzó una mirada a Alexander, que estaba a su lado, y no pudo evitar expresar sus pensamientos en voz alta. "Rubio, ojos azules, majestuoso, indómito, feroz y protector".

"Sí, muchacha. Tu propio león". Su gruñido grave la hizo sonreír.

Kenna inspeccionó el interior del patio del castillo. Con sus tres torres, el castillo de Benmore era mucho más impresionante que el castillo de Varrich, el de Craignock o cualquier otro en el que ella hubiera estado.

Alexander le leía el pensamiento. "Desde fuera, tiene el aspecto de una fortaleza. Pero por dentro -ya lo verás- Benmore tiene muchas comodidades".

Kenna oyó el orgullo en la voz de Alexander. Sentada a horcajadas sobre su caballo, aquí en el corazón de las Highlands, Kenna se prometió a sí misma que se enfrentaría a cualquier desafío que se interpusiera en su camino. De algún modo, encontraría la forma de pertenecer.

Un grupo de personas se había reunido en la escalera de piedra que conducía a una gran puerta. Vio que James ya había llegado. Junto a él se encontraba una amiga, una aliada, una persona en la que Kenna ya sabía que podía confiar para enseñarle cualquier cosa que esperaran de ella. Tess, la bella esposa de Colin.

Un paso por debajo de ellos, la llamativa mujer pelirroja estaba de pie junto al hombre alto y de aspecto distinguido con el pelo canoso. Alec y Fiona Macpherson. Sus suegros, pensó, sintiendo que la sangre se le escapaba del cuerpo.

Alexander estaba de pie junto a su caballo, dispuesto a ayudarla a bajar. Le apretó la mano.

"Prepárate", murmuró. "Ahora eres su hija. No importa la edad, la altura o los logros que alcancemos, esos dos no tienen reservas a la hora de demostrar su afecto. Así que prepárate".

Kenna miró su rostro sonriente. Se alegró de que su padre aún no hubiera llegado.

Alexander la cogió de la mano, y los dos caminaron uno al lado del otro. A pesar de sus propósitos, a pesar del apoyo de él, Kenna sentía un peso que la arrastraba a cada paso. Seis meses de inquietud. Seis meses de dudas y temores. Todo se reducía a este momento. Deseaba

tanto causar una buena impresión.

Intentó no pensar que estaba en presencia de Lady Fiona Macpherson, hermanastra del mismísimo rey fallecido. En toda su vida, Kenna no había conocido a nadie con sangre más noble corriendo por sus venas. Intentó alejar los recuerdos de lo que había hecho en su boda. De cómo había sido su presentación. De lo poco sofisticada y encantadora que seguía siendo. Sólo podía imaginar lo horrible que debía de estar ahora.

A pesar de todo, tenía que hacer borrón y cuenta nueva. Tenía que empezar de nuevo. Era su única oportunidad.

Cuando llegaron al grupo de la escalera, Kenna estaba tan tensa como un cuero crudo anudado. Fiona permanecía en silencio junto a su marido, con su larga melena pelirroja trenzada y cayendo en cascada por su espalda en gloriosas ondas. Kenna se dio cuenta de que era la primera vez que miraba realmente a sus suegros a la cara.

Los ojos grises de Fiona tenían el mismo tono que los de James. El laird Macpherson era una versión mayor y más distinguida de Alexander, e incluso más alto que James. El amor que sentían por su hijo brillaba en sus ojos mientras miraban primero a Alexander antes de volver su atención hacia ella.

"Bienvenida al castillo de Benmore, Kenna".

La voz del laird era profunda y resonante. Retiró el brazo de Alexander e hizo una cortés reverencia.

"Gracias, mi señor... mi señora", susurró, con la cabeza inclinada. Tenía que hacerlo ahora. La tan esperada disculpa. "Siento muchísimo haberte molestado durante todos estos meses. I-"

Lady Fiona alargó la mano y agarró la barbilla de Kenna, poniendo fin a su tartamudeo. Levantó suavemente su rostro, y Kenna miró unos ojos que sólo transmitían amabilidad y afecto.

"Bienvenida a casa, hija", dijo suavemente. "Teníamos muchas ganas de que vinieras y ahora estamos encantados de que estés aquí".

Tras el desastre del molino, Kester llevó a Emily de vuelta al castillo de Dunstaffnage para darle tiempo a reparar el agujero de su corazón. Pero los suaves cuidados de su tía no sirvieron de nada. Días después, Emily seguía siendo un cuadro de angustia que se agitaba con furia.

Los vientos del océano eran cortantes y el cielo gris amenazaba lluvia cuando Emily ordenó a la guerrera que se reuniera con ella en la capilla vacía.

Su incredulidad y luego su alarma se hicieron evidentes cuando ella le comunicó sus noticias.

"Tu padre pondrá mi cabeza en una pica cuando se entere de esto".

"No lo hará. Confía en ti".

"Emily, debes regresar al castillo de Craignock. Tienes una boda que atender. Sir Quentin seguro que ya ha llegado".

"No, no iré", dijo ella enfáticamente. "Y tampoco me casaré con sir Quentin. Cuando vayas, puedes decirle exactamente eso a mi padre. Debe cancelar la boda. Anula cualquier acuerdo que haya hecho. Haz lo que sea necesario".

"Si se trata de que pases tiempo a solas con el Highlander, el abad no dirá ni una palabra. Tu reputación está intacta. Y me dijiste que el hombre era honorable".

"Lo era", dijo ella con fiereza. "James Macpherson es el hombre más honorable que existe".

Kester suavizó la voz. "Ahora estás enfadado. Disgustada. Dentro de uno o dos días, quizá dentro de una semana aquí con tu tía, pensarás de otra manera".

"No lo haré. Y no me quedaré aquí".

"¿Cómo que no te quedas aquí? Estás con tu familia. Estás a salvo. ¿Adónde crees que vas?".

"Al Priorato de Glosters".

"¡Por San Andrés!" Kester levantó las manos. "Y ahora haces los mismos trucos que tu prima Kenna".

Puede que Emily aprendiera despacio, pero ahora comprendía muy bien lo que Kenna le había dicho. Lo que tenía antes no era una vida. Lo que le esperaba con aquel matrimonio concertado no era mejor que la cárcel. Había probado la pasión con James, por breve que fuera. Es cierto que estaba enamorada de un hombre que nunca volvería a mirarla sin odio y sospecha, pero no podía deshacer el daño que le había hecho. Tenía sus recuerdos, y éstos tendrían que bastarle.

"Lo que hizo Kenna no fue ningún truco. Además, no pienso trabajar con las monjas como mi prima. Ya he avisado a la priora de allí. Me convertiré en una monja de clausura, una novia para el Señor".

"¿Has hablado con tu tía de todo esto?"

"Sí, claro".

"¿Qué ha dicho?"

"Dice que haga lo que quiera", replicó Emily.

Kester se pasó una mano cansada por su maltrecho rostro. "Escúchame, Emily. Llevo demasiado tiempo siguiendo tus planes e intrigas. Eres una joven inteligente y cariñosa. Piensa en tu responsabilidad para con tu padre. Con tu clan. Tienes..."

"¿Sería mejor que saltara al mar?". preguntó. "¿O tal vez tomar veneno o apuñalarme en el corazón? ¿Preferirían mi padre o mi clan que muriera, en lugar de entregarme a la obra de Dios?".

"Ahora, mira aquí..."

"No me casaré con Sir Quentin Chamberlain, Kester. Entonces, ¿cuál debe ser mi elección? ¿La vida o la muerte?"

"Muy bien". El guerrero meneó la cabeza con resignación. "Aunque tu vida significará sin duda mi muerte a manos de los MacDougall".

No lo haría. Estaba segura de ello. Su padre confiaba su vida a Kester, la vida de todos ellos.

Lo que significaría, supuso, era que pronto se celebraría un matrimonio. Pero sería su padre quien se casaría. Y le seguiría otro heredero. Y todo iría bien para su clan. Quizá no hoy, pero sí a su debido tiempo.

"Gracias", dijo Emily sin alegría.

"Pero con una condición. Si insistes en ir al Priorato de Glosters, debo acompañarte sana y salva hasta allí".

Tumbado entre las aliagas en lo alto de la cresta, Maxwell vio la tormenta que barría el valle. La lluvia no tardaría en caer sobre ellos, pero no importaba.

Los había encontrado.

Abajo, un río negro y salpicado de espuma fluía por el estrecho valle antes de desaparecer en un pinar que se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista. Al norte, las laderas del valle se elevaban abruptamente hasta alcanzar picos envueltos en niebla.

Junto al río, salía humo de dos hogueras en el patio vallado de un pabellón de caza. Y en el

patio, dos docenas de hombres y niños reunidos en un gran círculo, disfrutaban estruendosamente del combate entre dos muchachos de no más de ocho años e idénticos en tamaño y habilidad. Los muchachos luchaban con espadas cortas y palos, y la batalla era campal. Con cada golpe, los gritos de los muchachos llegaban hasta ellos.

"Si no son ésas, me follaré a una de esas peludas vacas rojas de allí", dijo el hombre que estaba a su lado, señalando con la cabeza al ganado que pastaba desatendido al otro lado del valle.

"Lo sea o no, vas a joder a la pobre bestia de todos modos", se burló otro hombre, arrancando carcajadas por lo bajo de la hilera de hombres tendidos a lo largo de la cresta.

"Silencio, tonto", ordenó Maxwell. "O te cortaré el cuello aquí y ahora".

Inmediatamente se hizo el silencio.

Maxwell se volvió hacia el muchacho que estaba con los caballos y le hizo un gesto para que se acercara. El muchacho se acercó rápidamente. Aún tenía el labio hinchado por un golpe que le habían dado la última vez que tardó en responder a una llamada.

El Lowlander lo agarró por el cuello y lo arrastró al suelo junto a él.

"Mira ahí abajo, Jock", exigió. "¿Crees que podrías vencer a alguno de ellos?"

El chico miró a los dos que se batían en el corral. Se encogió de hombros hoscamente.

"No lo creía", se mofó Maxwell. "Creo que sólo es un muchacho pescador y no un luchador".

Examinó el número de adversarios y volvió a mirar a Jock. "¿Qué te parece? ¿Atacamos? ¿Podemos con ellos?"

"Sí", respondió. "Sólo tienen unos pocos hombres más que tú. Deberíais atacar enseguida".

Maxwell sacudió la cabeza y miró divertido a Jock. "Eso te gustaría, ¿verdad? Vernos atrapados en una pelea que quizá no ganemos".

El chico no dijo nada.

"No, no sangraremos aquí, en estas Highlands olvidadas de Dios, por un par de miserables cachorros. Nos llevaremos a los muchachos MacKay, pero en el momento y lugar que elijamos. Volved a los caballos".

Jock se escabulló.

Abajo, la línea de lluvia llegaba hasta la cabaña, y los chicos no tardaron en resbalar, caer y cubrirse de barro. Las risas y los gritos de ánimo no hicieron más que aumentar, y los dos siguieron luchando.

"Con su espíritu, esos muchachos volverán a salir de caza por la mañana", dijo Maxwell. "Y cuando se vayan, encontraremos nuestra oportunidad de separarlos de los demás".

"A juzgar por su sonido, esos jóvenes malditos lanzarán un aullido que hará que sus guardianes caigan rápidamente sobre nosotros".

Maxwell desenvainó su daga y la sostuvo frente a la cara del hombre. "Bueno, si lo hacen, les cortaremos la lengua y veremos si son capaces de emitir siquiera un gemido".

Capítulo Veinticinco

"Ninguna, sino desear tu buena compañía".

AL MIRAR el rostro de Lady Fiona, Kenna vio la calidez en aquellos ojos grises y supo que todo iría bien entre ellas. Sus ojos se empañaron. La mujer mayor atrajo a Kenna entre sus brazos y eso fue su perdición. Un abrazo maternal que le dijo que ahora estaba en casa. Kenna le devolvió el abrazo mientras intentaba dominar las crudas emociones que salían a la superficie.

"¿Y yo?", protestó el laird.

"Esperarás tu turno", susurró Fiona, aferrándose a Kenna.

Llegaban más caballos al patio. Kenna oyó al laird gritar una bienvenida al laird MacKay. La tensión subió desde la base de su columna vertebral.

"Ocúpate de nuestro invitado, mi amor", dijo Fiona al laird. "Mis hijas vendrán conmigo".

Envolviendo a Kenna con un brazo, empezó a subir los anchos escalones con Tess a su otro lado.

Alexander estaba junto a ellos cuando llegaron a la puerta. "¿Y no hay bienvenida para tu hijo, madre?"

"Oh, supongo que te mereces una", rió Fiona, abrazándolo.

Alexander levantó a su madre del suelo y la hizo girar, haciéndola chillar. Kenna temió que pudiera hacerle daño. No tenía por qué temer.

"En cuanto cruzan el umbral de Benmore", susurró Tess, besando a Kenna en cada mejilla, "sale el rufián que hay en las tres".

"Ya veo", respondió Kenna con una sonrisa.

"Y lo reciben de su padre". Tess señaló con la cabeza al hacendado. "Así que prepárate para que te engañen, te pongan la zancadilla y, de vez en cuando, te hagan perder el equilibrio. Es su forma de demostrar su afecto. Y no importa que te hayas casado con uno de ellos; ahora eres hermana de los otros dos, y eso te convierte en un objetivo justo".

"Lo que me convierte también en una hermana para ti".

"Lo sé". Los ojos oscuros de Tess reflejaban el brillo de su sonrisa mientras abrazaba a Kenna. "Fui hija única y pasé la mayor parte de mis años sin la compañía de nadie de mi edad. Creo que he estado más impaciente que nadie por que llegara este día".

"Fuera... con el resto", la orden de Fiona a Alexander atrajo la atención de las dos mujeres. "Tu padre te necesita. Los MacKay necesitan que los atiendas. Y creo que tus hermanos necesitan verte junto a los establos".

"¿Los establos?" preguntó Kenna en voz baja.

Tess asintió. "No importa la edad que tengan, los tres siempre tienen que discutir sobre política, cosechas, caballos, religión, mareas y cualquier otra cosa que se les ocurra", susurró. "Y creo que antes de que tú y yo formáramos parte de la familia, todas las discusiones eran sobre alguna que otra mujer".

Kenna creía que nunca pensaría en Alexander y otra mujer -por muy atrás que estuviera- sin querer arrancarle los ojos a alguien. Ahora le pertenecía.

"Espera, ¿pero por qué los establos?"

"Los envía a los establos para proteger los muebles del Gran Salón".

Fiona le empujaba por el rellano. "Y los tres necesitamos un rato de mujer".

Mientras dejaba que su madre lo moviera, la mirada de Alexander encontró la de Kenna. Ella asintió y le hizo un gesto para que se fuera. Se sentía perfectamente a gusto con Fiona y Tess.

Fiona palmeó la mano de Kenna mientras se abrían paso entre la multitud hacia el Gran Comedor. "Le doy menos de una hora antes de que venga a buscarte".

"Tiene la mirada", convino Tess.

"¿Qué mirada es ésta?"

"Un hombre enamorado". Fiona sonrió. "Lo has conseguido, niña. Has capturado su corazón".

Kenna se sonrojó. Una madre podía ver.

"Y ha capturado a la mía", susurró.

Fiona apretó la mano de Kenna. "Ya lo sé. Independientemente de lo que a tu padre le guste pensar, con tu espíritu libre, no estarías aquí a menos que le quisieras".

No tuvo ocasión de decir nada más cuando Lady Fiona presentó a Tess a un envejecido mayordomo llamado Robert dentro de las amplias puertas del Gran Salón.

"Sin baúles. Ni equipaje. Igual que el día que llegaste, Lady Fiona", observó Robert. "Lo mismo que vos, Lady Tess. Mujeres sin posesiones. Nada que transportar a los pisos superiores. Encantado de conoceros, milady".

"No te tomes a pecho nada de lo que diga", dijo Fiona. "No lo hace con mala intención. Lleva tanto tiempo aquí con nosotros que ya ni siquiera podemos disciplinarle, aunque mi marido de vez en cuando amenaza con hacerlo. Robert es de la familia".

"Sí, familia. Así es". El rostro delgado del hombre se arrugó en una sonrisa. "He servido a mi señora durante muchos años. Incluso antes de venir a Benmore. Sí, entonces era el Ángel de Skye".

¿"Ángel de Skye"? preguntó Kenna a su suegra.

"Sí", continuó Robert, ignorando la mirada de advertencia de Fiona. "Como sigue diciendo lord Alec, mi señora no sólo era la hija de un rey. Era la princesa hada que rescataba a los que estaban en peligro. Era una ninfa del bosque que protegía a los leprosos. Era una kelpie que nadaba por los lagos. Era una amada rebelde que rompía todas las reglas. Sí, esta dama que tienes ante ti es el Ángel de Skye".

Kenna no había pensado que pudiera estar más impresionada, pero allí estaba, anonadada.

"¿Me lo contarás?", preguntó a Fiona.

"Algún día, tal vez". Palmeó la mano de Kenna. "Antes tenemos cosas mucho más importantes que hacer. Quiero enseñarte los alrededores. Luego tenemos que prepararte para el banquete de esta noche".

"Serás presentada formalmente al clan Macpherson", le dijo Tess.

Fiona se volvió hacia el mayordomo. "¿Y creo que tienes trabajo que hacer?".

"Sí. ¿Y por qué has sentido la necesidad de trasladar a los recién casados a la Sala de la Torre Redonda?", se quejó. "Ésas son habitaciones perfectamente buenas que ocupa Alexander".

"¡Robert!" El tono cortante de Fiona hizo salir corriendo al mayordomo, refunfuñando en voz baja.

"Una tradición que empezó cuando llegué por primera vez a Benmore", le dijo Fiona. "Ésa era mi habitación. Luego Tess se alojó allí antes de que ella y Colin se casaran y se hicieran cargo del castillo de Ravenie. He pensado que podrías utilizar esa habitación mientras decides qué aposentos del castillo os convienen a ti y a Alexander. Ahora éste es vuestro hogar. La decisión será tuya".

El torrente de emociones no se hizo esperar. De algún modo, Kenna consiguió murmurar su agradecimiento. Pero no había palabras suficientes para describir lo bienvenida que Fiona la había hecho sentir.

"Y los constructores y la construcción". La mujer mayor saludó a la cuadrilla de hombres que trabajaban en escaleras y andamios en el Gran Salón. "El destino del castillo de Benmore es estar siempre en obras. Mi suegra estaba decidida a mejorar el lugar. Yo he hecho mi parte a lo largo de los años. Y ahora te toca a ti. Decide qué hay que cambiar y tendrás un ejército de ayudantes que lo harán por ti".

Al crecer, no se había esperado que Kenna se involucrara en hacer nada en el Castillo Varrich. No había habido cambios desde la muerte de su madre. La casa funcionaba tal y como la había organizado su madre. Nadie se ofreció a enseñarle ni a involucrarla. Todos sabían que un día se casaría y se iría.

Kenna tenía mucho que aprender de estas dos mujeres.

"El Gran Salón es magnífico". Dejó que sus ojos recorrieran toda la sala. Cada una de las paredes enlucidas estaba cubierta de coloridos tapices y colgaduras de terciopelo, seda y damasco bordados. El suelo también estaba cubierto de alfombras ornamentadas lo bastante finas como para colgarlas de las paredes. Desde detrás de ellos, el parloteo de la gente que empezaba a entrar en la sala llenaba el aire de risas y buen humor.

Lady Fiona condujo a Kenna hacia un arco y hacia la tranquilidad de un largo pasillo.

Mientras avanzaban, Kenna preguntó a las otras mujeres sobre la historia del castillo y las mejoras que se habían hecho.

Fiona estaba encantada con la muestra de interés y se empeñó en llevarla por todas las habitaciones por las que pasaban. El orgullo de su suegra por Benmore no tenía límites. Kenna vio ventanas acristaladas y chimeneas nuevas en las habitaciones. La condujeron a través de las nuevas cocinas y la casa de la cerveza, y luego subieron un piso hasta unas habitaciones de invitados más pequeñas situadas justo encima. Cuando llegaron al otro extremo del castillo, Kenna estaba asombrada del esfuerzo y los gastos que había supuesto su renovación.

Kenna cogió la mano de Tess. "Alexander me ha dicho antes que Colin y tú pasáis mucho tiempo en el castillo de Ravenie. ¿Por qué no vivís aquí?"

"Yo les pregunto lo mismo".

Tess sonrió. "El castillo de Ravenie ardió y estuvo en ruinas durante años. Colin y yo lo estamos reconstruyendo. Durante todo ese tiempo mi clan estuvo abandonado. Es nuestra responsabilidad estar allí, ayudar a reconstruir y fortalecer el clan. Pero, como descubrirás, disfrutamos pasando tiempo aquí con la familia".

Momentos después, Fiona las condujo por una escalera de caracol. Kenna contuvo la respiración al entrar en la Sala de la Torre Redonda.

"Esto es exquisito".

"Recuerdo haber pensado lo mismo", susurró Tess, de pie junto a ella en la puerta.

La habitación era amplia y espaciosa, con ventanas de cristal emplomado que protegían del frío viento de las Highlands y permitían contemplar las colinas del exterior. La base de cada ventana tenía ménsulas, con un alféizar de roble en forma de arco lo bastante ancho para sentarse en él. Una gran cama con dosel y cortinas ricamente bordadas estaba adosada a una pared interior. El suelo era de roble, y una alfombra hecha a mano cubría sólo una parte de la madera bruñida.

"He mantenido todo aquí igual". Fiona les indicó que se dirigieran al centro de la sala.

"Ya veo por qué".

"Es delicioso lo mucho que tenemos en común los tres".

"¿Yo?" respondió Kenna, sorprendida, mirando a los otros dos.

Fiona asintió, ayudó a Kenna a quitarse la capa y la hizo sentarse a su lado en un banco. Tess se acercó a la ventana y contempló el paisaje.

"De niña me separaron de mi familia. El castillo de Drummond, donde vivíamos mi madre y yo, fue atacado la misma noche en que iba a conocer a mi padre por primera vez. Salí de allí aquella noche, sabiendo que nunca volvería a ver a mis padres". Su voz vaciló. "Me criaron con sencillez, sin las comodidades ni las galas que ofrece la vida en una buena familia".

"Pero tú eras la hija de un rey".

"Para aquellas maravillosas monjas que me criaron, yo era un desecho". Miró a Tess.

"A mí también me sacaron de un castillo en llamas cuando era niña", dijo Tess. "Había tantas cosas que no recordaba. Llegué a la Isla de Mayo y me crió una amable pareja de ancianos que vivían solos en la isla."

"La razón por la que sacamos este tema es para que sepas que lo comprendemos", explicó Fiona. "Aunque creciste en el castillo de Varrich y entre tu clan, sabemos las penurias que pasaste tras la muerte de tu madre".

Kenna se encogió de hombros. "La gente de mi clan es buena gente. Muchos me mostraron amabilidad cuando la necesité".

"Pero tu padre no", corrigió Fiona. "Ya lo sé".

"¿Cómo... te...?"

"Yo estaba en la habitación cuando intentaba dar órdenes a mi marido y le decía a James que utilizara cualquier medio posible para traerte de vuelta a Benmore. Me quedó claro que no estaba preocupado por su hija. Hablaba de una propiedad suya que debía ser entregada".

La ira corría por sus venas como un río de hielo. "¿Cuándo fue esto?"

"Fue justo antes de que Jaime se pusiera de acuerdo con los MacDougall para esconder uno de nuestros barcos y engañar a Alexander para que fuera a Craignock. Por supuesto, ya conoces el resto".

Kenna lo hizo y no lo hizo. Tanto ella como Alexander habían sido engañados. No guardaba rencor a James por lo que había hecho. Había hecho lo mejor que pudo con la tarea que le habían encomendado. Pero lo que sentía por su padre era otra historia.

"¿Dónde se alojará Magnus MacKay mientras esté aquí en Benmore?", preguntó.

Fiona y Tess intercambiaron una rápida mirada de alarma.

"Está en las habitaciones de invitados, en el ala que hay más allá de la siguiente torre".

"¿Me perdonáis si os dejo unos momentos, milady?". preguntó Kenna, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

"¿Adónde vas?" preguntó Tess. "Puedes perderte. ¿Puedo ir contigo?"

"Encontraré el camino", dijo Kenna, fingiendo calma mientras su corazón latía con furia. "No

tuve ocasión de saludar adecuadamente a mi padre cuando me encontré con él en el camino".
Sin decir nada más, desapareció por la puerta.

Capítulo Veintiséis

"¡Oh Dios, si yo fuera un hombre! Me comería su corazón en el mercado".

"ESTOY BUSCANDO A MI PADRE. ¿Le has visto?"

El camarero entraba en el pasillo desde la escalera. Tess había acertado. El castillo era un laberinto de alas y pasadizos retorcidos. Encontrar a Robert fue una bendición.

"No. Que no. Acabo de subir del Gran Salón. Puedo decirte que no estaba allí abajo con el laird y tu marido".

"¿Tienes alguna sugerencia de dónde podría encontrarlo?", preguntó ella, tratando de mantener la paciencia.

El mayordomo la miró atentamente. "Creo que el MacKay se fue a su cámara a descansar y a prepararse para los acontecimientos de esta noche. ¿Quieres que te lleve allí?"

"Con mucho gusto".

"Sí, entonces. Por aquí". Robert señaló el camino por el que había venido.

Todo había llegado a este momento, después de toda una vida en silencio. Bueno, no exactamente en silencio, reconoció para sus adentros. Pero en cualquier caso, había llegado el momento de enfrentarse a él. Hablaría claro o explotaría. Hacía seis meses, él le había infligido la más profunda de las heridas y ella había huido. Ya no. Era hora de que se enfrentara a él y dijera lo que pensaba. No empezaría su vida en Benmore arrastrando el pasado tras de sí.

"¿No deberías estar haciendo lo mismo? preguntó Robert, lanzándole una mirada de soslayo mientras bajaban unos escalones hacia otra parte del castillo. "¿No deberías estar descansando? He oído que llevas mucho tiempo de viaje".

"Gracias, pero estoy bien".

Caminaron en silencio durante un rato.

Al diablo con cualquier muestra de decoro filial. No volvería a hacerlo. No construiría un matrimonio con Alexander mientras Magnus MacKay iba por ahí atribuyéndose el mérito. No permitiría que la menospreciara ante su nueva familia. Y no toleraría su nube oscura sobre cada acontecimiento feliz de su vida.

Subieron unas escaleras hasta otra parte del castillo.

Robert se detuvo junto a una alcoba. Una antorcha chisporroteaba sobre ellos. "No siempre fui mayordomo, ¿sabes? Ésa no era mi intención, en absoluto, cuando era un muchacho".

Kenna se quedó esperando. Cuando Lady Fiona la había llevado por el castillo, el lugar le había parecido grande, pero era aún más extenso de lo que ella había pensado. Aun así, le había

dicho que los aposentos de los Mackay estaban en el ala más allá de la siguiente torre.

"Fui escudero de lord Alec cuando fue enviado al castillo de Dunvegan, en la isla de Skye. ¿Sabías que mi señor y mi señora se conocieron en esa isla?"

Kenna hizo un gesto con la cabeza para indicar que estaba escuchando.

"Sí, era un lugar salvaje. Pero lord Alec pronto lo arregló. Con mi ayuda, por supuesto. Nada que ver con el pacífico refugio que entregamos a Malcolm MacLeod unos años después".

"Por supuesto", dijo ella brevemente. "Si pudiéramos continuar..."

"Desde luego. Por supuesto".

Robert volvió a recorrer el pasillo.

"Sabes que Malcolm es hermanastro de tu marido. Fue criado por Lord Alec y Lady Fiona. Como si fuera uno de los suyos. ¿Conoces a Jaime, la mujer de Malcolm? Es otra Macpherson". El mayordomo no esperó respuesta, sino que continuó hablando. "Hija de Ambrose y Elizabeth. Jaime es una muchacha enérgica, sin duda. Solía perseguir a Malcolm y llamarle 'marido' desde que era una mocosa. Siempre se vio a sí misma como la "pretendida" y nunca se conformó hasta que él se casó con ella. Una gran historia de aventuras, si se contara. ¿Te gustaría oírla?"

"Quizá en otra ocasión". Kenna miró a su alrededor. Este pasillo le resultaba familiar. "Robert, ¿no acabamos de pasar por este pasillo hace unos momentos?"

"No sé si lo hicimos, ama. Benmore es un lugar estupendo. Y tal como Lady Fiona lo hizo reconstruir, todo parece igual, pero más fino". Robert agitó una mano en el aire y le indicó que lo siguiera. "Como te decía, cuando era mucho más joven, mi único deseo era convertirme en un luchador, en un guerrero. Nada deseaba más que salir y entrenar con los hombres en lugar de ocuparme de las tareas bajas que deben atender los escuderos."

"¿Y te entrenaste?" preguntó Kenna.

"Sí. De hecho, Lord Alec me animó".

"¿Y?"

"Es una historia lamentable. Pronto descubrí que había cogido miedo a las alturas. No sólo miedo. Petrificado. Me asomaba al borde de algún precipicio o pared y no podía moverme. Sentía que estaba a punto de caerme o, peor aún, de saltar. Parece una locura, lo sé, pero ahí está".

"Debió de ser difícil para ti".

"Sí, devastador. Ya sé que blandir una espada al borde de un precipicio no es necesario para un guerrero, pero aun así me hizo cuestionarme qué era exactamente lo que quería."

"¿Y qué decidiste que querías?"

"Pertener. Formar parte de una familia. Estar con gente que se preocupa por mí. Gente a la que pueda cuidar. Ser útil. Eso es lo que importa".

Cuando entraron en otro pasillo, Kenna observó el conjunto de puertas. Más o menos a mitad de camino, vio una alcoba con una antorcha parpadeante.

"Alto ahí", le dijo. "Reconozco esto. Me estás llevando por los mismos pasillos".

"¿Lo soy, ama?"

"¿Por qué?", preguntó ella, encarándose con él. "¿Por qué haces esto?"

El mayordomo la miró. "¿Vais armada, Lady Kenna?"

"¿Qué?"

"¿Llevas un cuchillo o algún tipo de arma?"

"Quizá lo sea. ¿Por qué?"

"¿Puedo verlo?"

Kenna lo miró un momento. No sabía de qué se trataba, pero decidió seguirle la corriente.

Desenvainó el puñal con cautela.

"¿Puedo, por favor?"

Extendió la mano, con la palma hacia arriba. Colocó el cuchillo en ella, y él inspeccionó su hoja y comprobó su peso y equilibrio.

"Es un buen objeto. Lo guardaré de momento, si no te importa".

Ella se erizó. "¿De qué va todo esto, Robert?"

Señaló la puerta ante la que se encontraban. "Estos son los aposentos de tu padre. Haré guardia con tu daga hasta que salgas".

La alegre persecución en la que la había metido se hizo evidente. Robert había intentado darle la oportunidad de enfriar su temperamento.

"Eres un hombre extraño".

"Gracias, ama", respondió con una sonrisa. "Me han llamado cosas mucho peores".

"Y hablas demasiado".

"Una posición unánime, creo".

"Pero espero que no pienses que apuñalaría a un huésped -no digamos a mi padre- dentro de los muros de Benmore".

"Jamás podría pensar tal cosa, ama".

"Muy bien". Extendió la mano. "Entonces me devolverás mi cuchillo".

"No. No lo haré". Dio un paso atrás y ocultó el arma tras de sí. "Os diré la pura verdad, Lady Kenna. Vi la expresión de tu rostro. Y tu reputación te precede. Te la guardaré aquí".

Pensó en forcejear con él para quitársela, pero decidió que no tenía sentido. De todos modos, no pensaba utilizarla. Y él había conseguido calmar su ira.

"No hemos terminado con esto, tú y yo".

"Como deseas, ama".

"No espías nuestra conversación".

"Te lo juro". Asintió y se persignó. "En cualquier caso, la madera es demasiado gruesa. Ya lo he intentado antes".

Kenna se volvió hacia la puerta, con la mente más clara sobre lo que quería de aquel encuentro con su padre. Llamó una vez.

La biblioteca en lugar de los establos. La conversación en lugar del combate físico.

Alexander había sabido que el tradicional regreso a casa de dos hermanos que se aliaban contra uno no sería hoy una decisión acertada.

James estaba enfadado y, aunque por lo general eso no les impedía mostrar su "afecto" fraternal, tenía la sensación de que hoy alguien podría resultar gravemente herido.

Y tras obligar a su hermano a contarles lo que había ocurrido -el secuestro en la taberna de Oban, las mazmorras de Dunstaffnage, la implicación de Kester-, Colin y Alexander intercambiaron una mirada, sabiendo que habían hecho lo correcto.

"¿Y nunca sospechaste nada?" preguntó Colin.

"No, la maldita es muy astuta. No lo sabrías ni mirándola".

"Sí, es una chica muy guapa", dijo Alexander, atrayendo una mirada mordaz de James.

"¿Pero por qué?" continuó Colin. "¿Por qué llevar a cabo semejante ardid?"

"No lo sé", espetó. "Pero supongo que quería darme una lección. No la habíamos incluido en el plan para Alexander y Kenna".

"¿Nunca le dijiste que era un montaje?" dijo Colin.

"No hasta más tarde".

"Así que le dio la vuelta a la tortilla".

James frunció el ceño y se acercó a la chimenea.

"Es una mujer inteligente", dijo Colin con admiración. "Aunque parece extraño que ponga en peligro su futuro, con su boda tan cerca".

"Sí, es tonta, por lo que veo", espetó James.

"¿Y le propusiste matrimonio?" preguntó Alexander para cerciorarse.

"Sí, para salvar su reputación".

"Y no aceptó".

"Claro que no", enfureció James. "Fue entonces cuando admitió que todo era una broma".

"¿Una alondra?" repitió Alexander.

"Sí", casi gritó. "Me estaba tomando por tonto".

"¿Y qué has hecho?" preguntó Colin.

"Perdí los malditos estribos. ¿Qué te parece?"

"¿No has matado a nadie?" preguntó Alexander con cautela.

"No. Pero Emily y su lacayo Kester y el resto de esos malditos MacDougalls tienen suerte de que no sea un hombre violento".

"¿Y nadie resultó herido?" Alexander tenía que asegurarse.

"Kester necesitaba una lección. Pero le dejé sólo con el labio sangrante".

"El muy cabrón se merecía una paliza", convino Colin. "Pero probablemente es bueno que no le hirieras de gravedad ni le mataras. Eso sin duda habría añadido una complicación entre nuestros clanes".

"Está bien", espetó James, sonando como si deseara que no fuera así.

"Y luego huiste a casa", sugirió Colin. "Le robaste el caballo para darle una lección".

La mirada asesina que James dirigió a su hermano pequeño no pasó desapercibida para Alexander. Supuso que no les estaban contando toda la verdad. La nube oscura que se cernía sobre la bestia pelirroja decía que James había sido algo más que víctima de una broma de represalia. Había conocido a Emily. Era una joven sensata. Y sin duda había surgido algo entre ella y James en el camino. Lo había visto desde el momento en que James le quitó la capucha de la cabeza en la abadía.

"¿Dónde está Emily ahora?" preguntó Alexander. "¿Ha vuelto a Craignock para su boda?".

"No tengo ni idea de dónde está", siseó James, acercándose a la ventana y mirándola fijamente. "Pero por mí puede arder en el infierno".

Alexander y Colin intercambiaron una mirada cuando su hermano se giró hacia ellos.

"¡Y no quiero volver a oír su maldito nombre nunca más!".

La interferencia de Robert no funcionó.

En cuanto Magnus MacKay abrió la puerta y ella vio su agrio rostro, el fuego de su ira volvió a encenderse. Recordó su último encuentro privado. La noche anterior a su boda. Una joven asustada que acudía a su padre en busca de ayuda, orientación, seguridad, algún hilo de esperanza que la hiciera sentirse adecuada en lo que estaba emprendiendo. Había sido un desastre.

No hacía ni un año de aquello, pero aquella mujer hacía tiempo que se había ido.

"Necesito un momento de tu tiempo", exigió ella, pasando junto a él y entrando en la habitación.

No veía paredes ni muebles ni la vista desde las ventanas. El entorno flotaba a su alrededor en una neblina rojiza.

Se giró hacia su padre. "Tu comportamiento es censurable y estoy harta de él".

"¿Mi comportamiento?", gruñó. "Muestras un gran descaro al venir aquí y acusarme de cualquier cosa".

"Lady Fiona me habló de tu última intromisión solapada en mi vida. Creo que habrías hecho casi cualquier cosa para entregarme a Benmore".

"Había que hacerlo". Su dura mirada ocultaba cualquier emoción que se gestara en su interior, si es que había alguna. "Era hora de poner fin a tus tonterías. El laird Macpherson estuvo de acuerdo. Y James fue inestimable al encargarse de los preparativos. Alexander Macpherson podría haber solicitado la anulación. Eso habría puesto fin a todo lo que había planeado".

"Lo planeasteis", repitió ella, saboreando la amargura en su boca. "Sí, me lo dijiste, sin ambages. Justo antes de la boda. Por el bien del clan, dijiste. Por la seguridad de tus hijos. Todo cuidadosamente planeado para conseguir una vida mejor para los *que* te importan. Y no importó que tus planes incluyeran intercambiar a una hija 'lamentablemente inadecuada' antes de que el comprador tuviera la oportunidad de descubrir el fraude que era".

"Recuerdo aquella noche. Estaba enfadada contigo. Cansado de tu actitud. Dije esas cosas para motivarte, para despertarte al mundo real". Se encogió de hombros y se dio la vuelta, acercándose a la ventana y mirando hacia fuera. "Soy el jefe del clan de los MacKay. Hago lo que me parece oportuno. No te correspondía cuestionar mis decisiones. Querías que detuviera la boda".

Se había asustado. Había acudido a él, esperando contra toda esperanza que su padre también pensara en su bienestar.

Kenna pensó en Alexander y en lo mucho que le quería ahora. Pensó en la calidez y la acogida de los Macpherson. Mirando fijamente la espalda de su padre, pensó en lo desamorado e indiferente que era. Aquel hombre la había excluido y la trataba con más frialdad de lo que trataría a un extraño. Y eso no había sido durante un día, un mes o un año. Así había sido ella durante todos los años posteriores a la muerte de su madre.

Ahora era su casa. Qué diferente, cuánto mejor sería su vida ahora. Tenía cosas mucho más valiosas que hacer que perder ni un momento intentando hacerle cambiar de opinión sobre ella, o intentando ganarse tan sólo una pizca de su afecto.

"Muy bien. Lo has conseguido. Estoy exactamente donde querías que estuviera. Y me quedo. El Castillo de Benmore es mi nuevo hogar. Los Macpherson son mi nuevo clan, mi nueva familia. Y lo sorprendente es que me quieren aquí. ¿Cuándo había sentido eso antes?"

Se giró a medias, pero no la miró.

"Has cumplido tu parte del trato. Se han cumplido los artículos del contrato. Los Macpherson cumplirán su parte".

Su mirada se desvió hacia ella, pero su rostro no mostró ninguna expresión.

"Y quiero que te vayas", dijo ella, intentando desesperadamente ocultar el dolor y la rabia en su voz. No lloraría delante de él. "Ahora. Inmediatamente. Antes de la reunión del clan de esta noche. Antes de que me presenten a mi nuevo pueblo".

Su padre no dijo nada.

"¿Me oyes? Que te quede claro. Ya no te quiero en mi vida. No quiero ninguna visita tuya. Vete y déjame vivir en paz".

Su expresión cautelosa no revelaba nada. Habló en voz baja.

"Como quieras. Me iré esta tarde".

La mirada volvió a la ventana.

Ella asintió y giró sobre sus talones mientras se le saltaban las lágrimas. La puerta estaba a pocos pasos. Acortó la distancia. Le tembló la mano cuando buscó el pestillo. Dudó.

Ésta sería la última vez que hablaría con él, se prometió Kenna.

"Una última cosa antes de irme, antes de que salgas de mi vida para siempre. Dime, al menos, por qué me tratas así. ¿Qué he hecho yo para que guardes tanto rencor?"

"No hay resentimiento".

"No me mientas", gritó ella, dándose la vuelta. "Al menos ten la decencia de decir la verdad esta vez. Soy tu única hija".

Él la observaba desde la ventana. "Déjalo. Mejor no despertar al sabueso dormido".

"¡Despiértale! Necesito una respuesta. Hubo una vez en mi vida en que fui amado por una madre y un padre. Recuerdo una época en la que era la joya de vuestros ojos, el centro de vuestra atención, el niño al que adorabais. Quiero saber qué hice para convertir vuestro afecto en odio".

"¿Qué quieres? ¿Tiene que ser siempre lo que tú quieres?" Sacudió la cabeza. "No tengo nada más que decir, Kenna. Basta".

"No es suficiente", gritó. "¿No lo ves? Enterraste tu amor por mí el día que enterraste a mi madre. Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Algún día, si Dios quiere, traeré un hijo mío a este mundo. Por el bien de ese niño, dime qué puede hacer una niña para destruir el amor de un padre".

A través del borrrón de lágrimas, Kenna no podía ver sus ojos. Lo único que veía era a un Highlander envejecido que se interponía entre ellos cada vez que ella estaba cerca.

"Por favor, padre".

No tenía respuesta. No ofreció ninguna explicación.

Se volvió una vez más hacia la puerta, pero sus dedos se congelaron al oír su voz.

"Te hago responsable de la muerte de tu madre".

Los ojos del calderero se abrieron de par en par cuando Maxwell y sus hombres salieron de la oscuridad y entraron en su campamento. A la luz del fuego, el montañés vio la expresión de miedo que el hombre intentó ocultar inmediatamente.

"Bienvenidos, amigos", dijo el hombre, levantándose lentamente y esforzándose por enderezar su vieja espalda. "Sólo tengo un poco de pastel de bacalao, pero podéis compartirlo".

Maxwell le hizo un gesto con la mano y señaló a uno de sus hombres. "Tráele a nuestro nuevo amigo un poco de la carne que cenamos".

El calderero enarcó una ceja al recibir un trozo de carne asada. "Vaya, gracias. El laird de estas tierras, un tipo mezquino hasta los huesos, no suele ser tan generoso con su ganado".

"Tienes razón", respondió Maxwell, sentándose junto al fuego del hombre. "Pero como el hombre no estaba, pensamos que no le importaría que nos sirviéramos nosotros mismos".

Los hombres de Maxwell acechaban en los bordes de la oscuridad que rodeaba el campamento. El calderero los había visto a lo lejos al principio del día. Había fingido no reparar en ellos y había girado su carro tirado por bueyes hacia el oeste, pero Maxwell no se dejó engañar.

"Pues me parece que habéis hecho un buen trabajo con esta carne".

Maxwell desenvainó su daga y clavó la punta en el suelo blando que tenía delante. "Pero no

contarás cuentos sobre nosotros, espero".

"El diablo me lleve si lo hago. Sólo soy un humilde jornalero. Y no me importa decirte que los MacKay del norte de aquí no son muy acogedores con los forasteros como tú y yo".

"¿Así que no eres un MacKay?"

"Maldita sea mi culo con faldas escocesas y el de mi padre si lo soy. Soy un Sutherland hasta la médula".

"Un Sutherland, viajando por la tierra de los MacKay".

"Och, ésta era toda la tierra de Sutherland hasta hace una docena de años más o menos. Por ahora, la tienen los MacKay, pero dicen que no por mucho tiempo".

Permanecieron sentados unos instantes, con el silencio sólo roto por el sonido del fuego crepitante y el masticar del calderero.

"Entonces", dijo el artesano. "¿Necesitáis pulir vuestras espadas? No querréis que las muchachas del festival os vean en desventaja".

Maxwell sacó su daga del suelo y la miró. El metal pulido brillaba a la luz del fuego. Miró a sus hombres. Sus rostros brillaban enrojecidos en la oscuridad.

"¿Habéis oído, chicos? Un festival... y muchachas". Se oyó un murmullo de aprobación entre los hombres. "¿Y qué festival es ése?"

"Por estos lares, es el festival más grandioso de todos. Cinco días de fiesta y jolgorio. En la Abadía del Roble. Más allá de la cañada, al oeste de aquí".

"¿Y la gente viaja desde todas partes para ir al festival?"

"Sí, todos. Y de muy lejos, incluso del otro lado del mar. Peregrinos. La abadía ya no es gran cosa. Sólo quedan dos o tres monjes. Pero tienen el tercer dedo de la mano derecha de Santa Brígida".

Ésta podría ser la oportunidad que estaban esperando, pensó Maxwell. Durante la caza, los dos chicos MacKay estaban vigilados como un par de perlas emparejadas, y empezaba a pensar que quizá tendrían que apoderarse de ellos por la fuerza. Pero si iban al festival -y era muy probable que fueran-, entonces él podría arrebatárselos allí o sorprenderlos en algún lugar del camino.

"¿Y crees que unos desconocidos como nosotros seríamos bien recibidos?"

"Sí, estoy seguro de ello, si -con perdón- tienes dinero en la cartera. El año pasado vinieron peregrinos incluso de Inverness y Belfast. Todo un festival".

Maxwell consideró sus opciones y decidió. Algunos de sus hombres irían como peregrinos. Les vendría bien un poco de salvación, y el dedo de Santa Brígida seguro que serviría. Se volvió y le dio una palmada en el hombro.

"Me has convencido. Nos vamos. Y en cuanto a pulir las armas...", empezó y luego hizo una pausa.

Su daga centelleó en la luz y la hoja desapareció en el pecho del calderero. El hombre miró el puño de Maxwell sobre la empuñadura, intentó girar la cabeza y se desplomó.

"Eso es todo lo que necesitan pulir mis armas".

Capítulo Veintisiete

"Sí, y lloraré un rato más".

¿CÓMO? pensó. ¿Cómo podía ser ella la responsable?

La mente de Kenna se agitó y entonces, como si saliera de una niebla, los años se desvanecieron. Estaba en la habitación con su madre, agarrada a su mano, negándose a que se la llevaran, mientras la voz de Sine titubeaba. Gemía de dolor. Los gemelos habían nacido la noche anterior. Kenna sólo los vio de pasada.

"Enséñale. Dile lo que tiene que hacer".

La voz de su padre resonó en la habitación. Kenna no sabía a qué se refería ni a quién había que enseñar. Las mujeres se apiñaban alrededor de la cama, preocupándose por el paciente. Kenna miró a su madre a los ojos mientras luchaba contra las lágrimas. Besó los débiles dedos, desesperada por demostrarle su amor, ya que las palabras no salían de su garganta.

"Por favor, Sine. Hazlo ya".

Los labios de su madre se movieron. Apretó la mano de Kenna y pronunció las palabras. "Vete... vete ya. Ve a ver a tus hermanos".

Kenna negó con la cabeza. No iba a abandonar la cama de su madre.

La mirada de Sine se desvió hacia los hombros de Kenna, donde estaba Magnus MacKay. "Llévatela".

Su padre hizo una pausa antes de agarrarla por los brazos. Kenna sollozó. No quería soltarse. No quería salir de la habitación. Sus gritos por su madre resonaron en la cámara de la cama cuando por fin pudo sacarla.

En las sombras del solemne Gran Comedor, la dejó en el suelo.

"Escúchame, Kenna. Ve a ver a tus hermanos, pero luego vuelve", le dijo. "Quiero que le digas a tu madre que estás preparada. Que tiene que dejarte intentarlo. Es tu derecho. Tu deber".

Es tu derecho. Tiene que dejarte intentarlo. Estás preparada. Las palabras seguían repitiéndose en su cabeza.

La siguiente vez que Kenna vio a su madre, ya era demasiado tarde.

Ahora lo comprendía. Tenía el poder de curar cualquier herida, de salvar una vida del borde mismo del abismo. Había estado allí, sosteniendo la mano de su madre, mientras Sine yacía en su lecho de muerte.

Él había intentado decirle lo que tenía que hacer entonces.

Miró a su padre y se rasgó una oscura cortina. Él lo sabía. Su madre le había confiado el

conocimiento de su don.

"Estás hablando de la piedra", dijo ella. "La tablilla. El fragmento que perteneció a mi madre".

"Sí, la piedra curativa", respondió, dejando escapar un suspiro cansado. "Así que ya sabes lo que es y lo que puede hacer".

"Acabo de descubrir su poder. Cuando Alexander resultó gravemente herido, cuando estábamos en la carretera, estaba segura de que moriría. No había nada humanamente posible que pudiera hacer para salvarle. Y entonces cogí la piedra".

Asintió, apoyándose en la pared como si hubiera entregado un peso y ahora se le permitiera descansar.

"¿Cómo supiste qué hacer?"

"No lo sabía. La piedra me lo mostró. Recordaba habérsela visto a mi madre. Estaba con mi vestido de novia y otras cosas que me dejó. La sostuve... y funcionó. Cobró vida en mi mano y me guió. Pude curarle".

Se hundió en un banco junto a la ventana. Apoyó los codos en las rodillas, con la cabeza colgando.

"Esto es exactamente como ella dijo que sería". Su voz sonaba como si surgiera de un pozo profundo. "Ella me dijo que tenía que suceder así".

Volvió el recuerdo. Recordó su rostro aquel día. Los ojos llorosos cuando le dijo que volviera. Estaba dolido y ella no sabía qué hacer, cómo hacer que se sintiera mejor.

"Recuerdo tus palabras. Recuerdo lo que me dijiste que hiciera. Pero no sabía lo que significaban. No tenía ni idea de lo que podía hacer o nunca me habría ido del lado de mi madre".

Unas manos grandes le cubrieron la cara. Ella sabía que él estaba reviviendo los mismos momentos.

"Me consideras responsable. Pero ni siquiera tenía la piedra hasta hace seis meses", dijo en voz baja. "¿Por qué? ¿Por qué me castigas? ¿Qué he hecho mal?"

En la habitación reinaba el silencio.

"No quería que la viera morir. Hizo que me llevaras porque me quería". Kenna no pudo ocultar el temblor de su voz. Ya no podía contener sus emociones. "La querías. Pero cómo pudiste culparme a mí... la hija a la que amaba... tu hija...".

"Estaba desesperado por encontrar a alguien a quien culpar".

Se pasó una mano por la cara y ella vio las lágrimas que se sacudía.

"Nunca he superado la pena que aún siento por haberla perdido".

"Y lo mismo pasa conmigo", le recordó ella. "Ella era mi luz, mi aire, el sol, mi felicidad. Perderla fue el fin de mi infancia".

Sus ojos se llenaron de lágrimas al encontrarse con los de ella. "Kenna, no eres tú. Es *a ella*, a tu madre, a quien nunca he perdonado".

Kenna ya no podía seguir siendo una observadora distante. Se puso a su lado y se sentó en el banco junto a él. Tan cerca, su dolor se convirtió en el de ella, su pena se apoderó de él.

"Fue algo terrible, un parto difícil. Cuando por fin llegaron los niños, la comadrona no pudo hacer nada para detener la hemorragia. Le pedí a Sine... le supliqué que te diera la piedra. Si lo hubiera hecho, le habrías salvado la vida".

"¿Y por qué no lo hizo?" preguntó Kenna, sin poder controlar las lágrimas que cubrían su

rostro.

"Dijo que eras sólo un niño. Dijo que la piedra conllevaba una gran responsabilidad y un inmenso peligro. La reliquia era a la vez un don y una maldición. Me dijo que no estabas preparada".

"¿Así que me culpaste porque no era mayor? ¿Y crees que yo no lo habría aceptado aquel día?"

"Lo sé. Pero necesitaba a alguien a quien culpar. Me dije a mí misma que si tan sólo hubieras vuelto, le hubieras dicho que estabas lista, la hubieras convencido de alguna manera, que tal vez..."

"¡Pero yo no tenía ni idea!"

"Lo sé. Yo... he sido un tonto, Kenna. Un tonto ciego y furioso".

Se acercó y le cogió la mano. Su otra mano, áspera y callosa, cubrió la de ella.

"La amaba. Más de lo que un hombre debería, tal vez. No podía aceptar que eligiera la muerte antes que a mí. Por encima de nosotros". Respiró hondo para tranquilizarse. "Ella se preocupaba por tu seguridad. Le dije que te protegería como la protegí a ella. Pero no lo aceptó. No escuchó nada de lo que le dije. Había tomado una decisión y yo no tenía nada que decir al respecto. No atendía a razones. Estaba frustrado. Enfadado. Por eso intenté decírtelo... hacer que lo pidieras... hacer que la convencieras para que te lo diera. Pero entonces se fue".

Kenna intentó imaginar cómo sufriría Alexander, viéndola morir cuando había una forma de mantenerla con vida. Kenna intentó comprender la decisión de su madre. Un don y una maldición. ¿Pasaría semejante responsabilidad a un hijo suyo para salvar su propia vida? ¿Robaría la infancia a su propia descendencia? Además, ¿había algo más en la maldición que Kenna aún desconocía?

Se secó las lágrimas de la cara. Se sentía en paz, sentada aquí con su padre. Aun así, había muchas cosas de las que todavía no habían hablado.

"¿Sabes cómo llegó a tener la piedra?"

"De su madre. También lo heredó el día de su boda", le dijo. "Y, como tú, no tenía a nadie que le enseñara qué hacer. Su madre llevaba años muerta. Sin embargo, sabía cómo utilizarla. Cuando la necesitaba, la piedra cobraba vida para ella".

Kenna le miró a la cara. Durante años había sufrido su frialdad, su falta de afecto. Ahora quería respuestas.

"Puedes decir lo que quieras sobre la culpa", dijo. "Pero fue tu corazón el que habló más alto. Descargaste tu ira contra mí. ¿Por qué?"

"Porque has sido un recuerdo constante de ella", dijo. "Tu aspecto, tus modales, tu independencia, tu valor temerario. Desde aquel día hasta hoy, cada vez que te he visto, no he podido evitar pensar en Sine. Y no podía dejar de pensar que ella debería haber seguido formando parte de nuestras vidas".

Muchos le decían que era un reflejo de su madre.

"Y podrías haber manejado la piedra. Tenías la fuerza, incluso entonces. Tenías en ti un espíritu mucho mayor que tus años. Pero entonces fue demasiado tarde".

Se sorprendió cuando él le quitó las lágrimas frescas de la cara. Un acto tan sencillo y, sin embargo, ¿cuántos años habían pasado desde la última vez que le había mostrado afecto? Se levantó y cruzó la habitación.

"Y con el tiempo, mi ira y mi frustración se convirtieron en amargura. Ya lo veo. Supongo que pensé que reteniendo mi afecto hacia ti, podría castigarla. Como si ella mirara hacia abajo y comprendiera cuánto dolor seguía sintiendo". Empezó a caminar. "Tu madre te quería. Te quería

más que a mí. Te quería más que a esos gemelos recién nacidos, creo. Te quería más que a la vida misma".

Kenna apuñaló las lágrimas que no se detenían.

"Todas las instrucciones en su lecho de muerte eran sobre ti. Todas sus preocupaciones se referían a lo que sería de ti".

Kenna se abrazó al medio. Su dolor por la pérdida de su madre era hoy una herida tan fresca como el día en que ocurrió.

"Hasta su último aliento -dijo, volviéndose hacia ella-, la consumió lo que necesitaba saber, lo que necesitaba hacer por ti. Debo elegir un marido digno para ti. Uno con suficiente poder y posición para protegerte a ti y a la responsabilidad con la que cargarías. Me hizo prometer que guardaría la piedra para ti hasta que te casaras. Pero incluso entonces, no debía decir ni una palabra de ella a menos que me lo pidieras. Dijo que la piedra te mostraría el camino. Te enseñaría todo lo que necesitabas saber. Dijo que se uniría a ti en cuerpo y alma".

Y lo había hecho, pensó Kenna. Su madre lo sabía. Y también preveía los peligros. Hoy la perseguían Evers y Maxwell. Mañana sería otra persona.

Kenna cerró los ojos y volvió a secarse la cara. Cuando los abrió, encontró a su padre arrodillado ante ella.

"Nunca pensé que diría esto", dijo, cogiéndole la mano. "Pero me rompe el corazón verte y saber que he fallado en la promesa que le hice. Perdido en mi dolor, ahora veo -aunque supongo que lo sé desde hace mucho tiempo- que te he fallado como padre."

No encontraba su voz.

"Yo sí te quiero, hija. Y cuando me pides, me dices, que ya no me quieres en tu vida... esto es la muerte para mí. Una vez más, sé que pierdo un trozo de mi corazón".

Le miró la cara manchada de lágrimas. Casi se le rompe el corazón al verle así.

"Dime, Kenna. Dime adónde vamos ahora".

Un minuto más y Alexander habría derribado la puerta.

Pero cuando apareció Kenna, echó un vistazo a su rostro manchado de lágrimas y empezó a pasar junto a ella para volver a abrir la puerta de un empujón.

"Mataré a ese cabrón".

"No. No lo hagas. Todo va bien". Le cogió del brazo y le dio la vuelta. "Todo va *muy* bien. Hemos hablado, Alexander. Hemos arreglado nuestras diferencias".

La atrajo hacia sí, abrazándola tan fuerte que no hubo ni un soplo de espacio entre ellos. Hace un año, hace seis meses, no creía que algo así fuera posible. Pero ahora lo sabía. Su amor por ella era más profundo que las aguas del lago Ness, más profundo que el mismísimo océano occidental. Sólo verla turbada le daban ganas de derribar algo. Sólo la sonrisa de sus labios le calmaba y le daba ganas de reconstruirlo.

"¿Pero qué haces aquí?", preguntó ella, apartándose lo suficiente como para poder mirarle a la cara. "¿Qué le ha pasado a Robert?"

"Vino a por mí en cuanto entraste. Le aterrorizaba ponerte en desventaja de algún modo. No paraba de parlotear sobre la calentura, los cuchillos y la reputación".

Ella sonrió. "¿Pensó que mi padre podría apuñalarme?"

"Debe de pensar que has heredado tu mal genio de alguna parte". Le besó la frente, las mejillas húmedas, los labios. "Basta ya de Robert. ¿Qué ha pasado ahí dentro y cuándo se va?"

Empezaron a caminar por el pasillo.

"No se va. No de inmediato. Le dije que quería que se fuera y aceptó que lo hiciera. Pero luego, después de hablar, le pedí que se quedara".

"¿Lo quieres aquí? ¿De verdad?"

"Volvamos a nuestra cámara, donde podremos hablar en privado".

Asintió con la cabeza.

"Espera, no me llevarás a una alegre persecución por el castillo como Robert, ¿verdad?"

"Ni hablar". Sonrió. "Pero volver a la Sala de la Torre Redonda está descartado. Mi madre tiene allí un ejército de modistas y sirvientes esperándote".

Se metió bajo un arco bajo y la llevó por una escalera estrecha y sin ventilación. No quería que vieran ni fueran vistos por nadie.

"¿Es éste uno de esos espacios privados de los que me advertiste?"

"Podría ser".

"En serio, ¿adónde vamos?"

"A la cámara en la que dormía antes de que mi madre hiciera otros planes para nosotros".

"¿Por qué?"

Alexander sabía que su padre quería conocer y dar la bienvenida a Kenna personalmente antes de los festejos de esta noche. Su madre le había amenazado para que no la detuviera; las modistas estaban esperando. Tess insistía en ayudar a Kenna a prepararse para poder decirle lo que le esperaba. Colin probablemente ya estaba en alguna parte planeando alguna travesura. Y James... bueno, James no era un problema. Sólo parecía abatido y quería que lo dejaran en paz.

Alexander sabía que estaba siendo avaricioso con su tiempo, y no se sentía culpable en absoluto.

"Te quiero toda para mí".

Con la mano de ella entre las suyas, subieron corriendo las curvas escaleras de piedra. Al salir al pasillo, cerca de las habitaciones, casi chocan con Robert, que parecía tremendamente aliviado al verlos.

"Está viva, alabado sea el Señor", exclamó el mayordomo. "Sabía que aquí la traerías".

"¿Hiciste lo que te dije?"

"Sí. ¿Cuándo has sabido que te falle? Pues yo..."

"Escúchame, viejo cascabel", amenazó Alexander. "No nos has visto. No has hablado con nosotros. No tienes ni idea de dónde estamos. ¿Está claro?"

El larguirucho camarero consideró su orden.

"Te digo que si sueltas a alguien que Kenna está aquí conmigo, clavaré tu cadáver a la puerta del establo".

Robert se volvió hacia Kenna. "Siempre me habla así, ama. Siento que tengas que oír semejantes tonterías. En realidad es bastante..."

"Robert". exclamó Alexander amenazadoramente.

"Muy bien. No te he visto. No te molestaré". Empezó a alejarse.

"Espera". Kenna extendió la mano, con la palma hacia arriba, hacia el mayordomo. Los dos se miraron durante un largo rato.

"Estará a salvo conmigo", le dijo a Robert.

Con un divertido movimiento de cabeza, el mayordomo le entregó el arma. "Creo que os merecéis el uno al otro".

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Alexander no pudo esperar más. La empujó contra la puerta y la besó con fuerza. Exploró vorazmente, y el entusiasmo de ella coincidió con el suyo.

Tal y como él esperaba, en cuanto se soltó para recuperar el aliento, vio la enorme bañera llena de agua humeante. Le sonrió a la cara.

"Te estás bañando".

"Estamos tomando un baño. Robert hizo que lo trajeran aquí para los dos".

"Pero tu madre espera que vuelva a mi habitación".

"Claro que sí. Pero hacemos lo que queremos", dijo, cerrando la puerta.

Un suave rubor se extendió inmediatamente por sus impecables mejillas. "Pero no podemos. Es de día. Todo el mundo en el castillo sabría lo que estamos haciendo. Y no tengo ropa limpia para ponerme después". Sacudió la cabeza. "Si alguien me viera, sería un escándalo".

Alexander quería reírse a carcajadas de su inocencia, pero no heriría sus sentimientos por nada del mundo. ¿Dónde creía ella que dormirían después del banquete de esta noche?

"Como desees. Querías un lugar donde pudiéramos hablar. Aquí estamos. Los dos solos. Me sentaré en la bañera mientras hablamos. Tengo suficiente tierra de la carretera encima como para llenar el foso. Háblame de la conversación con tu padre".

Entró en la espaciosa habitación, hablando mientras lo miraba todo.

"Mi padre sabe lo de la piedra. Mi madre se lo contó. Dice que la heredó de su madre. No sabe nada de sus orígenes ni de cómo llegó a tenerla mi abuela".

La observó mientras sus dedos recorrían la ropa de cama, mientras miraba por la ventana y probaba las sillas, mientras le contaba todo lo que habían hablado con su padre. Le contó que Magnus quería que Sine renunciara a la piedra para poder salvarle la vida.

"Si fuéramos nosotros dos, te habría obligado", afirmó. "Habría derribado el cielo y desgarrado la tierra para salvarte".

Hizo una pausa. "Dices esto ahora porque no tenemos hijos. Imagina la responsabilidad que cargaríamos sobre una niña. Quizá sería demasiado para ella".

No quería pensar en ello. No quería estar en esa situación. Quería a Kenna con él para siempre. Eso era todo lo que sabía.

"Tú importas por encima de todas las cosas", dijo en voz baja. "Mi amor por ti regirá cualquier decisión que tome, desde ahora hasta el fin de los tiempos. Te digo ahora que lucharé por ti, y no lo haré limpiamente".

Cruzó la habitación y lo abrazó, apretando la cara contra su pecho. "Te quiero, Alexander. Y hoy, ahora mismo, no voy a pelearme contigo por decisiones que espero que nunca tengamos que tomar".

Le echó el pelo hacia atrás hasta que su rostro se volvió hacia el suyo. Aquella mujer era el aire mismo de sus pulmones. "Me quieres".

"Te quiero".

Y sus labios se encontraron con los de ella.

"Tengo otras cosas que contarte -dijo, desabrochándose el broche y tirando de la camisa por encima de la cabeza-.

Se quedó mirándole el pecho.

Se sentó en el borde de la bañera y se quitó las botas. "Me he enterado de que todo aquel asunto del oeste -el barco, el secuestro, dejarnos en el desierto- estaba todo arreglado. Todo era para que tú y yo volviéramos a estar juntos".

"Hoy he oído lo mismo".

"Para ser sincero, lo sé desde que abordamos mi nave en la Roca del Ermitaño. Diarmad me lo dijo".

"Y no lo mencionaste".

Se levantó y se apartó el pelo del tanga que lo sujetaba.

"No, no lo hice. Creo que en ese momento estaba demasiado agradecida a que James fuera tan astuto... y feliz de que nuestros clanes lo desearan tanto". Sonrió. "Además, mis pensamientos estaban demasiado concentrados en embelesarte en mi camarote. No quería que te distrajeras".

"También me he enterado hoy de que nunca solicitaste la anulación".

La miró durante un largo instante.

"Sí, muchacha. Es cierto".

Se desabrochó el cinturón, y la lana oscura de su falda escocesa se encharcó a sus pies.

"¿Por qué?"

Sus ojos recorrieron el pecho, el vientre y la parte inferior de él.

Alexander se dio la vuelta. Estaba empezando a disfrutar.

Ella lo excitó con una simple mirada. Entró en la bañera y se sentó.

"¡Por todos los diablos!", maldijo, levantándose y volviendo a sumergirse lentamente en el agua. "¡Ese cabrón de Robert acaba de escaldarme las vieiras!".

Se rió y luego volvió a ponerse seria. "¿Por qué no acudiste al obispo para la anulación?"

"Porque sabía que éste sería el camino entre nosotros. Y si James no hubiera actuado como lo hizo, dentro de un mes yo misma te habría secuestrado de aquellas monjas de Loch Eil".

"No lo habrías hecho", dijo ella. "Ahora te conozco. Nunca me habrías obligado ni a ti ni al matrimonio".

"Tal vez". Se echó hacia atrás. "Pero podría haberte secuestrado y encerrado en alguna torre y obligarte a verme bañarme".

"Y tú crees que eso me habría convencido, supongo".

"Sin duda. ¿Cómo funciona ahora?"

Levantó la mano y tiró lentamente de los cordones que sujetaban la parte delantera del vestido.

"No eres la única que puede ser tentadora sentada desnuda en esa bañera. Dos pueden jugar a ese juego".

Sus ojos siguieron el movimiento de sus manos. "Llevas demasiada ropa. No me tienta en absoluto".

Tiró del escote del vestido y empezó a empujar la prenda por encima de un hombro, agarrándose a la correa de su turno. "¿Qué te parece ahora?"

Alexander luchó contra el impulso de saltar y arrastrarla de nuevo a la bañera con él. "Ni de lejos, mujer".

Kenna se pasó el vestido por el otro hombro y lo bajó por encima de las caderas. La prenda cayó al suelo.

"¿Y ahora?"

Su mirada recorrió su cuerpo. Aunque conocía perfectamente lo que había debajo de su delgado vestido, ese conocimiento no disminuía en nada el deseo que sentía ahora.

"Seré sincero. Te estás acercando". Sonrió débilmente y asintió. "Pero sigues llevando más de lo que yo llevo puesto. No creo que sea el mismo nivel de tentación".

Se acercó a la bañera. "Bueno, eso es todo lo que te tentará hoy. Como te he dicho, no pienso mojarme. La única razón por la que me quité el vestido fue para lavarte la espalda".

Él se movió en la bañera y los ojos de ella se abrieron de par en par al ver su virilidad húmeda y completamente excitada.

"Como ves, puede que no haya sido del todo sincera. Eres un poco provocadora, Kenna".

"¿Lo soy?", respondió tímidamente.

Estudió el rico tono castaño de su largo y reluciente cabello, los ojos azul violáceo en los que se dormía pensando, los pezones oscuros que empujaban a través de la camisa, las largas piernas que se extendían bajo la fina tela.

"Te burles o no, no puedes tocarme", ordenó. "Sólo te estoy lavando la espalda".

Levantó un paño húmedo.

"Mi gratitud no tiene límites, sin duda. Aquí tienes, muchacha", le dijo. Pero cuando ella lo cogió, la otra mano de él salió disparada y ella estaba en su regazo, en el agua, antes de que pudiera gritar.

"¡Ah! Esto está mucho mejor", gruñó. "Me encanta cuando me salgo con la mía. Creo que primero te lavaré, cariño".

Con los pies aún colgando en el exterior de la bañera y el brazo alrededor del hombro de él, levantó la vista y se encontró con su mirada.

"¿Por qué tienes que ser una tentación? No puedo creer que haya caído en tu trampa".

"Es un regalo. ¿El agua no está demasiado caliente para ti?".

Sacudió lentamente la cabeza.

Alexander vertió cuencos de agua caliente sobre sus pechos, empapando la fina prenda hasta hacerla transparente.

"¿Pero cómo voy a enfrentarme a todos cuando salga de aquí? Todos sabrán lo que hicimos".

"Sí. Es seguro suponer que todos lo saben". Apretó los labios contra la piel desnuda del cuello de ella. "Robert hizo que su gente trajera la bañera y el agua a esta habitación. Y paños de secado suficientes para dos".

Kenna se quedó flácida un momento entre sus brazos. Luego, volviéndose y poniéndole ambas manos sobre los hombros, le miró a la cara. "¿Y no se va a callar?"

"Podría amenazarle con torturarlo a manos del mismísimo Torquemada, el hombre no podría contener su lengua".

"Entonces, ¿quién sabe que estamos aquí juntos?"

"Toda la casa. Mis padres", mintió. "Probablemente estén todos reunidos en el pasillo de fuera en este mismo momento, esperando para celebrar tus gemidos y gritos de plenitud conyugal".

Se echó a reír. "Eres el diablo, Alexander Macpherson".

La atrajo hacia sí y ella se estremeció cuando su mano le acarició el pecho. La besó suavemente en la cara.

"Me alegro de que hayamos solucionado eso. Ahora, trabajemos en esos gemidos y gritos".

Su mano cayó al agua y sus dedos se deslizaron por la piel de su muslo. Kenna contuvo la respiración y se acurrucó contra él.

"Si insistes".

Capítulo Veintiocho

"Úsalo por mi amor de otra forma que no sea jurando por él".

KENNA SE MIRÓ en el espejo.

Era un vestido tan fino como el que había llevado el día de su boda. El vestido, de color amarillo pálido con hilos de oro, se ceñía a su cuerpo y luego se ensanchaba hasta formar una falda larga y amplia por debajo de las caderas. Las mangas ceñidas le abrazaban los brazos y los puños de terciopelo se extendían sobre sus dedos.

Éste había sido uno de los vestidos de Fiona. Y la costurera había hecho magia dejando salir la tela suficiente para que el vestido se ajustara a su cuerpo como una segunda piel. Kenna miró el escote. Era demasiado revelador.

Llevaba seis meses colgando del cuello la bolsa con la piedra curativa. Ahora llevaba la piedra en el cinturón. Al comprender el poder de la reliquia, estaba siempre alerta para saber dónde se encontraba. No quería perderla.

Mirándose de nuevo en el espejo, Kenna se recogió el largo pelo castaño y se lo echó por encima de un hombro, intentando ocultar parte de la piel expuesta. No quería otra exhibición. Esta tarde, después de hacer el amor, Alexander la había vuelto a traer hasta aquí utilizando pasillos secretos y escaleras ocultas. Sin embargo, el rápido intercambio de miradas y los ojos desviados de las criadas y modistas que la esperaban no dejaban lugar a dudas de que sabían lo que ambos habían estado haciendo.

Antes de marcharse, Alexander la había besado profundamente en los labios y le había recordado que aquel dormitorio era de los dos.

Kenna tenía que acostumbrarse a esto. Estaba casada. Y era absolutamente aceptable que su marido exhibiera su afecto en público. Y en el fondo, cada vez se emocionaba por la sensación que le producía.

El resto de la tarde había sido una loca carrera de preparativos. Otro fregado, pero sin el lujo de la bañera. Las mujeres le midieron los brazos y las piernas y la cintura y las caderas y el pecho antes de probar distintos colores y texturas de tela contra su piel y su pelo.

En dos ocasiones, Tess había asomado la cabeza para asegurarse de que todo estaba bajo control y de que Kenna no se sentía abrumada por el grupo de trabajadores que zumbaban a su alrededor.

En el transcurso de unas pocas horas, Kenna se quedó asombrada ante la variedad de vestidos, trajes y accesorios que le entregaron en su habitación.

En un extraño momento a solas, cogió un camisón de seda fina que había dejado sobre la almohada. Se maravilló de la suave flexibilidad del material y de las finas costuras. Al pasarlo por su mano, notó el delicado tacto de la tela y cómo se amoldaba a sus dedos extendidos por debajo. Temblaba de emoción al imaginar la reacción de Alexander cuando se lo pusiera.

Esta tarde, en su habitación, le había arrancado el cambio de cuerpo. Los dos hicieron el amor en la bañera y luego de nuevo en la cama mientras aún estaban mojados por el agua del baño. Parecía que él no podía saciarse de ella, y ella sentía exactamente lo mismo. Él tocaba su cuerpo como si fuera un instrumento. Cantaba, se elevaba y volvía una y otra vez a por más.

Un golpe en la puerta de la alcoba interrumpió su ensoñación. La abrió y encontró en el umbral al hombre en el que había estado pensando.

"¿Puedo pasar?"

Kenna le cogió de la mano y tiró de él hacia dentro, cerrando la puerta tras de sí. Él miró a su alrededor, sorprendido de encontrarla sola. Se puso de puntillas, le agarró por el cuello y le besó en la boca, antes de retirarse rápidamente y zafarse de su agarre.

"Veo que me has echado de menos tanto como yo a ti".

Ella sonrió y asintió. Ya no era el pícaro montañés que aterrorizaba las costas occidentales y a los capitanes de los barcos españoles del tesoro. En aquel momento estaba impecablemente vestido con ropas exquisitamente entalladas. Llevaba la cara bien afeitada y el pelo rubio oscuro recogido. Mirándole ahora, sintió que el calor descendía hasta su vientre.

"Mis padres me obligaron a prometerte que te acompañaría directamente abajo". Sus ojos se fijaron en la carne que asomaba por el escote del vestido. "Ahora veo que fue un error".

Alexander la levantó en brazos y su boca se posó en la de ella, aplastándole los labios en un beso.

"Temían que hiciera lo que he hecho esta tarde", le susurró al oído, rozando con la boca la piel del lóbulo de la oreja y el cuello. Le besó el hueco del cuello.

"¿Qué ha sido eso?" Sus manos se movieron sobre el pecho de él. Podía sentir los fuertes y rápidos latidos de su corazón.

"Puede que haya mencionado a algunas personas que tú y yo hicimos el amor cuatro o cinco veces. O seis".

"¡Alexander!"

"Pero eso fue sólo porque Robert se quejó de que salpicamos tanta agua de la bañera que se inundaron los pasillos y las cámaras de abajo".

"Ahora sé que mientes".

Su mano le acarició suavemente el pecho mientras depositaba un beso en la piel expuesta.

"No, muchacha. Había agua por todas partes".

"¿De verdad? ¿Y se ha hecho mucho daño?", susurró ella vagamente, observando cómo él tiraba lentamente del escote del vestido. Poco a poco, muy lentamente, iba dejando al descubierto más piel.

"Sí. Casi un desastre. Puede que tengan que volver a renovar toda esta ala". Sus dedos rozaron la línea donde la seda se encontraba con la piel.

"¿Es... es así?"

"Pero mi padre dice que todo es por una buena causa".

"Me alegro".

"Pero mi madre insiste en que esperemos a volver a causar ese tipo de destrucción hasta después del banquete de esta noche". Saboreó su piel recién descubierta.

"Por supuesto, tu madre tiene razón".

"En esto me inclino más por mi padre". Tiró de la tela aún más abajo, hasta que un pecho se liberó.

Ella respiró agitadamente y le pasó los dedos por el pelo mientras él deslizaba la mano por debajo de su pecho, levantándolo. Jadeó cuando su boca se apoderó del pezón.

"No podemos hacer el amor siempre que lo deseemos", dijo ella con voz ronca, el dulce tormento apoderándose de sus sentidos. Sus dedos le rastrillaron los hombros y volvieron a moverse por su pelo. "Deberíamos parar. Necesito causar una buena impresión ante tu familia".

"Sí, es verdad, mi amor". Se apartó, sonriendo. "Pero puede que sea demasiado tarde. Tengo entendido que todos en el Gran Comedor oyeron tus gritos esta tarde".

"No me tomes el pelo así. Ya estoy bastante nerviosa -gruñó ella, empujándole el pecho. Volvió a subirse el vestido, cubriéndose. "Hora de irse".

"No, no permitiré que esos lujuriosos de mi clan de ahí abajo te miren en este estado. Tu piel lleva la marca de cada lugar donde te besé".

Se liberó de él y miró horrorizada al espejo. Él tenía razón. Unas marcas rojas resaltaban en su piel clara.

Sonriendo, Alexander se fue a buscar entre el montón de prendas que habían traído esta tarde y regresó un momento después con un chal de los colores de Macpherson. Ella observó cómo él le colocaba la tela alrededor de los hombros.

Se apartó admirado. "Sí, con eso bastará".

Unos instantes después, Kenna sonrió alegremente mientras se deslizaban en la sala festiva. Una enorme hoguera al final de la sala iluminaba los festejos, y el olor a carne asada y pan llenaba el aire. Los gaiteros tocaban y los niños bailaban. Por todas partes, las risas y la alegría les envolvían, de modo que, en medio del jolgorio, casi nadie se percató de su entrada.

Kenna vio a su padre sentado junto a Alec Macpherson y, por segunda vez en el día, se le encogió el corazón al saber que formaría parte de su vida. Ahora le comprendía. Su silencio. Su dolor y su pena. Aún tenían mucho de lo que hablar. Ambos tenían heridas emocionales que aún sangraban. Pero ahora tenían la oportunidad de curarse. En ese momento, Magnus MacKay la vio y se puso en pie de inmediato.

Un silencio inmediato se apoderó de toda la sala. Los músicos dejaron de tocar y todas las miradas se volvieron hacia ella. Alexander la cogió del brazo y le impidió dar un paso atrás.

El laird y lady Fiona se pusieron en pie. Uno a uno, los demás les siguieron.

"¿Qué está pasando?", preguntó en un susurro.

"Son tu familia, mi amor", respondió tranquilizador. "Llevan seis meses esperándote, y no con demasiada paciencia".

"¿Por qué están tan callados?", le murmuró ella. "Te dije que pasaría esto".

"No. Por lo que parece, les has dejado embelesados. Pero, ¿cómo puedes culparles? dijo Alexander. "Eres una visión. Eres mucho más deslumbrante de lo que esperaban". Llevó sus manos unidas a su labio y besó el de ella. "Estoy orgulloso de estar a tu lado".

Magnus MacKay cruzó el suelo y se inclinó ante ellos. Con la cabeza alta y la espalda erguida, Kenna se encontró por un momento con la mirada de su padre. Las palabras que habían pronunciado esta tarde eran su salvación. La confianza que sentía ahora provenía de la certeza de que nunca había perdido a su padre. Hizo una reverencia.

"Hija", susurró, estrechándola entre sus brazos.

Kenna sintió que su afecto recorría sus miembros y le llegaba al corazón.

"Rezo y espero haberte hecho bien aquí", le susurró al oído.

Tenía los ojos empañados al apartarse. "Lo has hecho, padre". Magnus cogió a Alexander en

brazos.

A Alec Macpherson no se le iba a negar esta vez. Con una estruendosa bienvenida, cruzó la pista con Fiona a su lado.

"¡Por fin!", tronó. "Por fin podré dar la bienvenida a mi hija al castillo de Benmore".

El último vestigio de nerviosismo de Kenna desapareció y una sonrisa se dibujó en su rostro.

"Por fin", respondió ella con una reverencia baja. "Me siento honrada de estar aquí: hija, esposa y miembro de este generoso y digno clan".

De repente, la sala estalló en vítores y el viejo laird sonrió de alegría.

Alec Macpherson abrió los brazos, y Kenna depositó un beso en la mejilla del cacique, sólo para encontrarse aplastada en un abrazo de oso mientras sus poderosos brazos la envolvían.

"Y ahora me toca a mí, Alec", intervino Fiona, recibéndola calurosamente con un fuerte abrazo.

Los gaiteros empezaron a tocar de nuevo, y Kenna se vio rodeada de rostros amontonados de simpatizantes.

Tess estaba allí; Colin también.

"Sabes que con esta declaración de esta noche, ahora eres presa fácil. Puedo gastarte todas las bromas que quiera y ya no podrás huir".

"No necesitaré correr, hermano", respondió ella. "Porque puede que no seas capaz de arrastrarte".

Se rieron mientras Alexander se movía a su lado. "Colin, patético cachorro. Una vez estuve a punto de ahogarte, pero Tess te salvó. La próxima vez, hermanito, me aseguraré de que el agua esté más fría, la distancia a la orilla sea mayor y no haya nadie en kilómetros a la redonda que pueda salvarte".

Colin no se amilanó. "Si me haces algo, tendrás que responder ante mi mujer". Volvió a interponerse entre Alexander y Kenna. "¿Te ha contado este bruto algo de la locura que hay en nuestra familia?"

"Muévete, muchacho", gruñó Alexander. "La única locura en nuestra familia, mi amor, está en el tercer hijo".

Kenna y Tess intercambiaron una mirada. Esto era exactamente lo que ella le había advertido antes. Esperaba que estallara una pelea en cualquier momento.

"Como iba diciendo...", continuó Colin, agarrándola de la mano.

"Tess, ¿serías tan amable de controlar a tu marido?". preguntó Alexander, apartando a Kenna.

"Sí, eso puedo hacerlo", Tess rozó con un beso la mejilla de su marido, y de pronto la atención de Colin se centró sólo en su esposa.

Kenna miró a su alrededor. No había visto a James.

La calidez que sentía -la bienvenida, las bromas alegres, el tacto amoroso de la mano de Alexander sobre la suya- todo había sido posible porque James había aceptado el reto de volver a unirlos.

Le vio al otro lado de la habitación. Sus miradas se cruzaron. Él se abrió paso lentamente entre la multitud y, cuando la alcanzó, la besó suavemente en ambas mejillas.

"Bienvenida a la familia".

Algo le pasaba. Ella lo vio al instante. La mirada preocupada que le dirigió Fiona le confirmó que adivinaba lo mismo.

"Gracias, James", le dijo ella. "Gracias por robar una nave, por secuestrarme, por dejarnos varados. Gracias por cualquier otra jugarreta que nos hiciste y que ni siquiera conozco".

Asintió, pero una máscara ocultaba sus emociones. "Mi hermano es un buen hombre. Lo

haréis bien". Con una cortante reverencia, se dio la vuelta y se alejó.

"Ya ves", intervino Colin. "La locura se ha apoderado del cerebro de ése".

Miró a Alexander. "¿Qué ocurre?"

"Un asunto del corazón". Sacudió la cabeza y miró en dirección a su hermano que se marchaba. "Creo que se ha dejado un trozo en otra parte".

Sir Ralph Evers se sentó en su cargador, ignorando la fría lluvia que le corría por la cara.

Una docena de aldeanos colgaban de lazos en el roble que había detrás de él.

Su medio soldado arrastró a la mujer por el barro, tirándola del pelo. Iba vestida sólo con una mugrienta camisa mojada, su carne blanca visible a través de las lágrimas. El hombre la obligó a arrodillarse y le levantó la cabeza para que Evers pudiera verla. Estaba magullada y ensangrentada, con el labio inferior gris e hinchado hasta alcanzar el tamaño de un ratón gordo.

Ya casi no le importaba lo que le ocurriera, pensó Evers, pero quizá no del todo.

"Dicen que eres una bruja, mujer".

Murmuró algo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

El soldado la abofeteó con fuerza. "Habla cuando te lo pida su señoría, zorra".

"No", susurró ella.

"No lo entiendes. Busco a una bruja, una con gran poder. Me han dicho que procedes de una larga estirpe de ellas".

Le miró fijamente, con una confusión evidente en el rostro. Luego sus ojos se entrecerraron con desconfianza.

"No intento engañarte. Por eso he venido a este agujero dejado de la mano de Dios. Dicen que se puede leer el pasado de un hombre tocándole la mano o la cara. ¿Es eso cierto, mujer?"

No dijo nada durante un momento y luego se acobardó cuando el soldado levantó un puño para golpearla.

"Sí", murmuró, mirando furtivamente de su atormentador al líder montado. "La piel de un hombre, mi señor. Me habla".

"Acércate", ordenó Evers. "Toca mi mano y cuéntame mi pasado".

Mientras la mujer se levantaba con dificultad, Evers se quitó el guantelete. Se acercó al caballo de guerra, sin perder de vista al soldado. Alargó la mano, vacilante, y posó los dedos en el dorso de la mano de Evers.

Cerró los ojos. Un momento después, empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

"¿Tenía una piedra?" preguntó Evers a su hombre.

"No, mi señor. Una bolsa con bellotas y semillas y flores secas y una concha del mar, era todo".

Los párpados de la mujer empezaron a agitarse y su respiración se entrecortaba.

Evers apartó la mano y ella cayó de rodillas en el barro.

"¿Qué has visto, mujer?"

Se tranquilizó y le miró a la cara. "Eres un guerrero muy temido. Te he visto en muchas batallas. Has visto muy lejos-"

"Basta", dijo él, cortándola.

Evers se sacó la bolsa del cuello. La extendió delante de ella.

"Dime cómo llegué a tener esta piedra".

La mujer se puso en pie, observando la bolsa. Levantó la mano y la tocó con los dedos. De repente, apartó la mano como si la quemara y retrocedió.

"Háblame de esta piedra".

Ella le miró fijamente, y él vio que su rostro cambiaba. "Un corazón mentiroso. Unos ojos del diablo. Siempre falsos y llenos de mentiras".

"Cállate, zorra".

"Una piedra. Una piedra. Morirás solo". Ella retrocedió más y se cubrió el rostro. "No, inglés. No puedo decirte nada. Nada. Nada".

"Ya veremos", dijo Evers, metiéndose la bolsa dentro de la camisa.

Sus ojos negros relampaguearon de odio mientras señalaba el árbol que tenía detrás.

"Cuélgala. Yo esperaré".

Capítulo Veintinueve

"Todo el mundo puede dominar una pena, pero el que la tiene..."

AL OÍR UN GOLPE SECO, Kenna se incorporó de golpe y miró a su alrededor, momentáneamente confusa.

La habitación de Roundtower. El sol entraba a raudales por las ventanas abiertas. Las cortinas adamascadas de la cama estaban corridas y agradables olores veraniegos a heno cortado y flores flotaban por la habitación.

Más golpes, acompañados de una voz apagada.

Su camisón estaba sobre una almohada y se lo puso. Alexander seguía durmiendo, tendido desnudo sobre la cama, con la cabeza parcialmente enterrada bajo otra almohada.

Tras días de celebraciones, la noche anterior se había celebrado otro banquete, con presentaciones y brindis, un cantante y baile. Esta vez, entre los invitados había clanes vecinos y aliados de los Macpherson. Esta mañana, muchos de los hombres -incluidos el laird y el padre de Kenna- iban a salir de caza. Alexander les dijo en términos inequívocos, entre risas, que no tenía ningún interés en madrugar para recorrer los bosques de Benmore.

Los golpes continuaron.

"¡Maldita sea!", maldijo su marido, levantando la cabeza y mirando amenazadoramente hacia la puerta. Kenna se puso la bata y corrió hacia la puerta.

Un muchacho al que Kenna reconoció como el ayudante de Robert estaba de pie en el pasillo.

"Le ruego me disculpe, señora. Pero me han dicho que..."

La cara de pánico registró al instante el alivio del muchacho cuando miró más allá de Kenna. Alexander apareció junto a ella, vestido con su camisa y poniéndose la falda escocesa.

"Milord, Robert me ha dicho que os traiga. Es urgente, me dijo que dijera. El laird ha salido a cabalgar y lady Fiona se ha caído".

"¿Cayó?" ladró Alexander. "¿Cómo que me caí?"

"Está despierta y se esfuerza por hablar. Pero no puede mover nada. Ni las manos ni los pies. No puede levantar la cabeza. Robert está sentado con ella, pero no sabía qué hacer. Me dijo que te buscara".

Eso era todo lo que Kenna necesitaba saber. Volvió corriendo a la habitación para coger la bolsa.

"¿Dónde está ahora?"

"En la escalera, junto a sus aposentos. La hemos encontrado hace un momento".

Kenna se colgó la bolsa al cuello y corrió tras su marido. Su mente pensaba en todo lo que podía ir mal. Huesos rotos. La espalda rota. Había visto traer al priorato a hombres que se habían dado un golpe demasiado fuerte en la cabeza y no recordaban nada. Ella había curado huesos. Pero esto.

Sólo llevaba unos días en Benmore, pero Kenna ya quería a Fiona Macpherson. Su amabilidad y su compasión se extendían a todo el mundo, pero ella le había dado conscientemente a su nueva nuera espacio para adaptarse, sin dejar de hacer que se sintiera incluida. Fiona era la figura materna que había perdido hacía ocho años.

El frío miedo se apoderó de su corazón. Había tantas cosas sobre la piedra que aún desconocía. ¿Podría recurrir al poder del talismán cada vez que lo necesitara? ¿Podría hacer lo correcto por Fiona? Mientras atravesaban a toda prisa el castillo, sintió la piedra, ya caliente contra su pecho.

Alexander la miró por encima del hombro cuando llegaron a la escalera. No tuvo que decir nada. Su mirada también mostraba sus temores, así como lo mucho que confiaba en ella.

El chico se apartó, permitiéndoles pasar.

La escalera era oscura y empinada. No había estado en ésta, aunque Alexander y ella habían utilizado otras similares para desplazarse por el castillo.

Un susurro flotó por los escalones mientras descendían al rellano.

"Por los santos, Robert, di algo", ordenó Fiona en voz baja. "Tu silencio da un poco de miedo".

"No puedo, milady. Tengo la garganta atragantada".

"Robert".

"Odio estas escaleras".

Kenna se obligó a pasar junto a su marido cuando llegaron al rellano.

Robert estaba sentado en los escalones de abajo, sosteniendo la cabeza de Fiona sobre su regazo. El cuerpo de la mujer estaba desparramado torpemente sobre las piedras. Kenna no tenía ni idea de cuánto había caído.

"Mira lo que has hecho ahora". Fiona amonestó débilmente al mayordomo. "No hace falta que parezcáis tan preocupados, mis amores".

"Madre". La voz de Alexander se entrecortó al agacharse junto a ella.

"¿Qué debo hacer?", preguntó Robert, con lágrimas en los ojos. "¿Llamar al cirujano? ¿Llamar al sacerdote? ¿Enviar a alguien a buscar al hacendado?"

Kenna se sentó en los escalones, en el lugar de Robert. Sus dedos rozaron la frente de Fiona, su cabeza, sus orejas. Con toques de pluma, le pasó la mano por el cuello, bajando por los brazos.

"Sí, cogedlos a todos", ordenó Alexander. Se volvió hacia el chico que estaba encima de ellos en la escalera. "Trae al señorito James y a Colin... y también a Tess".

"¿Deberíamos moverla primero de esta escalera?" preguntó Robert.

"No. Id, los dos".

Kenna no sentía ningún hueso roto en los brazos ni en las piernas. Pero cuando tocó los hombros de Fiona y luego su cuello, las manos de Kenna se calentaron al instante. Alexander la miró y ella le hizo un gesto para que hablara con su madre.

"Dime lo que te duele, madre".

"Tengo que sentir algo para que me duela", respondió. "Ahora mismo, siento como si alguien me hubiera cortado la cabeza y me la hubiera puesto en el pecho. No siento dolor. No siento

nada. Pero empiezo a sentirme mareada".

Kenna metió la mano en la túnica y volvió a agarrar la piedra. Esperó a que unas voces la dirigieran. Pero no había nada.

A diferencia de la herida de Alexander, la de Fiona no tenía sangre ni el tajo de la entrada de una espada que le indicara exactamente dónde tocar, dónde centrar su atención. La negrura rodeó a Kenna. El miedo levantó su horrible cabeza. Lo hizo retroceder, colocándose más abajo en los escalones, y sus dedos volvieron a tocar el cuello de Fiona. El calor que emanaba de la columna se encendió.

"Ayúdame a hacerla rodar hacia un lado".

Alexander la ayudó, aunque era difícil en el reducido espacio.

Kenna pasó la mano por la columna vertebral de Fiona. El calor atrajo su mano hacia el lugar.

"Escúchame", susurró Fiona. "Las dos. Kenna, tú serás la señora de esta casa. Y Alexander, tu padre se hará a un lado ahora. Tú serás laird. La vida es cambio. Incluso el momento final es simplemente otro cambio. Pero no aceptaré un cambio que me convierta en una carga para ti. Así no".

"Madre, ¿quizás te estés preocupando por cosas en las que no deberías pensar?".

"No, Alexander. Sé lo que me ha ocurrido. Lo vi una vez en Skye. Un guerrero cayó de un caballo y se golpeó el cuello. Fue terrible, y no pudimos hacer nada. Pero vivió, incapaz de moverse en absoluto, cada vez más amargado y quejumbroso durante meses y meses. Cuando murió, odiaba el mundo y todo lo que había en él. No quiero formar parte de eso".

"Madre..."

"Escúchame. He hecho un daño irreparable. Nunca volveré a moverme", dijo Fiona. "Me niego a depender de los demás para todo el resto de mis días. No viviré para odiar a nadie. Así que te pido... que me ayudes... a irme con dignidad".

"¿Qué me estás pidiendo?" preguntó Alexander con rabia. "¿Me estás pidiendo que acabe con la vida de la mujer que me trajo a este mundo?".

Se hizo el silencio.

"Le estás pidiendo a tu hijo que haga algo que -si fuera yo la que estuviera allí tumbada- tú nunca harías". Sacudió la cabeza. "Si me hubiera caído, me cuidarías y me animarías hasta tu último aliento. Te quedarías a mi lado y me protegerías como una leona de cualquiera que quisiera hacerme daño. Me ayudarías a encontrar un propósito para vivir, por muy poco que quedara de mi antiguo yo".

Tal vez fueran las palabras de amor de Alexander, o tal vez fuera la propia piedra. Pero mientras hablaba con su madre, las manos de Kenna cobraron vida con el calor de la lápida. De repente, al pasarlas por la parte superior de la columna y el cuello de Fiona, supo exactamente dónde tocar. Cerró los ojos y se concentró en la herida que ahora podía ver con los ojos de su mente, transfiriendo el poder que la atravesaba a la espalda de Fiona. Su mano se movió por voluntad propia mientras su mente seguía una antigua intuición.

Kenna ya no oyó las palabras que se pronunciaban. Se desvaneció del presente. No existía el tiempo. Era vagamente consciente de que ya no ocupaba ningún espacio físico. Flotaba suspendida en el poder infinito de la curación.

Las siguientes palabras de las que fue consciente fueron las de su marido.

"Lo has conseguido, amor mío. Mira, está moviendo las manos, las piernas".

Kenna abrió los ojos. Fiona forcejeó, pero al cabo de un momento levantó la mano. Indicó que deseaba que la ayudaran a incorporarse.

Se oían voces. Pasos que corrían. Las voces de Colin y Tess llamaban desde arriba. James subió las escaleras de tres en tres.

"Estoy bien", dijo Fiona con calma. "Me resbalé, pero ya estoy bien. Os veré a todos en el Gran Comedor dentro de un momento. Deja que me recoja".

Alexander se levantó y asintió a sus hermanos. Fiona cogió la mano de Kenna antes de que pudiera ponerse también en pie, acercando su cara a la suya.

"Tu regalo. No es un rumor, después de todo".

Kenna sonrió.

Fiona la besó en la mejilla. "Gracias, hija".

Hace cincuenta años, pensó Maxwell, esta ciudad debía de estar viva con un comercio que duraba más allá de estos pocos días.

De pie a la sombra proyectada por la cruz del mercado, escrutó la bulliciosa plaza desde los muros de la abadía hasta las caballerizas situadas al final de la calle "alta". Después de merodear durante tres días, había recibido noticias de sus hombres de que los muchachos y sus cuidadores parecían estar preparándose para un viaje al festival.

No iba a perder la oportunidad de atraparlos aquí. Arrebatarlos en la carretera sería un asunto más sangriento.

"¿Dónde demonios estás?", murmuró.

Si yo fuera uno de esos muchachos, pensó con disgusto, habría estado aquí todos los días, y nada me lo habría impedido.

La ciudad tenía el aspecto de una puta de Calais. Brillantes banderas y estandartes -tanto de Sutherland como de MacKay- ondeaban en todas las tiendas, casas y posadas pintadas de forma llamativa. Las coloridas tiendas llenaban la plaza del mercado, con vendedores que ofrecían de todo, desde fruta y productos de panadería y cerveza hasta lana y enseres domésticos y finas telas.

En efecto, el aspecto de la ciudad era agradable y seductor a la luz del sol veraniego, pero Maxwell tenía la sensación de que el lugar parecería un poco viejo y cansado cuando se fuera la multitud y descendiera la oscuridad invernal.

En un extremo de la plaza, más allá de un rebaño de ovejas que eran conducidas a la abarrotada ciudad, dos gaiteros borrachos competían por las peores interpretaciones de la "Canción del arado", y los juerguistas igualmente borrachos que los rodeaban añadían letras ininteligibles a la actuación. En un corral situado en el otro extremo de la plaza -donde todos los días se celebraban subastas de ganado-, una bulliciosa asamblea animaba a dos luchadores que se tambaleaban agitando los puños y salpicando sangre por todas partes. Y mientras tanto, los asistentes al festival entraban y salían de las tiendas del mercado, y los jóvenes luchaban por llamar la atención de las muchachas que reían junto al muro de piedra que rodeaba el kirkyard.

Un griterío detrás de él atrajo su mirada. Dos mujeres finamente vestidas se disputaban un sitio para entrar en la abadía. Las dos peregrinas habían pagado la entrada al santuario del dedo de Santa Brígida, pero al parecer la fila de la salvación no avanzaba lo bastante rápido para una de ellas.

Lo único que faltaba, pensó Maxwell, era que estallara un incendio y quemara media ciudad.

Entonces, justo cuando parecía que iba a estallar una batalla campal, un silbido de uno de

sus hombres le alertó de la llegada de los muchachos.

Cinco guerreros MacKay, que parecían relajados y fuera de guardia, se paseaban en una formación suelta alrededor de los muchachos. Todo estaba preparado.

Una compañía de acróbatas atrajo la atención de los chicos. Cuando empezaron a acercarse a los artistas, Maxwell hizo una señal a una banda de gitanos que los esperaba. Inmediatamente, unas mujeres de pelo negro con ojos centelleantes y panderetas flotaron alrededor de los guerreros, distrayéndolos con velos de seda, promesas murmuradas y destellos de piel lechosa.

Y para cuando los hombres de Mackay apartaron los ojos de las mujeres, los chicos ya se habían ido.

Capítulo Treinta

***"¡Oh, si yo fuera un hombre por él!
o que tuviera algún amigo sería un hombre por mí".***

TAL COMO HABÍA DICHO ROBERT, Alexander encontró a Kenna sola y llorando en el jardín.

Avanzó rápidamente por el sendero hacia ella, con el corazón encogido al verla en el viejo banco de piedra. El mayordomo le dijo que Tess estaba allí con Kenna, consolándola, pero no había rastro de la esposa de su hermano.

"¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? Se agachó, intentando ver su rostro manchado de lágrimas, cubriendo suavemente sus manos con las suyas.

No levantó la cabeza ni le miró.

¿"Malas noticias"? Robert me ha dicho que Kester vino y se fue ya esta mañana. El hombre ni siquiera se detuvo a hablar con tu padre, ni con el mío". Hizo una pausa, esperando que ella retomara la conversación, pero Kenna se limitó a sollozar suavemente y sus manos se aferraron a las de él. "¿Qué ha dicho? Ven, amor mío. Dime qué te pasa".

Sólo sacudió la cabeza. Su sufrimiento parecía no tener fin. Él le acarició el pelo. No era propio de ella rendirse ante los problemas. Siempre los atacaba de frente.

"Háblame, amor mío. ¿Cuándo han resuelto las lágrimas un problema?"

Ella se inclinó hacia delante y enterró la cara contra su pecho.

"Será mejor que me lo digas o cabalgaré tras ese gusano y le sacaré la verdad a rastras".

"Soy Emily", murmuró finalmente.

"Ya lo suponía. Pero, ¿y ella?"

"Se ha ido al priorato de Loch Eil. Kester la acompañó hasta allí antes de venir aquí". Se secó la cara. "Ha decidido hacerse monja. Una monja *de clausura*".

Los pensamientos de Alexander se volvieron inmediatamente hacia James. Robert también dijo que había visto a su hermano caminando cerca del jardín.

"¿Una monja? Imagino que no le sentará demasiado bien a sir Quentin".

Se sentó derecha y se secó las lágrimas de la cara. "No se casará con él".

"Ya lo suponía. Una buena decisión, en cualquier caso".

¿"Decisión"? Su reputación está arruinada. Pero aunque el Lowlander aceptara casarse con ella, dudo que pudieran *obligarla* a hacerlo. Está enamorada".

Se derramaron nuevas lágrimas.

"¿Emily está enamorada?", preguntó, sabiendo ya la respuesta, pero preguntando de todos

modos. Por el rabillo del ojo, vio que una sombra se movía detrás del enrejado cercano a la verja. Una sombra pelirroja. Una sombra pelirroja. "¿Enamorada de quién?

"Con James", respondió ella. "Con el patán más indigno de las Highlands".

"Pero antes de llegar al patán de mi hermano", dijo tirando de ella contra él, "¿qué más ha dicho Kester?"

"Me lo contó todo. Dijo que Emily cometió un error, pero que fue porque actuó según su corazón. Dejó que sus emociones dominaran su razón".

"¿Qué quieres decir?"

"Cuando nos dejaron, se enamoró. Y cuando regresó al castillo de Craignock, ya se había hecho a la idea de que no iba a permitir que su padre la vendiera a ese orinal de las Lowlands. Así que ideó un sencillo plan para llevarse a James durante unas horas. Sólo para que pudieran pasar algún tiempo juntos. Pero, por mala suerte, todo salió mal. Los MacDougall acabaron llevándoselo a una mazmorra del castillo de Dunstaffnage".

"¿Y el muy canalla se opuso a eso?"

"Sí". Kenna continuó, contándole detalles que ya había oído y otros que no.

"Pero entonces, después de que le propusiera matrimonio..."

"¿Le propuso matrimonio a Emily?" Él también lo sabía, pero también sabía que James estaba escuchando cada palabra. "¿Le propuso matrimonio a una mujer que ya había contraído matrimonio con otro? ¿Así que pensó que podría atraparla para que se casara con ella?"

Ella negó con la cabeza. "No. Su amor no debía ser una trampa. Sólo deseaba ganar tiempo para probar la profundidad de su afecto. Pero sólo lo hizo porque pensó que él también se preocupaba por ella".

"Ella lo secuestró", le recordó.

"Un mal plan, como resultó. Pero lo hizo por amor. Tú me secuestrarías por amor, ¿verdad?"

Lo haría, aunque probablemente ella le cortaría las pelotas en un arrebato de cólera. Pero Alexander decidió que no era el momento de discutirlo.

"¿Y Kester te contó algo más?"

"Cuando James se declaró, ella lo confesó todo. Habría sido deshonesto aceptarlo... atraparlo, como tú dices. Pero cuando ella le dijo que lo había hecho todo porque le quería, él se lo echó en cara y se largó. Y luego vino aquí, el cobarde, mientras la vida de ella está arruinada".

Le corrían lágrimas frescas por la cara. Le acarició la espalda y le depositó besos en el pelo. Aquello era un verdadero desastre, pero se alegró de que James siguiera junto al enrejado.

"¿Así que le declaró su amor?"

"Kester" dijo que sí, una y otra vez. Pero James ya había tomado una decisión. Nada de lo que ella dijera era suficiente para él".

"Le drogaron y le secuestraron", le recordó.

Se apartó y se puso de pie, frente a él, con las manos en las caderas. "No he dicho nada de que lo drogaran. Nunca dije nada sobre cómo lo secuestraron".

"James nos contó algo de esto cuando llegó. Pero, a decir verdad, no le encontraba ningún sentido. Nunca dijo que Emily le hubiera declarado su amor. Tuve la impresión de que todo aquello lo hizo como venganza por los secretos que le había ocultado cuando nos dejaron en el camino de Oban. La verdad es que la retrató como una desalmada y una intrigante".

Ella se alejó de él y arrancó una hoja de un peral. Él quiso levantarse e ir hacia ella, pero esperó.

"Ya has visto su aspecto, Kenna. Te he oído preguntarte en voz alta por qué ha estado tan abatido desde que llegamos a Benmore. Esto lo explica todo".

"Podrías habérmelo dicho".

"¿Qué te dijo? ¿Que mi hermano era desgraciado por culpa de las acciones solapadas de tu primo?", razonó. "Eso no habría sido justo para ti. Ya has tenido bastante en qué pensar desde que llegaste a Benmore. Y además ocurrió el accidente con mi madre".

Se volvió lentamente hacia él. "No te preocupes. No estoy enfadada contigo por no habérmelo dicho".

"Pero estas lágrimas son por Emily".

Asintió con la cabeza. "En muchos sentidos, son lágrimas de frustración, así como de tristeza por su dolor. ¿Qué opciones tenía? ¿Qué opciones tiene cualquier mujer? Semanas antes de una boda organizada por hombres, la secuestran y la utilizan como peón en una estratagema para juntarnos y consumir otro matrimonio organizado por hombres. Estaba indefensa".

Alexander consideró la posibilidad de argumentar, pero no sabía por dónde empezar. Todo esto era cierto.

"Y luego", continuó Kenna. "Cuando le da la vuelta a la tortilla e intenta utilizar con James la misma estratagema que él había utilizado, ella es -¿qué has dicho?- insensible e intrigante. Así que él la rechaza. La rechaza. Y al final, su vida se arruina porque hizo caso a su corazón y a su cabeza y actuó con independencia, quizá por primera vez en su vida."

Algo en lo más profundo de Alexander le decía que, como hombre, debía poner fin a ese tipo de charla, a ese tipo de razonamiento. Pero algo más, algo más fuerte, le decía que, como hombre, debía aceptar la verdad de lo que aquella mujer -que sólo por casualidad era la mujer que amaba- estaba diciendo.

Ahora estaba de pie ante él, con las manos a los lados y el sol del verano iluminándole el rostro. "Durante mucho tiempo, Alexander, nunca pensé que fuera posible, pero no amo nada en el mundo tanto como a ti. E incluso esto me hace comprender mejor a Emily. Lo que hizo. Por qué lo hizo. Y por qué sufre ahora por ello".

"Y no hay nada en el mundo que ame más que a ti. Te dije antes que derribaría el cielo por ti, y lo haré".

Aun así, todo el plan de Emily había sido peligroso. Conociendo a su hermano, era un milagro que nadie hubiera muerto o resultado gravemente herido.

Alexander miró hacia arriba, fingiendo observar un halcón que volaba muy por encima de ellos. Santiago no se había movido.

"¿Dices que harías cualquier cosa por mí?", preguntó ella.

"Lo haré. Para que vuelvas a sonreír, te lo juro. Lo que sea".

"¿Algo para enmendar un error?", preguntó, apuñalando las lágrimas.

"Sí". Lo sabía. Y esperaba que ella también lo supiera. Ella le importaba mucho. "Dilo".

"La justicia exige acción".

"Sí, tal vez haya algo en lo que dices. Tengo que hablar con él".

"Para empezar, si tuviera en cuenta lo que ella le dijo ahora que ha pasado el calor del momento. Por supuesto, si ella estaba equivocada, si a él no le importa nada... si cree que lo correcto es que ella se encierre de por vida, que así sea. No le perdonaré y no volveré a hablarle, pero tampoco le haré daño. Pero intenta que lo piense con la cabeza despejada".

"Lo intentaré. Lo haré", dijo, levantando ambas manos en señal de paz. "Y por tu bien, incluso se lo meteré a golpes, si es necesario. Pero no puedo tomar la decisión por él. No puedo obligarle a dar el siguiente paso".

Ella asintió bruscamente.

"Pero te diré una cosa", continuó Alexander, tirando de ella hacia sus brazos. "Desde luego,

actúa como un hombre enamorado... y picado por ello".

La sombra se movió, y Alexander vio cómo James se escabullía en dirección a los establos.

"¿Por fin se ha ido?", susurró.

"Sí, amor. Dentro de unos instantes, si miramos hacia el oeste, estoy seguro de que veremos una nube de polvo procedente de los talones de su caballo".

Kenna sonrió y le besó en la mejilla.

"¿Sabías que estaba allí, escuchando?", preguntó.

"Al principio no. Pero tus ojos lo delataron". Ella le cogió de la mano mientras empezaban a caminar de vuelta del jardín a la casa. "Me alegro de que resultara así. De que haya entrado en razón por sí mismo".

"James se preocupa demasiado por ella. Cualquiera podía verlo. Era cuestión de tiempo que entrara en razón. Pero eso fue inteligente por mi parte, ¿no?".

"Muy inteligente". Ella le devolvió la sonrisa y le rodeó el cuello con los brazos. "Te quiero.

La besó en los labios. "Dime. ¿De cuál de mis perversas cualidades te enamoraste primero?".

"Con todos ellos. Juntos crean una persona totalmente atractiva". Le besó. "Pero dime. ¿Cuál de mis cualidades angelicales hizo que te enamoraras de mí por primera vez?"

"¡Angélico! Eso es. Eres verdaderamente un ángel. ¿Qué otra criatura sino un ángel podría hacer que la amara incluso contra mi voluntad? Te amé cuando huiste de nuestra boda y nunca he dejado de amarte".

"Y te amé incluso mientras corría, esperando que vinieras a por mí y me cortejaras".

"Pero tú y yo éramos demasiado sabios para cortejar pacíficamente", le dijo.

"Aquí estamos", dijo satisfecha. "Por el momento, al menos, en paz".

"¿Pero cuánto puede durar eso?", se rió, llevándola a través de una puerta y por un pasillo hacia el Gran Comedor.

Cuando ella no dijo nada, él decidió que lo mejor era cambiar de tema.

"Antes he visto a mi madre, paseando por el castillo. Aquí sólo ha pasado una semana desde su caída, y está haciendo todas las cosas que hacía antes".

"Sí, igual que hacías tú, ni siquiera una semana después de casi morir por una herida de espada".

"Pero me curé completamente".

"Ella también", le dijo Kenna. "Obligarla a guardar cama durante unos días funcionó bien. Tu padre y el resto de la casa necesitaban ver que su recuperación era gradual. Pero la verdad es que recuperó las fuerzas en pocas horas".

Robert apareció en el extremo opuesto del pasillo y corrió hacia ellos. Tenía la cara sonrojada.

"Tenéis que ir inmediatamente a la biblioteca", les dijo. "Os necesitan. Os necesitan a los dos".

"¿Qué ocurre?" preguntó Alexander.

"Acaba de llegar un mensajero, ama. Tus hermanos Giles y Ninian... han sido secuestrados".

Capítulo Treinta Y Uno

"¿No me amas?"

EMILY NO TENÍA talento para curar como Kenna. Trabajar con enfermos estaba fuera de su alcance. De hecho, le daba escalofríos ver sangre.

Pero las buenas hermanas del priorato no habían tardado en recordarle que los puestos de trabajo en la sala capitular había que ganárselos. No se daban gratuitamente, por muy alto que fuera el postulante que ingresaba. La priora decidió que el lugar más seguro para empezar era la cocina.

Al cabo de pocos días, la monja fornida y pelirroja que dirigía la cocina rogaba a sus superiores que encontraran a Emily otra cosa que hacer. Cualquier cosa. De hecho, la priora buscaba ahora un lugar para ella antes de que incendiara todo el priorato o envenenara al personal.

Las manos de Emily empezaban a parecer carne desollada por el escaldado y los cortes de los afilados cuchillos. Y las quemaduras en los brazos eran terribles. Tenía dos bultos del tamaño de un huevo en la frente por resbalar en un suelo mojado y por golpearse la cabeza con una olla de hierro. Parecía vulnerable a cualquier accidente.

Sabía que estaba pagando el precio de toda una vida de mimos como hija única. Lo que le molestaba era que le estaban enseñando algunas lecciones muy básicas sobre la vida real y ella era un desastre.

Pero no se rendía. No podía volver a Caignock. Había escrito una carta a su padre y la había enviado desde Dunstaffnage. Sabía que se enfadaría. Pero había decidido que lo mejor era decírselo, con sus propias palabras, en lugar de echárselo todo a Kester.

Asumir la responsabilidad de sus actos. Eso era lo que iba a hacer.

Y le había dicho a Kester que contactar con Kenna estaba descartado. Ahora no. No cuando su prima aún no conocía sus propias circunstancias. Además, sabía que cualquier comunicación con el castillo de Benmore le parecería a James otro intento de engañarle. Ya le había hecho bastante daño.

"¿Ves lo dura que está la masa, Emily? Añade un poco más de agua. Viértela sobre mi mano".

Emily se centró en la anciana monja a la que hoy ayudaba a hornear. Tenía las manos arrugadas metidas hasta la muñeca en la masa que estaba amasando. Añadió el agua.

"No", dirigió bruscamente la monja. "Demasiado. Añade más harina".

"Hemos terminado esta harina. Ahora vuelvo con más".

Mientras Emily se dirigía a la despensa especial donde almacenaban la harina, le pareció oír a la anciana y astuta monja maldiciendo en voz baja. Había un problema cuando intentaba ayudar a alguna de ellas. Aquellas gentiles mujeres le daban órdenes, dando por sentado que Emily sabía cuánto había que echar o cómo mezclar o cómo sacar las hogazas de pan del horno abierto. No lo sabía. Pero aprendería. Tenía que hacerlo. Era su nueva vida. Es cierto que los obstáculos eran humillantes, pero le hacían darse cuenta de lo mucho que le faltaba. Corregir sus errores también la hizo trabajar más duro y le dio menos tiempo para llorar por James.

Emily cogió un gran cuenco de madera de una estantería y echó harina en él. Intentó adivinar cuánta sacaría la monja. Era mejor sacar más que menos.

Salió de la despensa y su corazón se detuvo en seco. Había un gigante en la puerta de la cocina. El sol estaba detrás de él, así que no podía verle la cara. Pero era imposible confundir su larga melena pelirroja, el tartán, la forma en que llenaba la abertura con su altura, sus anchos hombros, su sola presencia.

No muestres ninguna debilidad, se dijo Emily. Sé fuerte. No tengas miedo. Ahora eres panadera. No le necesitas a él ni a nadie.

Aferrando el cuenco a su cuerpo, empezó a avanzar. Un paso y cayó en un charco que no había visto antes. En un momento estaba dando zancadas con confianza, y al siguiente estaba tumbada de espaldas con una capa de harina sobre ella y una nube blanca colgando por encima.

Había oído lo que dijeron Kenna y Alexander de que estaba angustiada, pero James nunca imaginó que intentaría ahogarse con harina.

Se paseó por el interior. Varias de las monjas ya estaban inclinadas, intentando ayudarla. Estaba cubierta de polvo blanco. Lo tenía en los ojos, la nariz, la boca y en ambos hoyuelos. Parecía un pez fuera del agua, tragando aire, mientras se esforzaba por limpiarse la harina.

Mirándola ahora, a sólo un paso de distancia, se dio cuenta de que, por primera vez en una semana, no le dolía la cabeza. No le dolía el corazón. No estaba de mal humor. Sonreía.

Estaba sentada, luchando por ponerse en pie. Las monjas le vieron y asintieron en señal de reconocimiento. Les hizo un gesto para que no dijeran nada y señaló la puerta. Una monja anciana sonrió.

"Cielo santo, niña, pero no podemos limpiarte aquí", reprendió. "Ven conmigo. Te llevaré fuera".

James se deslizó por la puerta de la cocina. Fuera, el sol de la mañana brillaba a través de las nubes. Esperó cerca de la puerta. Pasó sólo un minuto, pero le pareció un año, antes de que la amable monja condujera a Emily fuera. Le ofreció la mano y la anciana puso la suya en la de Emily.

Ella se tensó de inmediato, pero James la sujetó y la sacó a la luz del sol. La monja desapareció de nuevo en la cocina.

"Creía que eras tú", espetó ella, intentando limpiarse la harina de los ojos. Por fin se abrieron, y unos orbes azules le miraron desde sus rasgos blancos y calcáreos.

"¿Por eso diste una voltereta tan grácil? ¿Intentabas huir?"

"Tú eres el que huye. Yo no". Bajó la mirada hacia el vestido arruinado, hacia sus manos. Se tocó la cara e hizo una mueca. "No sé por qué estás aquí, pero estoy segura de que no puede tener nada que ver conmigo. El despacho de la priora está por allí". Hizo un gesto en dirección a los

edificios. "Ahora, si me disculpas, tengo que asearme y volver al trabajo".

Ella empezó a rodear el edificio. Él la siguió. Su vestido era de lana casera de un color apagado e indefinible. Entre gris y marrón. El velo blanco que llevaba cuando él la vio por primera vez había desaparecido con la caída. James se quedó mirando los rizos rubios que escapaban de la gruesa trenza recogida en un nudo en la nuca. Quería tocarlos, sentir su suavidad contra sus labios.

Giró sobre sus talones. "¿Qué haces?"

"Ya he terminado mis asuntos con la priora. Lo que me queda por hacer te concierne a ti".

"No tengo nada que decirte".

Aún tenía la cara cubierta de harina, y los ojos azules que brillaban bajo unas pestañas espesas y empolvadas eran fieros.

"Tengo mucho que decirte".

"Si lo que buscas es más una disculpa por mi parte, entonces puedes marcharte de aquí. No tengo nada más que dar. Y, de todos modos, no tiene sentido. No escuchas. No comprendes. No perdonas. No tienes corazón".

Ella se alejó antes de que él pudiera decir nada en su defensa. Él la siguió. Esta vez, ella se detuvo junto al pozo, sacó un cubo de agua y cogió una toalla para secarse de una mesa toscamente tallada que había cerca.

"¿Quieres irte, por favor? No quiero que me acosen".

"¿Te estoy acosando?", preguntó en voz baja, acercándose y limpiándole la harina de la punta de la nariz.

Ella saltó hacia atrás como si se hubiera quemado. Tuvo que estirar la mano y agarrarla por el brazo mientras ella casi caía de espaldas al pozo.

"Un poco propenso a los accidentes, por lo que veo".

"¡No, en absoluto!"

"Así que nada de esto es accidental. El daño que estás haciendo es intencionado".

"¿Qué daños?"

Le quitó la toalla de la mano y la mojó en el agua. "Estos golpes y moratones. Los accidentes. La priora me ha dicho que tienes buenas intenciones. Te has comprometido a formar parte de su comunidad. Trabajas duro. Pero eres un desastre como monja".

"¿Quién eres tú para hablar de mí a la priora?"

"Tenía que asegurarme de tus planes. Quería estar seguro de que no se trataba de otro truco".

Ella intentó apartarse, pero él no le dejó espacio. Estaba atrapada entre él y el pozo.

"Lo que hago, dónde estoy, cómo vivo mi vida hoy, mañana o siempre no tiene nada que ver contigo. Así que sigue tu camino. Aléjate de mí. No deseo volver a verte".

"Mentirosa". Sonrió. "Hacer ese arreglo para secuestrarme. Luego me dijiste la verdad cuando podías haber tenido lo que querías. Tirar por la borda tu futuro con Chamberlain. Incluso alejándote de tu familia y conformándote con esto. Todo lo que has hecho tiene que ver conmigo. ¿Qué clase de monja fabrica mentiras como éstas?"

James utilizó la toalla para frotarle ligeramente la frente y la nariz, y luego las mejillas. Ella permaneció con los ojos abiertos, mirándole. Volvió a mojar la toalla en el agua y se la pasó por los labios, haciéndola respirar bruscamente.

"Ahora, dime otra vez que no me quieres aquí".

El color floreció en sus mejillas recién lavadas.

"¿Por qué haces esto, James?"

"Porque quiero volver a oír tus palabras. Lo que me dijiste aquel día en el molino".

Ella negó con la cabeza. "No, nunca más. Ya no me importas".

Se inclinó hacia ella. "¿A que sí?"

Sus labios estaban a centímetros de los de ella. James se dio cuenta de que su respiración se había vuelto agitada, inestable. El rubor se extendía por su cuello. Ella no apartó la cara.

"Muy bien", dijo ella, frustrada. Le empujó el pecho. Él no se movió. "Quizá un poco".

"Bueno, tú también me importas. Y mucho más que un poco".

Sacudió la cabeza, obligándose a pensar con claridad. "Esto no explica por qué estás aquí. ¿Cómo sabías dónde estaba?"

"Tu hombre, Kester, se lo dijo a Kenna. Oí hablar a Kenna y a Alexander, y aquí estoy".

Esta vez se deslizó a su alrededor y se alejó.

"¿Adónde vas?", preguntó él, manteniéndose a su altura.

"No permitiré que te manipulen por un sentimiento de culpa".

"¿Culpa?" La cogió del brazo y le dio la vuelta.

"Sí, culpa", replicó ella. "Vienes aquí y ves el escaso estilo de vida que he *elegido*, y enseguida decides hacer lo honorable. Pero no lo toleraré. No lo toleraré. Márchate. No te quiero aquí. Interfieres... en mi vida".

Se alejó.

Cabalgando desde Benmore, una docena de posibles conversaciones pasaron por su cabeza, pero ésta no era una de ellas. En la conversación mejor imaginada, James se había imaginado llegando y descubriendo que ella estaba encantada de verle. Inmediatamente, Emily volvería a declararle su amor, y él admitiría cuánto la amaba también. Y entonces, fijarían la fecha de su boda.

No lo estaba poniendo fácil.

Pero toda la gente que se movía por la zona abierta y les miraba boquiabierto tampoco ayudaba.

Alcanzó a ver cómo Emily desaparecía por una puerta y corrió tras ella.

El edificio era antiguo, pero olía sorprendentemente a menta, lavanda y cera de abeja. El pasillo era estrecho y oscuro. Oyó unos pasos que subían las escaleras y los siguió. Ella estaba cerrando una puerta tras de sí, pero James apoyó la bota en la jamba y luego empujó la puerta para abrirla. Entró detrás de ella.

"¿Qué crees que haces?", gritó.

Cerró la puerta tras de sí. La habitación era pequeña y estrecha, con sólo una cama estrecha a lo largo de una pared como mobiliario.

"Empecemos de nuevo".

"No me escuchas, como siempre. Ahora soy monja. Lárgate".

"No eres monja. Estás muy, muy lejos de llegar a ser monja. Y, francamente, la priora desea que dejes de intentar serlo".

"Eso es entre ella y yo. Pero ésta sigue siendo mi celda y te ordeno que salgas".

Levantó ambas manos. "¿Por qué no me das la oportunidad de empezar de nuevo?"

"¿Por qué? ¿Para que se te ocurran más razones por las que hay que salvar a la pobre Emily y por las que tú eres el hombre indicado para hacerlo?"

"¿Qué tal si enumero una docena de razones por las que es a James a quien hay que salvar, y Emily es la única mujer capaz de hacerlo?"

Sus ojos se encontraron con los de él. Retrocedió hasta chocar contra la pared. "Por favor, James. No juegues conmigo".

"Sin juegos". Se acercó más a ella. "He sido desgraciado desde el día en que me alejé de ti. Y

puedes preguntarle a cualquiera si eso es cierto o no".

Quería alcanzarla, estrecharla entre sus brazos, pero temía que huyera. Y quería terminar lo que tenía que decir.

"Cierto, al principio estaba enfadado porque me habías vencido en mi propio juego. Antes incluso de llegar a Benmore, me sentía estúpida de miseria porque me di cuenta de que aún te amaba. Mi abatimiento no hizo más que aumentar cuando recordé tus palabras, la forma en que intentaste hacerme comprender tus razones y cómo todo había salido mal. Y en cómo te había rechazado. Entonces, me quedé despierto por la noche buscando una razón para ir a por ti, para impedir tu boda con Chamberlain, ideando complots para irrumpir en el castillo de Craignock y robarte. "

Acortó la distancia que los separaba y acunó su rostro. Sus ojos se empañaron cuando se encontraron con los de él.

"No sabes cuánto me alegré al saber que estabas en este priorato. Que habías rechazado el matrimonio con el Lowlander. Supe entonces que me amabas de verdad. He venido hasta aquí en el ala de un águila para decirte esto... Te amo, Emily".

Los dedos de ella subieron por el pecho de él. "Te quiero, James".

"Entonces te casarás conmigo".

Al besarle, el priorato de Loch Eil perdió a otra monja.

Capítulo Treinta Y Dos

"Juraron que estabas a punto de morir..."

A CAMBIO del regreso a salvo de Giles y Ninian, Kenna y su padre debían entregar la piedra curativa al día siguiente.

Las exigencias de Maxwell eran claras. El intercambio debía tener lugar a mediodía en la cruz del mercado de una pequeña aldea a medio día de camino a caballo al sudeste de Benmore. Ninguna compañía armada de guerreros Macpherson entraría en la aldea. Si más de tres acompañaban a Kenna, los gemelos serían asesinados.

El mensajero que llevaba la carta era un pobre campesino que no tenía ni idea de la gravedad de lo que estaba en juego.

Alexander estalló al oír las demandas. No iba a poner en peligro la vida de Kenna dejándola acercarse a Maxwell. Aquel hombre era una serpiente, tan despiadado como mortífero.

Kenna tenía otras ideas. Iba a ir. De eso no había duda. Y se esforzó por hacerle ver que haría lo mismo si la vida de sus hermanos estuviera en peligro.

Una veintena de guerreros Macpherson y MacKay les acompañaron desde Benmore hasta un campo en las afueras del pueblo, y allí acamparon. Allí esperarían mientras tenía lugar el intercambio. Alexander quería que Maxwell supiera que, aunque no rompían los términos del intercambio, no se podía jugar con los Macpherson.

Ella, Alexander, Magnus MacKay y Colin llegaron solos. El lugar era un pueblo de mercado embarrado, formado por tres o cuatro docenas de casitas de piedra y zarzo y paja, agrupadas en torno a una iglesia baja en el recodo de un río ancho y de movimiento lento. La plaza del mercado estaba llena de campesinos y artesanos, comprando y vendiendo. El humo de los fogones flotaba en el aire bajo un cielo cada vez más bajo. Las ovejas y el ganado pastaban en los campos junto al río, y los escarpados Cairngorms se extendían hacia el sur.

El pueblo era como otros cien que Kenna había visto en su vida. Alrededor de la plaza, los artesanos y las mujeres ejercían sus oficios bajo los salientes de paja frente a las casas de campo. Los niños y los perros corrían desbocados, y cada forastero era recibido por una multitud de chiquillos y perros ladrones y por las miradas curiosas de los aldeanos.

Aunque la aldea estaba en su límite más lejano, seguía siendo tierra de los Macpherson, y el anciano de la aldea hizo pasar al hijo del laird a su cabaña y luego los dejó. El tiempo apremiaba, pero cuando Magnus declaró que él y Colin irían a la plaza del mercado para hacer el intercambio, se produjo una discusión. Eran sus hijos, afirmó el MacKay. Él haría el

intercambio. Kenna y Alexander esperarían allí juntos.

A ella no le hacía ninguna gracia, y a Alexander tampoco, pero era mediodía. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros resignada.

"Hemos hablado de esto y estamos en paz con ello", dijo Kenna a su padre, tendiéndole la bolsa y la piedra. "Daría mucho más por las vidas de Giles y Ninian".

El laird MacKay levantó una mano. "No. No es necesario. Ya lo tenía hecho".

Le puso un trozo de piedra en la mano. Era similar en tamaño y color a la que ella tenía. Le habían grabado líneas y figuras para que pareciera auténtica.

"Sí", dijo su padre. "Es falso, pero ¿cómo va a notar la diferencia ese cabrón de Maxwell? Le daré esto y tendremos a los chicos".

Kenna miró a Alexander. Parecía tan dubitativo como ella. "Tal vez haya visto lo que sea que ha visto Evers. Padre, no podemos arriesgarnos a que se dé cuenta del engaño y haga daño a los chicos".

"No se lo permitiré. Me importa un bledo lo que realice. En cuanto veamos a los chicos, acabaré con el villano".

"Puede que no funcione como crees. Igual deberías coger el que yo tengo, por si acaso".

Magnus le quitó la tablilla falsa de la mano y la guardó en una bolsa similar a la suya. "No, hija. Prometí a tu madre que protegería la piedra. Y mis hijos fueron secuestrados cuando deberían haber estado conmigo. Los recuperaré y no renegaré de mi promesa a Sine".

"Padre".

Se volvió hacia Alexander y le puso una mano en el hombro. "Mantenla a salvo aquí. Traeremos de vuelta a los muchachos".

Mientras Kenna veía partir a su padre, las garras del miedo rasgaban su corazón. Había perdido a su madre cuando la piedra podría haberle salvado la vida. Ahora su padre caía en lo que tenía que ser una trampa. Sus hermanos habían sido capturados por la misma reliquia. Se abrazó a su medio, incapaz de luchar contra el pánico que se apoderaba de ella. Lo que tenía no era un don, sino una maldición.

"Lo que intenta hacer mi padre no funcionará. Si les pasa algo a mis hermanos, nunca me lo perdonaré".

"Anoche, media docena de hombres se colaron en la aldea, mi amor. No sé con cuánta gente cuenta, pero cuando aparezca, haremos saltar la trampa. Y Colin estará allí. Confío en él".

Se colgó la bolsa al cuello y se paseó por la casa vacía. Alexander permaneció cerca de la puerta, con la mano en la espada. Sabía que había otros cerca, vigilando la cabaña. El tiempo pasaba. Los jóvenes rostros de Giles y Ninian estaban constantemente en su mente. Kenna deseó haber insistido en que Alexander mandara a buscarlos en cuanto llegó a Benmore. Se le partía el corazón al pensar en lo asustados que debían de estar.

Cuando un grito lejano de mujer resonó en el aire, Kenna corrió hacia la puerta. Algo había salido mal. Siguieron gritos de "¡Fuego!".

"Quédate dentro", ordenó Alexander, abriendo la puerta de un tirón.

La gente corría por el camino embarrado que había delante de la casa. Ella le siguió al exterior.

"La cur está quemando el pueblo", dijo.

Miró a lo largo de la hilera de casitas. Parecía que todos los tejados de paja estaban ardiendo y un humo negro se extendía por todo el pueblo. Mientras estaban allí, la cabaña en la que se encontraban estalló en llamas.

"Voy a sacarte de aquí". Alexander le cogió la mano.

Hizo un gesto a dos hombres que corrieron hacia ellos. Guerreros Macpherson, se dio cuenta con alivio. El ruido del fuego se había convertido en un rugido crepitante. La gente gritaba por encima de él.

"Llévala fuera de la aldea, al campamento". Se volvió hacia ella. "Voy a buscar a tu padre, a Colin y a los chicos".

Kenna quiso ir con Alexander, pero éste ya corría en dirección al mercado. Una choza tras otra estaban envueltas en llamas.

"Vamos, ama".

Los dos hombres protegieron a Kenna a ambos lados y la empujaron por el camino. Al pasar junto a una casa de campo, una joven salió corriendo, gritando de pánico. Su vestido estaba ardiendo.

Kenna se liberó de los hombres y corrió hacia ella, arrojando su capa sobre la niña, empujándola hacia el barro y agachándose a su lado. Golpeó el manto, sofocando las llamas, mientras la niña lloraba histéricamente.

El aire estaba tan cargado de humo que a Kenna le quemaba los ojos y los pulmones.

Los ojos de la chica se enfocaron de repente. "¡Mi hermana! ¡Aún está dentro! Es sólo una cría".

Kenna hizo un gesto a los hombres para que entraran. Sin vacilar, se zambulleron por la puerta abierta.

Justo entonces, como en un sueño, aparecieron dos muchachos con capuchas en la cabeza y las manos atadas a la cintura. Estaban a pocos pasos de ella. Detrás de ellos había un hombre con un cuchillo en la mano. No necesitó preguntarse si era Maxwell.

"La piedra", exigió, con su áspero acento de las Lowlands. "Lánzamelas y podrás quedarte con los chicos. Si vacilas un instante, morirán".

Se levantó lentamente. "Primero, necesito ver sus caras".

El hombre levantó el cuchillo hacia la garganta de uno de los chicos y arrancó la capucha del otro. Giles gritó su nombre al verla, pero Maxwell le esposó con fuerza.

"Ahora, mujer, o morirán los dos".

Kenna se quitó la bolsa del cuello. La levantó. "Envíamelas".

"Lánzamelas".

Ambos se movieron al mismo tiempo. La bolsa con la piedra voló por los aires justo cuando los dos chicos se desparramaban a los pies de Kenna.

Cuando levantó la vista, Maxwell había desaparecido entre el humo. Manteniendo a Giles cerca de ella, Kenna le quitó la capucha a su hermano gemelo.

Pero no era Ninian.

Se quedó mirando fijamente mientras la conmoción del reconocimiento la golpeaba con fuerza.

Era Jock.

Alexander no iba a perder a Maxwell.

No había tiempo para reunir a sus hombres, y Colin y Magnus podían valerse por sí mismos.

Los dos hombres Macpherson habían salido de la cabaña al derrumbarse el tejado, uno de ellos con un bebé bajo el brazo y ambos resollando por el humo. Volviendo a Kenna y a los niños hacia ellos, saltó sobre su caballo.

Saliendo del humo y el caos de la aldea, galopó hacia el este por el camino del río. No había ido muy lejos cuando se dio cuenta de que Kenna estaba justo detrás de él.

"¿Qué haces?", gritó. "¡Vuelve!"

"No. Ahórrate el aliento. Allá van".

Alexander miró hacia delante y vio a dos jinetes en una elevación. El niño iba colgado del cuello de uno de los corceles. Seguían el camino del río, que formaba un gran arco alrededor de una cañada boscosa.

No tenía tiempo para pelearse con ella. Sabía que, en cualquier caso, no ganaría.

"Esto podría ser una trampa, Kenna. Quédate detrás de mí y vuelve a por ayuda si ves que se les unen más hombres".

Si oyó algo de lo que dijo, no lo reconoció.

Maxwell llevaba suficiente ventaja como para que su única posibilidad fuera cortarles el paso. Espoleando a su caballo para que abandonara el camino y se adentrara en la cañada, Alexander cabalgó con fuerza por el bosque. Las ramas le desgarraban. Oyó cómo el caballo de Kenna se estrellaba detrás de él. Su seguridad era lo más importante del mundo para él. Pero sabía que, hiciera lo que hiciera, ella no dejaría de perseguir a aquellos canallas.

No se trataba de la piedra. Ya había decidido desprenderse de ella. Se trataba de Ninian. Nunca se daría por vencida hasta recuperarlo.

Su corcel saltó por encima de un árbol caído y oyó que su caballo aterrizaba sano y salvo. Era tan buena amazona como cualquiera, y no tenía miedo ante el peligro. Él ya lo había visto.

Y eso no aliviaba en nada sus preocupaciones. Ella correría cualquier riesgo.

Momentos después, salieron de la cañada y entraron en la pradera abierta. A menos de un tiro de flecha, Maxwell y su hombre se giraron sobre sus monturas y los vieron.

Agobiados por el niño, perdían terreno rápidamente.

Al ver que el Highlander les pisaba los talones, Maxwell hizo señas a su hombre para que se alejara del río y subiera hacia terreno más elevado, donde sobresalían peñascos escarpados entre la maleza y matorrales de pino. Podía ver una larga cresta más adelante. Si querían librarse de sus perseguidores, tenían más posibilidades de hacerlo allí.

Arrebatarse a aquel muchacho pescador de las colinas junto al mar occidental le había salido mejor de lo que esperaba. Maxwell había planeado utilizarlo en lugar de uno de los gemelos desde el primer momento en que los vio en el pabellón de caza.

El heredero de los MacKay serviría para muchas cosas una vez que se unieran a Sir Ralph Evers, que debería estar esperando a menos de una legua de aquí. Aquellos tontos de las Highlands pagarían con creces por el muchacho, pero el reto ahora parecía ser escapar. Miró al montañés y a la mujer. Les estaban alcanzando.

Volver con la piedra era su misión. Al infierno con el chico.

"Si nos cogen", gritó Maxwell a su hombre, "corta al mocoso y suéltalo cerca de la cornisa. Eso nos dará tiempo".

Allí de pie, con los chicos del pueblo, había visto la expresión de la cara de la mujer MacKay. No importaba la piedra, ella habría dado su vida por recuperarlos.

Al coronar una elevación, Maxwell se quedó atónito al ver a Alexander Macpherson cabalgando por la escarpada cara de la cresta. Desenvainando su espada, cabalgó rápidamente detrás de una gran roca por donde el Highlander llegaría a la cima.

Cuando Macpherson pasó al galope, Maxwell blandió la espada, pero el Highlander fue demasiado rápido. En un instante, levantó su propia espada, recibiendo todo el peso del golpe.

La espada del montañés se hizo añicos, y el hombre salió despedido de su caballo. Pero Maxwell tardó un latido en sentir el dolor abrasador. Miró hacia abajo. La punta de la espada de Macpherson estaba clavada en su pecho.

Bramando de furia, cabalgó hasta donde su hombre esperaba con el muchacho.

Macpherson volvía a montar a caballo cuando apareció su mujer.

"Córtale. Déjale".

El hombre de Maxwell no vaciló ni un instante, clavando una daga profundamente en la espalda del muchacho y arrojándolo al borde del precipicio.

Espoleando a sus corceles, los dos partieron al galope.

Más allá de la siguiente colina había un bosque. Más allá, Evers esperaba. Inclinandose sobre el cuello de su montura, Maxwell apretó la mano contra la herida. La sangre fluía libremente alrededor del acero dentado. No podía detener la hemorragia, y notaba el sabor de su propia sangre. Respiraba con dificultad y su visión se distorsionaba mientras luchaba por mantenerse sobre su caballo.

"Los hemos perdido", dijo su hombre.

Al frenar, Maxwell se deslizó del caballo y cayó al suelo. Parpadeó, mirando las manchas del cielo.

Los cascos de un caballo dieron vueltas a su alrededor. El jinete desmontó. Maxwell miró el rostro borroso de su hombre.

"En la bolsa... de mi cinturón... la piedra curativa. Cógela. Es mágica. Úsala conmigo".

El hombre se agachó y cogió la bolsa. Maxwell cerró los ojos. Un milagro. Magia. El objeto de su búsqueda le devolvería la plenitud.

La sensación de la hoja cortándole la garganta hizo que el Lowlander abriera los ojos, pero la luz era ahora cegadora. Y mientras se ahogaba en su propia sangre, el último pensamiento de Maxwell fue que no se produciría ningún milagro.

Alexander llegó al chico antes que Kenna. Habían apuñalado a Ninian para nada.

La sangre ya empapaba el trapo con el que lo habían vestido. Se quitó la capucha y unos ojos azules tan parecidos a los de Kenna le miraron fijamente.

En un instante estaba junto a ellos.

"Has venido a buscarme", dijo débilmente. "Le dije a Giles que no se preocupara. Le dije que me encontrarías".

"Por supuesto, mi amor". Recogió a su hermano contra ella. Miró la herida. ¡Cuánta sangre había perdido ya el muchacho!

"Me duele, Kenna", susurró Ninian. "¿Puedes hacer que mejore?"

Miró a Alexander desesperada, con los ojos ardiendo en lágrimas.

Sir Ralph Evers se quedó mirando al soldado renegado. Así que Maxwell había muerto. Pero este hombre había sido capaz de conservar la tablilla y entregarla.

"Cuando un comandante pierde a un combatiente de confianza", dijo, "es importante contar con un buen hombre para sustituirlo".

"Sí", dijo el hombre de Maxwell. "Eso es lo que me imaginaba. Y haré lo que exija el trabajo".

Evers asintió y vació la bolsa que el hombre le había entregado en la palma de la mano. Contempló la piedra: el color, las marcas, los bordes. Enseguida, Evers supo que era auténtica.

Se alejó de la fila de hombres que esperaban de pie su reacción. Sacó su propia porción de la tablilla. Sostuvo una en cada palma. Las juntó.

Encajan perfectamente. Como un puzzle. Tenía dos eslabones de la cadena. Una oleada de placer le inundó. Estaba a medio camino de su objetivo. Lo tendría todo.

Volvió hacia los que esperaban.

"Ningún Highlander nos engañaría, Sir Ralph". El hombre de Maxwell era ahora todo fanfarronería. "He traído el artículo genuino, ¿verdad?".

Era auténtico. No tenía ninguna duda.

"Vamos a probarlo, ¿vale?" preguntó Evers.

Sacando su daga, apuñaló al hombre de Maxwell en el vientre. Los ojos del montañés se entornaron de asombro. Se tambaleó hacia atrás.

"Sujétalo", ordenó Evers.

Los hombres se movieron a ambos lados y agarraron los brazos del Lowlander, manteniéndolo erguido.

Piedra en mano, Evers alargó la mano y tocó la herida sangrante. Pasaron unos instantes, pero no había ninguna sensación en su interior, como había ocurrido con la otra piedra. Ni calor. No sintió cambio alguno. La sangre seguía manando de la herida.

Y entonces se le ocurrió.

Cairns. La piedra permaneció durante algún tiempo en la estantería de aquella mazmorra. Muchos podrían haberla tocado, cogido, estudiado. Redcap Sly lo había hecho. Pero el poder no había pasado a nadie más que a él, pensó Evers. Nadie había sido capaz de poseerlo.

No hasta que Cairns estuviera muerto.

Sir Ralph miró fijamente la piedra curativa que tenía en la palma de la mano, con la ira creciendo en su interior. Tenía la piedra que podía proporcionarle el don, pero Kenna Macpherson tendría que morir para que él poseyera su poder.

Y moriría.

Kenna no tenía nada que pudiera salvarle. Se sentía impotente y aterrorizada, pero no iba a permitir que su hermano pequeño conociera la profundidad de su desesperación. Cada vez le quedaba menos tiempo.

Alexander siguió hablando con Ninian, colmándolo de elogios por su valentía, mientras Kenna observaba. En algún lugar de su mente, un leve atisbo de esperanza se burlaba de ella. Pero, ¿qué podía hacer?

Tras dar a luz a los niños, su madre había sabido que estaba a punto de morir. Pero Sine no había hecho nada para salvar su propia vida. ¿Por qué no le había dado la piedra a su marido? ¿Por qué no se la dio a la comadrona, o a otra persona de confianza de la casa? ¿A alguien? Tenía que haber tantas personas que podrían haber manipulado la tablilla y luego devolverla cuando Sine se recuperara. Su propio padre podría haberlo hecho. Pero ella no se la dio. ¿Por

qué?

La mano de Kenna se cernió sobre la herida. Sin siquiera tocarla, sintió el calor que emanaba de ella.

Cerró los ojos, dejando que sus dedos se movieran donde quisieran. En su mente, se concentró en el lugar donde la daga había atravesado la carne.

De repente, en su interior, se formó una tormenta. Desde el cielo, arriba, y desde la tierra, abajo, sintió que las columnas de luz se formaban, chocaban y se convertían en un único eje arremolinado. Y la llenó de energía como nunca antes.

Aprovechando el poder, lo dirigió, lo impulsó, quiso que la curación fluyera por sus brazos a través de sus manos y dedos hacia el delgado y frío cuerpo de su hermano. El antiguo instinto seguía ahí, arraigado en su mente, en su corazón, extendiéndose por las puntas de sus dedos.

Como siempre, no supo cuánto duró, pero el sonido de la voz de Ninian mientras hablaba con Alexander hizo que Kenna fuera consciente de ellos.

"Me gusta Jock. Es muy valiente, ¿sabes? También le trataron muy mal. ¿Crees que podría quedarse con nosotros?"

Kenna se quedó mirando la herida. La hemorragia se había detenido. El rostro de Ninian estaba recuperando parte de su color. Actuaba como si quisiera incorporarse.

"Eres tú". Alexander le sonreía. "No es la piedra. *Tú* eres el regalo".

Kenna apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Ahora conocía la verdad como su madre la había conocido antes que ella. El poder de la piedra permanecía contigo.

Fue un regalo para toda la vida.

Epílogo

*"En resumen, ya que me propongo casarme,
No pensaré en nada que el mundo pueda decir en contra;
Y, por lo tanto, nunca te burles de mí por lo que he dicho en contra..."*

LA BODA IBA A CELEBRARSE en la iglesia del pueblo, al otro lado del río, frente al castillo de Benmore.

Durante una noche, la gente del clan había estado muy alegre, con flores y estandartes adornando las ventanas de todas las casas y tiendas. Gaiteros, bailes y banquetes estaban a la orden del día.

A nadie le gustaban más las celebraciones que al clan Macpherson, y las bodas eran el motivo más alegre de todos.

Por su parte, Graeme MacDougall estaba más que satisfecho ante la perspectiva de tener como yerno al segundo hijo del poderoso laird Macpherson. James, en su opinión, era un hombre con un gran futuro en la corte, y perder a un Lowlander no era una gran pérdida. Los Macpherson eran fuertes aliados para un clan encaramado al mar occidental, como lo eran los MacDougall. De hecho, habría aceptado celebrar la boda en cualquier lugar, siempre que se intercambiaban los votos y tuviera a alguien a quien entregar la responsabilidad de su amada Emily y su recién descubierta voluntariedad, impetuosidad e independencia. Ella, empezaba a pensar, sería un manojo de nervios.

Habían llegado muchos invitados a la boda. Familiares de cerca y de lejos. Amigos y aliados del otro lado del mar. Y la actitud protectora de Alexander había crecido proporcionalmente al número de invitados. Kenna lo veía y lo sentía cada vez que se daba la vuelta.

Al bajar los escalones del patio del castillo, miró por encima del hombro a los cuatro guerreros de reluciente armadura que la flanqueaban a ella y a Alexander. Se estaban convirtiendo en una visión demasiado familiar.

"Esposo, esto no vale", dijo ella.

Alexander siguió su mirada. "Tendrá que ser así, por ahora, mi amor. Tenemos que cuidarnos desde que Evers puso esa recompensa sobre tu bonita cabeza".

"¿Y qué hay de la recompensa aún mayor que has ofrecido a quien frustre un atentado contra mi vida? ¿Qué se ha conseguido con eso? Todos los días tenemos una cola de matones en la puerta con la mano tendida para pedir la recompensa, sólo por *decir* que han detenido algún atentado".

"Merece la pena. Tú lo vales". Le besó la mano. "Y deja de planear formas de escapar de tus guardias".

"¿Cómo sabes lo que estoy planeando?"

Le besó los labios, sin prestar atención a todas las cabezas que giraba, mostrando tanto afecto por su esposa. "Es un regalo. Tú tienes el tuyo y yo tengo el mío".

Había llevado un poco de tiempo, pero Kenna ya estaba acostumbrada a las costumbres de Alexander. Era más que eso. Apreciaba su amor, su afecto y su pasión, tanto en público como en privado.

Los ojos de Alexander recorrieron a la familia reunida mientras continuaba. "Pero quiero que sepáis que puede haber un final a la vista para Evers y su sangrienta recompensa. Tengo noticias sobre los otros dos que poseen trozos de la tablilla".

"¿Qué noticias?"

"Se llaman Innes Munroe y Muirne MacDonnell. Son los que está buscando ahora".

"¿Sabes dónde están?"

"Los estamos buscando. Los encontraremos antes que Evers".

"¿Y después?"

"Entonces tenderemos una trampa a Evers. Lo atraparemos, amor mío. Parece que se ha liberado de su rey y te juro que no volverá a ver Inglaterra".

Kenna tenía que conformarse con eso. Al menos por ahora. Había perdido la tablilla que su madre le había confiado, aunque el don permanecía en su interior. Aun así, necesitaba recuperar la piedra. Sabía que no podía vivir el resto de su vida mirando por encima del hombro a los guardias Macpherson. No podía vivir con su familia siempre preocupada por cada rostro nuevo, sin saber nunca si era amigo o enemigo.

Encontrar a las dos mujeres también dio a Kenna la esperanza de que tal vez podría aprender más sobre el poder que se ocultaba tras el don. Su padre no sabía nada más de lo que ella misma había descubierto. Quizá Innes y Muirne supieran más.

Atravesaron el patio hasta Colin y Tess. El padre de Kenna estaba con ellos y la abrazó cariñosamente en señal de saludo. Detrás de ellos, Giles, Ninian y Jock se empujaban unos a otros. Ella les sonrió. Los gemelos se habían convertido en trillizos.

De pie junto a Tess, Kenna se dio cuenta de que los muchachos no eran los únicos que se estaban inquietando. Al otro lado del patio, toda la fiesta parecía lista para partir. Junto a las puertas del castillo, los novios se esforzaban por mantener a raya a los corceles.

Una pizca de ansiedad se apoderó de ella. Emily y su padre aún no habían aparecido. Ni tampoco el novio.

"¿Dónde está James?", preguntó.

"Todavía no ha salido", respondió Tess.

Las dos mujeres miraron a Alexander y Colin, que miraban inocentemente a la multitud.

"¿Colin?" preguntó Tess.

Colin se volvió hacia uno de los chicos que había caído contra él.

Un revuelo entre la multitud atrajo todas las miradas hacia las grandes puertas del castillo. Emily y los MacDougall salieron al rellano y descendieron los escalones. La expresión de preocupación en su rostro y el ceño fruncido en el de su padre no hicieron nada para disminuir los temores de Kenna.

Se volvió hacia su marido. "¿Sabes lo que está pasando?"

Antes de que pudiera responder, los susurros llegaron hasta ellos.

Nadie pudo encontrar a James. Debía reunirse con la novia a las puertas del Gran Comedor.

Kenna sabía que algo iba mal. James, siempre tan organizador, había planeado el día de hora en hora. Había orquestado cada paso con la precisión de una campaña militar. Cada acontecimiento estaba organizado, programado y ensayado.

"¡Mira!" Tess señaló la torre sur.

Todas las miradas se volvieron.

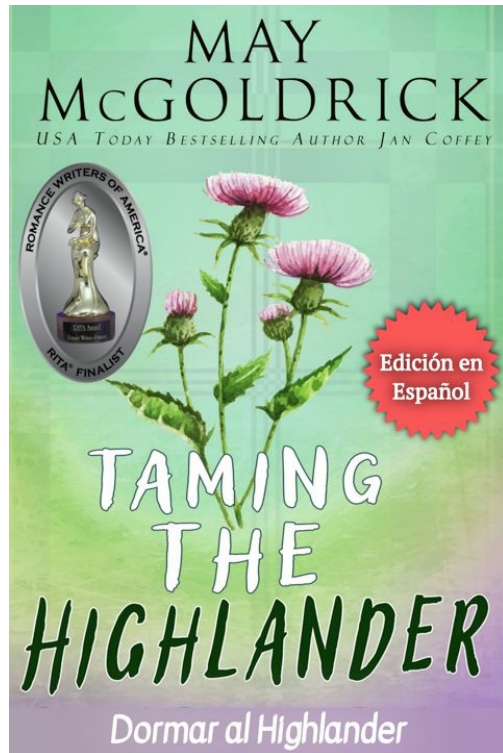
James trepaba por la ventana superior y descendía lentamente por una cuerda improvisada.

"¿A quién está sacudiendo el puño?" preguntó Tess. "¿Y por qué va vestido con un camisón?"

Kenna se volvió hacia su marido, que miraba a su hermano con cara de sorpresa mal fingida.

"No me lo puedo imaginar".

Gracias por tomarse el tiempo de leer *El Problema de los Highlanders*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.



Y no dejes de buscar el Libro Dos de la Trilogía de la Reliquia Escocesa, *Domar al Highlander*. Este fascinante romance histórico enfrenta a una enérgica muchacha con su mayor desafío hasta la fecha: un señor de las Highlands que no desea perder su corazón. Finalista del premio RITA.

Innes Munro tiene la capacidad de "leer" el pasado de una persona con sólo tocarla, pero su don tiene un alto precio: su libertad. Obligada a permanecer en el desolado castillo de Girnigoe, Innes nunca esperó sentirse atraída por el conde de Caithness, el guerrero herido que recorre sus oscuros pasadizos y la desafía a cada paso.

Por cierto, una nota rápida sobre la serie de la familia Macpherson. Alexander es nieto de otro Alexander Macpherson, que inicia toda la saga familiar cuando conoce a su pareja en *Una Boda de Verano*. A partir de ahí, puedes seguir las aventuras de todo el clan Macpherson, desde *El Cardo* y *la Rosa* y *Ángel de Skye* hasta esta trilogía. Salud.

Nota del Autor

Para empezar, nos gustaría dar las gracias a William Shakespeare por decidir convertirse en escritor en lugar de seguir una lucrativa carrera en la fabricación de guantes. Estamos seguros de que su padre se fue a la tumba contento de que Will tuviera algo en lo que apoyarse. También queremos agradecerle que escribiera una de nuestras obras favoritas, *Much Ado About Nothing*, de la que extrajimos las citas para los títulos de cada capítulo.

Como probablemente habrás adivinado, la historia de Kenna y Alexander es la primera de nuestra Trilogía del Regalo Escocés. En *Domar al Highlander* y *Tempestad en las Highlands*, conocerás a más mujeres fuertes y héroes valientes -así como a Kenna y Alexander de nuevo- mientras luchan contra Sir Ralph Evers para proteger estos antiguos artefactos y el poder que encierran.

Como muchos de ustedes saben, seguimos creando un vasto mundo interconectado que abarca siglos. Si te interesa seguir al clan Macpherson, echa un vistazo a la lista completa de series a continuación:

Una Boda de Verano— La precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su media naranja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa— Mientras aún perdura el humo de la batalla de Flodden Field, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel del Skye— Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro— Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en *Ángel de Skye*.

La Belleza de la Niebla— John, el hermano menor de los Macpherson, ha recibido el encargo de

traer a casa a la prometida de su joven rey, pero su destino cambia cuando rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Prometidos— Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en *Ángel de Skye*, y Jaime Macpherson, hija de Mary Boleyn (*Corazón de Oro*), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego— Gavin Kerr, introducido en *Corazón de Oro*, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera, el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que ronda las torres quemadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©)— Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

La Trilogía del Tesoro de las Highlands:

La Soñadora— Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un error de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (*Fuego*).

La Encantadora— Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Highlands, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfean, todos sus planes bien trazados se vienen abajo.

La Firestarter— Adrienne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Highlands. Colin Campbell y Celia Muir (*El Cardo y la Rosa*) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

El Problema de los Highlanders— Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*) se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del premio RITA©)— Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands— Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos con el notorio corsario Black Hawk. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (*El Problema de*

los Highlanders) desempeñan un papel importante, y Gillie the Fairie-Borne (*La Firestarter*) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos— Una divertidísima adaptación medieval de *Arsenic and Old Lace*, ambientada en parte en las islas occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*).

Además, hemos estado construyendo un mundo de historias ambientadas en la Inglaterra y Escocia georgiana, de la Regencia y victoriana. Visite nuestro sitio web, MayMcGoldrick.com, donde encontrará más de una docena de novelas.

Nos encanta recibir comentarios de nuestros lectores. Escribimos nuestras historias para usted. Nos esforzamos constantemente por escribir historias que usted aprecie y recomiende a sus amigos. Puede ponerse en contacto con nosotros visitando nuestro sitio web en www.MayMcGoldrick.com. También puede suscribirse a nuestro boletín. Queremos que sea uno de los primeros en enterarse de nuestras novedades.

Por último, necesitamos un favor. Si le apetece, nos encantaría recibir una reseña de *El Problema de los Highlanders*. Como ya sabrá, las reseñas son difíciles de conseguir hoy en día. Usted, el lector, tiene ahora el poder de hacer o deshacer un libro. Si tiene tiempo, considere la posibilidad de publicar una en línea.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

[Regency Novella Collection](#)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el Autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas emocionante y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas romance histórico, suspenso, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.